

ANTONIO MANZINI

POLVO Y SOMBRA



ANTONIO MANZINI

POLVO Y SOMBRA

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque



*Cuando un solo perro ladra a una sombra,
diez mil perros hacen de ella una realidad.*

EMIL CIORAN

DOMINGO

Hacía una media hora que las luces del atardecer se habían apagado y el aire era fresco y agradable. Algún que otro rezagado volvía a casa a paso rápido. Él, sin embargo, seguía allí parado, en la acera de via Brean. No se decidía. Bastaba con cruzar la calle y llamar al interfono, el resto vendría solo. Pero no lograba dar aquel pequeño paso. Con las manos en los bolsillos, seguía arrugando el trocito de papel con la dirección: via Brean 12, Estudio Eme.

¿Qué le impedía moverse? ¿Quién le había clavado las suelas a la acera?

—Hola, amigo, ¿tú quiere?

Esa voz hizo que se diera la vuelta. Un africano cargado de paquetes envueltos en celofán le ofrecía unos calcetines de hilo de Escocia.

—¿Cómo estás? Diez euros, amigo...

Y le tendió la mano libre, que Marco estrechó como un autómatas.

—Entonces, ¿querer? ¡Diez euros!

Marco negó con la cabeza.

—¿Me das alguna *muneda*? Para café.

Marco asintió, pero permaneció allí plantado con las manos en los bolsillos, inmóvil, cual centinela con una consigna precisa, como un poste de luz en medio de la calle. El negro esperaba y lo miraba, luego sonrió con sus blancos dientes y negó con la cabeza un par de veces.

—Amigo, ¿dar *muneda*? —repitió.

Lentamente, Marco sacó la cartera. Dentro había dos billetes de cincuenta y uno de diez. Cogió el de diez euros y se lo tendió. El vendedor agarró el dinero sin rechistar y a cambio soltó los calcetines, que Marco cogió sin mirar.

—Adiós, amigo...

Y, con paso desgarbado, se marchó.

Marco volvió a fijarse en el número 12. Un edificio de ladrillo visto de dos plantas, con una puerta de cristal y hierro forjado, sin portero, el interfono en el lado derecho.

«¿Qué hora es?», se preguntó.

Las ocho y cuarto. ¿Cuál era el horario? ¿De tres a nueve de la noche, o de tres a ocho? Tal vez ya se había marchado. Sacó el móvil y llamó de nuevo al número que había marcado a las diez de la mañana. Esperó hasta que saltó el contestador. «Hola... Me llamo Sonya... Me encontrarás en via Brean, esquina con via Monte Grivola. Ven... Soy una latina linda y caliente, y tengo una ciento cinco de pecho. Siempre estoy acá, esperándote para hacerte cositas que te gustan... ¿Quieres mimitos? ¿Quieres hacer el amor largo rato? ¿Doble penetración? Y además tengo una sorpresa para ti. Todo lo que tú quieras... Ambiente relajado y limpio... Ven hoy, domingo, de tres a nueve, a via Brean 12 y llama al Estudio Eme... Eme de Milán... Chau, mi amor, ¡te espero!»

Todavía estaba a tiempo. Pero seguía sintiendo un vacío en el estómago y sus piernas no se

movían del sitio. Tal vez porque se había imaginado la escena muchas veces. Ella esperándolo en corsé, con ligero y medias de color negro ahumado. Sólo las braguitas, nada de sujetador. Los pezones oscuros bajo las transparencias del negligé, mientras se contoneaba hacia él sobre unos tacones de vértigo que golpeaban el suelo. La boca carnosa, los ojos entornados, el pelo negro y suelto, un perfume a flores y a pan recién hecho. Lo invitaba a sentarse en la cama, lo besaba, lo desnudaba, lo montaba durante horas azotándole la cara con sus pechos enormes. Pero en el fondo, en un rincón de la conciencia, sabía muy bien que para tirarse a una como Sophia Loren en *Ayer, hoy y mañana* hacía falta mucho más que un anuncio en «¡Agrado, citas online!». A saber lo que se encontraría en el Estudio Eme de via Brean. En la página había una foto, pero ¿sería auténtica? Mostraba a una mujer en bragas y sujetador, con la cara oculta. Y aquella frase, «una sorpresa para ti», era lo que más lo excitaba.

Marco no aguantaba más. Con cincuenta y dos años cumplidos, casado desde hacía veinticinco y con tres hijos, llevaba dos años sin hacerlo. Barbara le había cerrado el grifo, había decretado el embargo desde que los sofocos y los cambios bruscos de humor habían reemplazado las sonrisas y las caricias. Ya no le interesaba el sexo; él, en cambio, seguía con las mismas ganas que en tiempos del instituto. Dos años en dique seco, eso sí no contaba una felación a medias que, nueve meses atrás, en el congreso de calderas de Florencia, le había practicado una representante de grifería de Grosseto mientras él, borracho como una cuba, cantaba *We Are the Champions!* en la piazza della Signoria. Ni se acordaba del nombre de la tía, y tampoco había sido nada del otro mundo. A pesar de todo, antes de marcar el número de Sonya se lo había pensado durante semanas. Había estado varias veces en un tris de hacerlo, móvil en mano, pero luego se echaba para atrás. Por la noche soñaba con aquel encuentro, y por la mañana se despertaba con una erección tan dolorosa que tenía que correr al cuarto de baño a calmarla antes del desayuno.

Tenía que follar.

En la tienda, sus dos compañeros, Giorgio y Andrea, no hacían más que hablar de amantes, casadas insaciables y divorciadas siempre disponibles. Él se limitaba a sonreír y a pensar en Barbara, que había sustituido hacía mucho las combinaciones y la lencería a juego por pijamas anchos con ositos o viejas camisetauchas descoloridas de su negocio de fontanería. Adiós a los zapatos de tacón para hacer sitio a las bailarinas deformadas o las chanclas de andar por casa; la peluquería, un recuerdo lejano. Marco había intentado plantear la situación varias veces, pero era como discutir con una pared. También había sido inútil la escapadita a las termas de Pré-Saint-Didier con la esperanza de que el agua caliente y los masajes reavivaran en su mujer, al menos por una noche, cierto deseo natural. En vez de eso, a las nueve y media ya estaba dormida. De nada habían servido los regalos que le había hecho la Navidad pasada. Barbara había devuelto a la tienda las medias, los ligeros de encaje y las combinaciones y los había cambiado por un buen albornoz amarillo para Ginevra, su hija pequeña, y un par de toallas azules. A medida que la frustración aumentaba, también lo hacía el deseo, y Marco ya no sabía a qué recurrir. Por eso se encontraba en esos momentos allí, en la acera, mirando embobado el número de la casa de una cualquiera que por cien euros le ofrecía media hora de piel, perfume y palabras susurradas al oído.

«Estoy en mi derecho —pensaba—. Tengo necesidades. Joder, ¿ni que estuviera muerto!»

Pero entonces, ¿qué lo retenía allí como un pasmarote?

El miedo.

El miedo que arrastraba desde que había tomado aquella decisión. El miedo a estrechar el cuerpo desnudo de una extraña, a percibir su olor y, sobre todo, el miedo a que alguien lo viera.

Aosta no era Nueva York. En aquel edificio no conocía a nadie, pero él tenía una tienda, los clientes entraban y salían. ¿Y si llamaba al Estudio Eme y, justo cuando la tipa cacareaba por el altavoz «Pasa, corazón, te estaba esperando caliente y lista», salía del edificio una madre con sus retoños? Quedaría como un capullo integral. ¿Y si un vecino lo miraba con mala cara, como diciendo: «Pero si yo a éste lo conozco. ¿Qué hace aquí? ¿No tiene una tienda de accesorios de baño?» Los rumores corren, ya se sabe. Y en menos de tres días todo el mundo se habría enterado. Incluida su mujer. Y peor aún, Ginevra. En el instituto se burlarían de ella durante años con la cantinela: «¡Tu padre es un putero! ¡Tu padre es un putero!» ¿Cómo iba a mirarla a los ojos? ¿Dejaría Ginevra de hablarle? La relación con su hija adolescente ya era difícil de por sí, y si encima le añadía aquella carga de treinta toneladas, apaga y vámonos.

¿Por qué no había optado por una prostituta de otra ciudad? ¿Turín, por ejemplo?

Lo había pensado. Pero ¿cómo iba a justificarle a su mujer el viaje a Turín? ¿Para hacer una instalación? En sus muchos años de honrada carrera de comerciante jamás había ocurrido algo así. Barbara habría tardado veinte minutos en descubrir el pastel. Se habría visto obligado a aliarse con sus dos socios, a pedirles que le siguieran el juego, pero entonces el engaño habría pasado a ser de dominio público, o si no público, como mínimo del dominio de Giorgio y Andrea. Y no le hacía gracia la idea de que sus socios supieran que las cosas iban tan mal en casa que necesitaba una amante. Conocían a Barbara desde hacía veinte años. Sería una falta de respeto, como escupirle a la cara, y eso no lo soportaba. Barbara era una buena mujer, una buena madre, pero él tenía que follar. Su otro cerebro, el pequeño, el que los hombres tienen en la entrepierna, no entendía ya de razones. «¡Muslos tetas nalgas, culo muslos pechos labios!», éstos eran los mensajes que enviaba, el *leitmotiv* de los dos últimos años, pero el cerebro grande, el que los machos, como todos los mamíferos, tienen dentro del cráneo, siempre se había resistido. No obstante, la gota china había ido excavando un surco que se había convertido en un arroyo, y luego en el lecho de un río. Ya no podía ver la tele, abrir una revista o contemplar el ir y venir de las mujeres por la calle sin que el cerebro pequeño pidiera a gritos lo que le hacía falta. «¡Muslos tetas nalgas, culo muslos pechos labios!»

«Se acabó —se dijo—. Allá voy.» En la esquina, un hombre con un perrito atado de la correa parecía esperar a que el animal hiciera sus necesidades. Sin embargo, a Marco le daba la impresión de que lo miraba fijamente. Seguro que estaba preguntándose: «¿Qué hace ése ahí plantado? Lleva ahí más de veinte minutos. ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Qué se le ha perdido por aquí?» ¿Y si el hombre del perro llamaba a la comisaría? «¡Policía! Hay un tipo raro que lleva media hora delante de la caja de ahorros, ¡vengan a echar un vistazo!» Se lo llevarían a la jefatura, y allí, para salir del apuro, tendría que contar la verdad: «Comisario, no me atrevía a cruzar la calle y llamar al interfono de la ardiente Sonya, que estaba esperándome.»

El ansia le arrancó los clavos de las suelas, derritió la silicona que las unía a los zapatos y empujó a Marco a cruzar la calle hasta llegar por fin al número 12. Echó una ojeada al portal a través del cristal. Nadie. Nadie en la acera. El hombre del perro había desaparecido. Según el interfono, el Estudio Eme era la puerta 3.

«Vamos, ahora o nunca», pensó. Alargó el dedo. Llamó.

La luz automática se encendió, y Marco vio a un chico que bajaba las escaleras y se acercaba al portón. Llevaba una bolsa de deporte en bandolera.

«Ya está... ¡Voy a quedar como un capullo!», pensó.

El tipo se había parado a mirar el buzón. Lo había abierto sin llave para sacar el correo.

¡Basta! Se estaba arriesgando demasiado.

Se alejó un poco y se agazapó en un recoveco del edificio. El chico salió y se marchó enseguida sin dignarse a mirarlo siquiera. Marco, tras empujar la puerta que todavía no se había cerrado, se coló veloz como una rata hasta el hueco de la escalera. Fue un gesto impulsivo.

Y un craso error.

La luna se había puesto, estaban en mitad de la noche. Aosta dormía. Ni una luz, ni un ruido. Tan sólo el reclamo lejano de algún pájaro nocturno. Por la ventana abierta de la habitación penetraba un dulce aroma a hierba y a tierra mojada que envolvía los muebles. Y Rocco, tendido en la cama, estaba en vela, con una mano debajo de la cabeza y la otra apoyada sobre el costado de *Loba*. Por muy cansado que estuviera, aquel silencio y aquel olor lo mantenían despierto, le recordaban que el verano estaba llegando. Cerró los ojos y buscó entre aquellos aromas algo que lo hiciera retroceder en el tiempo. Percibía un olor acre que no sabía de dónde provenía. Tal vez de las hojas de pino, o quizá de alguna flor en el alféizar del vecino de enfrente, pero de repente le volvieron los recuerdos de un verano de hacía mil años. Un pinar, en Calabria, cuando él apenas tenía quince años. En compañía de Brizio, había cogido el tren con la mochila llena y una tienda de campaña militar comprada en via Sannio. Un viaje incómodo más largo que un día sin pan para llegar, ya en plena noche, a la orilla del mar, a un camping cuyo nombre no recordaba. Montaron la tienda a la luz de las estrellas, riendo y envolviendo las piquetas con una camiseta para intentar amortiguar el ruido de los martillazos. Desde una caravana atestada de alemanes, un grito había desgarrado la noche: «*Scheisse!*» Lo dejaron todo como estaba y se metieron en la canadiense, que a oscuras parecía un vertedero. A la mañana siguiente, al abrir la cremallera con el sol ya alto y abrasador, vieron a unos campistas que pasaban por delante y que, al fijarse en su campamento, se reían a carcajadas. Habían montado la tienda en pendiente. Totalmente torcida, con la lona floja, las mochilas medio abiertas y las cosas desperdigadas por el suelo. Era la primera vez que iba de vacaciones lejos de Roma. Y conoció a Beote. Beote era guapa y venía de un pueblo de Noruega, tan al norte que, en los meses de invierno, con suerte veían el sol a mediodía. Hicieron el amor a la orilla del mar, y Rocco recordaba aquel encuentro como una de las experiencias más dolorosas de toda su vida.

—No te lo imaginas, *Loba*, una cosa tremenda... —le dijo a la perra, que levantó una oreja para escucharlo—. A ver, porque yo el amor nunca lo había hecho. Bueno, sí, pero poca cosa... En fin, ya me entiendes. Así que no es que fuera ningún experto. Tenía cierta idea, eso es. Cierta idea. Y ella va y se tumba en la playa, y yo me pongo encima. Ay, *Loba*, no daba pie con bola, la cabeza me daba vueltas, el mar, la luna, la playa... Eso, la playa. Un dato importante que debes tener en cuenta, porque aquella playa calabresa estaba llena de guijarros. Y entonces yo empiezo, la beso, y en un momento dado ella la coge con la mano y la orienta. Yo me sentí como un gilipollas, *Loba*, como un auténtico gilipollas. Quería hacerlo yo solo. Así que le aparté la mano, maldita sea. —Se echó a reír—. ¡Madre mía, la que lié! Yo me restregaba, empujaba, apretaba, ¡y un dolor...! ¡Un dolor que ni te imaginas! E insistía, apretujaba, frotaba, hasta que ya no pude más, me quemaba todo. Allí, a oscuras, me puse de pie casi gritando y ¿sabes lo que hice? ¿Sabes lo que hizo este imbécil? Me tiré al agua a ver si me refrescaba un poco, ¡porque ahí abajo me estaba ardiendo! Y

claro, me había abrasado vivo, vamos, ni que me la hubiera lijado. Llena de cortes y voy y me meto en el mar, ¿lo entiendes? Beote se reía a carcajadas. Como un capullo, *Loba*, quedé como un capullo... Había errado el blanco, lo había pasado rozando, prácticamente me follé la arena.

Una brisa ligera, casi una caricia, hizo que se estremeciera. Y sonrió. Sabía quién se la enviaba.
—Voy a dormir un rato. Buenas noches, Mari... —Y cerró los ojos.

No había cogido el loden. En junio bastaba con un jersey ligero, adiós a los pantalones de pana. Lo único que había sobrevivido al invierno, a esas alturas ya pasado, eran los Clarks: el decimosexto par en diez meses. *Loba* saltaba contenta intentando morder la correa.

—Tranquila, tesorito, tranquila, ¡ya bajamos!

Enfiló las escaleras y, en el tercer peldaño, oyó abrirse una puerta en el rellano.

—¿Adónde va? ¿Al trabajo?

Se dio la vuelta. Gabriele, su vecino adolescente, estaba en el umbral. Cara de sueño, camiseta negra con una calavera estampada y pantalones de baloncesto que le llegaban hasta la rodilla. En los pies, zapatillas para correr deformadas.

—¿Despierto a estas horas, Gabriele?

—Sí...

—Y no has puesto música. Muy bien, vas aprendiendo. Cuídate.

—¿Ya se va a trabajar?

—No. A desayunar.

—El bar está cerrado a esta hora.

—Ettore abre dentro de nada.

—Pero ¿nunca lo hace en casa?

—¿El qué?

—¿Desayunar?

—No, Gabriele, en casa hago otras cosas...

—¿Por ejemplo?

—¿Y a ti qué coño te importa? ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que quieres?

El chico se encogió de hombros.

—Tengo pocas esperanzas, pero de todas maneras debo intentarlo. He de presentarme a un examen final de latín. Es oral. Si me sale bien, aunque me quede alguna pendiente, paso de curso, pero si me va mal...

—Algo que veo bastante probable... —subrayó Rocco.

—Pues eso, si me va mal, me harán repetir todo el curso.

Loba se había puesto a olisquear las zapatillas del chico.

—Qué se le va a hacer, son cosas que pasan. ¡Vamos, *Loba*!

—¿Usted hizo el bachillerato de letras?

Rocco subió un escalón y miró a Gabriele a los ojos.

—¿Qué intentas decirme?

—Nada. Tal vez podría echarme una mano.

El subjefe suspiró.

—Han pasado mil años, no me acuerdo casi de nada.

—¡Sólo necesito que me vaya preguntando del libro! —dijo Gabriele con los ojos desorbitados de emoción.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Lo tienes claro. Yo ahora me voy al bar.

—¡Pero es que yo luego tengo que ir al instituto!

Rocco resopló y puso los ojos en blanco.

—Por favor, venga... Además, mi madre no está, se ha ido a Milán.

—¿A qué hora tienes el examen?

—A las diez.

—Me cago en... —Rocco dio un zapatazo en el suelo—. ¿Y no podías habérmelo dicho ayer por la tarde? Mira, pues entra a segunda hora. Yo ahora me voy al bar. Tú, arréglate, te lavas, te vistes de persona normal y no de colgado, y la clase la damos en la jefatura. ¿Te parece?

—¡Genial!

Sentado en via Croix de Ville, estaba fumándose un cigarrillo mientras observaba a *Loba* merodeando con el hocico pegado al suelo entre los escaparates de las tiendas cerradas. La calle estaba desierta, salvo por una especie de camioneta que, con sus dos escobillones, limpiaba a conciencia la acera. Rocco llamó a la perra con un silbido y se encaminó hacia la piazza Chanoux. El dolor en la planta del pie izquierdo parecía darle tregua por fin. La inflamación del talón, seguramente debida al uso desmedido y persistente de los Clarks, daba la impresión de haber desaparecido.

—¿Se puede? —gritó al entrar.

Ettore estaba detrás de la barra. Delante de él, desayunaba una mujer de unos cuarenta años.

—Adelante, adelante, buenos días.

El subjefe y *Loba* entraron en el bar. La perrita fue a esconderse debajo de la primera mesa.

—Un café corto y un buen cruasán.

—Una medialuna —lo corrigió Ettore.

—Un cruasán —insistió Rocco.

La mujer no se volvió. Seguía comiendo con la mirada fija al frente. Vestía un traje de chaqueta de color melocotón y tenía un perfil bonito. El pelo bien peinado, pendientes de perlas, la huella del pintalabios en la taza del capuchino. Rocco no pasó por alto la mirada de complicidad que le lanzó Ettore mientras prensaba el café en la máquina.

—¿Qué pasa?

—Ella.

—¿Ella qué?

—Si supieras quién es...

El diálogo entre los dos hombres se había desarrollado sin mediar palabra, sólo a través de un intercambio de miradas y gestos. La mujer, no obstante, había captado aquellos guiños en el enorme espejo lleno de botellas a la espalda del camarero.

—Sí —le dijo Ettore a la mujer—, yo sé quién es usted, pero él todavía no lo sabe.

—Bueno —intervino ella—, tenía entendido que él siempre viene aquí a desayunar y quería

darle una sorpresa...

—Si usted sabe quién soy —dijo Rocco—, ¿por qué no me dice su nombre?

La mujer se tomó todo el tiempo del mundo para acabarse el capuchino. Luego dejó la taza, se limpió las manos con una servilleta de papel y finalmente se volvió hacia Rocco. Tenía los ojos oscuros y embellecidos por una línea de perfilador.

—Soy Sandra Buccellato. —Y le tendió la mano.

Rocco sintió que la pizza de la noche anterior se le revolvía en el estómago. Sandra Buccellato, la periodista y ex mujer de su jefe que durante meses le había estado haciendo la puñeta desde las páginas de su periódico. En cada artículo que escribía, encontraba la manera de calumniarlos a él y a la jefatura de policía por el homicidio de Adele en su antiguo piso de la calle Piave. Acusaba a las fuerzas del orden de querer encubrir el asunto y afeaba la conducta de Rocco con conjeturas y difamaciones. Sin embargo, ahora que el nombre de Enzo Baiocchi, el asesino de la pobre Adele, había salido a la luz, había cambiado de tono, y sus artículos, antes auténticas puñaladas, olían a incienso perfumado.

—Me imagino que habrá leído mis columnas...

Ettore puso la tacita y la «medialuna» delante de Rocco.

—Sí —respondió el policía.

—Tal vez haya sido un poco dura.

Rocco le hincó el diente al «cruasán».

—Es lo bueno que tienen los periódicos. Los puedes usar para recoger la mierda de la jaula de los canarios y en invierno sirven para encender la chimenea, siempre que uno tenga chimenea. O también para envolver los objetos frágiles en una mudanza.

—¿Usted los ha usado para eso?

—No, yo me he mudado con cuatro cosas. —Se bebió el café—. Hasta luego, Ettore. —Dejó unas monedas en la barra y se dirigió hacia la salida—. Y gracias por la fantástica sorpresa.

—Sé que no le caigo bien, pero sólo hago mi trabajo.

Rocco le silbó a *Loba*, que salió disparada de debajo de la mesita y corrió hacia la puerta de cristal que el subjefe sostenía abierta.

—A mí los periodistas me encantan. Son unas moscas cojoneras que odio con toda mi alma.

—En este país existe la libertad de expresión, ¿no lo sabía?

Rocco, todavía en la puerta, resopló.

—Es verdad. ¿Y también la de ofender y calumniar? Entonces no me lo tendrá en cuenta si yo también la pongo en práctica: váyase a tomar por culo, señora Buccellato. Con permiso. —Y sin más, cerró la puerta.

Ettore sonrió por lo bajini; la periodista, con los labios apretados, abrió el bolso.

—¿Cuánto le debo?

—Está pagado, señora.

Los pasillos de la jefatura parecían desiertos. Rocco, *Loba* y Gabriele avanzaban en el silencio más absoluto. El chico se había puesto unos vaqueros holgadísimos y una sudadera de algún grupo de música y, en la cabeza, una gorra de béisbol con la frase «Born to raise hell!», de la que se escapaban unos cabellos largos y necesitados de champú.

—Qué oscuro está todo, esto no es nada bonito.

—Es una jefatura de policía, no un hotel.

Llegaron a la altura del despacho de Rocco.

—Aquí es.

El cartel con la clasificación de las tocadas de cojones seguía colgado allí afuera, y Rocco sintió la necesidad de añadir una nueva. Cogió el bolígrafo que pendía atado de un cordón, idea del agente Pierron, que lo había dejado allí para cualquier eventualidad, y en el octavo grado escribió: «las sorpresas». A Rocco cualquier sorpresa le tocaba muchísimo los cojones. Daba igual que fuese buena o mala, porque la sorpresa era una catástrofe, un obstáculo imprevisto que lo obligaba a reaccionar, a responder, a tomar una decisión. Y sabía también que las sorpresas nunca vienen solas. De hecho, se lo pensó dos veces y la borró del octavo puesto para promoverla directamente al noveno.

—Un grado más, *Loba* —le explicó a la perra, mientras abría la puerta del despacho.

—¿Un grado de qué? —preguntó Gabriele.

—De todo lo que me molesta y me hace la vida imposible. Se empieza por el grado sexto y se llega hasta el décimo, donde domina una sola tocada de cojones: el caso por resolver.

El chico sonreía mientras leía la lista.

—Radio Maria, las comuniones, los bautizos, las bodas, los estancos cerrados, la arena en las almejas... ¿Y ha añadido las sorpresas? ¿Por qué?

—La sorpresa es como un huevo de Pascua, mi joven amigo, es la próspera portadora de otras tocadas de cojones. Y si sigues haciéndome preguntas, apunto tu nombre directamente en el puesto noveno. —El subjefe y la perra entraron en el despacho. *Loba* movió la cola; sin embargo, Rocco se quedó petrificado—. ¿Qué coño...?

La sala estaba vacía. Ni rastro del escritorio, de la taquilla ni del sillón de piel.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Lo han despedido? —preguntó Gabriele, que sujetaba el libro bajo el brazo mientras *Loba* daba vueltas por el despacho desnudo y sin muebles como si estuviera desconcertada.

—Me cago en... ¡Pierron! ¡Pierron! —gritó, pero sólo le respondió el eco de su voz.

—¡Toy yo! —La voz estridente de D'Intino le causó el mismo efecto que el torno del dentista. La presencia del agente dejaba claro que las tocadas de cojones aún no habían terminado para Rocco.

—¿Qué está pasando?

El agente apareció en el pasillo.

—Disculpe, jefe. —Se quedó paralizado mirando a Gabriele—. ¿Y éste quién es? ¿Lo ha detenido?

—D'Intino, ¿dónde están mis muebles? ¿Y mi escritorio?

—¿No se ha enterado de la última?

—No, D'Intino, no me he enterado.

—Sí, lo de la brigada.

Rocco apoyó las manos en las caderas.

—¿Qué brigada, D'Intino?

—*Pere* un momento, se llama brigada provincial de una cosa que luego acaba con otra palabra, pero ahora no me acuerdo.

El subjefe alzó la mirada al cielo.

—¿Qué intentas decirme?

—Está la brigada provincial, ¿no? Pues resulta que les hace falta un despacho.

Schiavone, desesperado, miró por todas partes en busca de otro agente, ya fuera Italo, Antonio Scipioni o cualquiera que pudiera echarle una mano para traducir lo que decía el agente abruzo, pero los pasillos seguían desiertos. Gabriele lo miraba boquiabierto.

—No te entiendo, D’Intino, y no tengo tiempo que perder. Ahora haz una cosa, vete a cualquier despacho, vuelve a pensar lo que querías decirme, escríbelo en un papel y luego, cuando nos veamos de nuevo, me lo lees. Sabes escribir, ¿no?

—¡Pero bueno! Que si sé escribir... ¡Yo en secundaria hacía redacciones! A lo que iba, jefe, que nos cambian de planta. Me vengo a referir... No, la planta es la misma, nos cambian de despacho. Me vengo a referir, no nos cambian de despacho, lo cambian sólo a usted.

Rocco lo apartó con el brazo y empezó a subir las escaleras.

—Calladito, D’Intino, ni entiendo ni quiero entender.

—¿Por qué?

El subjefe se detuvo en mitad de la escalera.

—Porque para entenderte tengo que entrar en tu cabeza, y no es un sitio agradable para ir de visita. Así que haz lo que te he dicho, siéntate y ponte a escribir el mensaje. Tú, Gabriele, espérame aquí, parece que mi despacho ha desaparecido. —Dos peldaños después, gritó—: ¡¿Es que no hay un alma en esta puta jefatura?! —Y siguió subiendo hasta la planta de arriba.

D’Intino se quedó al lado del muchacho.

—¿Y tú quién eres?

—El vecino.

—¿Y por qué estás aquí?

—Para repasar latín.

—¿Quieres repasar conmigo?

—Mejor que no.

• • •

Al final del primer tramo, Rocco se cruzó con el agente Casella, que, jadeante, cargaba con una decena de carpetas.

—Casè, ¿qué le ha pasado a mi despacho?

—Ah, sí. Espere. —Apoyó los archivadores en la fotocopidora y se secó la frente—. A ver, pero una cosa debe quedar clara —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Yo no puedo hacer trabajos pesados; vamos, si ya me falta el aliento.

—Lo que te falta sobre todo es oler bien, Casella. Joder, lávate por las mañanas.

—Es por la caldera. Lleva dos días rota, no consigo arreglarla.

—Pues compra otra.

—Estoy mirando, a ver si encuentro alguna ganga. He visto las Ferroli, que no están nada mal, aunque claro, una Vaillant o una Beretta...

—¡Casella! —gritó Rocco, que seguía allí esperando—. ¡Mi despacho!

—Sí, señor. Está por llegar la brigada provincial de la Policía Científica.

—¿Y?

—Lo que significa que habrá un adjunto nuevo que necesita un despacho nuevo, y el jefe ha decidido que tiene que ser el suyo.

—¿El mío? Pero ¿y yo dónde me meto?

—Usted sigue en la planta baja, pero en la otra punta del pasillo, después del tramo pequeño de escaleras. ¿Quiere que lo acompañe?

—¿Y quién ha trasladado mis muebles?! —gritó. Estaba pensando en su cajón cerrado con llave, donde guardaba la bolsa nueva de maría que Brizio le había vendido en Roma.

—Deruta y yo. Pero hemos tenido cuidado, señor... Entonces ¿lo acompaño?

—¡No! ¿Está el jefe?

—Fíjese, a esta hora el jefe no está en la jefatura, subjefe —y empezó a reírse solo—. Parece un trabalenguas de una escena cómica de Totò, ¿verdad?

Rocco no le respondió y volvió a bajar las escaleras. Se encontró a Gabriele y a D'Intino todavía en posición de firmes delante de la puerta de su antiguo despacho.

—D'Intino, ve a buscar todos mis muebles ahora mismo y vuelve a colocarlos en mi despacho.

—Pero es que el jefe ha dicho...

—¡Me importa un carajo el jefe! ¡Haz lo que te he dicho!

—¿Puedo esperar a Deruta? —Miró el reloj—. Ha ido a la panadería de su parienta, pero tiene que estar al caer. Si muevo los muebles yo solo, me voy a herniar, jefe.

—¡Gabriele, ven aquí! ¡Loba, vámonos!

Echó a andar por el pasillo.

—¿Adónde va, jefe?

—¡Adonde me salga de los cojones, D'Intino! —Y dobló la esquina del pasillo.

—Pero ¿qué pasa, señor Schiavone? —preguntó Gabriele, que caminaba al trote a su lado para seguirle el paso.

—Me han cambiado de despacho. ¡Y yo odio los cambios!

—Vaya, lo siento, pero tengo que entrar a segunda hora... No es que...

—Gabriè, estamos yendo a una sala para poder dar la clase, ¿vale? —Y abrió de par en par la puerta del despacho de los agentes. Dentro sólo estaba Miniero, el joven napolitano cuyo apellido Schiavone no recordaba—. ¡Tú, Vomero! ¡Sal de aquí, necesito la sala!

Sin abrir el pico, el agente se levantó como un resorte y salió de allí como un rayo. Mientras Loba se acomodaba junto a la ventana, Rocco cogió una silla y la acercó a la mesa.

—Siéntate, Gabriele, y dame el libro.

El chico obedeció.

—¡Vamos allá! Y trata de responder bien, ¡que bastante me han tocado hoy ya los huevos!

—*È la musica, la musica ribelle.*

Mientras corría, Gianandrea iba canturreando la canción de Finardi que estaba escuchando por los auriculares. No era que le faltase el aliento, el problema eran los músculos de las piernas. De mantequilla. Los gemelos y los cuádriceps chillaban de dolor a los veinte minutos de empezar a correr. De vez en cuando notaba un tirón en la zona de la ingle. Estaba pagando caros los dos meses de reposo por el manguito de los rotadores. El polideportivo de Charvensod, a su derecha, todavía tenía que esperar. Echaba de menos a sus muchachos, echaba de menos el campo, el desafío, el sudor, el vestuario, el olor de las pomadas, de las duchas, pero hasta que no estuviese de nuevo en forma no podría regresar para entrenarlos. Habían acabado terceros en el campeonato, un resultado excelente teniendo en cuenta que empezaron la temporada con tres

derrotas consecutivas. Y además les iba mejor que al primer equipo, que jugaba en regional y había cerrado el año en el puesto decimosexto. *Che ti dice di uscire e di metterti a lottare...* continuaba la canción: «que te dice que salgas y luches...». Para Gianandrea siempre había sido así, desde que nació, hacía cuarenta años. Una lucha constante. No recordaba ningún momento de su vida en el que, para obtener un resultado, aunque fuera mediocre, no hubiese tenido que pelear con todas sus fuerzas. En el colegio, en el campo de fútbol, con su primera mujer, con la segunda y con sus dos hijos. Los demás parecían superar los obstáculos con una facilidad pasmosa, pero él no. Hasta tenía que explicar que su nombre se escribía con una ene y no con dos. Y el apellido era todavía peor. En cuanto salía del valle de Aosta tenía que deletrearlo, porque los italianos no lo entendían, ni siquiera en Piamonte. Marguerettaz. Se convertía en Margherittà, Marchettaz o Margarinaz. Y luego, su cuerpo, un problema permanente. Se había sometido a tres operaciones de la pierna derecha y a dos de la izquierda. Se había roto la clavícula, el tabique nasal, el codo y dos incisivos. Una serie infinita de fracturas y lesiones que habían minado su carrera de futbolista y lo habían obligado a pasar la mitad de su vida en hospitales y clínicas de fisioterapia. Pero no iba a tirar la toalla. *Che ti dice di uscire e di metterti a lottare...* le seguía sugiriendo Finardi, y ahí seguía él con cuarenta años cumplidos y recuperándose de la enésima hospitalización para poder regresar al terreno de juego, con sus muchachos, a la lucha. Se volvió hacia el Dora, que discurría a su derecha. Los rayos del sol se reflejaban en el agua y en el pequeño rabión que espumeaba a pocos metros de él. En la orilla había un montoncito de trapos de colores. Aflojó el paso. No eran trapos, sino unos vaqueros cortos y una camisa roja con florecitas de la que sobresalían una cabeza sumergida bajo el agua y unos brazos extendidos hacia delante.

A nadie se le ocurre nadar en el Dora.

—*E le strofe languide di tutti quei cantanti...* —Se quitó de un tirón los auriculares—. Pero ¿qué...? —Saltó la valla y empezó a bajar hacia el pedregal del río. Ya no notaba el sudor, la ingle ya no le tiraba. Sólo oía el corazón retumbándole en los oídos. Estuvo a punto de hacerse un esguince a causa de un bache del terreno. Llegó a la orilla. El agua entre las piedras empezó a calarle las zapatillas deportivas. Ahí estaba el cuerpo, a pocos metros de él, bocabajo.

• • •

—*Ero, ers, ert...*

—Pero ¡qué dices, Gabriele! ¡Imperfecto de indicativo de *sum*! Pero qué *ero, ers...* venga, vamos. *Eram, eras, erat...* Sigue.

Gabriele tragó saliva.

—Erasmus...

—¿Erasmus?

—Primera persona del plural, ¿no?

—*Eramus*, ¡qué erasmus!

—¡Ah! *Eramus, erastis*.

—*Eratis*. Sigue.

Gabriele se mordió el labio.

—Venga, que tú puedes... Tercera persona del plural, ¿*eramus, eratis...*?

—¿*Errant*? —dijo el chico por decir algo.

—¡Vete a tomar por culo, Gabriele! —Rocco tiró el libro de gramática latina—. No tienes ni puta idea. ¡*Errant!* Anda que... eres de una ignorancia apabullante. ¡*Errant!* ¡Qué *errant!*...! Pero ¿por qué te metiste en letras?

—Mi madre dice que abren la mente.

—¡Para abrirte la mente a ti haría falta un hacha! —Rocco se levantó apartando ruidosamente la silla—. Lo siento, repites curso.

Gabriele agachó la cabeza.

—¡Mi madre me mata!

—Pero ¿es que mamáita se esperaba que pasaras de curso?

—Sí. —Y con tristeza se sacó un pastelito del bolsillo de la sudadera.

—¿Y nunca se ha dado cuenta de que eres un manta para los estudios?

—No. —Con el primer bocado se llevó medio bollo.

—La leche, pero si basta con escucharte una vez para darse cuenta de que eres de una ignorancia supina.

—Ya, con una vez bastaría. —Y con el segundo bocado devoró la otra mitad.

—Gabriele, anda, vete a clase.

—¿Y para qué?

—Tienes que asumir tu responsabilidad.

El chico se encogió de hombros.

—Total, vaya o no vaya, me van a suspender igual. Para eso, me quedo aquí.

—No, Gabriè, aquí no. O vas a clase o te vuelves a casa. Esto es una jefatura de policía, no una guardería.

Gabriele se rindió.

—Vale. Me voy a clase. A quedar como el culo por enésima vez.

Rocco se levantó.

—Ahora busco a alguien para que te acompañe.

—¿En coche?

—¿Por qué no?

—¿Y puedo poner la sirena? —El chico ya estaba de mejor humor.

—Inténtalo siquiera y te encierro dos noches en el calabozo.

—Recibido. —Recogió el libro de gramática latina y se volvió a poner la gorra de béisbol—. Estoy listo.

—Y dile a tu madre que me gustaría conocerla uno de estos días.

El muchacho sonrió con socarronería.

—Mi madre no está mal. ¿Quiere ver una foto?

—Pero ¿tú qué te has creído? Sólo quiero charlar con ella.

—¿Quiere echarle un rapapolvo?

—¿Tú eres tonto o qué? Tu madre se desloma por ti y tiene que enterarse de cómo se lo pagas. En marcha.

Fuera de la sala de los agentes se cruzó con Antonio Scipioni.

—Eh, Antonio, hazme un favor. ¿Te importa llevar al instituto a este chaval, futuro candidato al Nobel?

—Cómo no, aunque para un premio Nobel haría falta un escolta.

—Sí, pero éste está en Aosta por asuntos personales. En fin, perfil bajo.

—¿Qué os creéis, que no me doy cuenta de que me estáis tomando el pelo? Total, si lo hace

todo el mundo... Bueno, gracias, señor Schiavone, ¡usted al menos lo ha intentado! —Y con la cabeza gacha siguió al agente Scipioni hacia la salida de la jefatura.

—¡*Erasmus... errant*, que alguien me lo explique! —murmuró el subjefe—. ¡Gabriele! —lo volvió a llamar.

El chico se dio la vuelta.

—¿Qué pasa?

—¡Ven aquí!

Resoplando, el chico se acercó al subjefe.

—Sabes que luego uno se hace mayor y todo esto se acaba, ¿no?

—Eso espero. La verdad es que no veo el momento. Adiós.

Rocco lo observó mientras se alejaba, a paso lento y cabizbajo.

—¿Has visto eso, *Loba*? En fin, manos a la obra. ¡Casella! —gritó.

Debía resolver el asunto de su despacho. Llevaba ya horas despierto y todavía ni había olido la maría. Notaba las articulaciones agarrotadas, el motor gripado: sin lubricante, la máquina no se pondría en funcionamiento.

—¡Casella!

Pero en vez de Casella, por el pasillo apareció Italo Pierron, con la cara blanca como la pared.

—¿Señor?

—Llevo una hora buscándote. Mi despacho...

—Tenemos un caso urgente. En la orilla del Dora.

—¡No! —A Rocco se le salían los ojos de las órbitas—. No. Hace un día estupendo, brilla el sol, ¡una tocada de cojones de décimo grado, no!

Italo extendió los brazos con resignación.

—Casella y D'Intino están ya en el lugar de los hechos. Hemos llamado a Fumagalli.

Era su día libre y Caterina había decidido dedicar la mañana a asuntos domésticos para luego ponerse a trabajar en su tesis. Las facturas se habían amontonado y, por un curioso mecanismo de compensación, el frigorífico se había vaciado. Como le había caducado el seguro del coche que no usaba nunca, también iba a tener que acercarse al ACI para renovar el sello. Tumbada en la cama, medio vestida, no encontraba las fuerzas para afrontar la jornada. Todas las cuentas pendientes apiladas podían dar a entender que era una chica desordenada y distraída, pero bastaba con echar un vistazo a la casa para darse cuenta de que era justo lo contrario. Pequeña y acogedora como un refugio de montaña, todo estaba en su sitio. Las cortinas a juego con el sofá, tres pequeños cuadros, discretos y logrados, que destacaban bajo los apliques metálicos. El empapelado de rayas, el perfume de lavanda que se propagaba desde unos palitos de madera metidos en un frasquito, todo estaba cuidado al milímetro. En los siete estantes de la única librería, los libros estaban ordenados por editorial. Los CD estaban colocados a la derecha del equipo de música, y los DVD en un pequeño compartimento debajo del televisor de veintitrés pulgadas. El rincón de la cocina, que estaba integrado en el salón del piso de dos habitaciones, brillaba como un espejo. Parecía estar listo para una inspección de Sanidad. El calendario perpetuo con los personajes de Pinocho señalaba la fecha exacta, el reloj de aluminio de IKEA marcaba la hora con precisión suiza. El exprimidor y la batidora en una esquina; los platos en el escurrerplatos de madera, junto al fregadero, estaban ordenados por tamaño, y los paños colgados

del tirador del horno parecían recién salidos de la lavadora. Al entrar en el pequeño baño con ducha, daba la sensación de que uno se encontraba en un hotel recién esterilizado para un cliente nuevo. El maquillaje, las cremas y los perfumes estaban alineados sobre el lavabo como soldados en formación. Al otro lado, el cepillo de dientes y el hilo dental. En los cajones del mueble del lavabo había discos desmaquilladores, un lápiz y una brocha, así como algunos medicamentos, todos metidos en unas graciosas cestitas de mimbre. La inspectora Rispoli valoraba el orden, que todo estuviera donde le correspondía y obedeciera a un criterio preciso. Odiaba las casas descuidadas, las que estaban vacías y aquellas en las que los cuadros colgaban torcidos. Sólo dos objetos rompían la armonía en aquel piso: la Beretta reglamentaria, enfundada y colgada de una percha de hierro forjado en forma de hombrecillo, y el jersey que Italo había dejado hecho un gurrúño una semana antes y todavía no había recogido.

Se levantó de la cama de golpe. Se puso los vaqueros y las zapatillas de deporte negras, encendió el móvil, se lo metió en el bolsillo, cogió la cartera y las llaves de casa y salió.

—Buenos días, señora Cormet —saludó a la vecina, que regresaba del mercado.

—Buenos días, Caterina.

—Voy a hacer la compra. ¿Necesita algo?

La viejecita abrió la puerta.

—No, tesoro, nada de nada. Gracias. —Hizo ademán de entrar, pero luego cambió de idea—.

¿Caterina?

La inspectora se detuvo en las escaleras y se dio la vuelta.

—Dígame.

—Por simple curiosidad, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¡Claro!

—¿Por qué sonrías?

Caterina no se lo esperaba y no supo qué responder.

—No sabría...

—¿Eres feliz? ¿Estás tranquila?

La chica se lo pensó.

—No lo sé. Sonrío porque... No hay una razón concreta.

—Sonrías con los labios, pero tienes los ojos tristes.

La inspectora agachó ligeramente la cabeza.

—En su opinión, ¿qué me hace falta para que los ojos también sonrían?

—Nada. Por eso no lo entiendo.

—Menos mal, señora Cormet, me temía que usted también empezara con la cantinela de que debería buscar novio.

—¿Y por qué? ¿Por qué cree la gente que sólo podemos realizarnos si nos completamos con un hombre? No, mi niña, no. Lo que quiere decirte tu vecina anciana es que te deshagas de las cosas del pasado. Ya pasaron y no tienen por qué pesarnos en el presente.

—¿Tiene usted alguna solución?

—Yo, a mis ochenta y dos años, la sigo buscando. ¡Que tengas un buen día! —Y, dicho esto, la mujer entró en la casa.

Caterina se quedó un instante pensativa en las escaleras, y luego salió.

Estaba escogiendo los espaguetis y pensando que luego se dirigiría a los detergentes cuando la vio, delante de la sección de congelados. Iba sin carrito ni cesta. Miraba a su alrededor con aquellos ojos enormes y el pelo despeinado. Camiseta larga de un azul descolorido y pantalones de chándal. La piel blanca y lechosa, las gafas unidas a una cadenita de cuentas que le colgaba del cuello.

«¿Qué hace en Aosta?», se preguntó Caterina mientras miraba distraídamente un paquete de rigatonis. Se escondió a toda prisa detrás de la estantería de la pasta. Podía pasar a través del sector de las mermeladas y, si tomaba el pasillo que venía después del agua mineral, llegaría hasta la caja y luego hasta la salida. Pero tendría que dejar la compra a medias, abandonar el carro lleno de productos y salir del supermercado, y no le parecía correcto dejarlo allí en medio. Se sentía culpable por los dependientes, que luego tendrían que devolverlo todo a su sitio. Se asomó despacio. Su madre había desaparecido de la sección de congelados.

«¿Y ahora? —pensó—. ¿Dónde se ha metido?»

Se convenció de que era una causa de fuerza mayor y soltó el carrito para dirigirse con circunspección hacia las mermeladas. Tampoco estaba en ese pasillo. Ni detrás de ella. Casi de puntillas recorrió la sección de vinos y licores. Al fondo sólo se veían las cajas. De su madre, ni rastro. Sonrió a la dependienta que atendía a una clienta y, mostrando las manos vacías, como diciendo «no me llevo nada», alcanzó la salida. Tampoco estaba en la calle. Pensó entonces que se lo había imaginado. Pero no, no era posible. La había visto, en carne y hueso, un guiñapo humano, pálida y más gorda que la última vez. Perseguida por aquella sombra fugaz, desapareció por las calles de Aosta doblando por todas las esquinas posibles.

«Al fin y al cabo, sabe dónde trabajas; si quiere, sabe dónde encontrarte», pensó.

—Por favor, aquí no hay nada que ver. —Casella intentaba evitar que las personas que ya se habían agolpado para disfrutar del espectáculo se acercaran más.

—¡Pero bueno! ¿Es que no lo han oído? ¡Aquí no hay nada que ver! —D'Intino le había cerrado el paso a un hombretón calvo con la cara picada que le sacaba al menos medio metro.

—Soy periodista...

—Casella, ¿si es periodista puede pasar? —preguntó el agente abruzo a su compañero.

—¡No, D'Inti! ¡Ya puede ser nuestro señor Jesucristo volando a ras de tierra, de aquí no se puede pasar!

Gianandrea estaba sentado en el asiento trasero del coche patrulla. A su lado, Miniero le ofreció un cigarrillo, pero el entrenador de los chicos del Polideportivo Cogne lo rechazó y luego se dio la vuelta, atraído por el ruido de los neumáticos de un automóvil con la luz de emergencia en el techo. Vio apearse a un agente y a un hombre con la cara arrugada.

—El de los pantalones cortos es el que ha encontrado el cadáver, me parece —dijo Italo, señalando con la barbilla a Gianandrea, que estaba al lado del agente napolitano.

Rocco no respondió. No hacía falta, bastaba con observar la mirada vacía y asustada de aquel tipo, y la palidez del rostro. El furgón de la Científica se encontraba estacionado junto al vallado del complejo deportivo.

—¿Me recuerdas cómo se llama el agente de Vomero?

—Miniero —respondió Italo.

Dos agentes estaban ya poniéndose los monos blancos.

—Ya están aquí. —Rocco los señaló con la barbilla.

—Pues claro, Rocco, son de los nuestros. Han creado una brigada provincial, ya no tendremos a Farinelli.

—¿Son los que me han birlado el despacho?

—Exacto.

—Estupendo, ya me caen como el culo.

El subjefe y Pierron se abrieron paso a través de los curiosos y comenzaron a descender la pequeña pendiente hacia el río. Rocco se apoyaba en Italo, las suelas de los Clarks tenían poco agarre sobre el terreno lleno de hierba.

—Ve despacio, Italo.

—Ahí lo tienes, Rocco.

El subjefe miró el cadáver a medio metro de la orilla, la mitad dentro del agua con la cabeza bocabajo. Fumagalli estaba allí cerca con un par de botas de pesca que le llegaban a la ingle. Junto a él había dos agentes.

—¿Has visto al forense? ¡Qué equipamiento! —Rocco se fijó en los pies de Italo—. ¿Son impermeables?

—¡Claro! Las del uniforme y...

—¿Qué número tienes?

—Cuarenta y cuatro.

—Quítatelas.

—¿Eh?

—Que te quites las botas, es una orden de tu superior.

Italo se sentó para quitárselas y se las dio a Rocco, que mientras tanto se había deshecho de los Clarks. Se puso las botas impermeables de Pierron y se arremangó los pantalones hasta la rodilla.

—¿Puedo ponerme tus zapatos? —preguntó el agente.

Rocco lo miró con frialdad.

—¿Mis Clarks? ¿Te has vuelto loco? Quédate aquí tranquilito, y sobre todo no te acerques al cadáver. —Italo se quedó esperando en calcetines cerca de los guijarros de la orilla, y Rocco se metió en el agua poco profunda mientras los dos agentes trasladaban el cuerpo a un lugar seco—. Está bien aquí, muchachos, está bien aquí —les indicó el subjefe.

Le dieron la vuelta.

—Ay, Dios santo... —exclamó el más joven.

—Vale, muchachos, podéis marcharos. —Y los dos policías, dispensados de tener que hacerle compañía a aquel cadáver, huyeron casi a la carrera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rocco a Fumagalli en cuanto se quedaron solos, con los pies cubiertos por un palmo de agua.

El rostro del cadáver estaba hinchado. Pero lo que más le impresionaba eran los labios. Parecían dos salchichas. Los pómulos prominentes parecían ocultar bajo la piel dos mandarinas, al contrario de la nariz, que se veía pequeña y aplastada de una forma casi antinatural. Fumagalli le desabrochó la camisa de florecitas. Al llegar al tercer botón apareció la nota discordante. El cadáver tenía dos pechos grandes y violáceos. El forense se inclinó para observar el cuerpo desnudo. Empezó a examinar los ojos y, con ayuda de un bolígrafo, intentó abrirle la boca. Luego le bajó un poco los pantalones cortos.

—Tenemos un MTF.

—¿Una trans?

—Diría que sí.

El torso, amarillento como la cera, no tenía ni un solo pelo, como tampoco había ni rastro de barba en el rostro.

—La pobre había comenzado ya el proceso quirúrgico —continuó Fumagalli—. Se había operado las mamas y el rostro. Probablemente estaba en lista de espera para quitarse el pene. —Y lo señaló con el bolígrafo. Era pequeño y oscuro, casi como si se avergonzara de estar allí—. Presenta equimosis conjuntival y, además, mira el cuello. Me juego mil euros a que murió estrangulada. —En torno al cuello se veía una huella violácea—. Me la llevo a la sala, pero seguro que no me equivoco.

—Me lo creo. ¿Cuántos años le echas?

—Unos treinta.

Rocco se inclinó para estudiar la camisa del cadáver.

—Debió de vestirse a toda prisa. Se abrochó mal los botones, ¿lo ves? Sobra uno aquí abajo. —Se encendió un cigarrillo—. Y ni siquiera se puso las bragas.

—¿Es un dato importante?

—Tengámoslo en cuenta... ¿Los zapatos?

—Los pudo perder en el agua. Tal vez llevase chanclas.

—Sin calcetines, está claro. —Le levantó una mano. Tenía las uñas pintadas de verde, igual que las de los pies—. No lleva anillos ni pulseras, nada.

—Ya...

Rocco se incorporó.

—Me toca los huevos. Yo me vuelvo a la jefatura. La típica ronda con los jefes. Cuidate, Alberto.

—Ah, ¿has conocido a la nueva de la Científica?

—No. ¿Interesante?

—¿Las novedades de este puerto? O llueve o sopla el viento ¡o suena a muerto! —Y el forense se concentró de nuevo en examinar el cadáver.

—¿Qué nos cuenta, subjefe?

Al periodista calvo con la cara picada se le había unido otro colega, un ricito con pinta de espabilado.

—¿Que qué les cuento? Que el año que viene la Roma ganará otra vez la liga. —Y pasó de largo.

Los dos periodistas renunciaron a hacerle más preguntas. Schiavone nunca les respondía, salvo en las poquísimas ruedas de prensa en las que el jefe lo obligaba a participar.

Un automóvil verde avanzaba en zigzag por la carretera que había junto al campo de deportes. Estaba comido por el óxido, tenía el capó abollado, la correa de transmisión chirriaba y las ruedas desinfladas emitían un extraño tintineo metálico. El vehículo se subió a la acera con un par de sacudidas y, tras un último estertor, el motor se detuvo. La portezuela se abrió rechinando y una mujer de unos cuarenta años bajó del coche. Agarró un viejo bolso de piel y cerró la puerta de una patada. El bolso cayó al suelo y de él salieron pequeños envases de plástico multicolor. La mujer alzó la mirada al cielo y se puso a recogerlos. Rocco se quedó embobado observándola. El pelo liso y oscuro le rozaba los hombros. Tenía cara de niña y los ojos negros, grandes y vivaces.

Vestía una falda por la rodilla y un par de botas impermeables. El ojo clínico de Rocco pudo intuir el cuerpo delgado y atlético y el pecho abundante, pese a que el jersey, tres tallas más grande, ocultaba las formas. La mujer acabó por fin de reunir sus cosas. Se acercó, protegiendo el bolso con un brazo como si se tratara de un recién nacido, y se detuvo delante de Rocco.

—¡Buenas!

—Buenas.

—Creo que es usted el subjefe Schiavone, ¿me equivoco? —Hablaba con acento siciliano y sonreía sin enseñar los dientes. Le tendió la mano, sujetando el bolso con la otra en un precario equilibrio—. Michela Gambino, comisaria de la Científica... —Y el bolso se le volvió a caer. Rocco la ayudó a recoger los envases que se habían desperdigado por el suelo una vez más—. Virgen santa, tengo que cambiar de bolso...

—¿Es usted la nueva?

—Pues sí. Empiezo hoy. Gracias. —Volvieron a ponerse de pie, pero esta vez Gambino dejó el bolso en el suelo. Por fin se estrecharon la mano. La de ella estaba fría y tenía los dedos estilizados. Ninguna alianza, sólo un anillo pequeño y sin piedra en el anular—. ¿Qué tenemos ahí abajo, en el río?

—Una trans muerta por estrangulamiento.

—Me enfrenté a algo así hace dos años, en Torre. Cuando era inspectora jefe.

—¿Annunziata?

—Del Greco. Pero yo soy de Palermo.

—Yo, de Roma.

—Sí, lo sé. Sé muchas cosas sobre usted. ¿Qué le parece si nos tuteamos? Creo que tendremos que trabajar juntos.

—Por mí, bien, Michela.

—Estupendo, por mí también, Rocco. —Luego miró al cielo, y en su rostro se dibujó una sonrisa de experta. Rocco siguió su mirada. El cielo estaba azul. Unas cuantas nubes. Una estela clara, la estela de un avión—. No se acabará nunca —comentó la mujer.

—¿El qué, perdona?

—¿Ves ese rastro blanco que ha dejado algún Boeing? —Luego dirigió la mirada al subjefe—. Estelas químicas —añadió la mujer.

—¿Cómo?

—Son estelas químicas. —Bajó un poco el volumen de la voz—. Lo llevan haciendo desde 1997. Disparan sustancias químicas en el aire, y a través de agentes psicoactivos tarde o temprano nos controlarán a todos.

—No te sigo. ¿Quién las dispara?

—Los poderosos. ¿Sabes cuántas personas dirigen el mundo? Trescientas. El club de los trescientos. Luego, con más calma, te explicaré quiénes son.

—Sí, con calma, entre otras cosas porque trescientos no son pocos...

—Y yo estoy convencida, Rocco, de que éste... —y señaló con el índice hacia el cielo— es un buen método para el control de la natalidad. ¿Nunca te has preguntado por qué George Soros vive en una isla por la que no pasa ninguna ruta aérea?

—Pues mira, no, Michela, no me lo he preguntado nunca. Pero ahora lo haré.

La comisaria de la Científica negó con la cabeza.

—¿Nunca has oído hablar del HAARP?

—No.

—¿Y del sándwich electroconductor?

—Lo siento, Michela, tampoco.

—Vives en la más completa ignorancia, subjefe. Dentro de veinte años habrán logrado reducir la población planetaria de siete mil millones a poco más de quinientos millones. Sólo quedarán los ricos, los poderosos, los importantes y un puñado de esclavos. —Se agachó para recoger el bolso y adelantó a Rocco. A los dos pasos se dio la vuelta—. ¿Cómo se está en Aosta?

—No sabría decirte —respondió Rocco.

—Ah, claro, tú no sabes nada. Y tú y tus hombres no habréis estado toqueteando y dejando huellas por ahí, ¿no?

—Claro que no, Michela, porque además el muerto está en el agua. Es difícil dejar huellas.

—¡Eso lo dirás tú!

—Oye, por curiosidad, ¿de qué marca es tu coche?

—Un ZAZ Zaporozhets 968. Imposible encontrarlo en Europa. Imposible seguirle el rastro. —Y le guiñó un ojo—. ¡En marcha! —gritó a los dos agentes vestidos con el mono blanco y, finalmente, se encaminó hacia el río.

Rocco se quedó allí de pie hasta que la mujer desapareció entre el grupito de curiosos. Luego, extendiendo los brazos, se dirigió hacia Pierron, que lo esperaba al lado del coche con los Clarks en la mano.

—¿Me devuelves las botas?

Rocco empezó a desatárselas.

—¿Ésa es la adjunta de la Científica?

—Ajá.

—¿Y cómo es? —preguntó Italo.

—Si no son raros, ¿no hay sitio para ellos en Aosta!

Había localizado su nuevo despacho, un cuarto que se asemejaba mucho a un antiguo cuarto de las escobas. Había una única ventana estrecha al fondo y el escritorio cabía de milagro. Para sentarse había que pasar por encima de él. *Loba* lo esperaba allí, a los pies de una taquilla de hierro que debía servir de fichero, pero que Rocco sospechaba que contenía un cubo, una fregona y algunos trapos. Se lanzó a abrir su cajón privado cerrado con llave y sacó el porro que se había preparado la tarde anterior. Lo encendió. Fue a asomarse al ventanuco. Comprobó, horrorizado, que daba al patio interior del edificio de la jefatura, así que desde los ventanales del pasillo central todos podían espiar lo que ocurría dentro de su despacho, o mejor dicho, dentro de su cuarto de las escobas. De hecho, D'Intino estaba dando golpecitos en el cristal de enfrente para atraer su atención y lo saludaba con la manita. Rocco no le devolvió el saludo. Se alejó del ventanuco.

—No, *Loba*, de aquí tenemos que salir pitando.

Cogió la caja de galletas de carne Amore! del cajón y le lanzó una, que la perrita atrapó al vuelo.

Fijó la vista en el teléfono apoyado en el tablero de madera, debajo de la lámpara verde.

—A ver, apuesto a que dentro de diez segundos me llama. Uno, dos, tres... —Sonó el teléfono—. Ya ves, *Loba*, lo he subestimado. —Levantó el auricular—. Schiavone al habla, dígame, señor...

En el otro extremo de la línea estaba el jefe superior.

—¿Cómo ha sabido que era yo?

—Soy policía, ¿recuerda?

—Hace bien en mencionármelo de vez en cuando. Venga a darme el parte de los hechos.

—Justo estaba yendo para allá. A propósito, hay otro asuntito sobre el que me gustaría hablar con usted.

—¿De qué se trata? Tiene que ir a Roma, supongo.

—No, se trata del despacho.

—Suba y lo hablamos.

Colgó.

—*Loba*, pórtate bien otro ratito, tengo que subir.

Tiró el porro al suelo, lo aplastó con el pie, lo recogió y lo lanzó a la papelera. Olfateó el aire. Negó con la cabeza y fue a abrir la ventana.

—Es que ni cortinas, mira que son agarrados.

En el pasillo se dio cuenta de que alguien, tal vez Italo, se había tomado la molestia de cambiar de puerta el cartel con las tocadas de cojones. El traslado tenía toda la pinta de ser definitivo. ¿Lo estaban castigando? Quizá. La historia de Roma, de Enzo Baiocchi, y el interrogatorio del jefe superior y del magistrado ya habían tenido la primera consecuencia. Lo habrían puesto a hacer las fotocopias de no ser porque allí dentro era la única cabeza pensante y porque la fotocopidora funcionaba sólo en días alternos.

«Tal vez estén haciendo todo lo posible por trasladarme —pensó mientras subía las escaleras—. ¿Y qué?»

Aquello tampoco le preocupaba demasiado. No se sentía ligado a aquella ciudad, tampoco a sus colegas. Se había preguntado con frecuencia si alguna vez se encariñaría con alguien. ¿Italo Pierron? Un chico agradable, lo apreciaba, pero eso era todo. Antonio Scipioni, buen policía, inteligente, pero no era más que un colega de trabajo. Los demás agentes, el jefe superior Costa, Baldi, de éstos ni hablar. Y tampoco Fumagalli, demasiado raro, de otro planeta. Luego estaba Caterina. Caterina merecía mención aparte.

Había ido calando en él poco a poco, como esos virus que al principio no son mucho más que una gripe, pero que después te debilitan hasta tal punto que no consigues siquiera levantarte de la cama. Y pensar que en septiembre, cuando la conoció, era sólo una chica mona con la que habría mantenido gustosamente alguna conversación más íntima que un buenos días o un buenas tardes soltados con la boca chica fuera del horario laboral. Con el tiempo se había dado cuenta de que Caterina estaba un escalón por encima, y cada vez que ella tenía el día libre o no se encontraba bien, se notaba el vacío. Por suerte, estaba comprometida, y además su novio era Italo, lo que lo hacía todo más sencillo. Aquello se la quitaba de la cabeza. Para Rocco, la mujer de un amigo o de una persona por la que sintiese cierto afecto era intocable. Era una monja, un cura, un monolito de mármol. Dejaba de verla como una mujer a quien seducir. Había pasado lo de aquel medio beso, es cierto, el día que le habló de la muerte de Marina. Pero se había dejado llevar por la emoción y los recuerdos, que le estrujaban el corazón y la garganta, dejándolo sin aire y anulándole la capacidad de pensar. Qué le importaba si lo enviaban a otra ciudad. Para él, que arrastraba la vida a hombros como un pesado haz de leña, eso era lo de menos. ¿La mudanza? Dos maletas y un perro.

En eso estaba pensando mientras llamaba a la puerta del jefe superior.

—¡Adelante!

—Aquí me tiene, señor...

—Tome asiento, Schiavone. —Costa estaba sentado ante el escritorio, concentrado en la lectura del periódico—. Parece que mi ex mujer ha cambiado completamente de tono respecto a usted. ¿Lo ha leído? —Y le pasó el diario. Había un artículo firmado por Sandra Buccellato. El título era «Roma nos ha hecho un bonito regalo». Schiavone le echó un vistazo distraído; era un texto que elogiaba las dotes investigadoras del subjefe y hacía hincapié en la certeza de que Enzo Baiocchi, el asesino de Adele Talamonti, la pobre prometida de Sebastiano Cecchetti, pronto sería entregado a la justicia.

—Por cierto —dijo Costa, recuperando el periódico que Schiavone le devolvía—, ¿usted se siente a salvo? Ese Baiocchi sigue suelto por ahí. —Y le hizo un gesto para que se pusiera cómodo.

Rocco se encogió de hombros.

—Yo me siento seguro. Si quiere regresar, sabe dónde encontrarme.

—¿Indiferencia ante el peligro?

—Aburrimiento.

Costa lo miró y negó con la cabeza.

—Y hablando de aburrimiento —continuó—, ¿puedo saber por qué motivo me han arrinconado en aquel antiguo cuarto de las escobas?

—Es algo provisional. Tenemos que hacerles sitio a los de la Científica y...

—Sí, el motivo oficial lo he entendido. Tendrá que acostumbrarse a una brigada móvil de eficiencia reducida. ¿Empezamos ya? De acuerdo, Plan Félinaz, cerca del polideportivo. Tenemos un cadáver, hallado en el lecho del río, varado en la orilla. Se trata de una trans... —El jefe superior escuchaba con extrema atención—. En un primer examen, de unos treinta años. Es aún pronto para hablar de las causas de la muerte, pero la hipótesis es el estrangulamiento.

Costa se dejó caer sobre el sillón.

—¿No se ahogó?

—No lo creo, pero Fumagalli no tardará en aclarárnoslo.

—¿Sabemos quién es?

—No lo sabemos, señoría. Y preveo una serie de tocaditas de cojones para averiguarlo.

Baldi resopló.

—Tenemos que ir a investigar en ese ambiente —dijo el magistrado, sentándose ante el escritorio.

—¿Qué ambiente, si me lo permite?

—Prostitución. ¿Conoce a algún trans que se gane la vida de otra forma?

—Sí —respondió Rocco.

—Yo no. En cualquier caso, intentemos averiguar al menos la identidad. ¿Cuántos trans habrá en Aosta?

—¿Es que está usted seguro de que era de aquí?

La fotografía de la mujer de Baldi había vuelto a desaparecer del escritorio.

—No estoy seguro, pero dado que usted dice que iba vestido de forma sencilla, digamos con ropa de andar por casa, es probable que viviese aquí.

—O que hubiera venido a visitar a alguien que la hubiese invitado.

Baldi se levantó de la silla. Fue hasta la ventana.

—Para referirnos al trans ¿hay que usar el masculino o el femenino? —preguntó el magistrado.

—Yo uso el femenino.

—¿Por qué?

—Porque no era un travesti. Era una trans. Tenía pecho, vamos, creo que hay muchas posibilidades de que estuviera preparándose para la operación final. Y es por ahí por donde quiero empezar a indagar. Si estaba en lista de espera, en los hospitales deberían saber algo.

—Me parece una idea excelente. ¿Le molesta si yo sigo usando el masculino para referirme a la víctima?

—Haga lo que crea conveniente.

—¿Sabe? Para mí, quien nace hombre, hombre se queda, no creo demasiado en los cambios radicales. ¿Conoce la fábula del escorpión y la rana?

—La conozco.

—La naturaleza más profunda, ¿esa no cambia nunca!

—Uno puede tener una naturaleza femenina inserta en el cuerpo de un hombre.

Baldi negó con la cabeza, cerró la ventana y volvió al escritorio.

—¿Le gusta su despacho nuevo?

Rocco sonrió.

—Es precioso, pero se equivoca al llamarlo despacho. «Cuarto de las escobas» sería más apropiado. Pero por lo menos la ventana o, mejor dicho, el ventanuco, da al patio interior y no veo las montañas.

—Me imagino que se habrá preguntado por qué se le ha trasladado allí.

—No me lo he preguntado. Lo sé.

Baldi clavó la mirada en los ojos del subjefe.

—Creo que su futuro pende de un hilo.

—Estoy acostumbrado.

—¿Por qué no me dice la verdad sobre Enzo Baiocchi? ¿Por qué la tiene tomada con usted? ¿Qué ocurrió entre ustedes? Schiavone, le estoy dando una última oportunidad.

—Como ya tuve ocasión de decirle, lo descubrirá usted por sí solo, puesto que no me cree. Ahora, si no le importa, tengo trabajo. —Rocco se puso de pie.

—Usted cree que yo le odio, ¿no es cierto?

—Usted hace su trabajo. Es alguien que cree en lo que hace. De hecho, más de una vez ha hecho la vista gorda.

—Entonces, ¿por qué no quiere colaborar y así nos ahorramos futuros contratiempos?

El subjefe no respondió. Abrió la puerta y luego se volvió hacia el juez.

—Lo tendré informado sobre la evolución del caso. Saludos a su mujer.

Le dio la espalda y el magistrado aprovechó para disparar el último cartucho, el más potente.

—¿Cómo murió Luigi Baiocchi, el hermano de Enzo?

—Creo que en Sudamérica. No sé más.

Los dos hombres se miraron.

—¿Qué relación tenía usted con él?

—¿Otra vez? Ya se lo he dicho. Era un criminal de poca monta. Lo empapelé por tráfico de cocaína hace muchos años.

—Refrésqueme la memoria.

Rocco alzó la mirada al cielo y abrió los brazos, resignado.

—Está bien. En 2007 descubrimos un caso de tráfico de cocaína gracias al homicidio de dos

muchachos que habían empezado a robarles droga a los traficantes. El jefe tenía una empresa de muebles a las afueras de Roma, y descubrimos que la coca le llegaba desde Sudamérica mediante el envío de muebles. La droga venía escondida o, mejor dicho, venía transformada en estatuillas precolombinas falsas procedentes de Honduras. Encontramos el cargamento durante un registro en el puerto. Hubo un tiroteo, un par de muertos, un agente herido y, al final, dimos con la banda. Pero Luigi Baiocchi y algunos de sus secuaces escaparon, y sobre todo no llegamos a descubrir a los verdaderos jefes del narcotráfico, porque sospechábamos, y yo sigo estando convencido de ello, que detrás había alguien muy poderoso que controlaba todo el polvorín.

—Y ese Luigi Baiocchi, el hermano de Enzo, dice usted que murió en algún lugar de Sudamérica.

—Eso oí.

—¿Y no le parece curioso que ahora reaparezca el hermano fugado de la cárcel para despellejarlo? Vamos, Schiavone, no ofenda mi inteligencia.

—El día que le pongamos las manos encima a Enzo Baiocchi, usted podrá preguntárselo y así sabremos la verdad. Créame, yo también tengo curiosidad. —Y dicho esto, salió.

Por el camino de regreso a la jefatura, se había quedado ensimismado delante de un escaparate. Su mirada vagaba distraída por los artículos expuestos, ni siquiera se había dado cuenta de que era ropa de mujer. La situación se había vuelto insostenible, lo sabía. El cerco se había estrechado, era sólo cuestión de tiempo que descubrieran la verdad, que yacía oculta junto a Luigi Baiocchi bajo quintales de cemento en una casa adosada del barrio del Infernetto, en Roma. Le vino a la memoria aquella noche de 2007. El hedor a orina de la nave, la luna y las estrellas que asomaban la cabeza entre los cristales rotos. El disparo. Luigi Baiocchi tendido en el suelo con un agujero rojo en medio de la frente. La boca de su pistola que lo miraba para el último balazo, el decisivo, el que pondría fin a todo. Luego vio su propio reflejo en el escaparate de la tienda. Demacrado, con los ojos cansados, el pelo despeinado. Una sombra pasó a su lado y, por un instante, se reflejó en el cristal. Una figura blanca, veloz, como alma que lleva el diablo, pero que dejaba tras de sí un perfume que Rocco conocía bien. Se dio la vuelta. La calle estaba desierta.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Marina? —dijo en voz baja.

Miró de nuevo su reflejo. Era curioso, antes no había reparado en la barba de varios días ni en el mechón de pelo sobre la frente que se había vuelto blanco. Reemprendió el camino. Se cruzó con una niña con las mejillas llenas de lágrimas y un gatito en brazos, un hombre a paso rápido y con ojos de preocupación, y un chico con el pelo largo y una cazadora remendada, que se mordía el labio. Y se descubrió pensando que todo ser humano, del más joven al más anciano, se ha quedado atascado en algún punto y lucha, en lo más recóndito de su corazón, por curar a un gato enfermo, por no llegar tarde a una cita, por tomar las riendas de su propia vida. Alzó la mirada. El sol seguía allí, como el cielo. Y aquella mañana de principios de verano, Rocco se sintió más solo que nunca. Ni siquiera Marina iba ya a buscarlo. Pasaba con rapidez, como la gente por la plaza, y ya no se detenía junto a él.

Caterina no encontraba las llaves de casa. Ni en el bolsillo izquierdo de los pantalones, ni en el

derecho, ni en el delantero de la chaqueta. Y eso que ella tenía un sitio para cada cosa. Para las facturas, los recibos, los tiquets, los medicamentos. Las llaves, en cambio, eran indomables. Parecían tener vida propia. Siempre estaban jugando al escondite entre bolsillos, bolsos y cajones, y no había manera de meterlas en vereda.

«¿Se me habrán caído en el supermercado?», pensó mientras metía la mano en el bolsillo izquierdo delantero de la cazadora, donde ya había rebuscado más de un par de veces. En ese momento los dedos tocaron algo metálico. Estaban allí, escondidas dentro del forro. Con alguna que otra contorsión de los dedos, la inspectora logró sacarlas.

—Hola... —Una voz a su espalda la dejó helada. Se dio la vuelta.

Su madre estaba en la acera. La mujer avanzó un par de pasos.

Tenía que mantener la calma, no flaquear, no permitir que la invadieran los remordimientos y tratarla con indiferencia, con frialdad, tan dura y despiadada como Agnese lo había sido con ella durante todos los años que había vivido en su casa.

—¿Qué quieres? —le dijo mirándola fijamente a los ojos, con las llaves ya metidas en la cerradura.

—Por favor, Caterina, te he visto entrar en el supermercado y luego...

—¿Qué haces? ¿Me sigues? ¿Por qué estás en Aosta?

Su madre bajó la mirada.

—¿Podemos intentar hablar cinco minutos?

Caterina dejó las llaves dentro de la cerradura y se cruzó de brazos. El corazón le latía con fuerza. Trató de respirar, pero tenía un nudo en la garganta.

—¿Después te irás y me dejarás en paz? —masculló.

—Me ha llamado tu padre.

Caterina tragó saliva, luego soltó una risotada malvada.

—¿Es que volvéis a estar juntos?

—No. No es eso. Él no tiene tu número.

—¿De verdad? —preguntó Caterina abriendo mucho los ojos—. Qué raro —añadió con ironía.

—Me ha pedido que venga a decirte una cosa.

—No me interesa lo que tenga que decirme —respondió, cogiendo de nuevo la llave y girándola para abrir. Pero su madre la agarró del brazo.

—Caterina, te lo ruego. Tu padre tiene que someterse a una operación de corazón muy peligrosa.

Aquel contacto le dio escalofríos. Se fijó en las manos de su madre, las uñas con el esmalte rojo descascarillado, los dedos que reventaban dentro de dos anillos de bisutería. Odiaba aquella mano, odiaba aquella piel, aquel olor nauseabundo a apio que emanaba.

—¿Y qué?

—Que antes de jugársela en el quirófano le gustaría verte.

—¿Por qué? ¿Hay riesgo de que no salga?

Agnese asintió. Caterina se le acercó y, en voz baja, le murmuró en la cara:

—¡Pues eso le deseo!

Se liberó de la mano que la retenía, abrió el portón, entró en el edificio y con la pierna volvió a cerrar la hoja de madera, dejando a su madre en mitad de la calle. Subió las escaleras rápidamente, sin pensar, con las llaves en la boca para no perderlas de nuevo. Finalmente entró en su piso, encendió la luz, colgó la chaqueta en el gancho de madera junto a la puerta de entrada y se fue al baño para abrir el agua de la ducha, evitando mirarse al espejo. Se desnudó con rapidez y

dobló los pantalones sobre la silla, lanzó los calcetines de algodón y la camiseta al cesto de mimbre para la ropa sucia y devolvió los zapatos al zapatero. El agua humeaba. Se metió en la cabina de ducha. Empezó por el pelo. Se aplicó champú dos veces, luego una dosis abundante de acondicionador y se lo enjuagó. Cogió la esponja y vertió gel sobre ella. Se frotó las axilas, se pasó la esponja entre los glúteos, se restregó las piernas hasta que casi se le pusieron rojas, el cuello, los brazos, los pies... Cerró el agua y cogió el albornoz. Se secó enérgicamente. Se envolvió con una toalla el pelo empapado y se fue al salón. Encendió el televisor y puso el telediario a todo volumen. «... El temporal está azotando las regiones que limitan con la cuenca centro-occidental del Mediterráneo, donde las riadas...» Llenó el hervidor de agua, lo puso en el fuego y preparó la taza con la bolsita de té. Se sentó en el sillón delante del televisor, respiró hondo y rompió a llorar.

Sentado ante el escritorio, Rocco Schiavone pasaba revista a sus tropas. El agente D'Intino, de la provincia de Chieti, lo miraba con el ojo fijo y vidrioso de una lubina en los puestos del mercado. Deruta, empapado en sudor, respiraba con dificultad ahora que el camino se había hecho demasiado largo para llegar al nuevo despacho del jefe, y si a eso se le sumaba el tramo de escaleras, aquello se convertía prácticamente en un recorrido de guerra. Y luego estaba Casella, con aquel aire distraído de quien ha ido a parar allí por casualidad, lo que no distaba mucho de la realidad, e Italo y Antonio, aburridos, al lado de la puerta. El antiguo cuarto de las escobas era una lata de sardinas.

—Amigos, colegas, conciudadanos, prestadme atención. Como podéis ver, estamos en el nuevo despacho de vuestro jefe. Por lo tanto, éste es el grado de estima que la jefatura de Aosta siente por nosotros, a pesar de los recientes éxitos. Pero ¿sabéis lo que os digo?, ¡que mejor así! De las dificultades se aprende. Y de hecho, a partir de hoy comienza una nueva etapa. ¿Y cómo la llamaremos? —Miró a los agentes, que no supieron qué responder—. La llamaremos «Schiavone hace lo que le sale de la polla». ¿Y en qué sentido?, diréis. Muy fácil. Os tocará a vosotros salir por ahí a deslomaros mientras yo participo en la rueda de prensa del jefe superior y me quedo aquí pensando y reflexionando sobre la vida, fumándome una cantidad industrial de cigarrillos. ¿Hasta aquí entendido?

—Sí —murmuraron más o menos todos, menos D'Intino, que se inclinó hacia Casella y dijo:

—Yo no *entendí* nada.

—Enseguida lo entenderás, D'Intino —aseguró Rocco—. A ver, reparto de tareas. D'Intino y Deruta, id a daros una vuelta por ahí en busca de todas las trans que haya en Aosta y provincia hasta Biella, y les enseñáis la foto del cadáver hallado.

Los dos agentes se miraron desconcertados, parecían titubear.

—No es cualquier cosa... —apuntó Deruta.

—¡Me la suda! —añadió Italo.

Rocco dio un puñetazo en la mesa.

—A ver, tenéis que empezar a aprender el uso exacto de los vocablos y las expresiones. «Me la suda» se emplea cuando una cosa te importa un comino. Por ejemplo: ¿Sabes que Saint-Vincent tiene cuatro mil habitantes? Me la suda, puedes responder. Es decir, me importa un bledo. Como tú lo usas, Italo, está mal. ¿Que tienes que buscar una aguja en un pajar? Entonces tienes que decir: ¡hostia! «Hostia» indica asombro, es como decir: ¡caray! ¿Entiendes la diferencia, Italo? No

puedes emplear «me la suda» para expresar admiración o sorpresa. «Me la suda» se usa para decir «me importa un comino». ¿Que he ganado cuarenta millones de euros a la lotería? «¡Hostia!» es lo que hay que decir. Si dices «me la suda», significa: me da exactamente igual. Eso es. Empezamos de nuevo. Deruta y D'Intino deben buscar a todas las trans de Aosta y provincia. ¿Tú qué tienes que decir, Italo?

—¿Ostras?

—¡Hostia! —lo corrigió su superior.

—¡Hostia!

—Muy bien, Italo. Pero ¿y si digo que en Courmayeur tienen teleférico?

—Me la suda.

—Perfecto. Acabas de aprender el artículo siete de la constitución romana, que reza tal que así: un «me la suda» a tiempo soluciona mil problemas. Sigamos. ¡Italo! Como hoy es el día libre de Caterina, te me vas derecho como un niño bueno a ver a Fumagalli para preguntarle por las novedades sobre el cadáver.

—¿Yo? —preguntó Pierron.

—Tú te llamas Italo, ¿no? Pues claro, ¡quién va a ser!

—Pero señor, es que a mí el depósito...

—Si quieres trabajar de policía, tienes que acostumbrarte a las visitas al depósito. Y punto pelota. Ahora pasamos a Antonio Scipioni. Tú y Casella os pasáis a ver a nuestra comisaria de la Científica para que os ponga al día. ¿Queda claro?

—Sí —respondieron todos menos D'Intino, que se inclinó hacia Deruta.

—¿Eh? No *entendío*.

—Tenemos que preguntarles a las trans si conocían al cadáver.

—Sí, sí, pero ¿qué es eso de trans? —preguntó en dialecto abruzo.

Rocco cortó por lo sano.

—¡Adelante, chavalotes, y volved victoriosos!

Los agentes se pusieron en marcha, poco convencidos.

—Nos vemos aquí dentro de... pongamos, cuando os dé la gana. Y una cosa os pido, D'Intino y Deruta, volved vivos. Que vaya bien el trabajo...

Salieron del despachito. Rocco se quedó a solas con *Loba*.

—Y ahora tú y yo nos vamos a dar la rueda de prensa.

La sala estaba medio llena. Cuando el jefe superior vio llegar a Rocco desde el fondo del pasillo, sonrió aliviado. No daba crédito.

—¡Schiavone! Nos enfrentamos juntos a los gacetilleros. Me alegro mucho. ¿Puedo saber a qué se debe?

—Muy sencillo, jefe. Despacho nuevo, estrategia nueva. He enviado a mis agentes a trabajar sobre el terreno. Yo me quedo aquí para hacer de enlace.

Costa lo agarró de una manga.

—Schiavone, ¿qué me está diciendo? ¿Su brigada? En fin, todos sabemos cómo son. Vamos, que salvo por un par de elementos...

—Sí, son un desastre. Pero ahora trabajamos así. Ya es hora de que crezcan estos muchachos, ¿no?

El jefe superior no lo dejaba entrar.

—Pero ¿qué dice? Tenemos un homicidio de por medio, éstos no son capaces ni de...

—Bueno, un homicidio resuelto más, un homicidio resuelto menos... Venga, vamos. No está bien hacer esperar a los periodistas. —Se liberó de la mano de su superior, que lo retenía, y entró en la sala.

—Se trata del hallazgo de un cadáver a orillas del río, en la localidad de Plan Félinaz, cerca del polideportivo. El homicidio se perpetró presuntamente por la noche, pero esperamos las conclusiones del doctor Fumagalli.

Costa hablaba de pie. Rocco, sentado a su lado, observaba a los periodistas. Buccellato estaba en segunda fila. Sus miradas se encontraron en más de una ocasión. Los ojos de la periodista, en cambio, no buscaron en ningún momento los de su ex marido. Alguien levantó una mano en primera fila. Un hombre narigudo pidió la palabra.

—Adelante, Angrisano —dijo Costa resoplando. Saltaba a la vista que lo odiaba con toda su alma.

—Sí, ¿podrían darnos algún detalle más? Es todo bastante vago.

—¡El delito se ha cometido hace pocas horas! —gritó el jefe superior—. ¿Quieren concedernos al menos el tiempo de comprender qué ha pasado? No estamos en una rueda de prensa, esto es un mero comunicado. ¿Es que no sabe cuál es la diferencia?

—Sí, pero, aparte de eso —insistió Angrisano—, ¿tienen algún sospechoso? ¿Alguna pista?

—¡Angrisano! Los detalles son secretos, y usted debería saberlo. Es una investigación, ¡no una partida de Monopoly!

—Señor —dijo una voz de mujer. Era Buccellato. Rocco se fijó en cómo apretaba Costa el puño derecho—. ¿Algún dato más sobre el muerto? —preguntó la periodista.

El jefe superior, con la boca seca, miró a Rocco en busca de ayuda. El subjefe tomó la palabra.

—Veamos. El cadáver se encontró dentro del agua, hinchado, y cuando digo hinchado no me refiero al cuerpo, sino al rostro. Se había sometido a varias intervenciones quirúrgicas, nariz, labios, pómulos, pecho, pero seguía teniendo el miembro, y no se trata de un hermafrodita, sino de una trans. Descartamos rotundamente el ahogamiento como causa de la muerte.

—¿Por qué? —preguntó el periodista de ricitos.

Rocco ni se molestó en responderle.

—No llevaba documentación encima, por lo tanto, estamos totalmente a oscuras en cuanto a la identidad.

—Y en cuanto al móvil, supongo —intervino Buccellato.

—Bien visto. Tenemos que seguir la pista pasional, la pista del chantaje, de la venganza...

—Es decir, ¿todas las pistas? —preguntó Angrisano.

—Exacto. —Y el subjefe se calló. Costa lo miraba, pero Rocco no tenía ninguna intención de añadir nada más.

—Bien —el jefe superior tomó la palabra—. La brigada móvil ha iniciado las indagaciones y creemos que, como muy pronto...

—¿Por qué el subjefe está aquí y no investigando el homicidio? —preguntó Buccellato.

Fue Rocco quien respondió:

—Porque prefiero darles directamente yo las noticias. No me gusta cuando alguno de ustedes

pone en mi boca palabras que no he dicho y hace de la calumnia su arma favorita.

Buccellato sonrió. Rocco, sin embargo, permaneció serio. Tres segundos más tarde, se armó la marimorena.

—Schiavone, ¿me explica qué clase de actitud es ésa? ¿Viene a hablar con la prensa y me azuza a los gacetilleros? Yo con éstos tengo que vérmelas todos los días, recibo presiones de sus directores, del presidente de la Región, ¡de todo el mundo!

—Señor Costa, si la consideración que esta jefatura tiene por mí consiste en meterme en un antiguo cuarto de las escobas, trataré de estar a la altura de las circunstancias. Y me comportaré en consecuencia. Dado que este trabajo, la jefatura, usted, los periodistas, Aosta y los homicidios son para mí unas enormes tocadas de cojones y que todo esto me importa un pimiento, lo único que pido es poder quedarme encerrado en mi cuartucho durante el horario laboral y trabajar desde allí.

—Está usted renegando de su cometido.

—No, son ustedes quienes lo hacen. Si me necesita, puede encontrarme entre el detergente para suelos y la escoba eléctrica. —Y echó a andar pasillo abajo—. Ah, por cierto. Creo que me iré a casa. Total, antes de mañana por la mañana no tendremos novedades de mi brigada. Nos vemos entonces.

• • •

El cielo estaba oscuro, una aureola más clara, que se extendía alrededor de las cimas de las montañas, seguía su contorno. Las farolas de la calle estaban encendidas, y también los rótulos luminosos de las tiendas. Rocco regresaba a casa con un paquete en la mano que contenía un kebab y una bandejita de patatas al horno. En ese momento lo vio doblar por via Croix de Ville y dirigirse hacia su casa con una bolsa de ultramarinos.

—¿Qué tal ha ido, Gabriele?

—Mal. He sacado un dos. —Caminaba con la cabeza gacha, y el pelo largo le tapaba la mitad de la cara.

—Entonces este año no hay nada que hacer.

—Eso parece. ¡Al final incluso me ha pedido traducir una frase en latín sin diccionario!

—¿A ti? —Al subjefe casi le entraron ganas de reír.

—Mire, la tengo aquí... —Dejó la bolsa en el suelo, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros cortados por la rodilla, sacó un trozo de papel y lo abrió—. *Ibis redibis non morieris in bello.*

—Pero ¡si eso lo sabe todo el mundo! Es la frase de la Sibila. Según donde pongas la pausa, cambia el significado. Si la pones después de *redibis*, se traduce: «Irás, volverás, no morirás en la guerra.» Pero si la colocas delante de *morieris*, entonces suena como: «Irás, no volverás, morirás en la guerra.» En resumen, el soldado le preguntó a la Sibila por su destino antes de marcharse a la guerra, y lo que obtuvo en realidad fue sólo una frase ambigua, es decir, sibilina.

—¿Quién es la Sibila?

Rocco abrió los brazos.

—Da igual, Gabriè...

El chico siguió caminando con la cabeza gacha. Rocco se detuvo de repente. Cogió a Gabriele de la mano y se lo llevó debajo de una farola.

—Quítate un momento el pelo de la cara.

—¿Eh?

—Te he dicho que te quites el pelo de la cara. —Gabriele vaciló. Trató de zafarse, pero Rocco lo sujetaba del brazo—. Gabriele, ¡déjame que lo vea!

Lentamente se llevó la mano a la cabeza y, con un gesto dócil, se apartó el mechón que le tapaba media cara. Tenía un cardenal amarillo y morado.

—¿Cómo te lo has hecho?

—En el instituto. En clase de gimnasia. Jugando al baloncesto, un balón me ha dado en la cara.

El subjefe lo miró a los ojos.

—¿Sabes a qué me dedico?

—¿Es comisario?

—Error. Soy subjefe. O sea, policía. Y cuando oigo una gilipollez, ¿lo ves? —Se subió la manga del jersey—. Se me pone la piel de gallina. Y ahora tengo la piel de gallina. Lo que significa que me has mentado.

—Se equivoca. Es la verdad.

—Gabriele, te lo pregunto por segunda vez. ¿Cómo te lo has hecho?

El chico se rascó la cabeza.

—No fue nada, sólo una discusión.

—¿Entre tú y?

—Y uno del instituto.

—Vale. Uno contra uno, de acuerdo. ¿Y el otro?

—¿Quiere saber cómo se llama?

—No, lo que quiero saber es: tú te vuelves a casa con un cardenal, ¿y el otro?

Gabriele se encogió de hombros.

—¡No, hijo mío, eso no puede ser! Tienes que aprender a pegar, ¡me cago en todo!

—No sé dar puñetazos.

—He dicho pegar, no boxear. No pasa nada, tendré que explicarte un par de cosas.

Reemprendieron el camino hacia casa. Fue Gabriele quien abrió el portón.

—¿Tu madre no está?

—No, esta noche se queda en Milán.

—¿Y duermes solo?

—Sí, estoy acostumbrado.

Entraron en el edificio. Rocco detrás, Gabriele delante. Subieron las escaleras.

—Y también tienes que ponerte a dieta, tienes un culo que parece un sillón. ¿Qué vas a cenar esta noche?

—Me he comprado dos hamburguesas y después me zamparé un helado de vainilla. ¿Y usted?

—Kebab y patatas al horno.

—¡Qué rico!

Llegaron al rellano.

—Pero ¿sabes qué? Ahora mismo nos vamos a cenar fuera, tú, *Loba* y yo. De celebración.

—¿De qué?

—De tu suspenso.

—¿Y eso hay que celebrarlo?

—Claro. ¿No lo sabías? Celebrar las malas noticias sirve para aprender a vivir. Date una ducha y ponte unos pantalones largos, que con esa cosa cortada por la rodilla das asco. Se te ven los gemelos, los pelos, y hasta los calcetines que sobresalen de las zapatillas de deporte. Y ponte también una camiseta limpia. ¿Tienes?

—Oiga, que yo la lavadora sé ponerla, ¿qué se cree?

De su nuevo piso, Rocco valoraba sobre todo que estaba cerca de al menos un par de restaurantes nada desdeñables. Encontraron mesa en el Grottino, donde pidió pasta con almejas. Nunca habría imaginado que en Aosta encontraría una calidad digna de la costa amalfitana, y, cuando unos meses antes lo había descubierto, había elegido aquel restaurante como su favorito. Allí dentro se respiraba mar, sol y cielo. Gabriele no era muy aficionado a las lubinas ni a las doradas, así que se decantó por la pizza. Rocco se quedaba fascinado viéndolo comer. Masticaba y tragaba como si no hubiese un mañana, y la primera cuatro estaciones cayó en pocos segundos.

—Una vez vi un documental sobre las pirañas, ¿sabes lo que son las pirañas?

—¿Está de broma? —respondió Gabriele con la boca llena—. *Piraña, Piraña II. Los vampiros del mar, Piraña '95, Megapiraña...* No saque temas con los que podría dejarlo KO. —Y le pegó un buen trago a la cerveza—. Parezco uno de esos peces asesinos, ¿verdad?

—Exacto. ¿Quieres otra?

—Preferiría un calzone. ¿Aquí los hacen?

—Creo que sí. —Llamó a un camarero—. Oiga, tráiganle un calzone aquí al tiburón.

—Ahora mismo —respondió el camarero, que desapareció sonriendo.

—*Tiburón, Tiburón 2, El gran tiburón y Tiburón, la venganza.* ¡Lo sé todo! —Y el chico levantó los puños al cielo como si hubiese marcado un gol—. ¿Quiere saber quiénes las dirigieron? El primero fue Spielberg, absoluta obra de arte del maestro indiscutible, hay que besar el suelo que pisa; la segunda la hizo Swarc; la tercera la rodó Alves, y la última, el gran Sargent, que antes había dirigido *Pesadillas*, una película de terror, no sé si me explico.

Rocco se había quedado con el bocado a medias.

—Pero ¿de qué coño estás hablando?

—Luego le enseñe mi habitación. Tengo una colección de cine de terror para chuparse los dedos.

—Yo odio el cine de terror. —Y el jefe siguió comiendo.

—Porque ha tenido una infancia difícil. De lo contrario, le encantaría.

Aquel adolescente gordinflón, lleno de granos y con el pelo largo y grasiento, que no podía ver un libro ni en pintura, lo había dejado de piedra. Rocco le tendió un espagueti a *Loba*.

—Entonces, ¿tú sí has tenido una buena infancia?

—Yo de pequeño era feliz. —Cogió un trozo de pan—. Las cosas se torcieron después, pero hasta los doce años me lo pasé en grande. *Alien*, ¿la ha visto?

—No, es una película, ¿verdad?

—Exacto. Pues imagínese que la familia es un cuerpo. Nosotros teníamos dentro un alien. Y no lo sabíamos. Luego nos dimos cuenta, pero lo combatimos y se fue.

—¿Un alien?

—Mi padre.

—Jefe, perdone...

Rocco levantó la cabeza. Tenía delante a Italo, Casella y Antonio Scipioni, con cara de cansancio y agobio.

—Hablando de aliens... ¿Qué pasa? ¿A estas horas? ¿No veis que estamos cenando?

—Sí, íbamos de camino a su casa y lo hemos visto desde la calle.

Rocco dejó la servilleta en la mesa.

—La próxima vez, Gabriele, tenemos que sentarnos en una mesa más adentro. ¿Desean unirse a nosotros, señores? Acabamos de empezar. El único consejo es que no os acerquéis demasiado a este pitbull... —Y señaló a Gabriele—. Es capaz de arrancaros un brazo a mordiscos.

—No, de verdad, gracias, nos vamos a casa. Es sólo que... —Italo miró a sus compañeros.

Casella tomó la palabra.

—Es sólo que, jefe, vamos mal. A ver, la comisaria de la Científica no ha querido hablar conmigo ni con Scipioni, dice que no se fía y que probablemente somos de los servicios secretos...

Rocco puso los ojos en blanco.

—Y yo me he desmayado en el depósito —remató Italo.

El subjefe aplaudió. *Loba* apoyó las patas delanteras en las rodillas de su dueño.

—Excelente trabajo, chicos. Faltan los hermanos De Rege...

—Ésos siguen por ahí. No hemos vuelto a saber nada de ellos...

—*Missing in action*. Pues hasta mañana. Preparad un buen informe, escribid exactamente los resultados obtenidos y dejadlo en la mesa del jefe superior. Por favor, Italo, tal como me lo habéis contado a mí. Nos vemos mañana.

Los tres policías, con el rabo entre las piernas, salieron del restaurante. En ese momento el camarero le sirvió el calzone a Gabriele.

—Espacio, chaval, ¡que es el último! —le dijo, y riendo se alejó de la mesa.

Gabriele agarró los cubiertos al instante.

—Pero ¿de quién hablaban? ¿Qué buscaban?

—Ni caso, Gabriè. El terror, mejor que lo veas en las películas. ¿Cómo está el calzone?

—¡Buenísimo! —Soltó el tenedor—. ¿Es algo feo eso que ha pasado?

—Bastante feo. Venga, come, que se enfría.

—Hala, pues buenas noches. ¿Mañana vas a clase?

Gabriele se encogió de hombros.

—Tienes razón, ¿para qué?

—Bueno. Gracias por la cena.

Rocco abrió la puerta. *Loba* entró primero. El adolescente también introdujo la llave en la cerradura. Rocco se dio la vuelta.

—Oye, Gabriele.

—Diga. —El muchacho tenía los ojos grandes abiertos como platos.

—¿No preferirías dormir en mi casa?

—¡Ya lo creo! —Y sacó la llave de la cerradura.

—Pues venga. ¡Entra!

Gabriele salió disparado hacia el piso de Rocco.

—¡Gracias!

—Pero eh, que yo mañana por la mañana me voy a trabajar. Aquí el desayuno no está incluido.

—No se preocupe, en cuanto me despierte me vuelvo a casa. —Gabriele se quedó mirando la sala de estar mientras *Loba* tomaba posesión de su esquina del sillón—. Es bonito su piso. Es normal.

—¿Qué quieres decir? —Rocco dejó las llaves en un platito sobre el aparador.

—Que es una casa bonita. La mía parece un hospital. ¿Y ese cuadro? —Señaló uno de los pintarrajos que Anna, un viejo amor de Rocco, había hecho, y que él, por mera compasión, había adquirido.

—¿Ése? Menuda basura.

—Bueno, al menos tiene una ventaja.

—¿Cuál?

—Es biodegradable, ¿no?

Rocco rompió a reír.

—¿Te va bien el sofá?

—De lujo.

—Las sábanas, en el armario.

Schiavone quitó los cojines, sacó el somier y abrió el sofá cama. Era la primera vez que lo usaba. A saber si era cómodo.

—¿Tiene algo de Marvel?

—¿Cómo? ¿Te refieres a tebeos?

—Sí. Me vale hasta algún *Topolino*.

—No te columpies, guapo. Ya tienes de sobra con la cama, y no me parece poco.

Pusieron las sábanas entre los dos.

—¿Se han cargado a alguien? —preguntó el chico. Rocco asintió—. ¿Usted ha visto muchos muertos?

—Muchos.

—¿Se ha acostumbrado?

—No.

—Ya —comentó Gabriele—, me da a mí que a ciertas cosas uno no se acostumbra nunca.

Rocco dobló el embozo de la colcha de algodón.

—Venga, demos nuestra primera clase.

—¿De qué? —Gabriele intentaba meter la almohada en la funda.

—El que zurra primero zurra dos veces, ¿lo sabías?

—Sí. Pero a mí me falta valor. Nunca le he pegado a nadie.

Rocco se acercó.

—Pero los demás sí, así que tienes que defenderte. Dime la verdad, Gabriele, ¿cuántos eran?

El chico dejó la almohada. La ajustó y luego, sin mirar a Rocco, respondió:

—Tres.

—¿Tres? Qué hijos de puta. A ver, tienes que aprender sí o sí. Así que mírame. Date la vuelta.

Gabriele obedeció.

—No sabes liarle a puñetazos y pongamos que no hay objetos contundentes cerca. Yo qué sé... Una botella, una piedra, un palo, un hacha, nada. Lo primero que tienes que hacer es situarte a medio metro del cabrón. Así, ¿lo ves? Y cuentas hasta tres. Es fácil. Uno, dos y tres, y sabes que a

la de tres debes pegarle una patada en todos los huevos.

—¿Debo?

—Sí. Imagínate que, si no lo haces, se muere tu madre.

—¿Cómo? ¿Se muere?

—Eso es. Así que debes hacerlo. Y debes darle fuerte. Para que no se vuelva a poner de pie. Así, mira. —E imitó la patada—. Sin pensártelo dos veces. Como si tirases un penalti. Y el tío se cae al suelo. Cuando esté en el suelo, haces como si fuera un balón y le pegas otra patada aquí, debajo de la barbilla. —Tocó el punto exacto en la cara del chico—. Es probable que a estas alturas tu contrincante se haya desmayado. Y tú te largas.

—¿Puedo gritar gol?

—Puedes gritar lo que te dé la gana.

—¿Y si son tres?

—Pégale siempre al cabecilla.

—¿A Diego?

—¿Y yo qué coño sé cómo se llama? Pero si tumbas al tal Diego, los demás se irán, puedes estar seguro. ¿Lo has entendido? Patada a los huevos y, acto seguido, debajo de la barbilla.

—¿Ensayamos?

—Sí, pero sólo la jugada, no me des la patada, ¿vale?

—Vale. —Gabriele miró el punto donde tenía que golpear e hizo un amago.

—Error. Nunca mires donde vas a golpear, si lo haces le das ventaja, el tío lo ve. Debes mirarlo a los ojos, y soltar alguna gilipollez como... «qué buen tiempo hace hoy, ¿eh?». ¡Y zasca! Patada brutal a los huevos. Así, mira. —Rocco hizo la demostración sin golpearlo—. ¿Lo ves? Te miro a las pupilas y luego te doy una patada precisa. Prueba tú.

Esta vez lo hizo bien.

—Muy bien. Fuerte. Segunda hipótesis: el tío no se cae al suelo, sino que se dobla por la mitad. En vez de la patada bajo la barbilla, ¿sabes qué debes hacer?

—¿Un Thor martillo de Odín?

—No te sigo...

—¿Le doy un porrazo en la nuca con las dos manos?

—Sí, pero fuerte. Y, si te sirve de ayuda, grita. Inténtalo. Venga, yo estoy agachado...

—¡Martillo de Odín! —gritó Gabriele, y le dio un buen leñazo con las dos manos a Rocco en la nuca.

—¡Aaaah! ¿Es que eres tonto o qué? ¡Tienes que hacerlo de mentira!

—Ay, vaya... ¿le he hecho daño?

—Nada, nada. —El subjefe se masajeó el cuello—. Pero bien, ¿eh? ¡Vaya si tienes fuerza! Basta con zurrar una vez y se te quita el miedo.

—Si pienso que usted está allí conmigo, ¡seguro que puedo!

—Muy bien, ¡pues piensa que estoy allí contigo! Y que si no le das la patada en los huevos a Diego, tu madre se muere. Y ahora vamos a dormir.

Gabriele se quitó las zapatillas de deporte.

—Ésas sácalas a la ventana, que huelen a rata muerta.

El chico las olisqueó.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

—Exacto. Que si no, esto se convierte en una cámara de gas. ¿Vamos, Loba? —Se dirigió hacia el dormitorio—. Ah, y para lo que sea, yo estoy ahí.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana, Gabriele. Que descanses. —Y con una sonrisa, Schiavone entró en el cuarto.

—¿Rocco?

—Dime.

—Pero ¿no quedo como un cobarde si le doy una patada en los huevos y luego ya está?

—No, quedas como un cobarde si te vuelves a casa con un moratón como ése.

Rocco se despertó de un sobresalto a las tres de la mañana. Gabriele se había metido en la cama y dormía tranquilo, abrazado a *Loba*. Tenía una sonrisa dibujada en los labios. Estaba soñando. Y *Loba* también, movía las patas como si estuviese corriendo. Sintió una mano cálida que le rodeaba el pecho. Un escalofrío agradable, un masaje en el cerebro y el corazón. Apoyó la cabeza en la palma de la mano y se quedó ensimismado mirando a aquel chico y a su perro profundamente dormidos y con la mente a saber dónde. ¿A esto se refería Marina cuando hablaba de sentirse seguro y protegido? ¿A tener un rincón en el mundo donde los pensamientos y los miedos no pueden entrar y sólo queda la felicidad de un sueño sereno? Le habría gustado preguntárselo, pero Marina ya no iba a buscarlo.

—Sólo tenemos una vida, Mari, y nos hemos equivocado al jugárnosla —dijo a media voz—. Corrijo. Sólo tenemos una vida y me he equivocado al jugármela. Porque toda la culpa es mía.

Y eso no lo podía borrar nada ni nadie. Era la verdad evidente y despiadada con la que tenía que ajustar cuentas. Apoyó la cabeza en la almohada hasta que vio que el techo se volvía borroso y los ojos empezaron a escocerle.

—*Si te abres a la vida, ella siempre te da algo a cambio...* —resonó en su cabeza.

Se frotó los ojos. ¿Quién había hablado? Gabriele dormía. No quería ni pensar en que fuese *Loba*, lo único que le hacía falta era una perra con el don de la palabra.

—*¿Estás aquí? Estás aquí, ¿verdad? Estás aquí y no te dejas ver. Hoy estabas en la calle, he olido tu perfume. ¿Sigues aquí, a mi lado? ¿Quieres saber quién es este de aquí? No lo sé. Es mi vecino. Dieciséis años, no tiene a nadie. ¿Ves cómo duerme? Yo nunca he dormido así, o tal vez sí. ¿Alguna vez he dormido así, Mari?*

—*No. Tú roncabas.*

—Pero ¿esto qué es?

Costa sostenía el informe de los agentes delante de las narices de Schiavone, entre el pulgar y el índice, como si fuera un calcetín sucio. A Rocco le vino a la memoria su maestra de primaria cuando, con los ojos echando chispas y la boca desencajada, sostenía un cuaderno ante la clase para revelar la peor ofensa de un alumno al cuerpo docente, para denunciar públicamente la peor blasfemia contra la educación pública, para mostrarle a la clase estupefacta la madre de todos los insultos a la enseñanza desde los tiempos de Giovanni Gentile: el agujero en la página. Una ofensa que se pagaba con un cero como una casa y media hora detrás de la pizarra.

—¿Este es el fruto de una jornada entera de investigación por parte de su brigada? ¿Se lo leo?
—Costa sacudía la hoja ante la indiferencia absoluta del subjefe, que permanecía de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, observando absorto la vena del cuello de su superior, que se hinchaba y deshinchaba mientras el rostro se volvía de un rosa cada vez más encendido—. ¿No cree usted que sus nuevos métodos de trabajo dan pena?

—No lo sé. ¿Lo cree usted?

—¡Este informe es de vergüenza! —Lo arrugó y lo lanzó a la papelera de los vasitos de plástico, junto al distribuidor—. Y ahora le pido amablemente que se ponga a hacer su trabajo con seriedad...

—Lo estoy haciendo. No es culpa mía que cuente con una brigada de mentecatos. Ésos son los hombres que ustedes me han dado, y eso es lo que puedo hacer.

—Pero ¡antes las cosas funcionaban de otra manera, Schiavone!

—Antes, sí. Ahora así es como están las cosas. Lo intentaré, pero no le prometo nada.

Costa se llevó las manos a las caderas, luego se tocó la barbilla y, por último, miró a Schiavone.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere?

—Lo sabe.

—¿Todo esto por un despacho infecto?

—No se trata del despacho, señor Costa. Es la confianza. Usted y el magistrado Baldi han demostrado sin tapujos que ya no confían en mí.

Costa alzó la mirada al cielo.

—¿Por la historia de Enzo Baiocchi?

—Exacto. Así que dígame. Si usted dejase de contar con la estima y el respeto de sus superiores, ¿cómo reaccionaría? Si quienes te tienen que echar una mano en la investigación te consideran el principal sospechoso, ¿qué haría?

—¡Mi trabajo! Pero usted y yo somos diferentes. Yo creo en lo que hago. Usted podría estar aquí igual que podría estar en un carguero mar adentro en las Azores, sería lo mismo.

—No sería lo mismo, mar adentro, en las Azores, estaría en la popa tomando el sol.

—Se cree muy gracioso, ¿eh, Schiavone?

Escondidos tras la esquina del pasillo, Italo y Antonio estaban siguiendo el diálogo e impidieron a Casella, que llegaba en ese momento, que se dirigiese a la máquina del café. Sabían que era una situación delicada y que Rocco estaba a punto de estallar. Era mejor que no les vieran el pelo por allí.

—Pues no, Schiavone, usted no tiene ninguna gracia —prosiguió su superior—. Lo que sí tiene son obligaciones. Así que póngase a trabajar y tráigame resultados, ¡suponiendo que sea capaz!

—¿A mí me pide que le traiga resultados? ¿A mí? Llevo aquí desde septiembre y ya he hecho más que cualquier otro mentecato de esta jefatura de mierda. Y me cuesta lo mío, señor, porque para mí chapotear en el fango a la caza de un pedazo de mierda o alimentarme de muerte y de sangre no es ningún plato de gusto. De eso nada. Lo hago porque no tengo nada mejor que hacer, y porque frente al horror soy incapaz de quedarme quieto mirando. Pero si me tocan bien los cojones, y créame que usted y el magistrado Baldi lo están haciendo de maravilla, yo tiro la toalla. Me cruzo de brazos y no vuelvo a mover un dedo. Espero haber sido claro. Ahora escríbame cartas de amonestación, enciérreme en un garaje, trasládeme a una mina si quiere, pero las cosas se quedan como están. Yo a mis hombres los mando a trabajar sobre el terreno.

Costa tragó saliva y torció el gesto. Se acercó a la máquina del café. Se apoyó en ella.

—No me apetece tomar medidas disciplinarias contra usted.

—Y yo no querría llegar a ese punto en ningún caso.

El jefe superior lo miró a los ojos.

—No depende de mí. Yo obedezco las órdenes que vienen de arriba. Usted no cae bien, Schiavone. No le gusta al juzgado, no le gusta al ministerio, y, sobre todo, no le gusta a Roma. Puede que yo haya sido el único que siempre ha tratado de defenderlo, porque soy consciente de su valía. Así que se lo pido con el corazón en la mano: ayúdeme. No se meta por medio y le garantizo que haré cuanto pueda para que todo esto caiga en el olvido. —Introdujo la llavecita y apretó el botón—. No me falle, o me quedaré sin armas para ayudarlo. Y hasta hoy, créame que lo he intentado. Pero una cosa tiene que quedar clara. No me voy a jugar la carrera por usted. Hasta donde yo pueda, cuente conmigo. —Se ajustó la corbata—. ¿Sabe lo que me dijo una vez el psicoanalista? Si una persona se está hundiendo en arenas movedizas, para ayudarla no hay que tirarse al barro, porque de ese modo se ahogarían las dos. Yo le tiendo la mano, de usted depende ahora agarrarse o no a ella. —Retiró el café, que ya estaba listo—. ¿Quiere uno?

—No, gracias. Prefiero seguir vivo.

Sonrieron.

—Usted vuelva a hacer su trabajo. Y le prometo que las cosas cambiarán. ¡Menuda mierda de café!

—Lo sé. Y se me está ocurriendo una idea.

—¿A qué se refiere?

—Puedo comprar una máquina monodosis y, cuando quiera un café, venga a verme.

—Entonces necesitará un despacho un poco más grande.

—Joder, le ha cantado las cuarenta al jefe, ¿eh? —dijo Antonio, que junto a Italo seguía a Rocco por el pasillo.

—¿Qué hacemos, Rocco?

—Coge el coche, Italo, a trabajar se ha dicho. Antonio, tú llama a Fumagalli y dile que llegamos dentro de nada. Luego vete con Rispoli al lugar del crimen. Por cierto, ¿ha vuelto Rispoli?

—¡Aquí me tiene!

Schiavone se dio la vuelta. «Por fin un poco de luz», pensó. Aunque no se refería al sol, que, pese a estar un poco cubierto, se esforzaba por iluminar la ciudad, sino más bien a la presencia de Caterina en los pasillos de la jefatura.

—¡Caterì, por fin!

—Era mi día libre... —Tenía la cara gris y los ojos apagados.

—Que tienes la manía de tomarte cuando más falta haces en la jefatura.

Caterina no reaccionó.

—¿Le hago falta a usted?

—¿Hemos vuelto al usted?

—Estamos en la jefatura...

—Pues claro que me haces falta. Me has dejado con esta panda que parece la armada Brancaloneone... ¿Estás al corriente de todo?

—Sí, Antonio e Italo me han puesto al día. —Y esbozó una sonrisa falsa y forzada.

Rocco se le acercó bajando la voz.

—¿Qué hiciste ayer? ¿No has descansado?

—No. La verdad es que no.

—¿Estás triste?

—Digamos que eso es asunto mío...

Rocco se detuvo en seco. Estaban delante de su antiguo despacho. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Qué pasa? —preguntó Caterina.

—Ahora es el despacho de Gambino. Cierra siempre con llave —explicó Italo.

—¿Y está permitido? —preguntó Antonio.

—Pues ni idea... —respondió Italo—. Tiene mil paranoias.

—¿Hacemos que sean mil y una? —propuso Rocco—. Dadme un chicle. —Antonio sacó un paquete. Schiavone lo masticó durante unos segundos y luego se lo escupió en la palma de la mano. Lo dividió en dos trozos—. Disculpa, Caterì, ¿me permites? —Con un gesto rápido le arrancó un pelo a la inspectora.

—¡Ay! Pero ¿qué haces?

Rocco se agachó. Pegó los dos trozos de chicle en sendas hojas de la puerta y los unió con el pelo de Caterina.

—¿Nunca habéis visto películas de espionaje? Ésta es la técnica para descubrir si alguien entra en tu habitación del hotel.

—Sí, pero ¿por qué en la puerta de Gambino? ¿Para qué?

—Para nada. Sólo para que tenga una paranoia más. —Siguieron caminando hacia la salida—. ¿Dónde están el Gordo y el Flaco?

—Vaya, pues no lo sabemos —respondió Antonio—. Vamos, que desde ayer no tenemos noticias de ellos.

—Mejor, nos los hemos quitado de encima. A tomar por culo.

El vehículo se dirigía a toda prisa hacia el depósito.

—Bueno, Italo, ¿cómo va la cosa?

—¿Cómo quieres que vaya, Rocco? Mal, muy mal.

—¿Con Caterina?

—Con Caterina creo que se ha acabado. Ha sido algo pasajero. No es una mujer fácil. Es más, si te soy sincero, es un verdadero lío.

—Lo siento.

—No es verdad. Te alegras de la noticia. ¿No querías tirarle los tejos? Pues mira, ahora tienes el campo libre.

—Te veo agresivo. ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Nada. Es sólo que escuece. Perdona.

—¿Y ella está así de triste por culpa tuya?

—No creo. Llevamos dos días sin hablar. Yo diría que hay algo más...

Frenó para dejar que cruzara la calle una señora con un cochecito.

—Oye, Rocco, ¿cómo lo ves?, ¿no podría surgir una ocasión?

—¿Para comprarte un coche?

—Me refiero a una de esas ocasiones para sacar un dinerito extra... —Y se puso en marcha de nuevo, acelerando.

Rocco se lo quedó mirando; luego se sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo.

—¡Joder! —Estaba vacío. Lo arrugó y tiró el envoltorio al suelo—. Dame uno de los tuyos.

—¿Seguro? He cambiado de marca.

—No pueden ser peor que los Chesterfield... —Italo le tendió un paquete de MS Brera. Rocco lo cogió, lo miró, lo sopesó—. Dado que ya está científicamente demostrado que el tabaco mata, ¿por qué te suicidas con esta porquería? Si tienes que morir ahogado, Italo, mejor morir ahogado en el Pacífico frente a Bora Bora que en la charca artificial de pesca deportiva de Acquapendente, ¿no crees?

—Tampoco están tan mal.

Rocco le devolvió los cigarrillos.

—No soy capaz... Si ves un estanco, un bar, un quiosco, un contrabandista, pega un frenazo. A ver, ¿qué querías saber?

—Si no podría surgir otra oportunidad de sacarnos un dinerito extra...

—No lo sé, no creo. Desde septiembre te has llevado unos cuantos miles de euros... ¿Ya te los has fundido?

—Sí.

—Vistes como el culo, fumas tabaco de mierda, no sales nunca a cenar, te has quedado sin novia, no tienes coche, no tienes moto, compartes piso con otro agente por doscientos euros al mes... ¿Puede saberse qué haces con el dinero?

Italo accionó el botón para rociar la luna delantera con jabón y puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Bueno, ¿vas a contestar o no? Estoy esperando —insistió Rocco.

—Pues nada, ¡yo qué sé! Le he dado un poco a mi tía, con otro poco he pagado unas deudas y, en fin, Rocco, tú ya sabes cómo se va el dinero...

—Cómo se va y no vuelve. Vale, dame uno de esos pitillos, que si no me pondré a lamer el

cenicero y no es nada elegante.

Italo obedeció.

—¿De verdad tengo que entrar donde Fumagalli?

—Hagamos una cosa. Si entras, te prometo que miraré si hay alguna forma de sacar algo extra. Si como de costumbre te quedas fuera, tú te las apañas con las deudas que seguramente habrás contraído con cualquier fulana de Aosta.

—Anda y que te zurzan —gruñó Italo entre dientes.

Rocco no oyó bien las palabras, pero sí captó la idea.

—Lo mismo digo, Pierron.

Ya en el pasillo, Italo Pierron presentaba una palidez clara, con el cuello salpicado de un firmamento de manchas rojas que parecían un sinfín de picaduras de pulga. De las sienes le caían gotas de sudor a intervalos regulares, y los párpados hinchados pestañeaban a un ritmo que iba intensificándose a medida que disminuía la distancia a la puerta de la morgue. Hasta sus andares se habían tornado inseguros. Ponía un pie delante del otro, pero no siempre en línea recta, y el movimiento vacilante le desestabilizaba el cuerpo y lo hacía temblar como un flan.

—No te encuentras muy bien, ¿verdad? —preguntó Rocco retóricamente.

—No... Pero el cadáver... ¿tan mal ha quedado?

—Qué quieres que te diga. Al parecer murió por estrangulamiento, así que está un poco morada, tendrá los ojos fuera de las órbitas, la lengua azul, quizá ya se haya descompuesto y...

De repente un batacazo. Rocco no se detuvo. Siguió su camino dejando en el suelo al agente Italo Pierron, que a esas alturas ya estaba más que familiarizado con el pavimento del depósito.

Fumagalli estaba inclinado sobre la mesa de las autopsias. En cuanto vio entrar a Schiavone, lo primero que hizo fue comprobar que llevaba puestos los cubrezapatos de plástico.

—No me vuelvas a mandar a Pierron, hazme el favor. Ayer no consiguió ni entrar en el edificio.

—Hoy sí que ha entrado.

—¿Y dónde está? No lo veo.

—Tumbado en el pasillo. ¿Quién es?

—¿Éste? Un pobrecito que la ha palmado en Pont-Saint-Martin. —Cubrió el cuerpo con un gesto rápido—. Acompáñame...

En su desnudez, el cadáver mostraba todas sus contradicciones. Hombros, muñecas y tobillos de hombre, el pecho exuberante, el pelo corto, pero que pretendía imitar el estilo de alguna actriz americana, o al menos ésa era la ilusión de su dueña, el pene violáceo.

—Y luego nos quejamos de que nuestra vida es difícil —comentó Fumagalli dejando la sábana a los pies de la mesa—. ¿Te imaginas? Naces en un cuerpo que no quieres y tienes que cambiarlo. ¡Y no es precisamente como cambiar de coche!

—Albè, eso es asunto suyo, joder. Dame datos, venga...

—A ver, con el sexo ya nos hemos aclarado; altura: uno setenta y cuatro; peso: sesenta y cinco kilos. Bastante en forma, casi nada de grasa, músculos tonificados... a base de pilates, zumba, *body tone*.

—¿De qué me hablas?

—De cosas de gimnasio. Que a ti tampoco te vendrían mal.

—¿Qué sabrás tú?

—Yo voy a menudo, Rocco. Y sobre todo no fumo. ¿Te cuento las operaciones a las que se sometió la pobre? Pues mira, blefaroplastia, aumento de pómulos, cirugía de labios, rinoplastia, *lifting* facial, mastoplastia aditiva, liposucción...

—Me cago en la mar, se ha pasado media vida en el quirófano...

—Pues sí. Pero vayamos paso a paso. Te aviso de que tu forense favorito no se equivocaba. Estrangulamiento.

—¿Había agua en los pulmones?

—Qué agua. A esta pobre cuando la tiraron al río ya era fiambre. He averiguado la hora de la muerte. Hacia las ocho de la tarde, tenía comida sin digerir en el estómago.

—¿Qué había comido?

—Pescado crudo y arroz. Traducido: *sushi*. Y también se había tomado una copita de vino blanco. Puede que al final resulte útil.

—¿Cómo la estrangularon?

—Ven... —Se acercaron a una superficie sobre la que había algunas fotos de primeros planos del cuello del cadáver—. La cuerda que usaron tiene un diámetro de más o menos un centímetro. ¿Lo ves? —Y con el dedo señaló la imagen ampliada—. Puede ser una cuerda de cualquier tipo.

—Joder. ¿Análisis de sangre?

—Los están haciendo. Por ahora descartamos el consumo de estupefacientes, al menos en los últimos cinco días. Otra cosa curiosa. Volvamos con nuestra amiga. —Se acercaron a la camilla—. Mira aquí... —Fumagalli señaló un punto unos veinte centímetros por encima del tobillo. ¿Ves este hematoma circular?

—Sí.

—Tiene otro idéntico en el otro tobillo, ¿lo ves?

—Es verdad. ¿Qué es?

—No tengo ni idea. Tú toma nota. A todo esto, ¿has descubierto quién es?

—No.

—A ver, que yo me entere, Rocco. ¿Yo estoy aquí sudando la gota gorda y tú en el despacho rascándote la barriga? Mira, guapito de cara, ¡si somos un tándem, somos un tándem! ¡Si no, soy yo el que tira de ti!

—¿Y quién te ha dicho a ti que seamos un tándem? Y, además, ¿a quién vas a llevar tú, Alberto?

—En fin, que yo me curro los órganos, y si todo va bien te cuento hasta si tenía disentería. Tú encárgate de darle un nombre.

Rocco se dirigió hacia la salida sin despedirse. De pronto, tuvo una idea.

—Disculpa, una cosa, Albè...

—Soy todo oídos.

—¿Marcas de haber peleado? No sé, piel debajo de las uñas, arañazos...

—Nada. La pobre murió sin oponer resistencia. ¿Tal vez la palmó mientras dormía?

—Tal vez. Aparte de los hematomas de los tobillos, ¿tiene alguno más?

—Pocos y sin importancia. Uno pequeñito en la muñeca derecha, otro cerca de la rodilla, pero

si te revisas a ti mismo, es probable que hasta tú tengas algunos. Ah, y encima del labio superior. Pero en mi opinión son por la depilación láser o algo parecido.

Después de recoger a Italo y de conducir hasta la jefatura, decidió reunir a las cabezas pensantes de su unidad en el bar de Ettore. Caterina y Antonio habían estado en el lugar de los hechos. La Científica seguía trabajando allí.

—Esta Gambino es todo un personaje —había dicho Antonio mientras se sentaban a la mesita que había bajo el soportal—. Está convencida de que en el agua de un río puede haber pruebas importantes. A mí me parece que está medio loca.

—Sin el «medio», Antonio... —Luego, una vez que Ettore les sirvió lo que habían pedido, Rocco inició la reunión—. Para deducir la identidad de nuestra víctima, las pistas son pocas y están sujetas con alfileres. Tenemos el *sushi*, sabemos que iba al gimnasio y que se sometió a numerosas operaciones. Además, si tenemos en cuenta la opinión del juez Baldi, y creo que no anda del todo desencaminado, son muchas las trans que se prostituyen para subsistir. Así que repartámonos las tareas. Tú, Caterina, recórrete todos los gimnasios de Aosta.

—Recibido —respondió la inspectora con la cabeza baja, sin mirar a los demás a los ojos.

—Antonio, tú te encargas de los restaurantes de *sushi* al norte de donde encontraron el cadáver.

—¿Por qué al norte?

—Dada la indumentaria sencilla, suponemos que la mataron en casa. Y también por la ropa sencilla, deducimos que el *sushi* se lo comió en su piso. De algún sitio de comida para llevar, y normalmente se escoge uno que esté cerca. Por eso yo iría desde el lugar del hallazgo hacia el norte. Porque un cadáver no puede remontar la corriente, ni que fuera un salmón. Obviamente, son todo suposiciones que se van al carajo si no la mataron en su domicilio.

—¿Y yo? —preguntó Italo—. Por favor, el depósito de cadáveres no.

—No, esta vez una cosa más agradable, al menos para un macho ardiente como tú. Mírate todos los anuncios de damas de compañía de la provincia, siempre con la esperanza de que trabajara aquí y no estuviera de visita en casa de alguien. Ojalá tengamos un golpe de suerte.

—¿Y tú? —preguntó Caterina.

Rocco no respondió. Dejó el dinero de la consumición y se levantó.

—Jefe, habrá como media docena de cirujanos *esteticién*.

—¿Cómo, Casè, cirujanos qué?

—*Esteticién*.

—O sea ¿que operan del rímel, inyectan lápiz de ojos e implantan base de maquillaje para la mastoplastia aditiva?

Casella lo miraba sin entender nada. Sostenía en la mano las carpetas con las anotaciones.

—Cirujanos estéticos, Casè, estéticos, ¡qué *esteticién*! Pues si son media docena, son todos tuyos. Llévate la foto y comprueba si saben algo. Pero primero llévame al hospital.

—¿Se encuentra mal?

—Si sigo un rato contigo, seguro. ¿Has dado ya con esa caldera?

—Puede...

El Parini era un hospital limpio, ordenado, sin avisos escritos con rotulador pegados con celo al marco de las puertas. Rocco no pudo menos que pensar cuánto distaba de un hospital romano, y no era sólo cuestión de kilómetros. Subió la escalera hasta la primera planta, recorrió un par de pasillos y llegó finalmente a la consulta de la doctora Sara Tombolotti, psiquiatra. Quería hablar con ella antes que con nadie. Llamó a la puerta. Percibió un débil «adelante» y abrió. Una sala inundada de luz, un firmamento de motas de polvo, un escritorio en el centro, libros amontonados en las librerías que ocupaban las paredes, otros apilados en el suelo, columnas de periódicos y revistas sobre la mesa. Flotaba en el aire un olor a menta y canela denso como el humo.

—Pase —oyó que decía alguien, pero ni rastro de la doctora Sara Tombolotti. Rocco avanzó perplejo hasta llegar al silloncito delante de la mesa—. Quite las revistas y siéntese, por favor. ¡Disculpe el desorden!

Schiavone obedeció. Alguien estaba desenvolviendo cosas, podía oírlo. Se asomó y por fin la vio. Era una mujer menuda, anciana, con unas enormes gafas redondas; rodeada como estaba de papeles, libros y periódicos, parecía un lirón en su madriguera. El subjefe le sonrió, y la psiquiatra le devolvió la sonrisa.

—Estoy intentando ordenar esto, aunque en realidad es imposible. Espere. —Se bajó de la silla y rodeó el escritorio con la mano tendida—. Encantada, Sara Tombolotti.

—Rocco Schiavone. —Se estrecharon la mano.

Ella le llegaba a la altura de la barriga.

—Por teléfono me ha comentado...

—Que estamos tratando de averiguar la identidad del cadáver hallado en la orilla del Dora.

—Y acude a mí porque está convencido de que dicha persona estaba a punto de operarse, ¿cierto? —En vez de regresar al escritorio, se sentó en el sofá y se hundió. Casi no llegaba al suelo con los pies.

—Eso es.

—La disforia de género... Discúlpeme, pero no me gusta hablar del trastorno de identidad de género, obliga a quien la padece a una serie de operaciones muy dolorosas. Se someten a un auténtico calvario. Me comentaba usted que el sujeto ya se había sometido a diversas intervenciones... Obviamente hablamos de un MTF, ¿verdad?

—De hombre a mujer, sí, eso es. Ya se había operado la cara, los labios, los pómulos, la nariz, se había hecho una mastoplastia aditiva...

—Falta lo más importante. La vaginoplastia.

—Sí, todavía tenía pene.

—¿Se ha llegado a plantear que es posible que a ella le pareciera bien así?

—No, doctora, no me lo he planteado.

—Pues debería hacerlo. El procedimiento es largo, complejo, se requiere la presencia del psiquiatra en todo momento. No es una intervención para tomársela a la ligera. Hay que reconstruir con el escroto la cavidad de la vagina y los labios mayores y menores, y con el glande, el clítoris, de modo que la zona permanece activa desde el punto de vista de la sensibilidad, por si le interesa saberlo.

—Bueno, no me lo había planteado, pero ahora ya lo sé.

—Ajá. Pues tenga en cuenta que los hombres salen mejor parados, como siempre. Si una mujer

quiere convertirse en hombre, no se imagina las operaciones a las que debe someterse...

—Con esto me parece que es suficiente, se lo agradezco. ¿Usted no tiene ningún paciente, digamos, en tratamiento?

—Pues no, ninguno. Ni sé de colegas de este hospital que se ocupen de dicho problema. Que yo sepa, en el Parini no se ha hecho nunca una operación de ese tipo. Debería ir a investigar a Turín. En el Molinette hay un equipo fabuloso especializado en género. Si yo decidiera cambiar de sexo, iría allí.

—¿Me podría indicar...?

—Corrado Berlingeri. Era mi marido. Si es un paciente de por allí, él estará al tanto. Todo el mundo acude a él, más o menos.

Rocco se puso de pie. La médica no lo imitó.

—Muchas gracias por su tiempo, doctora Tombolotti. Y...

—¿Usted cómo está? —le preguntó ella, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Yo? —respondió Rocco, desprevenido—. Bien.

—Bobadas.

—Es verdad.

—Veamos, después de diez minutos de charla, simplemente observándolo, me atrevo a decir que es usted un hombre básicamente deprimido, tal vez con dificultades de concentración. ¿Por casualidad no tendrá alucinaciones?

—¡No! —Y acompañó la respuesta cortante con un gesto de la cabeza.

—De acuerdo, sufre alucinaciones. ¿Cómo andamos de humor?

—¿Qué humor?

—Efectivamente. ¿Siempre se cierra en banda, a la defensiva?

—No. Tengo que volver al trabajo. Y me imagino que usted también.

—No se enfade. Era sólo por hablar.

—No me gusta que la gente me mire como si fuese una bacteria en el microscopio.

—Es mi trabajo. Si en algún momento necesita ayuda, aquí me tiene.

—Gracias. —Le estrechó la mano a la doctora Tombolotti y salió de la consulta.

Por primera vez en su vida, Rocco Schiavone se sintió desnudo en medio de la calle. Aquel gnomo cuatro ojos lo había desnudado en menos de un minuto. Menos de un minuto, y ya le tenía cariño.

• • •

Colgó el teléfono y se quedó sentado pensando. Corrado Berlingeri estaba en Atlanta para asistir a un congreso y tardaría unos días en volver. Ir hasta Turín no tenía sentido. Abrió el cajón y se lió un porro poco cargado. Sentía la necesidad de recapitular mentalmente, la sustancia psicotrópica lo ayudaría. Lo encendió, aspiró, retuvo el humo unos segundos y lo expulsó por la ventana. Y la idea acudió a su mente. Cogió el móvil y llamó a Fumagalli.

—¿Estás trabajando?

—No, comiéndome un bocadillo. ¿Qué quieres?

—¿Tú crees que era italiana?

Hubo un silencio.

—¿Por qué no habré pensado antes en los dientes?

—Exacto. Echa un vistazo, es posible que estemos de suerte.

—Sí, me estoy acercando ahora mismo —dijo Fumagalli masticando.

—¿Me estás diciendo que vas a analizar un cadáver con un bocado en la mano?

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Espera...

Oyó ruidos. Alberto estaba trabajando en el cuerpo.

—Aquí están... Tenemos dos molares con empastes de oro. Aquí ya no se hacen, y además tengo que decir que por lo general no suelen estar bien puestos... —La voz se hizo más audible, señal de que Fumagalli había vuelto a coger el teléfono con la mano—. Ahora se emplean resinas. Diría que hay un noventa por ciento de posibilidades de que la tipa no fuese italiana. Buena idea, Rocco. Bien visto.

—Gracias.

—Pero no te acostumbres... Lo que has tenido es potra. Cuídate.

—¡Alberto! ¿Y si fuesen empastes que se remontan a hace años?

—Tendrá unos treinta. A ojo de buen cubero, como máximo serán de hace cinco o seis años, a juzgar por la corona del diente. De todas formas, no tardo nada. Lo examino y te digo. —Y cortó la comunicación.

El tiempo de apagar la colilla y llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Rocco.

Entraron Italo y Caterina. Rostros cansados, tensos. Saltaba a la vista que habían discutido.

—Huele raro —comentó Caterina.

—Son los emplastos de romero.

—Pero si no estás resfriado.

—Italo, ¿otra vez con la misma historia? No me pongo los emplastos porque esté resfriado. Mira, da igual, si total ya lo sabéis. ¡Fumo! ¿Contentos? Informadme.

—Por mi parte, nada de nada. He visitado quince gimnasios de Aosta y provincia, pero en ninguno han visto nunca a nuestra amiga. —La inspectora se sentó junto a *Loba* y empezó a acariciarla.

—A mí los ojos me hacen chiribitas —comentó Italo—. He mirado una veintena de páginas web, y la mayoría de las prostitutas salen con el rostro ensombrecido o con antifaz, y encima me han dicho que muchas fotos no son ni siquiera auténticas.

—¿A qué te refieres? —preguntó el subjefe.

—Me refiero a que ponen la foto de una mujer muy guapa desnuda o casi sin ropa para llamar la atención, y que luego llegas allí y aquello no tiene nada que ver.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Casella. Al parecer tiene cierta experiencia.

—Sí, será cosa de Casella, venga ya... —intervino Caterina.

—Basta ya, Caterina —respondió Italo visiblemente irritado—. Si lo que quieres es ir a tu bola, empieza por meterte en tus asuntos.

—¡Eh! ¿A qué viene esto? —terció Rocco—. Por favor, las peleas familiares las dejáis fuera del despacho.

—Pero qué dices de peleas familiares, Rocco —respondió Caterina con los ojos echando chispas—. ¡Entérate de que a mí éste me importa un comino!

—Sabe Dios que nunca he pagado por acostarme con una mujer, nunca —sentenció Italo muy serio.

Caterina se levantó de golpe.

—Yo me voy a...

—Tú no te vas a ninguna parte, inspectora Rispoli. ¡Centrémonos en nuestro trabajo! —gritó Rocco—. Esto no es un consultorio sentimental, ni una reunión de alcohólicos anónimos o un club de tenis. Es una jefatura, joder, y aquí dentro sois policías. Fuera de aquí podéis hacer lo que os dé la gana, ¿entendido?

Caterina e Italo no respondieron.

—Repito: ¿entendido?

Asintieron.

—¡Buenos días! —Se dieron la vuelta. Antonio Scipioni se había asomado a la puerta del despacho con cara de satisfacción—. Un pequeño avance. —Y entró en la sala—. Xi Huo la ha reconocido.

—¿Quién es Xi Huo?

—Un chino que regenta un *take away* de *sushi*.

—Pero ¿el *sushi* no es japonés? —preguntó Italo.

—Olvídate de esas sutilezas, Italo. ¿Qué más te ha contado Xi Huo? —lo exhortó Rocco.

—Que pasa a menudo por el restaurante a comprar *sushi* y *sashimi*, pero nunca se lo come allí. Se lo lleva a casa.

Rocco se levantó de golpe.

—Fantástico, Antonio. *Loba*, quédate aquí tranquilita, nos vemos luego... —Al pasar, le dio una palmada a Antonio—. Vamos al restaurante de Xi Huo. Caterina, tú a ver si te ríes un poco, que con esa cara no hay quien te aguante.

—¿Y quién te ha dicho a ti que tú tengas que aguantarme?

• • •

Más que un restaurante, el establecimiento de Xi Huo era una ventanilla en via Mont Fallère. El Anillo de Jade, que así se llamaba, era un pequeño local de apenas veinte metros cuadrados. En el cristal estaba escrito el menú «*teik awei*» con rotulador blanco. Dentro había una barra tras la que asomaba la cabeza de un hombre ocupado en ordenar la comida, y a su espalda una puertecita que debía de comunicar con la cocina. Rocco y Antonio lo rodearon.

—Perdona, Rocco, ¿por qué no entramos por la puerta principal?

—Porque entrar por detrás te da una buena ventaja. Accedes a su intimidad, se sienten culpables, puede que tengan algo que ocultar, todos lo tienen, y así se sienten sometidos y responden a las preguntas sin tocar demasiado los huevos.

—No te acostarás sin saber algo nuevo —comentó Antonio.

Traspasaron una cancela que daba al patio trasero del edificio, donde había aparcados dos coches y un escúter destartado. Por el tufo a aceite frito dulzón localizaron enseguida la puerta del restaurante.

—Imagínate vivir aquí encima —dijo Antonio—, tienes que poner una lavadora al día.

—Píllate un piso en piazza Vittorio en Roma y estarás más o menos en las mismas.

El subjefe llamó con los nudillos a la puerta, que al cabo de poco se abrió para mostrar el rostro redondo de una chica. Observaba asustada a los dos hombres, sobre todo el uniforme de Scipioni.

—¿Le dices a Xi Huo que venga, por favor?

—Sí, sí... enseguida... —Y desapareció. Intentó volver a cerrar, pero Rocco había metido el pie entre la hoja y el marco.

Miraron en el interior. Había una cocina de unos diez metros cuadrados abarrotada de cajas y latas, con dos frigoríficos inmensos. Una vieja sentada en un rincón trabajaba con las manos una masa blanquecina. Aunque bien podía ser un ovillo de lana. Todo estaba limpiísimo, como los chorros del oro, en particular los dos microondas enormes que destacaban en el centro de la habitación. Xi Huo llegó sonriendo.

—Sí, sí, estoy aquí... Buenos días.

—Buenos días, señor Xi Huo. —El subjefe le hizo un gesto para que saliera con ellos.

—¿Fuera? —preguntó el propietario del negocio.

Rocco salió de la cocina asintiendo. En cuanto estuvo en la explanada, a una distancia de seguridad del olor dulzón, se encendió un cigarrillo.

—¿Ha hablado usted con mi colega?

—Co su colega, sí... —Asentía y se limpiaba las manos en el delantal lleno de manchas.

—¿Conocía usted a esa persona?

—Yo conocía a esa persona, sí.

—¿Y sabe también dónde vive?

—No, no sé si vivir aquí, sí.

—¿Sabe cómo se llama?

Xi Huo miró al cielo intentando recordar. Rocco esperó que no le saltase también con la historia de las estelas químicas.

—No, yo no recordar cómo se llama... Tal vez Daiana, Luana, Majana...

—¿Magliana? —preguntó el subjefe con una mueca.

—Nombre que acaba en «ana», sí.

—¿Giuliana? —sugirió Antonio.

—Tal vez, sí.

—¿Eliana? —propuso Rocco.

—También, sí...

—Vale, no nos vamos a aclarar. ¿Italiana?

—O Italiana, sí, bonito nombre.

—No, no italiana de nombre, italiana de nacionalidad, ¿era italiana o extranjera?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién, Xi Huo? ¿De quién estamos hablando? De la misma persona que usted reconoció en la foto.

—Sí, conocida.

—Entonces, ¿era italiana?

—Creo, sí. No sé, sí.

—Me estoy haciendo la picha un lío —le dijo Rocco al agente Scipioni, que asintió mostrándose de acuerdo—. Era italiana ¿sí o no? —Y luego cayó en la cuenta de lo absurda que era la pregunta. Xi Huo a duras penas comprendía lo que le estaba diciendo, ¿cómo iba a poder determinar la nacionalidad de Giuliana, Eliana, Majana o como se llamara?

—Mitad hombre, mitad mujer, sí.

—Vale, Xi Huo, eso ya lo sabemos. A ver, ahora escúchame: ¿venía sola a por el *sushi*?

—Sí, sola, sí.

—Bien, y no se lo comía aquí.

—No, en restaurante no. En casa.

—Perfecto. ¿La viste el domingo pasado?

Xi Huo escrutó de nuevo el cielo.

—Pregunta mi hija. Yo no aquí la otra noche...

La hija, que estaba asomada a la puerta de la cocina, observaba la escena de lejos. Rocco le hizo un gesto para que se acercara, pero no se movió.

—No poder venir, ¿deja restaurante solo?

—Pues entonces, sustitúyela. Vete al restaurante y dile a tu hija que venga, ¿sí?

—Ella no habla mucho italiano como yo.

—Antonio, ¿puedes ir al restaurante?

—¿Yo?

—Señor Xi Huo, ahora entrará mi compañero a decirle a la gente que espere, ¿de acuerdo?

El restaurador rompió a reír enseñando todos los dientes amarillos.

—¿Él guardaespaldas?

«A saber dónde le ve la gracia a todo esto», pensó Rocco, aunque no se lo preguntó. Antonio se dirigió hacia el restaurante, y la hija, como en un intercambio de espías en la puerta de Brandeburgo, dio un paso al frente.

—Aquí está mi hija, sí. Ella estar restaurante la otra noche, ¿sí?

La chica asintió. Rocco sacó la foto del cadáver y se la enseñó.

—¿Estuvo aquí esta persona la otra noche?

A la hija del propietario se le salieron los ojos de las órbitas del susto. Luego se echó a llorar y abrazó a su padre. Rocco extendió los brazos y luego se tocó la barbilla, incómodo.

—Perdone, Xi Huo, perdone... ¿cómo se llama su hija?

—Ai.

—Perdóname, Ai.

Ai se calmó un poco. Se sonó la nariz. Luego señaló la hoja que Rocco se había metido en el bolsillo.

—La otra noche... lleva *sushi sashimi*... sola. Luego marchar.

—Perfecto. Clarísimo. ¿Tú sabes dónde vive?

El padre tradujo la pregunta de Rocco. Ai negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cómo iba vestida? ¿Vestida? —Y se tocó el jersey para intentar que lo entendiese.

—Flores... —Ai tocó la camisa de Rocco— y vaqueros. —Y se llevó las manos a los muslos, como para indicar el largo de los pantalones.

—Llevaba una camisa de flores y vaqueros cortos. ¿Zapatos?

Ai levantó un pie y señaló un punto por encima del tobillo. Le murmuró algo al padre, que sonrió y tradujo:

—Dice que lleva botas negras, con cordones.

—Muy bien, gracias.

—Yo sé porque ella también querer botas con cordones morados. Docto marti.

—¿Docto marti?

—Marca zapatos. Docto marti, sí.

—Está bien, no nos metamos en eso. Ai, una última pregunta. ¿Sabes cómo se llama?

—Juana.

—¡Juana! —Rocco miró al propietario con desprecio—. ¿Magliana? Anda que...

—Oye, una cosa, ¿tenemos cámaras de seguridad cerca del chino, por la zona de via Mont Fallère? —le preguntó Rocco a Caterina, que estaba pegada al ordenador.

—No. Ninguna. —Y se frotó los ojos.

Italo y Casella, delante de otro ordenador, observaban la pantalla.

—Aun así, no es seguro que se hiciera llamar Juana —advirtió Casella—. Por lo general emplean nombres artísticos.

—Casella, ¿cómo es que sabes tanto de esto?

—¿De prostitutas? Hace siete años tuvimos un caso en Turín, y lo resolvimos buscando en internet.

—Entonces, ¿tú no eres aficionado a estas cosas? —le preguntó Italo.

—Pierron, yo no pago por ir con mujeres. Si acaso, debería ser al contrario. —Y se echó a reír.

Justo en ese momento, cuando el sol ya se había puesto, regresaron a la jefatura Deruta y D'Intino. Cansados, destruidos, pálidos. Ambos iban arrastrando los pies y se desabrocharon los botones del uniforme. D'Intino se derrumbó sobre una silla, Deruta sobre el escritorio.

—Jefe, un desastre —dijo Deruta.

—Hemos fichado a todos los *trams* que se mueven por Aosta —apuntó D'Intino.

—¿Los *trams*? —preguntó Rocco.

—Quiere decir trans —lo corrigió Deruta.

—Sssí. Nos hemos hecho *chorrocientos* kilómetros. ¡No se nos ha escapado ni uno!

—Ni uno... Aunque en realidad son sólo dos —intervino Deruta—. Hemos encontrado sólo dos. Uno en Châtillon y es peluquero. No ha visto nunca a esta persona.

—*L'otro*, sin en cambio, jefe, ¡si lo hubiera visto! Dos metros, una espalda así... La hostia, tú, *me sechó* encima el cabrón...

—¿Se te ha tirado encima? —preguntó Casella casi riendo.

—No, es que D'Intino ha intentado entrar en su casa y el tipo no quería. Así que lo ha agarrado de la chaqueta y lo ha tirado al suelo.

—¿A ti, D'Intino? —preguntó Pierron.

—Sí, a mí mismito.

—Continúa, Deruta —le ordenó Rocco.

—A ver, pues el que mide dos metros ha dicho que no ha visto nunca a la persona de la foto, y que además con el pelo corto y los ojos cerrados no la reconoce. Este... espera, ¿cómo se llamaba?... Demonia, pero me da a mí que es nombre artístico.

—¿De verdad, Deruta?

—Sí, señor. Este Demonia trabaja de *drag queen*.

—Bueno, total, ¿que ni siquiera Demonia la ha reconocido?

—No, señor. Una pérdida de tiempo.

—Pues mañana seguís. Ah, y que sepáis que nuestra amiga se llamaba Juana. Poneos las pilas. Pero ahora a dormir. Por hoy ya está bien.

—¿Puedo hacerle una pregunta, jefe?

—Virgen santa, D’Intino, ¡eres peor que un grano en el culo! A ver.

—Pero a estos *trams*... trans... cuando se habla de ellos, ¿tenemos que usar el femenino o el masculino?

—Yo opino —respondió Rocco, sereno— que debemos usar el femenino. —D’Intino lo observaba con atención—. Quieren ser mujeres, así que son mujeres.

El rostro del agente se iluminó con una sonrisa.

—¡Ahora lo pillo! ¡Gracias, jefe!

Schiavone le soltó un manotazo en el hombro.

—De nada, D’Inti, no hay de qué.

Mientras D’Intino y Deruta se marchaban, Rocco se acercó al mapa.

—Ahora calladitos y volvamos a lo nuestro. Éste es el local de Xi Huo... ¿Qué hacemos? ¿Nos ponemos a buscar en un radio de cuatrocientos metros?

—Es un poco arriesgado —comentó Caterina.

—Estamos al norte de donde encontraron el cadáver, y bastante seguros de que fue caminando a por el *sushi*... —Seguía mirando el plano y tocándose la barbilla—. ¿Dónde coño...? Vale, es tarde, estoy cansado, se acabó por hoy. Tengo que consultarlo con la almohada. Mañana uno de vosotros irá a comprobar si hay alquileres registrados a ese nombre. No puede haber muchas Juanas en Aosta, ¿no? Italo, ¿te encargas tú?

—Recibido.

—Aunque es un intento desesperado. No creo que haya ningún alquiler registrado.

—¿Me doy una vuelta también por los hoteles?

—No hace falta, Italo. ¡Señores, a casa! Nos vemos mañana con la mente fresca. —Italo y Casella se levantaron del escritorio y se desazonaron—. Caterina, tú te vienes conmigo —le ordenó Rocco.

La inspectora lo siguió mientras abandonaba la sala.

• • •

—¿Me vas a contar qué te pasa? —le preguntó ya en la calle, bajo la tenue luz de las farolas.

—¿Qué quieres que te diga, Rocco? Nada.

—Estás ausente, estás rara. Tienes un día libre y vuelves hecha polvo. ¿Qué ha pasado? ¿Es por Italo?

—También.

El rostro de Caterina estaba a oscuras y Rocco a duras penas lograba distinguir el perfil. La miró.

—Mentira.

—No, es cierto. Italo, mi vida, son muchas las cosas que no funcionan. Hay días en los que te paras a echar cuentas, sumas y restas, y a menudo el resultado no es positivo.

—¿A tu edad echas cuentas?

—¿No debería?

Pasó un coche y, por un instante, los faros iluminaron el rostro de la inspectora. Le brillaban los ojos.

—A mí me parece que tú estás mal por algo. Algo que no quieres contarme, ni yo quiero saber. Pero te doy un consejo, porque te tengo cariño. A tu edad puedes hacer lo que te dé la gana. Puedes ser lo que quieras. Aquí, en el pecho, ponte un signo positivo, como las pilas. Si no, estás perdida. Eres un avión a punto de despegar, Caterì. ¡Y tienes que despegar!

Caterina se sorbió la nariz.

—Acaba ya la carrera y matricúlate en la academia de comisarios de la Policía Nacional de Roma. ¿Qué haces aquí, en Aosta? ¡Lárgate! Hay todo un mundo ahí afuera. ¡Vete! Mira, el dinero para el billete te lo doy yo, puedes ir adonde te apetezca.

La inspectora por fin esbozó una sonrisa, la primera en todo el día. Levantó la mirada hacia él y su rostro se iluminó con la luz de la farola. Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Tú te vienes conmigo? —le soltó a bocajarro.

—Yo ya no estoy para esos trotes, Caterina. Me gustaría, pero no lo estoy.

—Pues yo creo que sí. Pero finges que no.

—No le des la vuelta a la tortilla. Estábamos hablando de ti.

—¿Y a ti, Rocco? ¿Qué es lo que te ata?

—Planteas mal la cuestión. La pregunta correcta sería: ¿qué podría darte un empujón, Rocco?

—¿Yo? —contestó Caterina sin apartar la vista de los ojos del subjefe.

—Tú no eres un empujón, Caterina. En tu caso el peligro es que seas un seísmo planetario. Y yo no estoy preparado. Te arruinaría la vida. Y no nos lo merecemos.

—Eres un pesado y un mentiroso. Me voy a casa, Schiavone. Nos vemos mañana. ¿Cómo decías hace un rato? Ah, sí, con la mente fresca. —Se dio la vuelta y, con paso decidido, se encaminó hacia la avenida.

Rocco no le quitó ojo hasta que dobló la esquina y desapareció de su vista. Luego miró a *Loba*.

—¿Nos largamos a casa, cachorrita mía? —La perrita ladró y se pusieron en camino—. ¡Joder, cómo perdemos facultades, querida!

Se había quitado el uniforme para no llamar demasiado la atención. Después de pasar por el vestíbulo de recepción, accedió al interior del edificio. En el directorio vio que Cirugía estaba en la segunda planta. Subió las escaleras despacio, con la respiración entrecortada y un nudo en la garganta. Ni siquiera recordaba el trayecto de su casa al hospital, lo había recorrido casi en trance, sin hacerse demasiadas preguntas. Tenía que acallar todas aquellas vocecitas que le pitaban en los oídos, esas que algunos llaman conciencia, pero que Caterina denominaba coacción educativa. Desde la primaria, en el colegio de monjas.

Menudas eran aquéllas.

Se acordaba de sor Ernestina, que era austríaca y la obligaba a comerse la sopa de estrellitas que a ella le daba asco. Y de los castigos físicos por haberse olvidado de una capital o una tabla de multiplicar. Una vez había soltado una carcajada durante el Ave María porque una compañera de clase había puesto la cara más graciosa del mundo. Sor Ernestina la había mandado a Dirección y la había dejado sin almorzar. Y no es que en casa las cosas fueran mucho mejor. Saltaba de la sartén para caer en las brasas, del horror de su familia al infierno del colegio.

Coacción educativa.

Caterina no había tenido nunca el valor de rebelarse, primero contra las monjas, luego contra los profesores. No conseguía librarse de aquellas malditas vocecillas que le decían: «el corazón

de Jesús sangra si dices eso, el corazón de Jesús llora si no haces lo otro, el corazón de Jesús te deja sola si no obedeces».

«Avergüénzate. Avergüénzate. Avergüénzate.»

Dios, patria y familia. Era casi grotesco, pero, de todos esos valores, en el fondo no reconocía ninguno. De su madre y su padre mejor ni hablar, no creía en Jesucristo ni en Dios ni en la Virgen, y de Italia eran más las veces que se avergonzaba que las que se sentía orgullosa. Sin embargo, luego acudían las vocecitas y la mandaban a misa en Navidad, la obligaban a asistir a la primera comunión de los hijos de sus primos, la empujaban a subir las escaleras hasta la unidad de Cirugía para ver a un padre a quien llamarlo por ese nombre tenía delito.

«Primero la obligación y luego la devoción», decían sus profesores. Y ahora que lo pensaba mientras subía los escalones, la devoción no la había conocido nunca. Toda su vida no había sido más que una obligación tras otra. Los deberes y luego a enjugar las lágrimas de su madre; más deberes y corriendo a hacer la compra, porque su madre no lograba levantarse de la cama de ninguna de las maneras; estudiar y luego a la cocina a preparar la cena para las dos; ir al trabajo y sacar el sueldo para mantenerse a sí misma y a su madre. Jamás había sido niña. Jamás había sido joven. Había descubierto que ya era mujer sin siquiera poder contarle en casa, temía los bofetones de su madre y las manos de su padre. Y los errores los había sufrido en sus propias carnes. A los diecinueve años había acabado ingresando en el cuerpo de policía sin haber salido ni una noche a una discoteca, sin ningún amorío adolescente, nada. Alfredo fue su primer amor. Era camionero. Aquel Alfredo de Joix sólo cometió un error, el de levantarle la mano. Por lo menos ser policía le había servido de algo.

Llegó a la puerta de la unidad. A lo lejos, un celador empujaba un carrito por el pasillo. Echó un vistazo dentro de un par de habitaciones. En la tercera se cruzó con una enfermera sonriente.

—Disculpe... Buscaba a Guido Rispoli... —le dijo.

La enfermera entornó los ojos.

—¿Está segura de que está en Cirugía?

—Sé que tiene que operarse del corazón.

—Entonces tiene que subir una planta más. A la UCI, cuidados intensivos. —Luego miró el reloj —. Si se da prisa, la dejarán entrar. Para las visitas no está permitido quedarse más de una hora.

Una planta más. A la derecha, encima de una puerta cerrada se leía «UCI». Caterina llamó al timbre. Esperó unos segundos hasta que, a través del vidrio esmerilado, vio acercarse una sombra. Se abrió la puerta. Un enfermero con barba la miró con cara de cansancio.

—¿Sí?

—Buscaba a Guido Rispoli...

Él asintió.

—Última habitación a mano derecha. Aunque cerramos dentro de diez minutos...

En aquella unidad había sólo seis habitaciones, con puerta de doble hoja y un rectángulo de cristal para mirar al interior. Llegó a la última. Se asomó.

Su padre estaba tumbado en la cama. Tenía una vía intravenosa en el brazo derecho, y un monitor sobre la cabecera marcaba el ritmo cardíaco. Tenía los ojos cerrados y respiraba despacio. Parecía más pequeño del metro ochenta que medía. La luz de la habitación era sosa y uniforme, como la gelatina.

«Ahí está», dijo Caterina para sus adentros, sin moverse de donde estaba, como si observara un acuario que contuviera al tiburón más fiero del océano. Tenía las blancas manos apoyadas sobre las sábanas. Barba de dos días, el pelo un poco canoso y rizado. El tiempo parecía haberse detenido en aquel cuarto y la memoria de Caterina rebobinó, como una cinta. Retrocedió en el tiempo hasta su duodécimo cumpleaños. Le habían comprado una tarta, pero su madre se había equivocado con las velas y sólo había puesto once. No había regalos, tan sólo aquel pastel de chocolate cubierto de nata, y ni siquiera una amiga a su lado. En la mesa de la cocina, los restos de la cena. «Cumpleaños feliz», cantaba su madre mientras su padre la encuadraba con una máquina fotográfica de usar y tirar.

Luego, sentado en la cama de matrimonio de su dormitorio, su padre le había cogido las manos, la miraba a los ojos. El aliento le olía a tabaco. Su madre, mientras tanto, seguía sentada en el sillón verde de la otra habitación, delante del televisor con el volumen al máximo.

—Ya eres una mujer, Caterina —le había dicho su padre— y debes tener cuidado. Las cosas más feas les ocurren justo a las que son guapas como tú...

Le rozaba los brazos, le acariciaba las manos.

—Ven aquí, déjame que te abrace, mi niña... —La estrechó con fuerza contra el pecho.

Ella no sabía si también debía rodearlo con los brazos, pero se lo ordenó la vocecilla: «Abrazalo, ¡es tu papá!» Y eso hizo. No lo abrazó del todo. Sólo le apoyó los brazos sobre los hombros. Apestaba a sudor y a alcohol. Él la estrechaba cada vez más fuerte.

—Te quiero mucho... —decía.

Jamás la había abrazado de aquella manera, solamente una vez, hacía un montón de años, pero ella apenas lo recordaba.

—Ya sabes que papá te dice las cosas por tu bien... Y tú y yo tenemos que guardar un secreto...

—¿Cuál? —le había preguntado ella.

—Un secreto entre un padre y una hija. —La obligó a que apoyara la cabeza en su hombro. Luego ella reparó en que los brazos musculosos ya no le rodeaban los hombros—. Ya sabes que todos los papás tienen un secreto con sus hijas, ¡y ahora tú y yo también tendremos uno! —Las manos de su padre habían desaparecido, ya no le tocaban la espalda. Despacio, como un viento suave, sintió que algo le rozaba los glúteos—. Es por tu bien... —murmuraba.

—Sí, papá...

Desde los glúteos, el viento suave pasó hasta debajo de su falda.

—Y tienes que confiar en mí, porque yo te enseño a hacer las cosas como hay que hacerlas, a no tener miedo de las personas malas...

Caterina no entendía. ¿De qué debía tener miedo?

—Sí, papá...

Luego le cogió una mano y le levantó la cara para mirarla otra vez a los ojos.

—¿Confías en papá?

—Sí... —había respondido ella con voz ahogada.

—Muy bien, mi niña, muy bien... Éste será nuestro secreto. —Le había cogido la mano, con delicadeza, y se la había llevado hacia abajo. Cada vez más abajo. Hasta que Caterina lo notó. Miró, y se dio cuenta de que rodeaba con la mano la polla de su padre.

—Ahora pórtate bien y...

Huyó del dormitorio mientras su padre reía detrás de ella. Cruzó el salón corriendo. Su madre estaba allí, con los ojos fijos en el televisor. Se metió en su habitación y se encerró, puso una silla para bloquear la puerta. Luego se pasó la noche llorando. No sabía que aquella no sería la última,

sino sólo la primera noche de los secretos.

Le siguieron otras tres, hasta que su padre desapareció de casa después de dejar a su madre en el suelo con un brazo roto y los ojos magullados y morados. Y entonces intervino el pez gordo, como lo llamaba su madre. Un amigo de su tío que trabajaba en la policía, en Roma, y que impidió que el padre volviera a acercarse a su hija. Gracias a él, Caterina se encontró de repente con un uniforme azul y un trabajo que nunca se le había pasado por la cabeza. En cualquier caso, al amigo de su tío, al entonces comisario Mastrodomenico, Caterina lo tenía en un pedestal, habría hecho cualquier cosa que él le pidiera, era su tabla de salvación en un mar muy agitado.

Habían pasado muchos años y ahora su padre estaba allí, tendido en una cama de la UCI. ¿A qué había ido? ¿A verlo una vez más?

Quería mirarlo a los ojos con la esperanza de que fuese la última vez y de que Dios, Jesús o lo que fuera que hubiese allí arriba se lo llevara para siempre. En ese momento, desde el otro lado del cristal, su padre volvió la cabeza y la vio.

«Ahí están», pensó Caterina. Aquellos ojos negros y malvados con los que seguía soñando por las noches, los mismos que la habían perseguido hasta ese momento. Su padre le sonrió levemente y trató de levantar una mano. Le hizo un gesto para que se acercara. Caterina dio unos pasos y finalmente entró en la habitación. Apestaba a desinfectante mezclado con caldo añejo.

—Hola... —la saludó él.

Ella se detuvo a los pies de la cama. Miró la colcha blanca y celeste con el logo del hospital, luego el monitor que marcaba la presión sanguínea y el ritmo cardíaco, el dedo índice de su padre mordido por una pinza, la vena del brazo amoratada, con la aguja cánula insertada en ella.

—Me alegro de que hayas venido a verme. Has crecido.

—Es lo que sucede cuando pasa el tiempo.

Guido Rispoli apretó los labios.

—¿Me darías un poco de agua?

—No —respondió Caterina sin moverse.

—¿Tengo que llamar a la enfermera?

—Si ése es su trabajo...

—Sabes que mañana...

Caterina levantó un brazo para interrumpirlo.

—¡Para! Aclaremos las cosas ahora mismo. Que te mueras o no no depende de mí. Hace unos años te habría deseado la muerte, hoy sinceramente me importa un bledo. Al principio, hace mucho tiempo, llegué a culparme por no merecer tu amor. Lo que son las cosas. Has sido un padre repugnante, deseaba decírtelo. En todos estos años le he dado muchas vueltas, he intentado encontrar una excusa, un motivo, pero he acabado entendiendo que eres sólo un hombre enfermo. Y no me refiero a tu corazón, de eso nunca has tenido. Has convertido mi vida en un infierno, me has hecho cosas para las que necesitarías una vida entera para pedir perdón y arrepentirte, y no bastaría, pero a ti jamás se te ha pasado por la cabeza disculparte. Jamás. Ahora estás aquí, en esta cama, entre la vida y la muerte, y ¿quieres aclarar las cosas conmigo? ¿Cómo vas a hacerlo? Explícamelo.

Guido no respondió. Cerró los ojos y una lágrima le rodó despacio por el pómulos hasta detenerse en los labios.

—Si supieses cuántas veces te he necesitado a mi lado. Porque yo confiaba en ti. ¿Cómo pudiste? Dímelo, por favor, ¿cómo pudiste?

Pero Guido permaneció callado.

—Creo que no tenemos nada más que decirnos. Que sepas que no iré a tu funeral. Si sales de ésta, no vayas a buscarme.

—¿Has venido sólo para vomitarme toda esta porquería?

—Esto no es nada en comparación con lo que tú me has hecho. No, he venido por otro motivo...

—Dio dos pasos más para acercarse. Se inclinó hasta clavarle la mirada en los ojos. Los estudió con mucha atención.

—¿Qué haces, Caterina?

—Tus ojos son normales, ¿sabes? Veo la córnea, la pupila marrón, alguna brizna amarilla en medio... ¿Y qué son estas cositas rojas? ¿Capilares? Ah, no, espera, creo que se llaman vasos retinianos, sí... rojísimos por la esclerosis. —Se incorporó—. En definitiva, son ojos normales. Nada del otro mundo. Ni siquiera son tan bonitos. No, no se parecen a los míos. Nada de lo que veo en esta cara se parece a mí. Son ojos asustados, ¿sabes? Haces bien en tener miedo. El miedo es sano, o al menos eso dicen. Yo lo sé, he convivido con él un montón de tiempo. ¿Sabes qué es lo positivo? Si mueres en el quirófano no te enteras, antes te duermen. Disfruta de la anestesia, que sea breve o larga depende del cirujano y un poco de la suerte. Aunque tú de ésa siempre has tenido, ¿verdad?

Se dio la vuelta y salió de la habitación. El «bip» del ritmo cardíaco había subido de intensidad. Cuando dejó atrás la UCI se le escapaba la risa. Le dieron ganas de pararse en el pub a tomarse una cerveza. Negra. Una Guinness. Después de todo, ya no volvería a soñar con aquellos ojos.

Abrió el envoltorio de la comida del día anterior. El kebab estaba seco y ni calentándolo hubiese mejorado mucho la cosa. Apestaba a podrido. Rocco lanzó el envase al cubo de basura. Decidió que cenaría una botella de vino tinto, no tenía ganas de salir. Se arrellanó en el sofá y encendió la televisión. Empezó a hacer *zapping* de un programa a otro mientras acariciaba con la mano derecha a *Loba*, que había devorado su comida y dormitaba feliz. Abandonó los canales principales y se perdió en la selva de las cadenas televisivas misteriosas. Documentales, películas desconocidas, novias que competían por la boda más bonita, gente que cocinaba en la cima de una montaña, una chica con un pecho al aire que invitaba al espectador a marcar un número de teléfono prometiendo quién sabe qué experiencia erótica, un partido de fútbol de una liga pésima...

—¡La madre que me...! —Se golpeó en la frente con la palma de la mano—. ¡Mira que soy idiota! Ven, *Loba*. —Se levantó y salió del piso.

Llamó a la puerta de Gabriele. El chico abrió al cabo de unos segundos.

—Buenas noches.

—Tú tienes internet.

—Sí.

—¿Y ordenador?

—También.

—Me haces falta. —Y, seguido de la perra, el subjefe entró en el piso—. ¿Está tu madre?

—No, esta noche se queda otra vez en Milán. ¿Ha cenado?

—Sí.

—Yo también. Me he preparado pasta al pesto...

—Me la suda, Gabriele. Venga, vamos al ordenador.

Gabriele le hizo un gesto para que lo siguiera y lo llevó a la última habitación de un pasillo de paredes grises y marrones. Si aquel piso podía describirse como ordenado, minimalista, vacío y casi japonés, con el dormitorio del chico ocurría todo lo contrario. Un campo de batalla. El suelo estaba sembrado de calcetines, zapatos desparejados, tebeos de Marvel... En la cama deshecha, una guitarra eléctrica y fundas de videojuegos. Una pequeña estantería alojaba los libros de texto y alguna que otra novela. Todos parecían intactos, puede que nunca los hubiera abierto. Otra estantería, mucho más grande, acogía centenares de DVD alineados en un orden enfermizo. Si se echaba un vistazo rápido, uno podía ver que todos eran de películas de terror. El equipo de música descansaba sobre un mueblecito chino y alrededor había apiladas decenas de CD. En el escritorio, un portátil de última generación.

—Bueno, disculpe el desorden.

Flotaba un olor a chicle dulzón mezclado con sobaco y camiseta húmeda. Rocco fue a abrir la ventana. Daba a un patio interior.

—¿Tiene calor?

—No. Huele a tigre. Venga, vamos.

—¿Qué tenemos que buscar? —preguntó Gabriele, sentándose a la mesa.

Rocco cogió una silla y se puso al lado.

—Anuncios de señoritas de compañía en Aosta.

Gabriele lo miró, atónito.

—No es para mí, idiota. Vamos, comencemos.

—¿Seguro? Está bien. Yo soy una máquina en Google, ¿sabe? —Empezó a teclear. Abrieron el primer sitio—. Listo. ¿Qué buscamos? —preguntó mientras observaba la página web—. ¿Señoritas de compañía, sadomaso, hombres para hombres, hombres para mujeres, trans?

—Pon señoritas de compañía y trans. Y no especifiques hombre ni mujer.

—¿Buscamos a un maricón?

—Buscamos a una trans, imbécil.

—Pero ¿quién es?

—Tú a lo tuyo.

—Pero ¿sabemos cómo se llama?

—Sí, aunque no nos sirve porque casi todas usan nombres artísticos. Así que ponte las pilas. Empezamos por la letra A. Lady Angela, por ejemplo. Doble penetración, etcétera, etcétera. Ésta es trans. ¿Hay un número de móvil?

—Es feúcha.

—Gabriele, no buscamos compañía para esta noche, a ver si te enteras.

Rocco agarró el Nokia y marcó el número de Lady Angela.

—¿Diga? —respondió una voz grave y cavernosa. Rocco colgó.

—Vale, no es Lady Angela.

—¿Por qué?

—Está viva. Sigue.

—Tenemos a la tal Condesita Barbara, aunque yo diría que no es condesa ni nada.

—¿En serio, Gabriele?

El chico se encogió de hombros. Rocco resopló.

—Prueba con el móvil.

Llamaron también a Condesita Barbara. Saltó el contestador automático. «Hola, soy Condesita

Barbara. Soy especial, sofisticada, caprichosa, tengo un estudio equipadísimo y soy pura lujuria. Ven a verme a via Edelweiss, por la tarde hasta las nueve... Hasta pronto...»

Rocco tomó nota.

—Vale, via Edelweiss, luego lo miramos. Sigue.

—Pero ¿quiere decir que estoy participando en la investigación?

—No, quiere decir que no tengo internet en casa y me aprovecho de ti. Tú eres sólo una fuerza bruta, un brazo ejecutor, poco más que un objeto. Venga, ahora ésta... Brenna... Cántame el número.

Llamó a Brenna. También le respondió el contestador: «Hola, soy Brenna. —El acento era eslavo. Rocco se concentró en la escucha—. Estoy dispuesta a todo. Y te espero hasta el viernes en via Larsinaz.»

Continuaron navegando por distintos sitios web una buena media hora. Cuando acabaron de espulgar hasta los más extremos, Rocco se encontró con dieciocho direcciones y la oreja ardiendo. Gabriele se dejó caer en la silla.

—No imaginaba que hubiese tantísimas prostitutas en Aosta. ¿Qué es la lluvia dorada?

—Una cosa asquerosa.

—¿Y la doble penetración?

—También.

—¿Qué significa *padding* extremo?

—Gabriele, me desconcentras. Haz una cosa, pregúntale a tu madre.

—Vale. ¿Hemos acabado?

—No. Ahora abre el mapa de Aosta. Busca via Mont Fallère, por favor. Desde allí vamos a calcular la distancia a estas direcciones, a ver cuáles están más cerca. Venga, que quiero irme a dormir.

—¿Puedo quedarme en su casa también esta noche?

—Según cómo te portes... Empecemos por Condesita Barbara, via Edelweiss.

Cerca de El Anillo de Jade, el restaurante de comida para llevar, sólo había tres direcciones válidas. La de Brenna, en via Larsinaz, la de Sonya, en via Brean, y por último la de Jessica, con una sola ese, en via Capitano Chamonin.

—Excelente trabajo, Gabriele. Lo has hecho muy bien, mejor que muchos de mis agentes.

—Entonces, ¿puedo dormir en su casa?

—Puedes. Pero en el sofá, no me vengas en mitad de la noche y te metas en mi cama. Apesta y das patadas, y yo tengo que descansar.

Hacía poco que el alba había despuntado, y el aire era limpio y fresco. Arjan Vlora se apoyó en un pino para echarse una cabezadita. El rebaño pastaba tranquilo entre la hierba, todavía mojada por el rocío, y los dos pastores de Maremma, que Arjan había rebautizado como *Bogdani* y *Berisha*, en honor a dos futbolistas de su país, vigilaban el prado correteando y mezclándose con las ovejas. A lo lejos se oía el bramido de la carretera nacional Pontina. A esa hora el tráfico de la gente que iba camino del trabajo era ya una locura, pero a Arjan aquello le traía sin cuidado. La ciudad ya no era problema suyo. Llevaba años trabajando en la finca de Castel di Decima, y no cambiaría aquel empleo por ningún otro. Sacar a pastar a las ovejas, cargar los bidones de leche, cuidar de los melocotoneros y los almendros, supervisar el proceso de curado de los quesos y devolver a las ovejas al redil. Un chollo. Sobre todo para él, que llegó en 1994 a Italia junto a hordas desesperadas desde la zona rural de Fier, convencido de que allí encontraría a saber qué. Sin embargo, en el fondo tuvo suerte. Encontró el único trabajo que sabía hacer bien, en el campo. Y con la paga que le daba Alessio De Sisti, casi ochocientos euros al mes más comida y alojamiento, en menos de dos años volvería a Albania para comprar la casa de los Balaj y formar por fin una familia. Había tardado un poco, pero al final Italia le había dado un futuro. Cerró los ojos y el ruido de la carretera se fue apagando, sólo quedaron los cuatro cencerros de los animales y los ladridos de *Berisha*.

Pero ladraba demasiado.

Volvió a abrir los ojos. El perro ladraba con un tono agudo, de alarma, no el grave y sordo de defensa, y Arjan, que llevaba seis años conviviendo con los dos mastines, lo comprendió de inmediato. Lo buscó con la mirada, pero no dio con él. El ladrido provenía de la linde del prado, cerca de las zarzamas que Arjan saqueaba todos los años a finales de verano para preparar mermelada. Se incorporó. Divisó la cola peluda y blanca del pastor de Maremma, agitándose, y vio que tenía el resto del cuerpo metido entre las zarzas. Silbó, pero el perro no reaccionaba. *Bogdani* se sintió atraído y corrió hacia su compañero, e, igual que *Berisha*, introdujo medio cuerpo entre las zarzas sin dejar de mover el rabo.

—Pero qué... ¡*Bery!* ¡*Bogda!* ¡Aquí! —Y silbó de nuevo.

La única que le hizo caso fue una de las ovejas más viejas, que levantó la cabeza masticando. Lo observó durante unos instantes y luego siguió pastando.

—¡*Bery!* ¡*Bogda!* ¡Aquí!

Nada. No se movían. Tal vez habían dado con una serpiente. O quizá con un zorro. Pero los zorros no solían andar por allí a esas horas, como mucho podía ser un zorro muerto atropellado y lanzado hasta allí por algún conductor despistado. Y además los perros nunca prestaban atención a los animales muertos, ni a las serpientes ni a los gatos. *Berisha* y *Bogdani* guardaban las ovejas. Eso habían hecho siempre y eso era lo que sabían hacer. Nada podía distraerlos. Y mucho menos

una culebra o el cuerpo de algún animal del bosque destripado la noche antes. Se puso en pie. Ahora los veía mejor. Los dos perros tenían todo el cuerpo metido en los matojos que había más arriba del prado, cerca de la valla del recinto, que estaba rota en varios puntos y que tarde o temprano tenía que animarse a reparar. Dejó el zurrón y el transistor que llevaba siempre consigo y, resoplando, se dirigió hacia allí. Un par de ovejas se apartaron para dejarlo pasar.

—*¡Bery! ¡Bogda! ¡Pero bueno!* —Cruzó casi todo el prado y finalmente los alcanzó—. ¿Se puede saber por qué ladráis?

Al principio creyó que era ropa abandonada, pero luego se dio cuenta de que, de una manga de la cazadora, salía una mano. Sintió un escalofrío que le puso de punta todos los pelos del cuerpo, y el corazón empezó a latirle con fuerza contra las costillas.

—¿Qué coño...?

Había un hombre dentro del matorral. Un corte limpio y preciso como una sonrisa le atravesaba el cuello de un lado a otro.

—*Dreqi ta haje!*

Eran las siete y media de la mañana cuando el subjefe Schiavone y el agente Pierron llamaron a la puerta de Brenna, en via Larsinaz. Del piso no salió ni un ruido, ni un movimiento. Un coche pasó a toda velocidad y un perro ladró desde un balcón. Rocco miró a su alrededor. Todos los edificios eran de dos plantas, idénticos, todas las puertas iguales, ningún propietario parecía dar señales de vida. Tocó el timbre de nuevo.

—Es temprano. A esta hora estará durmiendo —dijo Italo.

—Me la suda, que se despierte. —Pulsó y dejó el dedo en el botón al menos diez segundos.

—¿Y si hubiésemos dado en el blanco a la primera?

—Pues entonces tendremos que echar la puerta abajo, porque dentro no habrá nadie.

No fue necesario. Alguien se movía al otro lado.

—¿Quién es? —Una voz débil, casi inaudible.

—Policía. ¡Abra!

Un par de segundos después oyeron que la llave giraba en la cerradura. Un cerrojo de seguridad se retiró y, finalmente, la puerta acabó abriéndose. Ante ellos apareció Brenna. Tenía el pelo rubio platino pegado a la frente. El rostro, sometido a varias operaciones, estaba sudado y lleno de manchas. Vestía una camiseta de Superman y pantalones de chándal, y tenía los ojos morados y los labios tan hinchados que parecía que alguien le hubiera estado dando una paliza hasta ese mismo instante.

—¿Qué pasa? Tengo el permiso... ¿Voy a buscarlo?

—No. ¿Conoce a esta persona? —Rocco le pasó la hoja con la fotografía de Juana tomada en la mesa de la autopsia.

Brenna la miró con los ojos cansados.

—No. ¿Es la del periódico?

—Sí. ¿No la conoce? ¿No la ha visto nunca?

—Les juro que no. Si no, yo misma habría ido a decírselo... Murió estrangulada, ¿verdad?

—Sí. —Esta vez fue Pierron quien respondió—. ¿Tiene usted algún cliente que podría haber hecho algo así?

Brenna sonrió. Se pasó la mano por la cara.

—¿Quieren tomar un café? Total, ya no voy a poder dormir... —Y se hizo a un lado para que se pusieran cómodos.

Los había llevado hasta una pequeña y acogedora cocina. Un gato tricolor se restregaba en la pierna de Rocco.

—Pórtate bien, *Felix*... Es muy cariñoso, pero no le hagan caricias o no podrán quitárselo de encima. ¿Toman azúcar?

—No, gracias, así está bien —respondió Rocco.

Brenna les ofreció sendas tacitas, luego se sentó y se arregló el pelo. La expresión de su rostro era tensa.

—Han venido a denunciarme, ¿verdad?

—Brenna, me importa un comino cómo se gane la vida. No soy de la policía moral. Estoy buscando a un asesino —explicó Rocco, y el rostro de la prostituta pareció relajarse.

—No pienso en otra cosa desde que leí la noticia. Podía haberme ocurrido a mí.

—Por cierto, ¿usted por casualidad no conocerá a...? —Italo cogió el cuaderno y leyó—: ¿Jessica, sólo con una ese, o Sonya? Jessica vive en...

—Sí, la conozco. Vive en via Capitano Chamonin, aquí cerca. La vi ayer. Y justo estuvimos hablando de esa pobrecita que han encontrado en el río.

—¿Usted no es extranjera?

—Sí que lo soy. De Bratislava. Pero por teléfono exagero el acento. Es algo que gusta. —Y le dio un bocado a la galleta de chocolate—. Aunque yo nunca he tenido clientes así. Es decir, raros, muchos. Está el que se viste de camarera, el que quiere el *strap-on*...

Italo puso cara de no enterarse. Rocco lo tranquilizó:

—Después te lo explico.

—Y luego las típicas esposas, el látigo y cosas por el estilo. Pero siempre es gente que quiere jugar. Todo acaba en risas.

—Es usted una experta.

—Bastante. —Se acabó la galleta—. Llevo quince años en la profesión. Hago de todo, y soy cara.

—¿Para hacernos una idea?

—Desde cien por una sesión hasta más de quinientos por toda la noche. La tarifa sube, sobre todo, si tengo que ir a domicilio o a un hotel.

—¿Emite factura? —preguntó Rocco, y Brenna se quedó de piedra.

—¿Cómo?

—Era broma —la tranquilizó Rocco—. ¿Ejerce en el dormitorio?

—No. Ahí. En lo que era el salón. ¿Quieren verlo?

—¿Por qué no? —dijo Rocco.

Se levantaron. Recorrieron el pequeño pasillo y entraron en el antiguo salón, ahora revestido por completo de una moqueta roja. El hedor a ambientador con olor a rosas se le metía en la nariz. Los instrumentos de la profesión colgaban de la pared. Látigos, cañas de bambú, esposas, cadenas, bozales... Sobre una mesita, una colección completa de falos de plástico.

—Éste es mi despacho.

—Bonito. Aunque no veo el fax.

Brenna se echó a reír.

—Gracias, ¿nos acompaña a la puerta?

—Pero ¿tú pagarías cien euros por estar con una así? —le preguntó Italo mientras regresaban al coche.

—El café lo hace bien.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a casa de Sonya, que, por lo visto, Jessica con una ese ayer estaba viva, y por

ahora no me molestaría en buscarla... Y tampoco me molestaría en coger el coche, porque hasta via Brean no hay ni cinco minutos.

No volvieron a decir nada en todo el trayecto. Rocco observaba las calles, los edificios. Italo miraba fijamente la acera. El agente sabía que, cuando el subjefe se quedaba callado, no había que importunarlo. Si uno prestaba atención, podía oír incluso el rumor de sus pensamientos. Llegaron a via Brean.

—¿El nuestro es el 12? —preguntó Rocco leyendo los números de los portales.

—Sí, el 12, pero... ¿a ti no te parece raro, Rocco?

—¿El qué?

—Estamos intentando averiguar la identidad de una persona que en realidad ni siquiera estaba muy segura de la suya.

—¿Porque tú sí estás seguro de la tuya?

Pierron se rascó la cabeza.

—Eso creo...

—¿Lo sabes todo sobre ti?

—Sé bastante.

—Bastante no es todo. Y si te soy sincero, ni siquiera es suficiente.

Habían llegado al 12. Llamó por el interfono al Estudio Eme, como indicaba Sonya en el anuncio. No respondió nadie.

—¿Ésta también estará dormida?

—Es probable. —Tocaron de nuevo—. Aquí dice que el Estudio Eme es la puerta tres.

Rocco retrocedió un par de pasos para echar una ojeada al edificio. Dos plantas. A la derecha, un banco. A la izquierda, otros edificios, también bajos, y una ferretería.

—Nada, Rocco, ésta no responde.

El subjefe llamó por el interfono a una puerta cualquiera. Al cabo de unos segundos contestó una voz de mujer.

—¿Sí?

—Jefatura de policía de Aosta, abra la puerta.

Al otro lado, silencio.

—Señora, ¿me ha oído?

—¿Quién me asegura que es de verdad la policía?

Rocco puso los ojos en blanco.

—¡Manda huevos! Así es y mire el uniforme de mi agente.

La señora Cosma, así se leía en el letrero del interfono, soltó el aparato, que rebotó al chocar contra la pared, y se dirigió a la ventana. Italo se había colocado con los brazos abiertos en medio de la acera para llamar su atención. Entrevió una mano que apartaba las cortinas y una cabecita blanca. Poco después, la señora volvió al aparato.

—De acuerdo, pero ¿vienen a por mí?

—No. Abra, señora.

Finalmente se convenció y los dos policías entraron en el portal. Subieron sólo un par de peldaños y llegaron a la primera planta, delante de la puerta del piso 3. Fue Italo quien llamó al timbre. Nadie respondió. Llamó de nuevo.

Como en algunas casas de vecindad de Milán, con galerías que daban a un patio interior, la ventana del piso daba a las escaleras. Rocco se asomó, pero la oscuridad impedía ver el interior. Tocó con los nudillos en el cristal, y entonces se abrió la puerta del piso 2, de la que salió un

chico recién duchado. Al ver a los dos policías, se sobresaltó.

—Buenas... ¿Conoce usted a la persona que vive aquí, Sonya? —preguntó el subjefe.

El chico miró a Rocco y luego a Italo, y de nuevo a Rocco y luego a Italo, como si tuviera miedo de que pudieran sacar un arma y dejarlo tieso.

—Sí... Quiero decir, no la conozco —respondió con voz débil—, pero me he cruzado con ella varias veces.

Rocco le hizo una señal a Italo, que sacó de inmediato la fotografía del cadáver. Se la pasó al subjefe, que se la mostró al chico.

—Dígame, ¿es ella?

El chico palideció.

—Dios mío, sí. ¿Qué ha pasado?

Rocco se guardó la fotografía.

—Creo que la hemos encontrado, Italo. Llama a la jefatura. Quiero a Caterina y a Casella, y también a Gambino con toda la brigada.

—Recibido.

—Usted puede marcharse.

—Pero ¿qué... qué pasa? —preguntó el joven.

El subjefe concentró su atención en el rostro del chico. Los ojos desorbitados y con un cerco negro, claros y asustados, la boca pequeña y retraída bajo la nariz prominente y las orejas de soplillo. Rocco lo clasificó como un lemúrido. Se movía a saltitos, igual que aquellos primates endémicos de Madagascar, vacilando entre el terror y la curiosidad.

—No pasa nada bueno. Eso es todo, adiós.

El lémur se escabulló con agilidad. Rocco se metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja suiza. Ya no quedaba ninguna esperanza de que Sonya o Juana abriese la puerta.

Arjan había encerrado a los perros en el redil y, apoyado en el árbol, le contaba al inspector Morganti por tercera vez cómo se había producido el hallazgo. Las ovejas rumiaban tranquilas, y de vez en cuando levantaban la cabeza para observar. A cien metros de distancia, junto al matorral, dos hombres de la Científica, encapuchados a pesar de que ya empezaba a notarse el calor, inspeccionaban las hojas y las ramas. El cuerpo del hombre seguía en el suelo. El médico estaba inclinado sobre el cadáver, y el subjefe Bonanni, de pie, leía distraído mensajes en el móvil. En la carretera, los vehículos de la policía abrían paso al furgón de la morgue.

—¿Qué quiere que le diga, Bonanni? Causa de la muerte: un buen corte en el cuello, profundo.

—Mmm —respondió el subjefe, con los ojos en la pantalla.

—Y no lo han matado aquí —añadió Uccio Pichi.

—Hasta ahí llego. No hay sangre. ¿Documentos?

—Qué va, ni documentos, ni cartera, ni reloj.

Bonanni desvió por fin la atención del teléfono.

—¿Seguro?

—Al cien por cien.

—En mi opinión, esto apesta a ajuste de cuentas.

—Tiene toda la pinta. —Uccio hurgó en el bolsillo interno de la chaqueta del cadáver—. Aquí hay un tíquet... A ver... —Se acercó el papelito a las gafas—. Bar Mastrangeli, via Vitellia 31... Se tomó un café. La fecha es de hace dos días.

—A saber cuándo se lo cargaron. —Bonanni se guardó el teléfono en el bolsillo.

—No lo sé. Me lo llevo al hospital y tal vez pueda decírselo.

—¡Morganti! —gritó el subjefe dirigiéndose al inspector—. Arranque el coche, volvemos al despacho. ¿Habéis acabado con el pastor?

El policía asintió y se puso en marcha.

—En cuanto tengas novedades, Uccio, ¿me llamas?

—Claro... Será un follón identificarlo.

—No nos subestimes, hombre.

La casa de Juana estaba vacía, salvo por tres muebles viejos. Ni un libro, ni un adorno, ni siquiera un televisor. El suelo igual de desnudo que las paredes, en la cocina sólo una cucharita en el fregadero. En el dormitorio había un colchón pelado y el armario abierto, sin ropa. Rocco volvió al salón. En el centro el parquet estaba descolorido, señal de que antes había habido una alfombra. En medio del techo, un gancho del que tal vez había colgado una lámpara y tres pequeños clavos en la pared que debían de haber sostenido algún cuadro o fotografía. Italo se asomó a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada. Vacío, parece una casa en alquiler. Busquemos al dueño y hagámosle unas cuantas preguntas. ¿Cuándo llegan los demás?

—Vienen de camino.

Rocco empezó a olfatear.

—¿No hueles algo? —le preguntó a Italo.

—¿Yo? Nada. ¿A qué huele?

—A flores. Pero no a flores de verdad. Es algo químico.

—Este sitio da escalofríos.

—A mí sólo me toca los cojones.

En la cocina había una puerta cristalera. Rocco la abrió. Se topó con un jardín enlosado minúsculo rodeado por una cerca baja y unos cuantos maceteros llenos de ramas secas. Un grifo goteaba. Se asomó al otro lado del pequeño vallado de madera. Había un aparcamiento con pocos automóviles. Regresó al interior del piso. Pierron se había quedado en el umbral.

—Está bien, Italo, esperaremos a los demás en la calle.

Descendieron hasta la planta baja. Rocco miró los buzones.

—Bueno, hay ocho puertas. Vamos a ver qué cuentan los vecinos. Intentaremos enterarnos de algo más. ¿Empezamos por la segunda planta, con la señora Cosma?

En ese momento se abrió el portón del edificio y reapareció el lémur.

—Me he olvidado una cosa —se justificó, y subió los dos escaloncitos con rapidez para regresar a su piso. Apareció de nuevo menos de un minuto después, mostrándoles el móvil a los policías—. Hay que ver, ya no sabemos hacer nada sin él, ¿eh?

—Disculpe, ¿puedo saber cómo se llama? —preguntó Rocco.

—¿Quién? ¿Yo?

—Si quiere, puede decirme también el nombre de su abuela o de su padre, pero por ahora preferiría el suyo.

—Por supuesto. Ivano Petrulli.

—Y dígame, Ivano. Hace tres días, el domingo por la tarde, ¿estaba usted en casa?

Ivano abrió los ojos como platos.

—¿El domingo?
—El domingo.
—Creo que no. No, el domingo por la tarde no estaba en casa. Estaba con mi novia, en Saint-Vincent. Dormí en su casa.
—¿Y el lunes?
—¿También por la tarde?
Rocco asintió.
—Estaba en casa de mis padres, en Cogne. Viven allí.
—¿No duerme nunca aquí?
—De vez en cuando. Anoche, por ejemplo.
Tenía prisa por marcharse. En cambio Rocco disponía de todo el tiempo del mundo.
—¿Sabe usted a qué se dedicaba Sonya? ¿O mejor dicho, Juana?
—Creo que sí. Tenía una casa de citas.
—¿Usted le hizo alguna visita?
—¿Yo? ¡Jamás! A mí ésos no me van.
—¿Esos qué?
—Esos fulanos... los trans.
—¿Hablaron alguna vez?
—Bueno... Nos saludábamos las pocas veces que nos cruzábamos. Pero ¿por qué me hace estas preguntas? Tengo que irme.
—Porque la han estrangulado.
El lémur palideció.
—Dios mío...
—Ya. Qué feo, ¿no? Matan a una vecina suya y usted no sabe nada.
Ivano se encogió de hombros como para excusarse.
—Pero es que yo no... Le juro que...
Rocco lo detuvo con un gesto de la mano.
—Deje sus datos de contacto a mi agente, y también el teléfono de su novia y de sus padres. Ya sabe cómo son estas cosas. Usted dice que no estaba en casa, pero nosotros tenemos que comprobarlo...
—Vale, vale —respondió el lémur, pestañeando con nerviosismo.
—Dígame —lo exhortó Italo, preparado con cuaderno y bolígrafo en mano.
—Espere, no me acuerdo del número de mis padres.
—Mírelo en el móvil —sugirió Italo con toda la tranquilidad del mundo.
—Ah, claro, tiene razón, qué idiota.

• • •

La señora Cosma era pequeña y delgada. Debajo de cada adorno, ya fuese un reloj, una foto enmarcada o una figurita de porcelana, había un tapete de algodón. Los muebles de madera lustrosa y las alfombras persas falsas combinaban a la perfección con los colores pastel del traje de chaqueta y el collar de perlas al cuello. Lo único que desentonaba era el pelo debido a un reflejo azulado que habría sido la envidia de cualquier viejo fan de los Sex Pistols. La señora de

la casa los invitó a pasar al salón y se apresuró a ofrecerle al subjefe un té, que él rechazó cortésmente. Sobre la mesita baja, delante del sofá, había una revista de pasatiempos, un lápiz y una goma de borrar.

—¿Conocía a Juana, la de la puerta tres?

El rostro de la mujer, liso a pesar de los setenta años bien cumplidos que debía de tener, se transformó en una mueca arrugada.

—Ni me hable. ¿Sabe cuántas veces me he peleado con el propietario? Ese tipo, o lo que quiera que sea, recibe a los clientes en el piso. Créame, ese continuo ir y venir no es algo agradable.

Sobre el aparador, al lado de los sillones, destacaba la foto de un hombre de uniforme.

—¿Vive usted sola?

—Me quedé viuda hace seis años. Y ese tipo tiene suerte de que mi marido haya fallecido, si no, ¡ya le habría echado a patadas en el trasero!

—Si le pregunto por el domingo por la tarde, ¿recuerda algo particular?

Giulia Cosma se mordió el labio y miró al suelo.

—El domingo... volví del bridge sobre las siete. Luego cené, vi un rato la televisión y me acosté.

—¿No vio ni oyó nada raro?

—¿Qué tendría que haber oído?

—A Juana la han estrangulado —la informó Rocco sin rodeos. Observó la reacción. Por un instante, se encendió una chispa de crueldad en los ojos de la anciana.

—Lo siento —dijo tocándose el collar—. ¿Está usted convencido de que la mataron en casa?

—Sí, la mataron en casa.

—¿Y hay pruebas, huellas, algo que les pueda dar a entender...?

—Señora, soy yo quien hace las preguntas.

—Discúlpeme. —Sonrió con los labios, pero los ojos siguieron mostrándose fríos y distantes —. Mi marido era del cuerpo de carabineros, y después de tantos años de casados hasta a mí me ha quedado un poco de deformación profesional.

—¿Vio algo raro los días siguientes? ¿Oyó ruidos extraños?

—¿Como por ejemplo?

—Trasiego de gente, por ejemplo, alguien que entrase en ese apartamento...

—¿Y cómo iba a verlo? No, nada... Bueno, ahora que lo pienso... Paz. Sí, paz. Es evidente que se corrió la voz entre los clientes.

—¿Se está poniendo irónica?

—Ante la muerte, no me lo permitiría jamás.

—¿Tiene usted coche?

—Sí.

—¿Lo deja en el aparcamiento de la parte de atrás?

—Exacto. Es un aparcamiento de la comunidad. Pero siempre está vacío. En este bloque sólo hay cinco pisos alquilados, y todos pertenecen al mismo dueño. Estamos yo, ése de la primera planta, luego está Ivano, un buen muchacho, y aquí, en la segunda planta, sólo hay otros dos vecinos. El señor Fabiani, que a esta hora estará en la oficina, y al lado el señor Bernardo Valenti, pero está siempre fuera, va a visitar a su hijo a Turín.

—¿Y ahora está por aquí el tal Valenti?

—No lo sé.

—¿Sabe dónde queda la oficina del señor Fabiani?

—En el centro. En via Aubert. Es asesor fiscal.
—¿Juana tenía coche?
—Sí. Un Toyota flamante, nuevecito. Señal de que esa profesión infame era rentable, sin duda.
—Si hay oferta es porque la demanda es alta.
Giulia Cosma miró a Rocco sin comprender.
—De acuerdo, muchas gracias por su inestimable ayuda.
—*Nei secoli fedele*.
—Ya, claro —dijo Rocco para sí—. Todos obedecemos a una ley moral, quien más y quien menos. ¿Sabe qué es lo preocupante, señora Cosma?
—No.
—La interpretación de esa ley. Buenas tardes.

Había algo que arañaba la puerta. Llamó de nuevo al timbre y el perro se puso a ladrar. Un ladrido agudo, fino como una cuchilla. Luego alguien deslizó el cerrojo al otro lado. Finalmente abrió.

—¿Sí?

Rostro delgado, bolsas bajo unos ojos claros que parecían dos pelotas de tenis. La barba descuidada y el pelo ralo, ya canoso. La nariz importante, que desentonaba con la delgadez del rostro y estaba cubierta de capilares rotos. En las mejillas hundidas, manchas de rosácea. Llevaba un jersey de lana lleno de pelotillas. Entre los pies, metidos en un par de pantuflas, sobresalía el morro de un perro volpino.

—¿Bernardo Valenti? —preguntó Rocco.

—Soy yo...

—Subjefe Schiavone.

El rostro del hombre pareció sosegar.

—Por favor, por favor, ¡pase! —Y abrió la puerta de par en par—. No se preocupe, el perro no hace nada. Pero ¿qué es lo que pasa aquí? —El volpino se había puesto a olisquear los pantalones del subjefe—. ¡Sentado, *Anubis*, sentado! Discúlpelo...

—Yo también tengo perro.

—Ah, pues entonces es por eso. Te gusta el perro de este señor, ¿eh, *Anubis*? ¡Pase!

Toda la casa estaba revestida de madera clara de abeto. Más que un piso parecía un refugio de alta montaña.

—Disculpe el desorden, pero ¿qué ha sucedido? He oído jaleo y me he asustado un poco. ¿Por casualidad le apetece un café?

—No, señor Valenti, estoy bien así.

El anfitrión le hizo un gesto a Rocco para que se sentara en un sillón de terciopelo. Mientras se acomodaba, el subjefe echó un vistazo rápido al salón y se le escapó una sonrisa. Al señor Valenti no parecía importarle demasiado la decoración. Igual que él, no tenía ni un solo cuadro, ni un libro. Y los muebles eran tan impersonales que probablemente iban incluidos en el precio del alquiler. Rocco, sin embargo, estaba seguro de que las estanterías de la cocina y el armario de madera estaban llenos de licores.

—Veamos, señor Valenti, ¿conocía usted a Juana Pérez, la mujer de la primera planta?

—¿Por qué dice «conocía»?

La mano derecha de Bernardo temblaba. En las comisuras de los labios se le había formado una leve baba blanca.

—La hemos encontrado muerta en el Dora.

Bernardo se pasó la mano por el pelo.

—¡No! No puede ser cierto...

—Sí lo es... —dijo Rocco, extendiendo ambos brazos.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir... ¿Seguro que no quiere un café?

—No, gracias.

—¿Y un té? ¿Una infusión? ¿Quiere una cerveza?

—No, gracias, ¡estoy bien así!

—Con su permiso, voy a por un vaso de agua para mí. —Y con paso rápido salió del salón. El perro se había tumbado sobre su cojín raído y observaba a Rocco moviendo levemente la cola. Pasaron diez segundos y Valenti regresó lamiéndose los labios.

—Vaya, vaya, discúlpeme, qué sed tenía... ¿Cómo ha muerto? ¿Se ha suicidado?

—La han matado.

Bernardo juntó las manos, las apretó con fuerza contra el pecho y empezó a agitarlas casi como si estuviese rezando.

—Pobre Juana, pobre Juana.

—¿Por qué ha dicho que tarde o temprano tenía que ocurrir?

—Si supiera cuántas veces he intentado hablar con ella, hacerla cambiar de vida. No sabe la vida tan horrible que llevaba. Se lo decía siempre: «Juana, ¡te dedicas a una profesión peligrosísima!» ¿Y qué se sabe?

Rocco cruzó las piernas.

—¿No oyó usted nada el domingo por la tarde o en las tardes siguientes?

—¿Qué tendría que haber oído? —Valenti se sentó en el sillón delante del subjefe.

—Movimiento.

El dueño reflexionó palpándose la muñeca.

—No, ningún movimiento. Nada. Pero ¿la han matado en su piso?

—Eso opino yo.

—Eso es terrible.

—Lo es. Han vaciado la casa. ¿Ha entrado alguna vez en ese piso?

—No. Nunca.

El subjefe se puso de pie. El volpino gruñó.

—Me marchó. Si necesito hablar con usted, ¿estará aquí?

—¿A qué otro sitio podría ir?

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—Era contable. Ahora estoy jubilado.

—¿Desde cuándo vive en Aosta?

El hombre alzó la mirada al techo.

—Desde hace bastante.

—¡Lo felicito! —Y se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Por qué?

—Porque ha logrado quitarse el acento. Lo he pensado muchas veces. Verá, en Roma, en mi ciudad, uno puede ser de Nápoles o de Turín, y ya pueden pasar los años, que el acento no lo pierde. ¿Sabe por qué? Porque a los romanos les da igual de dónde vengas. Te acogen de todas

formas. Sin embargo, me he dado cuenta de que en muchas ciudades del norte, incluso al cabo de pocos años, se tiende a adquirir el acento del lugar. ¿Quién sabe? ¿Tal vez para esconderse?

—¿Esconderse? —preguntó Valenti.

—Mimetizarse. En fin, uno se esfuerza por que lo acepten. ¿Usted dónde nació?

El anfitrión sonrió.

—Tiene usted el oído fino. Pues le diré que a Polichinela sólo la ven cuando va en carroza... — pronunció el viejo proverbio napolitano con un fuerte acento.

—¿Nápoles?

—Avellino. Para servirlo.

Rocco estaba en medio del aparcamiento de la finca, pero no había ni rastro de ningún Toyota flamante. Se acercó a la valla del piso de Juana, puso un pie en el murete y lo saltó para colarse de nuevo en el jardincito con los tiestos desportillados y el grifo que goteaba. Entró en la casa. Observó la escena desolada y las tres sombras claras que las fotos o los cuadros habían dejado en las paredes. Luego levantó la vista hacia el gancho de la lámpara, pintado del mismo color del techo. En ese momento entraron dos agentes de la Científica.

—Buenas —lo saludaron—. ¡Volvemos a vernos!

—Pues sí. —Rocco arrastró la única silla de la habitación hasta debajo del gancho, se subió a ella y se puso a examinar la argolla clavada en la pared. En la parte cóncava del hierro no había rastro de pintura.

—¿Qué está comprobando, señor? —le preguntó un agente con capucha.

—Nada. —Rocco bajó de la silla—. Me preguntaba para qué serviría un gancho en el techo si no hay ningún cable ni ningún enchufe para instalar una lámpara.

—Mi abuela colgaba salchichones en la casa del campo —comentó otro de la Científica—. Pero en la bodega.

—Tal vez aquí hace tanto frío que esta habitación servía también de frigorífico —le respondió el compañero.

Por la puerta apareció Michela Gambino. Llevaba puesto el mismo jersey deformado, del que sobresalía su largo y fino cuello, aunque le había dado un toque de gracia al conjunto con un par de botas de agua de florecitas.

—¡No, hombre! ¡Si me entráis así me contamináis la escena! —le gritó al subjefe.

—Yo no dejo huellas. —Y le mostró los guantes que acababa de ponerse—. Y hablando de huellas, han vaciado todo el piso.

—¿No hay nada?

—Nada. Sólo este par de muebles.

La adjunta se frotó las manos.

—¡Estupendo! ¡Bien! Esto apesta a conspiración a más de un kilómetro.

Rocco la observó.

—Eres agotadora, ¿lo sabes? ¿Qué tiene esto de estupendo?

—Vives en la ignorancia más absoluta. ¿Qué ha pasado, se ha mudado después de muerta? Reflexiona sobre lo que ha sucedido en los últimos tres meses...

—Preferiría no hacerlo.

—Muere la Thatcher y un mes después Andreotti. ¿No te dice nada?

—¿Que eran viejos?

—¿Además de eso?

—Mira, Michela, te lo digo con el corazón en la mano. Me importa un carajo que hayan muerto porque una mariposa haya batido las alas en China o un maorí se haya estrellado con la piragua. Espero noticias. —La esquivó mientras se dirigía hacia la puerta principal.

—Un solo nombre, Schiavone: ¡Snowden! Piénsalo.

El subjefe se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Me lo apunto!

—Que sepas que en la jefatura nos vigilan —gritó ella.

A Rocco le dio la risa al recordar el chicle que había pegado en la puerta del despacho de Gambino.

—¿Tú crees?

La adjunta se quitó el jersey de algodón, se lo ató a la cintura y se quedó en camiseta. Rocco lo había intuido bien. Tenía un cuerpo delgado y esbelto.

—Nos vigilan, créeme. ¡Tengo pruebas! —dijo orgullosa, retocándose la melena.

El subjefe se dio la vuelta para esconder la sonrisa y se marchó.

—¡No hay que fiarse ni un pelo! —dejó caer él.

• • •

Cuando Italo y Rocco llamaron a la puerta de la oficina Tax Force de via Aubert, ya había pasado media mañana. Les abrió una muchacha de aspecto desaliñado, con el pelo negro y largo y gafas de culo de vaso.

—¿Sí?

—Subjefe Schiavone. El señor Fabiani, por favor...

La secretaria los hizo pasar sin siquiera una sonrisa. En la sala de espera había dos silloncitos de piel con el armazón de acero. Las feas pinturas al óleo que colgaban de las paredes celestes contribuían al aire sórdido que reinaba en el ambiente.

—El señor Fabiani está al teléfono.

—Y a mí qué —respondió Rocco—. Llámelo, no tenemos toda la mañana.

La secretaria desapareció rauda y veloz tras una puerta de madera lustrosa.

Rocco se acercó a la ventana y se puso a tamborilear con los dedos en el cristal. Un perro sin collar correteaba por la calle.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? Soy Diego Fabiani. —El hombre apareció por la puerta y estrechó la mano de Italo. Rocco siguió junto a la ventana—. Buenos días, subjefe Schiavone. —El asesor fiscal rondaba los cuarenta, lucía perilla y una camisa con el cuello tan alto que parecía un collarín para las cervicales. En los puños resplandecían dos gemelos.

—El domingo por la tarde noche mataron a Juana Pérez, vecina suya, la del primero. ¿La conocía?

Diego tragó saliva.

—¿Mataron...?

—Eso he dicho. ¿La conocía?

—¿Yo? Sí, bueno, me he cruzado con ella un par de veces. Creo que llevaba poco tiempo

viviendo en el edificio.

—¿Estaba usted en casa el domingo por la tarde?

—¿El domingo? No. Estaba aquí, en el despacho.

—¿Un domingo? —intervino Italo.

—Pues sí. Es una época horrorosa. El dieciséis acaba el primer plazo para la declaración de impuestos, trabajamos muchísimo en esta época.

—Después del domingo, en los días posteriores, ¿ha notado algo?

—¿Como qué?

—Trasiego, ruidos...

—¿En el edificio?

—Exacto.

—No. Nada en particular. ¿Por qué me lo pregunta?

Rocco miró a Italo.

—¿Por qué se lo pregunto, agente Pierron?

—Porque ha habido una especie de mudanza y parece que nadie se ha dado cuenta —se apresuró a responder Italo.

—Eso es. Se ve que las paredes son muy gruesas. ¿El edificio es antiguo?

Diego Fabiani se encogió de hombros sin saber qué decir.

—No lo sabe. Pierron, a lo mejor habría que enviar a los vecinos de via Brean 12 a por unos audífonos de Maico.

Pierron sonrió. Diego seguía sin comprender.

—Por el oído, señor Fabiani —apuntó Italo para aclararle las cosas.

—Mire, señor Fabiani, es algo extraño. Ha habido un homicidio, muy probablemente en el domicilio de Juana Pérez, luego han vaciado la casa, pero ni usted ni la señora Cosma, ni Bernardo Valenti ni ese otro, el lémur...

—¿El lémur? —preguntó Italo.

—Sí, el que se olvida el móvil en casa.

—Ah, sí, el hijo del abogado... Ivano Petrulli —dijo Italo.

—Petrulli, exacto. En fin, nadie oyó nada. Ustedes no quieren colaborar con las fuerzas del orden.

—Yo le juro, comisario...

—Subjefe.

—Sí, disculpe, subjefe. Yo no me he enterado de nada. Salgo por la mañana temprano, paso todo el día aquí en el despacho, por la noche estoy tan cansado que duermo como un tronco. Lo siento...

Parecía sinceramente contrariado por no poder serles de ayuda.

—En cualquier caso, me quedo más tranquilo si me promete que, si se acuerda de algo, aunque sea una tontería, vendrá a contármelo. ¡Diga «lo juro»!

—Lo juro —respondió Diego, titubeante.

—Perfecto. ¿Pierron? Dejemos al señor Fabiani con sus impuestos y volvamos a rebuscar entre la basura algún resto de información. Buenas tardes, Fabiani.

D'Intino y Deruta lo esperaban en posición de firmes en la sala. Parecía que estuvieran montando

guardia. Rocco trató de escabullirse, pero el agente abruzo lo había visto.

—¡Jefe! —gritó.

Schiavone puso los ojos en blanco y esperó.

—Jefe, todo listo, tal como nos había ordenado. Hemos visto trece *trams*.

Rocco no tenía ni la más mínima idea de cuál era la tarea que les había encargado a aquellos dos.

—Bien hecho. ¿Y qué habéis descubierto?

—Que ninguno conocía al cadáver —respondió Deruta con aire triste.

En ese momento Rocco se vio en una disyuntiva. O admitir que durante la ausencia de los dos agentes las pesquisas habían avanzado, o buscar rápidamente cualquier otra tarea para mantenerlos ocupados. Pero no se le ocurría nada.

—Excelente trabajo. Yo he hecho algún que otro avance y he descubierto que se llamaba Juana Pérez y era argentina. Así que ¿cuál es ahora vuestra misión?

—¡Ni idea! —respondieron al unísono.

—Llamad por teléfono a la jefatura central, a la embajada, al consulado, y tratad de enteraros de si tenía permiso de residencia, de cuánto tiempo llevaba en Italia; en definitiva, quiero toda la información posible. —Los dos agentes lo miraron asustados—. ¡A ver! ¿Qué os pasa? Muchachos, nos enfrentamos a algo muy grave. ¿Quién nos dice que Juana Pérez no fuera traficante de drogas?

—*Gensanta* —dijo D'Intino—. ¿Lo dices de verdad de la buena?

—¡No me tutees, D'Intino!

—Disculpe. Pero ¿lo está diciendo de verdad de la buena?

—¿Tú me ves cara de broma? Eso sí, por favor, punto en boca. ¿Sabéis lo que significa «punto en boca»?

—Sí. Que no hablemos con nadie.

—¡Bien, Deruta! Discreción y manos a la obra. Sois fundamentales.

Se dieron media vuelta a la par y, todavía perplejos, se alejaron. Rocco entró en la sala de los agentes. Se encontró a Scipioni solo, delante del ordenador.

—Antò, ¿tienes trato todavía con ese amigo que trastea con los móviles?

—Sí, ¿por qué?

Se sacó un papelito del bolsillo.

—Apúntate este número, es el de Juana Pérez. Trata de averiguar las llamadas que recibió.

Antonio resopló, luego miró a su alrededor.

—¿Lo sabe el juez?

—Todavía no.

—Rocco, mi contacto dice que esto es ilegal. —Y bajando la voz, añadió—: Y que debería estar al tanto la magistratura, para controlar...

Rocco lo interrumpió agarrándolo por el hombro.

—Antò, lo sé. Pero necesito que nos haga un favor. No es legal y es peligroso, pero también importante. —Antonio asintió—. Si se juega la carrera, le echaremos una mano —añadió el subjefe.

—Pero ¿me explica una cosa antes?

—Sí.

—¿Por qué a escondidas?

—Tengo mis motivos. La magistratura está al tanto y la cosa seguirá el procedimiento

establecido. Pero a mí me hace falta ahora mismo. ¿Lo entiendes?

Antonio se puso de pie, poco convencido.

—Veré lo que puedo hacer. Eso sí, fuera de aquí...

Loba observaba la alfombra del juez con mirada amenazante. Tenía un asunto pendiente con aquel tejido de lana y seda, se moría de ganas de agredirlo, pero también sabía que su dueño había sido categórico al respecto: «¡No!» Y ante ese sonido contundente y tajante, *Loba* obedecía siempre. Después de «come» y «*Loba*», «no» era la tercera palabra que había aprendido. La cuarta era «tesorito», que significaba tener que mover la cola y lamer a su dueño, a ser posible en la cara, para recordarle que era una perrita indefensa.

Baldi, sonriente, estaba sentado en su sillón jugando con una pluma. Sobre el escritorio había reaparecido la fotografía de su mujer.

—¿Seguro que el perro no me morderá la alfombra?

—Tranquilo, señoría. Si le digo que no, *Loba* obedece. Ha aprendido tres palabras: *Loba*, come y no. —Omitió la cuarta, la más importante.

—Vaya, pues conozco a un montón de personas que no son capaces de aprender ni siquiera una. Veamos, ¿qué ha sacado en claro hasta ahora?

—Todo apunta a que la mataron en su casa. Estaba desnuda, pero antes de lanzarla al río le pusieron la ropa. La tiraron allí para despistar, o al menos para enturbiar las aguas, si me permite la expresión. Lo que aún sigue siendo bastante inexplicable es por qué vaciaron el domicilio de Juana Pérez.

El magistrado se puso de pie.

—Excelente. ¿Ha sacado conclusiones?

—Alguna, pero todavía es pronto.

El juez se acercó a la ventana.

—¿Y no quiere compartirla conmigo?

—Por supuesto. Yo con usted lo comparto todo.

—¡Venga ya!

Rocco intentó calmar la repentina aceleración del ritmo cardíaco mediante la respiración, luego habló.

—Es evidente que, al quitar de en medio ropa y objetos, se pretende ocultar algo. Tal vez no la identidad de la víctima, pero sí echar tierra al asunto. Los objetos hablan, lo sabemos, y también hablan los suelos y las paredes si uno sabe leerlos. De este modo, nos dejan un desierto por descifrar. Lo que me hace pensar que Juana estaba vinculada a alguien que quiere permanecer en la sombra. Hasta aquí todo parece obvio. Lo que no está claro es quién puede ser esa persona.

Baldi se dio la vuelta de golpe.

—¿Y usted tiene en mente a algún pez gordo?

—Tal vez. O puede que simplemente sea un asesino muy meticuloso que, al borrar todo rastro, trata de limpiar a conciencia su paso por la escena del crimen. Sin embargo, y esto es sólo una suposición, aunque Juana llevase poco tiempo viviendo en ese piso, es probable que ya hubiera acumulado cosas que llevarse. De manera que, ¿pudo ese tipo vaciar el piso sin ayuda de nadie? Esto no me convence. En el bloque nadie oyó nada. Para trasladar objetos y ropa habrá habido un mínimo ir y venir. Supongamos que lo hicieron por la puerta de atrás y que el asesino es alguien

muy organizado. Que se pone manos a la obra en plena noche. Motor apagado, etcétera, etcétera. ¿Se lo imagina? Yo no. Joder, en una ciudad donde todo el mundo mete las narices en la vida de los demás, en contra de lo que creía hace meses, ¿puede pasar inadvertida una cosa así? La calle, via Brean, está llena de bloques. ¿Cómo es posible que alguien se ponga a hacer prácticamente una mudanza y nadie se dé cuenta de nada?

—Ya. Y si hace que desaparezca todo —intervino Baldi—, significa que entre las pertenencias de Juana quizá había algo comprometedor. ¿Un regalo? ¿Una prenda? ¿Una carta? ¿Un mensaje?

—Si era un cliente habitual o mantenía una relación con ella, es algo que no descartaría. ¡Loba, no! —Había detenido a la perra con las fauces completamente abiertas frente a los flecos de la alfombra—. En cualquier caso, lo que ahora tenemos que comprobar es el teléfono móvil de Juana Pérez.

La punta de la pluma se rompió entre las manos de Baldi, que se ennegrecieron por la tinta.

—¡Me cago en...! Mira que... —Rocco le pasó un pañuelo de papel, pero el juez prefirió limpiarse con un par de folios que tenía en el escritorio—. Era un informe mío —le dijo a Rocco—. Para lo que sirve... ¿Tiene el número de la víctima?

Rocco sacó el papelito con el número y se lo dictó al magistrado.

—De acuerdo, Schiavone, me pongo con ello ahora mismo. La autorización no tardará en llegar.

—Gracias. —Rocco se levantó.

—Entonces, queda pendiente el misterio de la desaparición de los objetos de la víctima. ¿Ha llegado a alguna conclusión más?

—Nada más, por el momento. En cuanto hable con el propietario de la finca, le podré dar más datos.

—No es verdad. Usted ya está empezando a hacerse una idea, pero no quiere compartirla, como de costumbre.

—Será mejor que no. Podría significar el final de Gambino.

—¿Gambino? ¿Qué pinta aquí la adjunta de la Científica?

—Pinta, pinta... ¡Nos vamos, Loba!

Carlo Berthod residía en Chenoz, pero tenía el negocio en Courmayeur. Siguiendo órdenes de Rocco, Caterina dejó el coche en medio de la zona peatonal. Loba se quedó dentro, tumbada en los asientos de atrás. En cuanto se bajaron del automóvil, un guardia urbano se abalanzó sobre los infractores.

—Disculpen, aquí no se puede...

—Acabemos rápido, compañero —lo interrumpió Rocco, mostrándole la placa—. Por cierto, yo le echaría un vistazo a ese Alfa azul que está entrando en la plaza.

El guardia y Caterina se dieron la vuelta a la vez.

—¿Por qué? —preguntó el agente de la policía local.

—Porque sí, nunca se sabe... —Y, seguido de la inspectora, se dirigió hacia la tienda. El guardia se alejó negando con la cabeza.

—¿Por qué le has dicho que vigile ese coche?

—Creo que nos estaba siguiendo —respondió Rocco con tranquilidad.

—¿En serio? —A Caterina se le salieron los ojos de las órbitas.

—Puede ser.

Por fin entraron en la tienda de artículos deportivos Mont Blanc. El precio de un anorak rojo que había en el escaparate se comía medio sueldo de un obrero. La tienda estaba revestida toda ella de madera, hasta aquello olía a gato encerrado. Enseguida se les acercó una chica.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó con la mejor sonrisa de la casa.

—Buscamos a Carlo Berthod, es el dueño, ¿verdad?

—¿Puedo saber quién...?

—Subjefe Schiavone, jefatura de Aosta.

Dos rosetas se encendieron en las mejillas de la mujer.

—Sí, enseguida —balbuceó, luego se dio la vuelta y, apretando el paso, desapareció tras un biombo de tela y madera oscura.

—¿Por qué cada vez que decimos que somos de la policía la gente reacciona así?

—Somos gente incómoda, Caterina.

El dueño llegó con paso firme, seguido de la dependienta. Decidido, se quitó las gafas y tendió la mano para estrechar la de Rocco. Llevaba un buen jersey de un rojo vivo y pantalones azules.

—Buenas, soy Berthod —se presentó.

—Schiavone. Y ella es la inspectora Rispoli. ¿Qué tal?

—Bien, muy bien, ¿a qué se debe el honor?

—Honor, honor, no estoy seguro. Se trata de una inquilina suya. Se llama Juana.

Toda su altivez se desvaneció de golpe, como una nube azotada por el viento del norte. Se volvió hacia la chica y la aniquiló con la mirada.

—Juana... Juana...

—La trans que alquiló el piso tres de via Brean, edificio de su propiedad.

—Ah, ya. Pérez, me parece que se apellidaba. Sí. Argentino, ¿no? ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Por qué habla en pasado?

—¿Cómo?

—¿Por qué ha dicho «me parece que se apellidaba»? Debería haber dicho «me parece que se apellida».

—Ya, ya, no nos pongamos tiquismiquis con la lengua.

—A veces es útil.

—A lo que íbamos, Juana Pérez. ¿Qué le ha pasado?

—La han matado.

Berthod se llevó las manos a la boca.

—Vaya, pintaba mal. Lo sabía.

—¿Qué sabía?

—Esa gente tarde o temprano acaba así... Prostitutas, homosexuales, siempre hay homicidios de por medio...

—Tenemos aquí a un criminólogo, Caterina. ¿Es usted criminólogo?

—No. Soy un hombre de sesenta y dos años que sabe alguna que otra cosa de la vida.

—Pues si sabe de la vida, ¿podría enseñarme algún documento del alquiler?

—¿Cómo?

—Le pregunto si tiene usted el contrato con los datos personales.

—Ni que fuese usted de Hacienda —repuso el hombre con firmeza.

—Oiga, Berthod, me importa un carajo si alquila en negro. Sólo quiero saber cuándo alquiló el piso y los datos personales completos de la arrendataria. ¿Puede hacerlo o tengo que volver con la orden del juez?

—Por supuesto, tenga paciencia, yo...

—No tengo.

—¿Perdón?

—No tengo paciencia.

—Voy a por un cuaderno donde lo anoto todo... Espere. —Y con pasitos cortos corrió hasta la caja.

Entraron dos clientes, un hombre y una mujer vestidos de marca de los pies a la cabeza, y se pusieron a mirar el género. La dependienta los atendió. Rocco le dio un leve codazo a la inspectora.

—¿Ves a esos dos de ahí con el logo estampado en la camiseta?

—Claro.

—Explícame una cosa. ¿Por qué uno va enseñando por ahí la marca de la ropa que viste y encima lo hace gratis? Me refiero a que, si yo tuviera que ponerme las iniciales del diseñador con cristalitos Swarovski, exigiría que me pagaran. ¿O no?

—Supongo que es para aparentar que te lo puedes permitir.

Con su paso decidido, Berthod regresó junto a Rocco y Caterina.

—Aquí está... A ver, a ver, a ver... —Se chupaba los dedos y hojeaba el cuaderno.

—No lo haga, por favor —casi le gritó Rocco.

—¿El qué?

—No se chupe los dedos para pasar las páginas. Me da ganas de vomitar.

—Discúlpeme. A ver... aquí está. Juan Pedro Pérez, alias Juana. —Y le guiñó el ojo a Rocco.

—¿Qué? —preguntó el subjefe.

—Juan Pedro... era su nombre masculino.

—Hasta ahí llego, señor Berthod.

—Y luego lo cambió por Juana. El nombre. El apellido, en cambio, lo dejó igual. —Se rió con socarronería.

Rocco miró a Caterina. La inspectora empezó a temer por la integridad física del comerciante.

—Berthod, querido amigo mío, ¿tengo que recordarle que ha muerto una mujer para que se le quite esa cara de estar pasándose en grande? Haga el favor, siga.

Los ojos del hombre volvieron al cuaderno.

—Sí, de acuerdo. Veamos, Juana o Juan Pedro nació en Rosario, Argentina, el 10 de mayo de 1982. ¡El año que ganamos el mundial!

Rocco suspiró. Las ganas de darle de tortas se habían convertido en una necesidad imperiosa.

—Yo le alquilé el piso en abril —prosiguió Berthod.

—Hace dos meses... De acuerdo. ¿Fue siempre puntual en el pago, aunque fuera en negro?

—Siempre.

—¿Estuvo usted alguna vez en el piso desde que Juana se lo arrendó?

—¡Por el amor de Dios! —Y levantó las manos con desdén.

—Sí, ya. Caterina, recuerda: *¡pecunia non olet!* Prosigamos. Por lo tanto usted no tiene conocimiento alguno de qué compañías frecuentaba, si tenía amigos... En definitiva, no sabe nada de su vida.

—Señor, creo que hacía la calle. Bueno, los clientes iban allí.

—¿Usted estaba al corriente?

—¡Si se lo estoy diciendo!

—¿Se da cuenta de que ha cometido un montón de delitos y se queda usted tan fresco?

—¿Yo?

—No, ¡mi abuelo! Podríamos abrirle perfectamente un expediente, ¿qué opina, inspectora?

—Vaya que si podríamos.

—Y quién sabe, tal vez encontremos en el apartamento algo de droga, y, si a todo esto le sumamos el narcotráfico...

—Yo sólo alquilo el piso, ¡lo que haga el inquilino en él es asunto suyo!

—Alquila el piso en negro a una inquilina para que lo convierta en un burdel y usted está al tanto. ¿Se llevaba una parte? ¿Una comisión?

—¡Cómo se atreve!

—No se ponga tan gallito, Berthod, no está en condiciones de amenazar a nadie, ni mucho menos de perder los papeles. Lo único que puede esperar es que estos dos buenos policías, es decir, la señorita y yo, hagamos la vista gorda. ¡Y ni que decir tiene que, para que hagamos la vista gorda, hace falta un poco de esfuerzo por su parte!

Carlo Berthod asintió.

—Ahora lo entiendo. Podían haberlo dicho antes y nos habríamos ahorrado todo esto. ¿Cuánto quieren?

Rocco clavó la mirada en los ojos del comerciante.

—Y añadamos también intento de soborno a un funcionario público. Berthod, ¿tanto interés tiene en que lo empapelen?

—¡Yo ya no entiendo nada! ¿A ustedes quién los manda?

Rocco abrió los ojos como platos.

—¿Que quién nos manda? Pero ¿usted es gilipollas o se lo hace?

En ese momento apareció la dependienta.

—Señor Berthod, ¿cuál es el precio del anorak rojo?

—Quinientos ochenta euros.

La chica se esfumó y el comerciante miró a Rocco de nuevo.

—Vamos, es que me están tratando como si fuese un asesino. Muy bien, creo que ha llegado el momento de que les diga un par de cosas.

—Ahora viene lo del «usted no sabe con quién está hablando» —le susurró Rocco a Caterina, que sonrió mientras los dos clientes vestidos de marca observaban de lejos la conversación con cara de susto.

—Yo he sido consejero de la Región, soy un ciudadano honesto que paga sus impuestos.

—Ahí lo tienes.

Pero Berthod continuó, haciendo caso omiso del comentario del subjefe.

—Soy miembro del Rotary Club y participo en actividades benéficas. Mi familia lleva toda la vida viviendo en Courmayeur y presumo de amistades entre las más altas esferas. ¿Entendido? ¡Entre las más altas!

—¿Altas como el Mont Blanc? —Caterina no pudo reprimir el comentario.

—Intente hacer memoria. Algún cliente o amigo de la difunta señora Juana Pérez... Piénselo con calma.

—No tengo nada más que decirle. Le ruego que, para cualquier futuro encuentro, se dirijan a mi abogado.

—De acuerdo, señor Berthod. A esto puede contestar sin la presencia de su abogado. Antes de alquilarle el piso a Juana Pérez, ¿volvió a pintarlo?

—¡Pues claro! Es deber del propietario entregar la vivienda limpia y en orden.

—¡Bien hecho, me gusta la gente que respeta las reglas! —exclamó Rocco. Luego le susurró algo a Caterina al oído y, por último, tendió la mano—. Informe a la jefatura del nombre de su abogado. Señor Berthod, se lo digo de hombre a hombre, se ha metido en un jardín del que no le va a resultar fácil salir. Buenas tardes, esté localizable y colabore. Nos marchamos, Caterina, ¿o quieres ver antes algún anorak rojo?

—No me acordaba de que fuera tan divertido ir contigo por ahí.

—Llevas desde esta mañana con cara de funeral, nadie se ha muerto por sonreír un poco. —Se subieron al coche—. Y, además, cuando vienes conmigo aprendes un montón de cosas, ¿o no?

La calle se había llenado de turistas. Elegantes y acomodados, los viejos aspiraban a aparentar ser jóvenes con el pelo blanco, las viejas estaban estiradas como un arco.

—¿Por ejemplo?

—Que hay que cabrear a ese tipo de personas, porque es gente que ha vivido siempre entre algodones y es muy fácil hacerles dar un paso en falso.

—¿Berthod lo ha dado?

—Yo diría que sí. Y ahora voy a darte otra pequeña lección, una muy breve.

—Soy toda oídos.

—No, mejor toda ojos. Mira la gente que pasea por aquí, por el centro. ¿Sabes en qué se ve que son ricos?

—¿En qué?

—No llevan nada demasiado llamativo. Pero los zapatos están hechos a mano, los suéteres son de cachemir. Son los falsos ricos los que se ponen en el pecho el logo de los diseñadores, los que llevan la marca escrita hasta en los calzoncillos. Y los que se compran anoraks rojos.

—Entiendo lo que me estás diciendo, pero no entiendo lo que me estás diciendo.

Rocco soltó una carcajada.

—Los dos que han entrado en la tienda después de nosotros. ¿Te has fijado?

—Sí. ¿Cuál es el problema?

—Desentonaban, estaban fuera de lugar. Pero ¿y Berthod? ¿Qué has sacado en claro de él?

—Que es un fantasma.

—No sólo eso, Caterì. Ahora quiero saber si Antonio tiene novedades del móvil. Volvamos al redil. Pero no antes de hacer una parada en la Dolce Voglia y meternos un petisú de crema entre pecho y espalda.

—¿Cómo es que la conoces?

—Me informo.

Le hacía falta una ducha. La jornada había sido larga y pesada. *Loba* había devorado su comida y quería más. Rocco la contentó con un trozo de pan seco que la perrita se tragó sin siquiera masticar. Empezó a quitarse la ropa. Abrió el grifo. El agua salía fría. Mientras esperaba, contempló su torso desnudo en el espejo. Machacado, eso es lo que parecía. Día tras día, semana tras semana, año tras año, el tiempo le había triturado la piel y los músculos. Se puso de perfil. Mal asunto. Alrededor de las caderas se estaba formando un michelín adiposo y la barriga

también tendía a inflarse y a superar la cintura. Recordó cómo era su cuerpo cuando tenía veinte años. Delgado y sin un ápice de grasa, aunque tragase como una hormigonera. Además, en torno a los ojos se le había formado una telaraña de arrugas y muchos cabellos habían desaparecido de las sienes para no volver jamás. ¿Merecía la pena quedarse allí, mirando cómo su cuerpo se arrugaba como un trapo hasta convertirse en un pedazo de carne que sobrevivía a base de medicamentos? Siempre había criticado a las mujeres que se operaban con tal de dilatar o estirar el tiempo, igual que hacían con las arrugas y la piel ajada. Ahora empezaba a entenderlas.

—*Total, por mucho que hagas, el tiempo sigue pasando, no hay quien lo pare.*

Marina está ahí, sólo la entreveo de pie junto a la ventana, pero sé que está.

—*Por fin. Entonces, para verte, me hace falta un espejo...*

—*El espejo nunca miente. Deberías recordarlo, ya lo decía el cuento...*

—*¿Por qué ya no vienes nunca?*

—*Porque los vientos cambian, Rocco. Yo lo sé. Y tú también lo sabes.*

—*Mira en lo que me he convertido, Mari... Mira esta barriga, parece un flotador, ¿eh? Menos mal que no llegaste a verme así, ¡si no, habrías sido capaz de salir corriendo!*

Marina ríe.

—*Mi abuela decía que el tiempo muerde. Y nosotros no llegamos ni a ladrido de perro. De todas formas, qué extraña es esta historia del tiempo, ¿no? ¿Sabes cómo lo veo yo? Es como estar en unas escaleras mecánicas que nadie sabe cuánto duran, pero luego se acaban y tú también.*

Y ella ya no está. Ha sido un instante, apenas una sombra, una ola del mar.

—*La tuya ha durado demasiado poco, amor mío.*

Ya no está. Y el agua sigue saliendo fría.

Señal inequívoca de que la caldera se había roto. Mascullando una maldición entre dientes, fue hasta la cocina. Salió al balcón a pecho descubierto y sintió de inmediato cómo el frescor de la noche le daba una bofetada poco amistosa en las cervicales. La pantalla estaba roja y en ella parpadeaba una letra que parecía una ese.

—*¿Qué coño significa esto?*

Que la caldera había dejado de funcionar. Pulsó el botón de «Reset». No ocurrió nada.

—*¡Me cago en la puta!* —Y le soltó un mamporro a la carcasa de chapa. En ese mismo instante, llamaron a la puerta.

—*¿Quién viene ahora a dar por culo?* —Volvió a entrar en la vivienda. Fue a abrir. Era Gabriele, tenía mala cara.

—*¿Qué quieres?*

—*Ha pasado una cosa. —Le tendió una hoja.*

—*¿Qué es esto?*

—*Léalo, por favor.*

—*¿Tú sabes arreglar una caldera?*

—*La mía deja de funcionar cada dos por tres. Si quiere, le echo un vistazo.*

—*Fuera, en el balcón de la cocina —dijo Rocco, y empezó a leer la nota mientras Gabriele salía disparado. Era del instituto—. A ver que yo lo entienda, Gabriele, ¿en qué lío te has metido?*

—*¡Es un aviso del jefe de estudios!* —gritó el otro desde el balcón—. *¡Tengo que presentarme mañana con mi madre, mi padre o un tutor!*

—*Repito: ¿en qué lío te has metido?*

—*Ya está, ¡funciona!* —Había vuelto a entrar en el piso con una sonrisa dibujada en el rostro

—. Hay que pulsar «Reset» al menos cinco segundos.

—¿Que en qué lío te has metido? ¡Y ya van tres!

—Hice lo que usted me dijo. Me planté delante de Diego. Primero le di una patada en los huevos y luego le hice un martillo de Odín en el cuello, ¡y tuvieron que llevárselo al hospital!

—Me cago en... Pero ¿lo has hecho dentro del instituto?

—Pues sí, en la clase.

—Gabriele, ¡tú eres gilipollas! Estas cosas se hacen fuera del recinto escolar, en la calle.

—Pero ¡usted eso no me lo dijo!

Rocco arrugó la nota.

—¿Qué pasa, que eres un robot que obedece sin pensar? ¡Tenías que entenderlo tú solito! ¿Hay un cerebro ahí dentro o no tienes más que serrín?

Gabriele agachó la cabeza. El pelo le tapó la cara.

—No lo pensé.

—¡Eres tonto del culo! —gritó, y se fue al baño. Gabriele lo siguió. Rocco se sentó en la taza del váter y empezó a quitarse la ropa—. Tengo que ducharme, ¡quédate fuera, por favor!

Gabriele desapareció por el vano de la puerta.

—¿Puede saberse cómo se te ocurrió semejante idea?

—Tenía que actuar, ¿no? Usted me lo ordenó. Así que me dije: el curso está a punto de acabar, o lo hago ahora o el año que viene será tres cuartos de lo mismo. Porque Diego también repite y seguro que me lo vuelvo a encontrar el curso que viene, tal vez en mi misma clase.

Rocco se colocó bajo el chorro de agua caliente y empezó a lavarse.

—Desde luego...

Gabriele había vuelto al cuarto de baño. Rocco podía ver su figura maciza a través del plástico esmerilado de la mampara de la ducha.

—Pero ¿no quiere saber lo que pasó después de la pelea? —lo oyó decir.

—Que te mandaron al despacho del director.

—Bueno, al del jefe de estudios —lo corrigió Gabriele.

—Vale, vale, quien sea... ¿Y luego?

—No, antes del jefe de estudios. Resulta que todo sucedió exactamente como usted había dicho, los dos amigotes de Diego escaparon. Uno de ellos me ha mandado un mensaje diciéndome que somos amigos y que él siempre había estado de mi parte, no de la de Diego.

—Muy bien.

—Y Serenella me ha enviado al móvil una foto de su boca tirándome un beso.

—¿Quién es Serenella?

—Una de primero B. Es rubia y le gusta Metallica.

—Anda que... —Cerró el agua—. ¿Me pasas el albornoz? —Y sacó una mano—. Se lo puso y, chorreando, salió de la ducha. Gabriele se había sentado en el lavabo—. Bájate de ahí, que te lo vas a cargar. —El adolescente obedeció—. En fin, te has hecho respetar. Y bueno, te has equivocado de lugar y de momento, pero bien hecho. Estoy orgulloso de ti. Ahora dime, para qué me traes la nota.

—Mañana tengo que ir con uno de mis padres a ver al jefe de estudios.

—¿Te has dado cuenta de que tienes una madre y en alguna parte hasta un padre?

—No.

—¿No qué?

—Mi madre sigue en Milán. Y mi padre en el extranjero.

—Pues dile a tu mamaíta que llame al director y le diga que, en cuanto vuelva a Aosta, irá a hablar con él.

Gabriele no contestó. Observaba a Rocco, que se frotaba el pelo con una toalla.

—¿Qué pasa?

—Mi madre no puede enterarse.

—¿De qué?

—De que me he liado a leches con uno. Si se entera, me manda con los curas, y yo no quiero irme con los curas.

Rocco lo miró a los ojos.

—A ver, que yo me entere, ¿pretendes que vaya yo?

—Puede inventarse que es el novio de mi madre y que tiene la patria potestad.

—Pero ¿qué dices de la patria potestad? ¿Si no sabes ni lo que significa!

Gabriele tomó aliento.

—La potestad en derecho es la situación jurídica subjetiva que consiste en conceder un poder a una persona para tutelar el interés de otra. Lo he leído en la enciclopedia Treccani, en internet.

—Y además de aprendértelo de memoria, ¿sabes lo que quiere decir?

—No.

—Quiere decir que tus padres están separados pero vivitos y coleando, no están en la cárcel y son ellos quienes ostentan la custodia compartida mientras seas menor de edad. Yo no soy tu padre, no soy tu madre, soy tu vecino, y no me toques más las pelotas con estas historias.

Salió del baño. Gabriele lo siguió.

—Entonces, ¿no va a venir?

—No.

—Por favor.

—He dicho que no.

—Me van a expulsar.

—Tampoco puede ir a peor. El año ya lo has tirado por la borda, ¿no?

—Sí que puede ir a peor. Si me expulsan, me mandan con los curas.

—Pues ¿sabes qué te digo? Que tampoco te vendría mal ir al instituto con los curas.

Gabriele se tiró en el sofá y se puso a acariciar a *Loba*.

—Yo no creo en Dios.

—¿Y?

—Si me preguntan por la Trinidad o por el misterio de la Inmaculada Concepción, ¿qué les digo? Y si encima les respondo, seguro que me expulsan y mi madre me manda a trabajar a una gasolinera o de ayudante del barbero. El jefe de estudios es buena persona, ya verá.

—Te estás convirtiendo en un coñazo de tres pares de narices. Lo que me recuerda que mañana tengo que añadir al octavo grado de tocadas de cojones la caldera rota cuando uno ya está medio en pelotas y listo para ducharse. Si encima es en invierno, sube directamente al noveno.

—¿Nada menos que al noveno?

—No hablaba contigo.

—Hagamos una cosa... Usted mañana va a ver al jefe de estudios y yo me convierto en su esclavo por un día.

—Tú lo que eres es subnormal.

—Lo sé. Mi madre también lo dice.

—Ah, entonces ya lo sabe.

—Por favor, no me mande con los curas. Me cortarán el pelo, me obligarán a ponerme corbata y zapatos de piel negros. ¡No quiero! ¡Por favor, por favor, por favor!

—¡Mira que eres pelmazo! Vale. Iré yo. Pero te va a salir caro.

—Estoy dispuesto a todo —dijo Gabriele—. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó levantándose de un salto.

—Todavía no lo sé. He de pensarlo, pero seguro que será algo que no te gusta. Ahora, como tengo hambre y en casa no hay un carajo, tú y yo nos vamos a comer pasta con almejas al Grottino. ¿Te parece?

—Me parece. ¿Pago yo?

—Qué menos.

Uccio Pichi estaba hecho polvo. Tenía los ojos rojos y el dolor detrás de las escápulas se había vuelto insoportable. Tarde o temprano tendría que decidirse a recurrir de nuevo a su amigo fisioterapeuta. Sabía que un aplastamiento vertebral no se resuelve con un par de masajes, pero al menos aliviaba el dolor unos días. La cuestión es que su amigo vivía en el sur de Roma, y él, en la zona norte, y llegar hasta allí era toda una proeza. Se había saltado el almuerzo y hasta la cena empezaba a antojarse un espejismo. El cadáver con el corte debajo de la garganta yacía sobre la camilla de autopsias, y Uccio empezó a desvestirlo. Su ayudante, sentado delante del ordenador en el escritorio pequeño, aguardaba con los ojos entrecerrados por el cansancio.

—A ver, anota que el cuerpo es trasladado a la sala de autopsias vestido con una cazadora impermeable marca Old Eastern de color marrón claro...

El joven ayudante empezó a teclear. El patólogo forense introdujo la cazadora en una bolsa transparente. Luego comenzó a cortar la camisa.

—Una camisa blanca de marca desconocida con manchas evidentes de sangre. —Y también la segunda prenda acabó en una bolsa para las pruebas—. Pasemos a los zapatos. Marca Alexander, suela sucia de barro... Calcetines negros de algodón, o no... creo que son de hilo de Escocia. —Tras ponerlos también a buen recaudo, examinó los pies—. Evidente micosis bajo la uña del dedo gordo del pie derecho, esto no lo escribas, pero quédate con la copla para el examen. Pasemos a los pantalones. Cinturón de cuero color marrón con marca indecifrible en la parte interna. Pantalón color crema marca... ni idea... Rock no sé qué... Escribe Rock y puntos suspensivos... En los bolsillos... —Metió la mano en el bolsillo derecho—. Espera. Aquí hay algo... —Era un trozo de papel a cuadritos con un garabato—. Bien, ¿qué es? Un número de teléfono... Bien, muy bien... —Se alejó de la mesa de acero en dirección al teléfono. Marcó un número—. Uccio Pichi al habla, ¿me pasas al subjefe Bonanni, por favor? —Esperó mirando al ayudante—. Esto es algo interesante, Ugo, muy interesante—. El ayudante asintió. No podía hacer otra cosa, ya que era mudo de nacimiento. La voz de Uccio era la única que se oía en aquella sala del depósito de cadáveres desde hacía dos años, lo que empezaba a afectar a su salud mental. Para vencer aquel silencio pesado y cargado de muerte, Uccio hablaba todo el rato. Y seguía haciéndolo también en casa. Aunque no vivía solo. Spartaco Pichi, conocido como Uccio, llevaba tres años conviviendo con una mujer, y darles voz a sus propios pensamientos, incluso a los más secretos e íntimos, podía acarrearle situaciones desagradables. Sin embargo, no lograba contenerse y sabía que aquella convivencia tenía los días contados.

—Dime, Uccio —la voz del subjefe al otro lado de la línea telefónica era de aburrimiento y cansancio.

—Verás, el cuerpo sin identificar tenía un papelito en el bolsillo. Con un número de móvil apuntado.

—¡Fantástico! —Bonami pareció espabilarse—. Es un punto de partida. ¡Dímelo!

Esperaban el postre. Gabriele se había levantado para ir a los servicios. Rocco jugueteaba con un palillo de dientes. Lo sostenía por las puntas entre el pulgar y el índice, e intentaba recopilar mentalmente todos los datos que se habían ido acumulando a lo largo del día. Apretaba la maderita tratando de partirla. Los extremos punzantes creaban una hondonada en las yemas. Dejó de lado las reflexiones sobre la tocada de cojones de grado máximo, es decir, el caso Juana Pérez, y se concentró en aquella estúpida operación. A esas alturas se había convertido en una lucha entre él y el palito. Aumentó la presión, resistió el dolor y, finalmente, el pequeño objeto se partió, dejándole dos marcas rojas en los dedos. Rocco las examinó. Cerró los ojos. Así se lo encontró Gabriele cuando volvió del servicio. Pensó que se había quedado dormido. Se sentó y se limitó a observarlo. Rocco abrió los ojos de nuevo y cogió el móvil sin dignarse a mirar al chico. Marcó un número.

—¿Albè?

El patólogo forense respondió con la boca llena.

—No, en absoluto, no me tocas los cojones.

—Escúchame una cosa. Los pequeños hematomas encima de los tobillos...

—¿Te refieres a Juana?

—Exacto. De forma circular. ¿Podría haber sido un palo?

Durante unos segundos sólo oyó un gruñido impreciso.

—Perdona, estaba tragando. Sí, un palo, o más bien una barra. Son unas marcas perfectamente circulares. ¿Por?

—Gracias. Poco a poco el velo se va levantando.

—Haz una cosa, guapito de cara, apúntate todas las ideas que se te ocurran y comunícamelas cuando no sea la hora de la comida o de descansar. Lo digo para que tú y yo sigamos manteniendo una relación de respeto mutuo.

—¿Qué estás comiendo?

—Me he preparado espinacas con mozzarella fundida encima. ¿Tú?

—Espaguetis con almejas.

—¿Me estás diciendo que eres capaz de cocinar pasta con almejas?

—Estoy en un restaurante.

—¿Qué bien vivimos! ¿Estás con una mujer?

Rocco miró a Gabriele.

—No, estoy con un adolescente gordo, lleno de granos y con un montón de problemas, que escucha heavy metal, que va a catearlas todas y al que quieren expulsar porque le ha pegado a un capullo llamado Diego.

—Arrasas por las noches, ¿eh? Tráemelo un día, puede que le venga bien.

—Amigo, este chaval tiene más problemas que pelos en la cabeza, yo evitaría añadir más traumas.

—Está bien saber que consideras que mi trabajo es un posible trauma.

—¿Y qué va a ser, si no? —Y cortó la comunicación.

Gabriele lo miraba.

—¿Era yo el gordinflas con granos que escucha heavy metal?

—¿Tú ves otro por aquí?

El chico miró a su alrededor.

—No. Entonces, ¿trato hecho? ¿Mañana viene conmigo al instituto para hablar con el jefe de estudios?

—Hecho. Y tú tendrás que darme algo a cambio. Tarde o temprano se me ocurrirá el qué. Pero ¿seguro que tu madre está en Milán? ¿No se habrá escapado con un amante?

—He hablado con ella esta tarde. Está en Milán.

Rocco se sirvió agua.

—¿Te enfadas con ella alguna vez?

—No. ¿Debería?

—Ya te lo he dicho. Tu madre trabaja como una mula, tú tendrías que cumplir con tu deber, es decir, estudiar y hacerle la vida más fácil.

En ese momento se oyó el *Himno a la alegría*, la melodía personalizada del móvil del subjefe. Rocco respondió sin mirar la pantalla.

—¿Qué pasa, Albè?

—¿Con quién hablo? —dijo una voz seria al otro lado.

—No, ¿con quién hablo yo?! —respondió Schiavone.

—Subjefe Bonanni, jefatura de Spinaceto, Roma. ¿Me dice ahora con quién hablo?

—Subjefe Schiavone, jefatura de Aosta. ¿Nos conocemos?

Se hizo el silencio en el otro extremo de la línea.

—¿Hola? —dijo Rocco.

—¿Eres un compañero?

—¿Por qué me llamas?

—Hemos encontrado un cadáver en el campo, en Castel di Decima. Sin ninguna documentación, sólo un papelito en el bolsillo. Con tu número apuntado.

Rocco apoyó la cara en la palma de la mano. Gabriele lo observaba en silencio. El camarero sirvió los postres y se marchó sin decir nada. El chico, más por un reflejo condicionado que por apetito, cogió una cucharadita de chocolate y se la llevó lentamente a la boca. Sus ojos eran dos puntos de interrogación.

Con el rostro gris, Rocco rechinó los dientes.

—Bonanni, ¿cuánto mide ese cadáver?

—Espera... Metro setenta y tres.

Schiavone respiró aliviado. No podía ser ninguno de sus amigos.

Había dejado a Gabriele en el sofá cama con un tebeo y a *Loba* haciéndole compañía. Se había encerrado en su habitación. Miraba fijamente el móvil y pensaba. Tenía que regresar a Roma, al menos hasta que se resolviera la historia de Enzo Baiocchi. Porque estaba claro que aquel

cadáver apestaba a Enzo Baiocchi. ¿Y si fuera justo aquel cuerpo? Era lo que esperaba. Sebastiano no respondía, tenía el móvil apagado. Marcó el número de Brizio. Respondió al tercer tono.

—Brizio, soy yo.

—¿Qué pasa, Rocco? —La voz cálida y relajada de su amigo lo serenó.

—Oye, ¿Seba dónde está?

—Llevo un par de días sin verlo. ¿Qué ha pasado?

—Han hallado un cadáver en Castel di Decima. Sin ninguna documentación. Sólo un papelito en el bolsillo, con mi número de móvil.

Brizio escuchaba.

—Le han cortado el cuello.

Oyó cómo Brizio se encendía un cigarrillo.

—Estás pensando en Enzo Baiocchi, ¿no? —dijo su amigo.

—Exacto. Mañana por la mañana me enviarán la foto a la jefatura, pero tengo pocas esperanzas.

—Me resulta extraño. Pongamos que se trata de Baiocchi. Eso del cuello cortado no encaja. Seba le habría pegado dos escopetazos en el pecho.

—Eso pensaba yo. Y además Seba no le habría metido mi número en el bolsillo. Para decírmelo me habría llamado él mismo. Es más, habría venido a invitarme a cenar. —Rocco se dejó caer sobre la cama.

—Pero ¿tú estás seguro de que Baiocchi está implicado de algún modo?

—Lo presiento. Está metido en esto.

—A ver, ¿me estás diciendo que crees que ha matado a ese tipo y le ha metido tu número en el bolsillo?

—No sé. La verdad, Brizio, es que no tiene sentido.

—Exacto. Tal vez sólo sea alguien que quería hablar contigo vete tú a saber por qué motivo...

Rocco miraba fijamente al techo.

—Tal vez...

—¿Has llamado a Furio?

—No.

—Ya lo llamo yo. ¿Tú qué haces? ¿Bajas?

—Pues no sé.

—Digo extraoficialmente.

—Brizio, haga lo que haga, aquí se acaban enterando. No me preguntes por qué, pero es lo que hay. Tal vez nos veamos en Roma.

—Yo mientras tanto haré que se corra la voz. La verdad es que es una buena tocada de cojones.

—Enorme. Supera el décimo grado, amigo...

Colgó el teléfono. Se abrió la puerta. Con los párpados apretados, como un muerto viviente, Gabriele entró en el dormitorio y se metió debajo de las sábanas. Poco después, *Loba* también saltó a la cama. A Rocco se le saltaron las lágrimas al pensar que él pudiera ser una tabla de salvación para alguien, un muro de protección. Le acarició el pelo a Gabriele. No se había dado cuenta de que estaba despierto. Al notar la mano, el chico sonrió y se puso más cómodo sobre el colchón.

—¡Por fin lo conozco! —lo saludó el jefe de estudios levantándose del sillón y dirigiéndose hacia Rocco con la mano tendida—. Gabriele lleva ya tres años en el instituto y todavía no había tenido el placer.

Rocco le estrechó la mano.

—Sí, pero yo no soy el padre de Gabriele.

La sonrisa se borró de los labios del jefe de estudios.

—Ah.

Rocco le lanzó una mirada siniestra al muchacho.

—Soy la persona... Vamos, convivo con su madre. —Luego se mordió el labio, señal inequívoca de que acababa de mentir, pero el jefe de estudios no se dio cuenta.

—Ah —se limitó a repetir.

—Y bueno, como su madre...

—Laura... —apuntó raudo Gabriele.

—Laura... —repetió Rocco—, eso, como Laura está en Milán por trabajo, ¡pues por eso he venido yo! —Y extendió los brazos.

—Por favor, siéntese, yo no...

—Discúlpeme, pero no puedo. Tengo que estar en la jefatura dentro de diez minutos. Soy policía, subjefe Schiavone.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro del jefe de estudios.

—Ah. De acuerdo. Estupendo. Pues entonces vayamos directos al grano. Gabriele fue ayer el protagonista de un altercado. Como usted comprenderá, yo, como jefe de estudios, tengo que tomar las medidas oportunas. —Rocco asintió—. Pues bien, se trataría de una suspensión de unos días, pero, dado que las clases están a punto de terminar, Gabriele debería dejar de asistir a ellas hasta final de curso. —Rocco volvió a asentir—. Por otro lado, sé que las notas del chico son insuficientes, así que el curso lo puede dar ya por perdido. Sin duda no será una mala calificación en conducta lo que afee el resto. —Rocco seguía callado—. No obstante, creo que es deber de la familia poner todo de su parte con el fin de que determinados episodios no se repitan.

—¿Estamos, Gabriè? Pierdes el año. Gracias, señor jefe de estudios, sus palabras han sido claras y transparentes. —Le estrechó la mano y se dio la vuelta para marcharse.

—Espero que no vuelva a suceder.

—No se preocupe, el chico ha aprendido la lección, ¿verdad, Gabriele?

—Y también espero que usted y su señora empiecen a ocuparse un poco más de Gabriele, a controlar que haga los deberes. En definitiva, a darle la educación que necesita.

Rocco se detuvo en la puerta.

—Gabriele, sal un momento y llévate a *Loba*. Tengo que comentar una cosa con el jefe de

estudios.

—Pero...

—Si te digo que salgas, ¿qué tienes que hacer?

—Salir. —Cogió la correa de *Loba* y desapareció.

—Querido director...

—Jefe de estudios.

—Jefe de estudios —se corrigió Rocco—. Sin duda estaremos más pendientes de sus estudios porque es un borrico de los que relinchan. —El jefe de estudios asintió satisfecho—. Dicho esto, permítame que le comente un par de cosas. Gabriele es un chico extremadamente educado, amable, atento, sensible. Es un zopenco como la copa de un pino, pero es honesto y sincero. Ese Diego al que le ha pegado, junto con un par de chicos más, lleva años machacándole dentro y fuera del colegio, y Gabriele no se ha defendido nunca. Ha intentado hablar con un par de profesores, pero digamos que la situación no ha cambiado. Así que, si usted me recuerda acertadamente los deberes como padre, yo voy a hacer lo propio con los suyos como director, perdón, como jefe de estudios: su instituto tiene un problema con el acoso escolar, caballero, y usted no ha hecho nada por evitarlo. Y lo que me saca de mis casillas es que, cuando un muchacho bueno y obediente, aunque sea un zopenco como Gabriele, se rebela, pierda toda la razón. Por lo tanto, yo lo exhorto a que preste más atención a lo que ocurre en su instituto, incluso fuera del horario escolar. De lo contrario, ¿sabe el riesgo que corre? Pues el de perder a los mejores alumnos por culpa de cuatro tarados. ¿Alguna vez le ha echado un rapapolvo a ese tal Diego?

—¿Sabe, comisario...?

—Subjefe...

—Perdón, subjefe... Diego es un alumno complicado. Ya ha perdido tres años.

—¿Y tenía usted conocimiento de que le pegaba a Gabriele dos veces por semana?

—¿Yo? No, sé que es un chico violento y que...

—¿Lo ve, señor? Yo mismo me encuentro a menudo a los peores hijos de puta fuera de las cárceles y, al mismo tiempo, observo cómo la ley se ceba con los más indefensos. ¿Y sabe qué? Es algo de lo que ya estoy harto. Parece un discurso de barra de bar, pero es la realidad. Y aquí, salvando las distancias, ocurre lo mismo. Nos andamos con miramientos con Diego, que es un alumno difícil, y nos ensañamos con Gabriele. Que se empleen dos varas de medir es algo que me toca los cojones. Gabriele se merece la expulsión, que lo echen del instituto y lo suspendan sin contemplaciones. Sin embargo, espero que al otro también se le dispense el mismo trato.

—¿Al otro se lo llevaron al hospital! —respondió tranquilo el jefe de estudios.

—¿Y no se atreve a decir que se lo merecía? No creo que Gabriele haya agredido a un pobre alumno gafotas, enclenque e indefenso, ¿verdad? —Apoyó la mano en el pomo y abrió la puerta—. Ah, y que conste, seré yo quien repase lo visto en clase con el chico, le enseñaré a estudiar, pero también le he enseñado a pegar. Sólo que, al ser un zopenco como la copa de un pino, el muy tonto va y lo hace dentro del recinto escolar.

—¿Eso es lo que le enseña a su hijo?

—Si fuese mi hijo, sacaría nueve en todo y a Diego lo habría machacado el primer día de clase, a la salida. Pero me lo estoy trabajando y lo convertiré en un alumno modélico. Con permiso.

Gabriele lo esperaba en el pasillo.

—¿Y? —preguntó devolviéndole la correa a Rocco.

—Ya lo has oído, ¿no? Pierdes el año.

—Pero ¿de verdad piensa usted esas cosas de mí?

Rocco se detuvo.

—¿Qué cosas?

—¿Que soy un chico extremadamente educado, amable, atento y sensible?

—Has estado huroneando.

—¿Eso qué significa?

—¿Has estado espiando?

—Sí.

—Lo único que pienso es que eres un zopenco...

—Como la copa de un pino.

—¡Exacto! —Y retomó el paso.

Gabriele lo siguió eufórico.

—¿Qué es un zopenco, Rocco?

• • •

Un hombre de unos treinta años con perilla y un bigotito que le enmarcaba el labio superior. Pelo negro, rostro delgado. Rocco estaba acostumbrado a estudiar las facciones de los cadáveres, que casi no se parecían a cuando estaban vivos, pero aquel rostro no le decía nada. Le devolvió al jefe superior la foto recién imprimida.

—No lo he visto en mi vida.

—¿Se ha formado alguna idea? —preguntó Costa abriendo la puerta del despacho.

Rocco y *Loba* lo siguieron.

—Absolutamente ninguna.

—Ningún documento, nada de nada, excepto su número escrito a mano en un papelito que guardaba en el bolsillo —explicó Costa.

Empezaron a bajar las escaleras. Se cruzaron con Pierron, que los saludó a ambos con gesto marcial llevándose la mano a la frente.

—¿Por qué tenía su número un hombre que usted no conocía? Y, además, ¡ahora los números se apuntan directamente en el móvil!

—Pero si uno no quiere dejar rastro de sus llamadas lo hace desde un teléfono anónimo y no guarda en su móvil el número al que quiere llamar.

—Tiene razón, Schiavone. Por otra parte, parece que la víctima no llevaba ningún móvil encima. —Recorrieron el pasillo. *Loba* inspeccionaba todas las esquinas—. El cuello cortado... Parece una emboscada, ¿no cree, Schiavone?

—Sí, eso parece. Probablemente el asesino lo cogió por sorpresa.

Salieron de la jefatura y llegaron al aparcamiento.

—Como usted comprenderá, el primer nombre que me ha venido a la cabeza ha sido el de Enzo Baiocchi. Y no creo que vaya muy errado.

Rocco extendió los brazos.

—Tal vez sí, o tal vez no. Veinte años de policía en Roma crean muchos enemigos. Supongo que ya habrá pensado en ello.

—Todo depende de cómo se cree uno los enemigos. —Los labios de Costa se estiraron dibujando una sonrisa—. Pero centrémonos en lo nuestro. Sé que ha vuelto a trabajar sobre el

terreno.

—Exacto, señor.

—Bien. Estupendo. ¿Tenemos novedades del móvil de Juana Pérez?

—Aún no. Y espero noticias de la Científica.

Como si lo hubiese invocado, el ZAZ de Gambino se materializó ante ellos y aparcó entre estertores de chatarra. La adjunta se bajó del coche. En esta ocasión se había decantado por un cárdigan de algodón gastado sobre un polo de un gimnasio. El bolso de piel se le resbaló y cayó al suelo, y ella se agachó a recogerlo.

—¿Usted cree que es buena?

—Creo que sí, señor Costa. Eso sí, es más rara que un perro verde.

—¿Y quién no lo es?

La mujer finalmente llegó hasta ellos.

—Buenos días, jefe, buenas, Schiavone.

—Gambino, ¿tiene algo interesante para nosotros?

—¿Sabemos por casualidad si Juana Pérez montaba a caballo?

La pregunta dejó sin palabras a los dos policías.

—Vaya, pues vamos bien. Hemos hallado... —Y sacó del bolso una decena de bolsas de plástico—. Miren, sobre todo ésta... Es un fragmento de una caja, seguramente de medicamentos. En ella puede leerse sólo «Ox». «Oxi» lo que sea...

Rocco y Costa se pasaron la prueba.

—Sin embargo, estos otros restos, ¿lo ven? Pelos. Que pueden ser de crin o de cualquier otro animal doméstico. Descartaría que fuesen de ratón y también de zorro.

—¿De zorro? —se sorprendió Costa.

—De zorro, sí. Una vez, en un homicidio cerca de Benevento, encontramos huellas de zorro en una casa de campo.

—Doctora Gambino —dijo Costa—, Juana Pérez vivía en la ciudad. Me resulta extraño pensar en un zorro. A menos que... —Costa se volvió hacia Rocco—. Subjefe Schiavone, cuando estuvo en el piso, ¿iba con ella? —Y señaló a *Loba*, que estaba tumbada en el suelo—. ¿Con su Saint-Rhémy-en-Ardenne?

—No...

—¿Ese perro es tuyo? —Gambino abrió los ojos como platos.

—Sí. ¿Está prohibido?

—¿Y puede que hasta viva en casa contigo?

—¿Y dónde va a vivir, si no?

—¡Me cago en la mar! ¿Y sabes cuántos pelos de esa bestia llevas encima?

—No es ninguna bestia, y se llama *Loba* —precisó Rocco.

La perra metió el hocico entre las patas. El instinto de supervivencia la estaba avisando de que el motivo del altercado era ella, y sabía que en esos casos lo mejor que podía hacer era mostrarse afligida y muy, muy arrepentida.

—En los zapatos, en los pantalones, en el jersey, ¡pelos por todas partes! ¡Un abrigo de pieles! ¡Y los vas desperdigando por ahí! ¡Y eso que incluso te advertí que no contaminaras la escena del crimen!

Rocco se mordió el labio.

—Lo siento... —dijo—, tendré más cuidado.

—¡Tú y tu perro!

—¡Eh, eh, basta ya! ¿Quieres seguir descuartizándome el órgano reproductor o podemos volver al trabajo?

Costa decidió intervenir para apaciguar la discusión, que estaba tomando un cariz desagradable:

—Gracias, doctora Gambino, es usted de lo más útil.

—Lo sé, señor Costa, lo sé, y acabarán echándome.

De repente se había calmado por completo. El cambio de humor cogió por sorpresa a los dos hombres, que se quedaron mirándola estupefactos.

—Cuando uno es bueno, molesta —añadió ella—, ¿no lo saben? Muchas veces la verdad es incómoda. Si en todo este asunto hay una mano poderosa que ha dirigido el homicidio, créame: yo, usted, la jefatura, no lo resolveremos.

—¿Poderosa? ¿Y por qué? —dijo Costa.

La mujer se quitó las gafas.

—Porque los hilos los mueven siempre unos pocos —respondió Gambino.

Costa y el subjefe intercambiaron una mirada. Rocco intentaba comunicarle a su superior que postergara aquella conversación y que abreviase, pero Costa no captó la sugerencia. Gambino comprobó primero que no hubiera nadie a su espalda, como si un comando del Mosad pudiera estar siguiéndola, y luego con voz patentemente más baja añadió:

—No es ningún misterio que el mundo lo dirige el club de los trescientos. ¿Quieren saber quiénes son?

—Imagino que los espartanos no tienen nada que ver —comentó Rocco.

—No sean ingenuos —respondió Gambino con una sonrisa resabiada—. Los trescientos... ¿Quieren saberlo o no?

Costa extendió los brazos.

—Si cree que puede sernos útil, pero no nos tenga aquí hasta mañana.

—Sí, a ver si nos van a dar las uvas —añadió Rocco.

—Entonces, ¿quieren que les diga quién está al frente de los trescientos?

—¡Díganoslo ya! —explotó Costa.

—La reina Isabel II de Inglaterra.

—¿Ella los dirige? —preguntó Costa mirando el aparcamiento. Esperaba que llegase el agente con el coche, un funcionario, lo que fuera con tal de largarse de allí.

—Sí, esa adorable viejecita. Por debajo están Rothschild, Rockefeller, Gustavo de Suecia, Gorbachov...

—¿Incluso Gorbachov?

—Mire, señor, se quedaría de piedra si le revelase algunos secretos...

Rocco trató de aprovechar la pausa con efecto de Gambino para intentar atajar. Abrió la boca, pero la mujer, a esas alturas ya lanzada, se le anticipó.

—Todo está supeditado al poder de los trescientos. La guerra de Irak, las torres gemelas, el complot del euro, Putin y los oligarcas, Kim Jong-un, ¡todo! —Y los miró con entusiasmo.

Rocco sonrió.

—Bien. Ha quedado claro.

—Cristalino —sentenció Costa. El coche conducido por Casella frenó a pocos metros del grupo—. Pero ha llegado mi coche. Gracias, Gambino, me alegro de que ahora contemos con usted entre nosotros, nos hacía muchísima falta una persona eficiente y capaz como usted. —Y se escaqueó, dejando que Rocco se enfrentara en solitario a la adjunta.

—Bueno, Rocco, ya sabes una parte de la verdad. Ahora mira el mundo a través de lo que has aprendido hoy y ya no te parecerá el mismo. Luego no me vengas con que no te lo advertí.

—No, Gambino, lo recordaré. —Y se dio la vuelta para entrar en su despacho.

—¡Schiavone!

—¿Qué pasa?

—La próxima vez deja que entre yo primero en la escena del crimen. ¡Será mejor!

• • •

Había intentado llamar a Sebastiano tres veces más, pero el teléfono siempre estaba desconectado. De Brizio, ninguna novedad. No podía quitarse de la cabeza el cadáver hallado en Castel di Decima, no lograba pensar en otra cosa. Tenía que moverse, era una pérdida de tiempo quedarse allí, en Aosta, a la espera de los resultados de la Científica o de la información del móvil de Juana. Caterina apareció en el momento justo. En cuanto la vio, *Loba* saltó del sillón y fue a su encuentro para hacerle fiestas.

—¿Caterina! ¿Novedades?

—De Scipioni todavía nada. Mientras tanto, he ido reuniendo todas las fichas de los demás inquilinos de Berthod del bloque de via Brean. —Dejó una carpeta en el escritorio, ya de por sí abarrotado de papeles.

—Fantástico. Ahora soy yo quien te necesita. Tienes que quedarte con *Loba*.

La chica resopló, alzando la mirada al techo.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa ahora?

—Un asunto feo en Roma. No tardarás en enterarte, no es ningún secreto.

—¿De nuevo Baiocchi?

—Creo que sí.

—¿Vas a ir oficial o extraoficialmente? Vamos, que si lo sabe Costa.

—No lo sabe.

Caterina negó con la cabeza.

—Y por supuesto no quieres que vaya contigo para echarte una mano.

—Por supuesto.

—¿Y si preguntan por ti?

—Tengo fiebre.

—¿Fiebre? Eso ya lo hemos usado.

—¿Un pariente en las últimas?

—No tienes parientes, Rocco, y lo sabe todo el mundo.

—¿Un accidente doméstico? Por ejemplo, ¿un escape de una tubería que requiere que yo esté presente?

—No. Hazme caso: sácale partido al psiquiatra de Turín.

—Pero si yo no tengo ningún psiquiatra en Turín.

—Me refiero al tal Berlingeri, el marido de la doctora Tombolotti. Di que has ido a verlo para hablar sobre la víctima, porque cabía la posibilidad de que hubiera recurrido a él. Es más, podemos inventarnos que se había puesto en contacto con él y necesitabas un cuadro general del estado físico y mental de Juana Pérez para proseguir con la investigación.

—Creo que Berlingeri está en Estados Unidos —dijo Rocco, pensativo.

—¿Y desde cuando te complicas tú tanto la vida? Yo contaré eso, y tú trata de no estar por ahí demasiado tiempo.

Rocco la miró a los ojos.

—Gracias, Caterina, como siempre. Italo no sabe lo que se pierde.

Caterina apoyó las manos en el escritorio.

—A ver, perdona, ¿qué pinta Italo aquí?

—¡Pues claro que pinta!

—¿Es que nunca vas a dejar de entrometerte en mi vida privada?

—Hago lo mismo con todos mis colaboradores. Por ejemplo, ¿sabías que, aunque D'Intino haya nacido en Abruzzo, su madre es de Molise?

—¿Y eso qué importa?

—No importa una mierda, pero ¡sirve para despistar! —Se levantó y se acercó a *Loba*—. Ya estamos otra vez, tesoro. Si te portas bien, te traigo un regalo de Roma.

—¿Rocco?

—¿Qué pasa?

—Ten cuidado. Ese tío sigue vivo.

Schiavone bajó las escaleras con una media sonrisa en los labios. Sabía cuál era el motivo de aquella extraña serenidad que había ido a mezclarse con la sangre de las venas, y le daba un poco de vergüenza. Pero no podía negarlo, las últimas palabras de Caterina habían sido una caricia. «Eres peor que un quinceañero», se dijo, y al pensar en la adolescencia se acordó de que debía dejarle una nota a Gabriele, para avisarlo de que esa noche no podía quedarse a dormir en su casa.

Destaparon la sábana. El cuerpo parecía de cera. La carne había sido cosida después de la disección. Ya no tenía nada de humano. Era un objeto, y a Rocco le costaba imaginar que, apenas tres días atrás, aquella materia de forma vagamente antropomórfica caminaba y reía, y que en su momento fue incluso un recién nacido, redondo y rollizo, que su madre sostenía en brazos. Le pasaba cada vez con más frecuencia, hasta en la carnicería, cuando miraba los cuartos de buey abiertos con la osamenta al aire: ya no era capaz de imaginarse al animal pastando en medio de un prado, arrancando briznas de hierba, sacudiéndose las moscas con la cola.

—Te estás haciendo viejo —le dijo Uccio Pichi.

Rocco observaba inmóvil el cuerpo torturado de aquel hombre sin nombre.

—Creía que con la edad uno se acostumbraba a ciertas cosas. Y sin embargo...

—¿Sabes lo que he descubierto? Que a veces depende del humor. —Uccio se alejó de la mesa de autopsias y fue a coger una botella de agua apoyada en un estante—. Si estoy bajo de moral, trabajar me anima. Pero si estoy contento, corro el riesgo de hundirme en la miseria.

Rocco apartó la vista del cadáver.

—A ver, que yo me entere. Cuando estás triste, ¿te sienta bien abrir un cuerpo?

—Exacto. Y pienso que es pura casualidad que no sea yo el que está en la camilla.

—Lo que tú digas, pero creo que ya he llegado al límite. En cualquier caso —y con un gesto le pidió a Uccio que volviera a tapar el cadáver—, ¿me enseñas la ropa?

—Ven... —Se dirigieron a la sala contigua.

Una estantería llena de cajas y libros de medicina rodeaba la estancia. Un intenso olor a almizcle y detergente penetraba en la nariz y, como el humo de una chimenea, acababa impregnando la ropa. En una mesa enorme, en el centro de la sala, estaban dispuestas las prendas de la víctima. Rocco las observó con atención.

—¿Tenía algo debajo de las uñas? Epidermis, tela...

—Nada. Señal de que lo pillaron desprevenido. Tal vez por la espalda. Vamos, que no forcejeó.

—¿Dientes?

—De ordinaria administración. Sanos.

Aquellas prendas anónimas no le decían nada.

—Son todo cosas que se pueden encontrar en cualquier parte.

—Sí —convino Uccio.

Rocco cogió los zapatos, los observó.

—Son buenos, pero los venderán en decenas de tiendas. —Los dejó en la mesa. Cogió el cinturón—. Aquí detrás hay un logo. —Se lo mostró a Uccio.

—Sí, me había fijado. Le hice una fotografía y la he enviado a la jefatura. Pero tengo pocas esperanzas.

Rocco puso los brazos en jarras, negando con la cabeza.

—¿Quién eres?

—¿Y por qué tenía tu número en el bolsillo?

—Déjame ver el papelito.

—Los papelitos —lo corrigió Uccio, acercándose a la estantería para coger una cajita.

—¿Cómo que los papelitos?

—En los pantalones tenía tu número, en la chaqueta, un tíquet.

Rocco sacó las dos bolsitas. Su número de móvil estaba anotado en un papelito con cuadrícula.

Agarró la bolsa con el tíquet.

—Bar Mastrangeli, via Vitella 31...

—Eso es.

—Esta calle está en Monteverde —dijo Rocco.

—Ah, ¿sí?

—Cerca de mi casa.

Los dos hombres se miraron.

En menos de diez minutos ya estaba en casa de Sebastiano, en el Trastevere. Llamó al interfono, aunque albergaba pocas esperanzas de que su amigo respondiera. Se asomó la tía Letizia, la vieja vecina de la primera planta.

—¿Quién es?

—Tía Letizia, soy Rocco.

—¿Y cómo a estas horas? —preguntó la anciana, comiéndose las palabras.

—Busco a Sebastiano —respondió Rocco con acento romano.

—Hace bastante que no lo veo. ¿Quieres entrar, hijo?

—Ábrame, sí.

La viejecita desapareció en el interior de la vivienda. Unos segundos después, abrió el portón. Rocco subió a la primera planta. La mujer ya estaba en la puerta.

—Me dejas preocupada —le dijo a Rocco—. Eso mismito estaba pensando yo, que no lo veo, que no sé nada de él. Desde que la pobre Adele se nos fue, es que no lo reconozco...

—Lo estoy llamando desde hace un par de días y no me responde.

—Ven, pasa —lo invitó tía Letizia, apartándose.

Rocco se dirigió hacia el balconcito de la cocina. El olor a frito flotaba en el piso.

—¿Cómo está Sabatino?

—Mañana va a mirarse las *transaminasas*. Ahora mismito está echándose una siestecita. Pero ven, ven.

—Tía Leti, ¿tiene que mirarse las transaminasas y le prepara cosas fritas?

—Sí, pero es gloria bendita —respondió la mujer con una sonrisa pícar—. Manzanas, col y hasta bacalao. —Abrió la ventana. Rocco salió al balconcito que daba a la parte de atrás del edificio. Apoyó un pie en la barandilla, se agarró al tabique y se subió encima.

—Ten cuidado, Rocco, no te vayas a escalar.

El subjefe se sujetó a la balastrada del piso de arriba, se alzó, la saltó y aterrizó en la terracita de Sebastiano. La cristalera estaba cerrada, y dentro, oscuro. Cogió la navaja suiza y, en menos de un minuto, consiguió abrirla. Entró. Encendió la luz. El apartamento estaba en orden. La cama

intacta, la cocina limpia. Sebastiano había llenado la casa de decenas de fotos de Adele. Había una junto al mar, en la que la chica sonreía feliz con el pelo despeinado por el viento. Estaba colocada en el mueble del salón, detrás de un jarroncito con flores de cerámica violeta. En el cajón de la entrada encontró la copia de las llaves de la Suzuki V-Strom 650 de Sebastiano, pero no las originales. No hacía falta ir a mirar al garaje del callejón del Cinco. Su amigo se había marchado. Y tenía el móvil desconectado. Lo que dejaba dos opciones: o no quería que lo localizaran, o Sebastiano ya no estaba en este mundo.

• • •

Recorría los senderos del cementerio mientras el sol ya casi apagado teñía de naranja los tejados de las capillas. Las lápidas se alineaban frente a él, y se perdían en largas hileras entre las pendientes del prado. A lo lejos, un hombre y una mujer, de pie, con la cabeza inclinada. Superó la tercera hilera y llegó a la tumba de su mujer. Las flores eran frescas; Laura y Camillo, los padres de Marina, debían de haber pasado por allí hacía poco. A los pies de la losa de mármol con el nombre y las fechas seguía el cuaderno que le había dejado. El cuaderno en el que ella apuntaba las palabras difíciles. Se había hinchado y descolorido, pero el pequeño alero lo había protegido de la lluvia. Aunque el lápiz ya no estaba.

—Hola, Mari... Aquí me tienes. —Cogió las margaritas y las puso al lado de las flores que habían dejado Laura y Camillo. Hojeó las páginas—. ¿Has añadido algo?

La letra fina y precisa de Marina hizo que se le encogiera el corazón. En algún que otro lugar el lápiz se había borrado, sobre todo cerca de las esquinas de las páginas; el resto todavía era legible. Su mirada fue a posarse en la palabra «eonismo». «Transvestismo —había escrito Marina —, derivada del caballero de Eon, Charles de Beaumont, a quien le encantaba vestirse con prendas femeninas.»

—Exacto, justo eso —dijo Rocco—. Pero entonces lo sabes. Sabes lo que me ocurre... —La palabra siguiente era todavía más críptica. «Epacta: número que representa la diferencia de días entre el año solar y el lunar»—. Ésta sí que no la conozco, Marina, no tengo ni idea. Tienes que explicármela. ¿Qué quieres decirme?

¿Le estaba tomando el pelo? ¿Qué pintaban ahora el sol y la luna? Sin embargo, Marina nunca hablaba por hablar. Volvió a poner el cuaderno en su sitio.

—Aquí están pasando un montón de cosas feas, amor mío. Estoy rodeado de sombras, están por todas partes, y las sombras no se pueden atrapar. Pero tienes que volver a visitarme, aunque sea sólo de vez en cuando, tampoco tiene que ser a todas horas. Hace ya mucho que no vienes. —Levantó la mirada. En el cielo, que se estaba oscureciendo, se fijó en que la luna ya había salido. Era una esquirla de luna, blanca y borrosa. Sólo en ese momento lo entendió, y sonrió—. ¿Tengo que esperar? Pues bueno, esperaré. —Le mandó un beso y se levantó.

Unos pasos más allá estaba la lápida de Adele. Según lo prometido, la habían enterrado cerca de Marina. Sebastiano había escogido una foto en la que salía riendo. Aquellas dos lápidas marcaban en el corazón de Rocco la misma cicatriz, que no dejaría de sangrar. Marina y Adele habían muerto en su lugar. Dos veces le habían concedido la gracia, y en ambas había sido peor que la muerte.

En la tumba de Adele no había flores. Sólo un ramo seco en un jarrón de cristal rojo. No era

buena señal, hacía bastante que Sebastiano no iba a verla. Cambió los tallos secos por un ramo de azaleas. Volvió sobre sus pasos, le mandó a Marina otro beso. Ya no quedaba nadie. Tenía que darse prisa. Se acercaba la hora en que los vivos dejaban de ser bienvenidos en el cementerio, la hora en que la luna y la noche desterraban a las sombras, desteñían los colores y marcaban el tiempo sin reloj solar.

Aunque ya era tarde, siempre había sitio para ellos en Roma Sparita. Mientras esperaban la pasta, Rocco sacó la foto del cadáver y se la enseñó a Brizio y a Furio, que negaron con la cabeza.

—No, no lo he visto nunca. —Y Furio le devolvió la hoja.

—Yo tampoco.

Rocco se la metió de nuevo en el bolsillo.

—¿Cuánto lleváis sin ver a Seba?

—Bastante. ¿Unos tres días? —le preguntó Brizio a Furio, que asintió.

—Ni siquiera ha ido a ver a Adele al cementerio. —Rocco los miró fijamente—. ¿Qué está pasando?

—Llevo dándole vueltas desde ayer —dijo Brizio. Luego bebió un sorbo de vino—. Así están las cosas. Si Enzo Baiocchi está metido en esto, como tú dices, ¿por qué ha matado a ese tipo? ¿Qué tiene que ver con Enzo, y contigo?

—La verdad es que no cuadra —contestó Rocco.

—Además me has dicho que, según la policía, no lo han matado en el campo de Castel di Decima. De manera que lo han llevado hasta allí.

—Y lo han dejado tirado en un matorral.

—Por lo que el asesino tiene coche, ¿Baiocchi?

—Es posible que usara el de la víctima. Aunque no son más que suposiciones —concluyó Rocco.

En ese momento llegó el camarero.

—Listo, tres *cacio e pepe* capaces de resucitar a un muerto —anunció.

—¡Ojalá! Así el muerto nos diría quién ha sido —exclamó Furio.

—¿Qué muerto? —preguntó el camarero.

—Nada, Aldo, no hagas caso —dijo Rocco y se sirvió una copa de vino.

—Como digáis. ¡Que aproveche!

Esperaron a que se alejara.

—A ver, escuchadme. Enzo Baiocchi está solo, lo buscamos nosotros y lo busca la policía desde que se fugó de la cárcel de Velletri. ¿Hasta aquí bien?

—Yo diría que sí, Rocco —respondió Brizio con la boca llena.

—Vale. ¿Y qué hace un tipo como él solo? No es que puedas quedarte escondido para siempre. Enzo Baiocchi no es un fugitivo de la Camorra, de la 'Ndrangheta. Es un lobo solitario, no tiene apoyos.

Sus dos amigos masticaban y cavilaban. La noche de junio les estaba regalando una brisa ligera que movía la hiedra de la pared y jugueteaba en sus cabellos.

—Así que robas un coche y ¿qué haces? Como mínimo intentas cruzar la frontera.

—Pero también te tienes que agenciar nuevos documentos.

—Y para conseguirlos necesitas pasta. ¿Cuál era el fuerte de Enzo Baiocchi? —Ninguno de sus

dos amigos respondió—. Ya os lo digo yo. Las gasolineras.

—¿Las gasolineras?

—Exacto. Y luego, después de dejar tras él ese cadáver que no sabemos quién es, si fueseis Enzo, ¿adónde os largaríais?

—A Eslovenia. En cuanto consiguiera la documentación, yo me largaría a Eslovenia. A partir de ahí, ya no hay quien me encuentre.

Rocco asintió.

—¿Y Suiza?

—No. Peligrosa. A Eslovenia de toda la vida —insistió Furio.

—Supongamos que Seba se ha enterado, aunque no tengo ni idea de cómo, y ha salido en busca de Enzo. ¿Tiraríais en esa dirección?

Brizio negó con la cabeza.

—No lo veo claro, Rocco. Necesitamos seguir una pista. Es demasiado vago.

—¿Os acordáis de la matrícula de la moto de Seba?

—¡Qué coño! —respondió Brizio.

—Pero ¿para qué? —preguntó Furio.

—Pues porque si anda por ahí, puede que una multa, un peaje, cualquier gilipollez pueda servirnos de algo, ¿no?

—No lo veo claro —repitió Brizio.

—¡Me tienes hasta la polla, joder! —explotó Rocco—. ¡Por algún lado tendré que empezar!

—El dinero —dijo Brizio.

—A ver.

—Para ir por ahí te hace falta dinero. Seba y yo tenemos la cuenta en el mismo banco. El director es amigo mío.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Furio.

—Mañana me acerco a hablar con él. Si ha utilizado la tarjeta, ellos seguro que pueden verlo. Nunca se sabe.

—Algo es algo —comentó Rocco—. Yo moveré el tema de la matrícula.

Cuando volvió a entrar en su casa lo asaltó un olor a polvo y a cerrado que le taponó las fosas nasales. Lo primero que hizo fue abrir la ventana del balcón. El limonero estaba en el rincón de siempre y había echado flores. En los demás maceteros se había producido una catástrofe. Rocco no tenía buena mano para las plantas, de aquello se encargaba Marina. Las raíces que sobresalían de la tierra —ya completamente seca— y las hojas arrugadas que llenaban el suelo parecían decirle lo mismo. Que el tiempo pasa y las estaciones se suceden, y que le tocaba a él estar pendiente de ellas, o de lo contrario se convertirían en broza seca que sólo serviría para encender el fuego. Tiempo atrás aquella terraza era un festival de colores, y cuando el sol caía sobre ella explotaba con todos sus perfumes. Había buganvillas, jazmines estrellados, petunias, glicinias trepadoras y flores cuyo nombre Rocco no había aprendido nunca. El violeta combinaba con el rosa y creaba el carmesí, el blanco se colaba a escondidas entre el celeste y el amarillo. Parecían competir en intensidad, como unos fuegos artificiales que enloquecían cada mes de mayo y se refugiaban con los primeros fríos, a la espera del regreso de la primavera.

Ahora ya no quedaba nada. Sólo el limonero, aislado entre los demás maceteros, parecía

mirarlo sin reconocerlo. Se sentó en el banco de hierro donde antes caían las ramas de la glicinia. Se lió un porro y lo encendió mirando las luces y el cielo de Roma, surcado por dos aviones que parecían estar a punto de chocar, aunque en realidad a saber a qué distancia viajaban el uno del otro. La luna se mecía perezosa en medio de dos puntitos de estrellas. Aquel cielo le pesaba, le oprimía los pulmones. Hasta la marihuana le sabía mal. Dentro de la vivienda, el plástico que cubría los muebles crepitaba con la brisa que entraba en la casa. A lo lejos tronaba el tráfico. Cogió el teléfono. Lo encendió. La luz azulada de la pantalla le iluminó el rostro en penumbra.

—¿Caterì? ¿Estabas dormida?

—No, Rocco.

—¿Todo bien? ¿Cómo está *Loba*?

—Aquí, a mi lado. No me has llamado ni una sola vez desde que llegaste a Roma. ¿Qué pasa?

—Nada. —Aspiró una bocanada de humo—. ¿Hay novedades?

—Todavía nada... ¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la noche como muy tarde.

—¿Qué ocurre, Rocco? ¿Qué te pasa?

—Nada. Necesitaba oírte. —En la oscuridad, las ascuas del porro apenas le iluminaban la nariz.

—Rocco, yo...

—Buenas noches, Caterina. Hasta mañana. —Y cortó la comunicación.

Apagó la colilla en un macetero, se levantó y entró de nuevo en la casa sin encender la luz. Prefería mirar las sombras de los muebles y el tenue reflejo que entraba por las ventanas. Pero no tenía sueño, y la masa oscura de la mesa, del sofá, del televisor, parecía amenazarlo. Le dio la impresión de que quisieran hablar, decirle algo que él no tenía ganas de oír. Entró en el dormitorio. Allí era aún peor. El colchón respiraba, como el armario vacío, que quién sabe por qué había abierto las fauces de las puertas de par en par.

Se sintió como un huésped indeseado, de los que se invitan por obligación, de los que no vemos la hora de librarnos.

—Ésta no es mi casa —murmuró.

Hasta aquella noche no comprendió que se había estado escondiendo en un pliegue del tiempo. Había fingido mirar, pensar, vivir. Se había arrastrado hasta allí, hasta aquel piso que ya no tenía una voz familiar ni un color ni un olor que lo hicieran retroceder en el tiempo. Todo se había desvanecido, se había disuelto, dejando únicamente el esqueleto de las formas que antes conocía. Sólo quedaba una ceniza gris, fría e inhóspita, como los restos de un fuego en la chimenea. Volvió al salón, se puso de nuevo la chaqueta y salió de casa en busca de un hotel.

El alba había despuntado hacía poco. Caterina, aterida, se cerró la cazadora y miró al cielo. *Loba* olisqueaba perezosamente la acera. El sol, cubierto por las nubes, había asomado la cabeza desde las cimas de las montañas. La ciudad parecía seguir dormida, sólo un coche lejano aceleraba hacia la autopista. Entonces la vio, parada en la esquina, delante de la tienda de menaje, todavía cerrada. Llevaba un anorak morado con reflejos plateados y el chándal de siempre con las zapatillas de deporte, viejas y sucias. La estaba mirando fijamente sin decidirse a dar un paso hacia ella, así que fue Caterina quien cruzó la calle para ir al encuentro de su madre. A medida que se acercaba, percibió los ojos rojos e hinchados de quien ha pasado la noche en vela. Llevaba las manos en los bolsillos de la chaqueta y cambiaba lentamente el peso de un pie al otro.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Su madre cerró los ojos. Una lágrima le cayó por la mejilla.

—No ha salido de ésta —dijo con voz ronca.

Caterina asintió. Luego volvió hacia donde estaba *Loba*, que por fin parecía haber encontrado el arbolito adecuado.

—¿Ni siquiera te despidas de mí? —gritó su madre a su espalda.

Pero Caterina no se dio la vuelta. Durante años se había preguntado cómo reaccionaría cuando le dieran la noticia de la muerte de su padre. Imaginaba que se sentiría liberada, y sin embargo se sorprendió al notar aquella especie de mano de hierro que le estrujaba el estómago, y todavía más al darse cuenta de que los ojos se le humedecían. No era culpa del aire fresco de la mañana, pero estaba sucediendo. Nunca habría imaginado que se sentiría así, dividida perfectamente por la mitad, con el cerebro ordenándole que debía comenzar la jornada laboral en la jefatura y el cuerpo negándose a llevar a cabo las acciones más elementales. Dos lágrimas en los ojos, los pulmones estrujados, la piel marchita. Y en su interior una voz que le ordenaba ir a ducharse, a vestirse, a dar de comer al perro. No quería llorar la muerte de su padre, pero ahora Caterina se había quedado sin coartada, había llegado la hora de mirarse de verdad en el espejo.

—¿Caterina? —la llamó su madre. Esta vez se dio la vuelta. La vio pequeña y vencida por los años, con los brazos abiertos—. Por favor, ven aquí conmigo.

—Lo siento. Yo ya no tengo tiempo y tú llegas tarde. —Y acabó de cruzar la calle. *Loba* la esperaba delante del portón. Metió las llaves y entró sin mirar atrás. Sólo cuando la hoja se cerró retumbando en el hueco de la escalera, se apoyó en la barandilla para derrumbarse en el primer escalón. Quería dar rienda suelta al llanto, pero no le salía. Se había quedado atascado en algún punto de la garganta.

«Papá ha muerto», pensó. «Podía haberlo hecho antes», se respondió.

—Vamos, *Loba*, a comer.

Y se volvió a levantar. Subió las escaleras. Después de la ducha y el desayuno, se le ocurrió

llamar a su viejo amigo. Aquel que la había ayudado y a quien se lo debía todo, entre otras cosas, el uniforme que en ese momento la estaba esperando en el armario.

—¿Señor Mastrodomenico? Soy yo, Caterina.

—Hola, Caterina, ¿hay novedades?

—No ha salido de ésta. —El jefe de división no dijo nada—. Se ha quedado en el quirófano.

—Es una buena muerte. ¿Tú cómo estás?

—Disculpe si lo he molestado, sólo quería que lo supiera.

—Y has hecho bien, Caterina. Ya hablamos...

—Ya hablamos.

Todavía no era mediodía cuando bajó del tren en la estación de Turín. Se había puesto en contacto con un antiguo compañero del instituto que trabajaba en Tráfico para pedirle información sobre la matrícula de Sebastiano. Luego había llamado a su viejo amigo De Silvestri, agente en la comisaría del barrio EUR, para seguir la pista de los posibles movimientos de aquella moto. Además le había pedido que comprobase si, durante los últimos diez días, se habían producido robos en las gasolineras de Roma y provincia. Todavía no había tenido noticias del banco de Brizio, era inútil quedarse en la ciudad.

En via Nizza lo esperaba el automóvil con Casella al volante. En cuanto se subió al vehículo, notó el olor nauseabundo a menta química.

—Casella, tienes que cambiar de perfume, hueles a suelo de hospital —fue la primera frase que le salió de la boca mientras se acomodaba en el asiento medio hundido del Lancia.

—No soy yo. Yo no uso perfume. Además, por fin me funciona la ducha. Me he comprado una caldera que...

—Y entonces, ¿de dónde sale esta peste a menta y a huevo duro podrido?

—Será el árbol mágico. D'Intino los pone en todos los coches de la jefatura.

Rocco buscó con la mirada la fuente de aquel hedor que apestaba el habitáculo.

—No veo por ninguna parte el dichoso árbol mágico.

—Los rompe en trocitos y los mete en el cenicero.

—Pero ¿por qué no se llevan a este mentecato a los Abruzos?

—¡Escriba una carta y así se libra de él de una vez por todas!

—Sí, pero hay que mandarlo a un sitio terrible, donde no haya día que no se arrepienta al pensar en lo bien que podría vivir aquí si no fuese tan imbécil.

Casella sonrió.

—A mí se me ocurre una idea.

—¡Suéltala!

—Haga una cosa, no lo mande a los Abruzos, que allí ya tienen bastante con lo suyo y no necesitan más marrones. Envíelo a San Severo, cerca de Foggia.

—¿Chungo?

—¡Dígamelo a mí! Nací allí.

—San Severo, provincia de Foggia. Anotado. —Rocco se encendió un cigarrillo. Casella hizo una mueca, pero el subjefe le paró los pies—. De aquí a Aosta puede que me fume otro, así que límitate a conducir y no me toques los cojones.

—Claro, claro, jefe... Ningún problema. ¿Cómo ha ido con el psiquiatra?

—¿Eh? —Rocco se había olvidado de la coartada de tres al cuarto que había acordado con Caterina.

—Tenía que ver a este Berliguer, Berlinger...

—Ah, sí, bien. ¿No ha llegado nada de la magistratura?

—Ni idea...

No había tráfico en las calles, y el coche circulaba ya por los barrios de la periferia.

—A ver, Casella, ¿tú tienes mujer? ¿Novia?

—La tuve. Hace muchos años. No estábamos casados. Luego me dejó por un representante de carretes de pesca.

—¿Lo pasaste mal?

—No. Ya no la quería.

—¿Y desde entonces cómo te las apañas?

Casella se rascó la cabeza.

—¿Qué quiere que le diga? Pues de vez en cuando tengo alguna que otra aventurita...

—¿Pagando?

—Que quede claro. ¡Jamás he soltado una lira por hacer el amor! ¡Ya se lo he dicho!

Rocco apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué opinas de esta historia?

—¿De lo del trans? Yo qué sé, a quien le guste...

—¿Tú por qué crees que han vaciado el piso?

—Jefe, ¿qué sabré yo? A mí hay cosas que se me escapan.

—Suelta lo primero que se te ocurra.

Casella se puso a pensar. Permaneció en silencio larguísimos minutos. Redujo la velocidad, se secó la frente.

—Yo creo que... —empezó a decir en voz baja—, bueno, que debe de ser alguien que se avergüenza muchísimo, eso es. Alguien que tal vez esté casado con una mujer rica que, si descubre el pastel, lo echa de casa.

—¿Y vacía el piso? ¿No tardaba menos en salir corriendo? En vez de eso, se lleva la ropa y una serie de baratijas y tira el cadáver al río. Es un poco raro, ¿no? Podía haber huido y punto.

—Ya. ¿Y las huellas dactilares?

—Entonces, tú sospechas de alguien con antecedentes.

—Bueno, ¿no podría ser? Y, además, tal vez le hubiera regalado... Yo qué sé, ropa de su mujer. O cosas que tuviera en su casa.

—Pero ¿tú por qué crees que la estranguló?

Casella cambió de marcha y aceleró hacia la autopista.

—Porque puede que sea uno que no está bien de la cabeza, un medio pirado. Piense en esos que se zurren por placer. Pues eso, empezaron a darse de hostias, se le fue de las manos y acabó ahogándola. Sea como sea, ¡es un hijo de puta y tenemos que pillarlo!

—En eso te doy la razón, Casè. Y me parece que con lo de las huellas no andas muy desencaminado.

Casella esbozó una gran sonrisa.

—¿De verdad?

—De verdad.

Cuando dejaron atrás Pont-Saint-Martin, el cielo estaba nublado y el sol había desaparecido.

Italo fue a saludarlo de inmediato junto a Caterina. Tenían la cara gris y parecían cansados. Si por él fuera, los habría mandado una semana a la playa.

—Señor, hay novedades...

—Antes de nada, ¿dónde está *Loba*?

—Durmiendo en su despacho —respondió Caterina con un hilo de voz.

—Contadme...

—A ver, hemos comprobado la coartada de Ivano Petrulli, ¿se acuerda? El chico de la primera planta.

—El lémur, sí.

—¿El lémur? —preguntó Caterina.

—¿Qué pasa con él?

—Había dicho que el domingo, el día del homicidio, había dormido en casa de su novia, en Saint-Vincent. Pues bien... —Italo comprobó el dato en los papeles—, Raimonda Ferretti, que así se llama, no estaba en Saint-Vincent el domingo.

—Ah, ¿no?

—No. Estaba en Milán. Al día siguiente tenía una entrevista de trabajo y durmió allí.

—Qué gilipollas... —soltó Rocco—. Tú no, Italo —se apresuró a aclarar al ver la expresión del agente—. ¿Cómo ha cometido el tal Petrulli semejante pifia?

—Por lo general, Ferretti se quedaba a dormir en casa de amigos. Esta vez reservó un hotel. Si nos hubiera mentido, nos habríamos enterado. Como es lógico, Ivano no sabía nada y la coartada se le ha ido al garete.

Rocco se tocó la barbilla.

—¿Y al día siguiente? ¿Estuvo en casa de sus padres, en Cogne, como nos dijo?

—Verá —dijo Italo—. Aquí surge un problema. Su padre, el abogado Petrulli, ha dicho que sólo responde si lo citamos en la jefatura.

—¿Para decirnos dónde estaba su hijo hay que citarlo en la jefatura?

—Sí —respondió Caterina. Le costaba hablar y tenía la mirada clavada en el suelo. Tragó saliva y siguió—: ¿Qué hacemos?

—Pues lo citamos para que se presente en la jefatura. Así viene con su padre y matamos dos pájaros de un tiro.

—Oye, Rocco. —Italo bajó la voz y se acercó al subjefe—. Scipioni te espera en el bar de enfrente. No sé en qué lío os habéis metido, pero está muy preocupado.

—¿Preocupado?

—Sí...

—Voy. —Hizo ademán de moverse, pero luego se detuvo y miró a la inspectora—. Caterina, ¿qué te pasa?

—Nada.

Schiavone la miró.

—¿Estás segura? ¿Quieres irte a casa?

—Pero ¿por qué? No, me quedo aquí, tengo trabajo... —Poco a poco se le fueron humedeciendo los ojos. Rocco alargó una mano para tocarle el hombro, pero la inspectora se mordió el labio y, entre lágrimas, salió corriendo, dejando al subjefe y a Italo en mitad del pasillo.

—¿Qué ocurre?

—Te lo juro, Rocco, no lo sé...

El agente Antonio Scipioni estaba de pie junto a la barra. Nervioso, miraba a su alrededor. Cuando vio entrar al subjefe, salió disparado a su encuentro.

—Ven... —le dijo.

Rocco lo siguió.

Los coches pasaban veloces por la avenida Battaglione, los dos policías doblaron la esquina de un edificio y se metieron en una calle desierta. Scipioni se detuvo por fin.

—¿Me vas a contar qué está pasando?

—Una cosa muy extraña, Rocco. Mi amigo de la compañía telefónica.

—¿Sí?

—Ha comprobado las llamadas del móvil de Juana Pérez. Y jamás se ha topado con nada parecido.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—¿Me lo cuentas?

—No hay nada.

—¿Cómo que no hay nada?

—Ninguna llamada realizada ni recibida. Cero. O mejor dicho, sólo aparece tu número, de cuando la llamaste para buscar la dirección.

Rocco aspiró el humo.

—Joder...

—¿Tienes alguna idea de lo que puede significar?

—Poco clara, como el sol de hoy. Pero de esto, Antonio, no se puede enterar nadie. Sólo tú y yo.

El agente asintió.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó.

—Pasa que el asunto es mucho más grave de lo que creíamos —respondió el subjefe—. Aunque todo parecía indicar que era así. Ahora tenemos que devanarnos los sesos hasta que se nos ocurra algo.

Fue solo a via Brean. El cielo encapotado iba tiñéndose de gris. Incluso el aire se había enfriado y un viento ligero se arrastraba por las calles y entre las casas. Via Brean estaba en silencio y desierta, y había pocos coches aparcados. Rocco observó el edificio, un bloque como tantos otros, de dos plantas, con algunas contraventanas cerradas y polvorientas, señal de que esos pisos llevaban mucho tiempo deshabitados. A la altura del cruce con via Monte Grivola había un bar, más adelante una farmacia y una tienda de ropa. En la otra dirección, una papelería y, a unos diez metros, un banco. Rocco aguzó la vista y se acercó. Encima de la entrada había una cámara de seguridad. No parecía enfocar la calle, pero de todas formas era una posibilidad. Entró.

Un par de personas esperaban en fila ante la caja, y dos empleados trabajaban detrás de las mamparas de cristal. Rocco se asomó a la primera.

—Buenas, subjefe Schiavone. El director, por favor.

El empleado lo miró, y a continuación se levantó de la silla.

—Si es tan amable de esperar un instante, lo llamo enseguida. —Y abandonó su puesto.

Schiavone regresó a la entrada, a las dos cristaleras que daban a la calle. Apenas alcanzaba a divisar la acera del bloque de Juana Pérez. En menos de un minuto apareció el director, un hombre de unos sesenta años con bigote de mexicano. Tenía una gran mata de pelo negro en la cabeza y los hombros de la chaqueta de algodón azul oscuro cubiertos de copitos de caspa.

—¡Señor! ¿En qué puedo ayudarle?

—La cámara de seguridad —dijo Rocco.

—¿Cuál? ¿La de la calle?

—Exacto. Dígame que todavía conserva la grabación del domingo por la tarde.

—No depende de mí. Los datos los guarda una empresa de vigilancia. ¿Quiere el número?

—Se lo agradecería.

El director regresó a su despacho. Rocco miró a un empleado que lo observaba y, al percatarse, éste apartó la mirada y volvió a concentrarse en sus documentos. El director reapareció correteando con una hoja en la mano.

—Aquí tiene. Éste es el número. La empresa se llama Vigilpol.

El subjefe cogió la hoja.

—Gracias.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No, ha sido de lo más amable. —Y, esbozando una sonrisa, se dirigió hacia la salida.

—Imagino que será por el homicidio del otro día.

—Imagina bien.

El director negó con la cabeza.

—Qué lástima.

—Lo es —respondió Rocco—, y lo peor es tener que chapotear en el asunto, créame.

—¿Qué quiere que le diga, Schiavone? —Baldi mostraba un semblante sumiso, casi asustado. Tenía en la mano un folio, pero no se decidía a enseñárselo al subjefe, que estaba sentado ante el escritorio—. Éste es el listado de llamadas del móvil que me dio. No hay ni un número.

Rocco fingió sorpresa.

—¿Me está diciendo que ese móvil no ha recibido ni ha hecho llamadas?

—Eso parece. Es más, para ser exactos sólo aparecen dos números: el suyo y el de la jefatura.

—Sí, yo la llamé el martes cuando trataba de localizarla... —Suspiró—. Señorita, esto es absurdo, ¿no cree?

—Me cago en diez que si es absurdo. Aquí huele a chamusquina, Schiavone.

—En su opinión, ¿quién podría hacer algo así?

El juez no respondió. Se levantó de la silla y, con paso lento, fue hasta la ventana. Apartó la cortina. La luz le iluminó el rostro. Entornó un poco los ojos. La foto de su mujer estaba en la mesa, en el sitio de siempre.

—Schiavone, aquí el asunto se embarra. —Había bajado la voz bastantes decibelios—. Y además, me dice que tiene la sensación de que alguien ha estado siguiéndolo.

—Así es.

Recolocó la cortina y regresó a la mesa. Estaba pálido.

—¿Qué ocurre, señorita?

—Recapitulemos. Vacían el piso y nadie oye nada, borran el listado de llamadas de Juan Pérez, a usted lo siguen...

—Debemos seguir investigando a Berthod, el dueño del piso, y a Giulia Cosma, Ivano Petrulli, Bernardo Valenti y Diego Fabiani.

—Que son los vecinos, ¿verdad? —preguntó Baldi, tomando nota.

—Exacto. Mientras tanto, he citado en la jefatura a Petrulli, que nos ha soltado una coartada falsa. La noche del homicidio no estaba en casa de su novia.

—De los demás me ocupo yo.

—¿Qué ocurre, Rocco? —preguntó Italo.

—Ocurre que dentro de nada aquí se va a liar una buena.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Schiavone. Apareció el rostro pálido de Michela Gambino.

—¿Querías verme? Caramba, esto no es un despacho, ¡es un cuarto de las escobas!

—Pasa, Michela, siéntate, por favor, y cierra la puerta.

El tono serio y la expresión sombría del subjefe apagaron la sonrisa de la adjunta de la Científica.

—¿Puedo? —le preguntó a *Loba*, que se bajó de un salto de la silla y fue a tumbarse bajo el escritorio—. ¿Qué ocurre? —preguntó una vez sentada.

—Te pido la máxima discreción con lo que estoy a punto de contarte.

Michela asintió, luego miró a Italo, que con un gesto negó saber nada.

—¿Quién puede borrar el listado de llamadas de un usuario?

—¿Qué me estás diciendo, Rocco?

—Por favor, Michela, contesta a la pregunta.

La adjunta se mordió el labio.

—No es algo fácil. Hay que infiltrarse en el sistema informático de la compañía y, sobre todo, hacerlo de forma que la compañía no se dé cuenta o, si se da cuenta, se lo calle.

—¿Alguien de muy arriba?

—De muy arriba —dijo Michela. Acto seguido la sonrisa reapareció en su rostro—. Pero ¿ha ocurrido de verdad?

—Sí. Alguien no quiere que se sepa que qué números de teléfono han llamado al móvil de Juana Pérez.

—¡La leche! —Gambino juntó las manos, agitada—. ¿Lo ves, Rocco? Cuando te digo que nos vigilan... No veo la hora de devolverte el despacho. ¡Yo quiero irme al semisótano!

—¿Al semisótano? —preguntó Rocco.

—Exacto. Allí al menos los móviles no tienen cobertura.

Italo, mientras tanto, se había puesto blanco como la pared.

—Disculpen. Disculpe, señor Schiavone —intervino el agente—. ¿Está diciendo que hay alguien interesado en echar tierra a la investigación?

—Eso es.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Italo.

—Nosotros seguimos adelante. Michela, ¿tienes alguna novedad?

—He examinado los tres primeros pelos encontrados en el piso. Son de perro ¿y sabes qué? Tienen pigmentos rojizos. No como ése de ahí. —Señaló a *Loba* con severidad. La perra movió la cola, feliz—. Pero hay más. Mis agentes siguen trabajando en el piso y han encontrado más pelos. Me van a hacer falta todos mis días libres sólo para examinarlos.

—¿Es posible que sean todos míos? —dijo Rocco, sonriendo.

—Pues a menos que te hayas hecho un jersey con el pelaje de *Loba*... Se llama así, ¿no? —Se acercó e introdujo las manos en el abundante pelo de la perra, que confundió aquel control por un arrumaco y se tiró panza arriba.

—¿Qué le estás haciendo a mi perra? —preguntó Rocco, pero Michela no respondió.

—No, los de la barriga también son blancos, y alguno, negro. Rojizos no tiene. —Se levantó—. Bien, Rocco, sin hacer las pruebas del ADN, que le cuestan un ojo de la cara al contribuyente y que tardan una eternidad, puedo afirmar que los pelos de perro no eran tuyos. Vamos, suyos, quiero decir, que no los llevaste tú.

—¿Puede que Juana tuviera perro?

Michela se encogió de hombros.

—Si lo tenía, ahora mismo estará en alguna parte del río... De todas formas, dada la situación, tengo que comprobar también los demás pelos. Son de un color más oscuro, pero creo que no me equivoco demasiado si digo que éstos también serán caninos.

—Pero ¿qué pasa, es que tenía una perrera en casa? —preguntó Italo.

—Tal vez pertenezcan al mismo perro, y su pelaje sea de dos colores —comentó el jefe—. ¿Has valorado lo del gancho del techo?

—Es raro. No hay ningún enchufe ni ningún cable, así que tampoco hay lámpara, pero lo han usado después de repintar el piso.

—Bien hecho, Michela, buen trabajo.

Italo resopló para soltar el aire que había estado conteniendo.

—Es un jaleo de tres pares de narices —comentó el agente.

—Pues sí. Pero una cosa está clara: quien haya borrado los números lo hizo antes del martes por la tarde, cuando yo mismo llamé a Juana Pérez. Así que tuvo que hacerlo en torno al día del homicidio, el domingo —dedujo Rocco.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Michela.

—Que quien lo haya hecho se ha movido de forma rápida y precisa.

—He ido a Vigilpol, como me ordenaste. No han puesto pegas. Aquí tengo las grabaciones de la cámara de seguridad exterior del banco el domingo por la tarde —dijo Caterina agitando un disco plateado. La brigada al completo se reunió frente al ordenador mientras la inspectora introducía el DVD—. Esperemos...

Se veía la calle. En la parte superior de la pantalla aparecían la fecha de la grabación y la hora. Las dieciocho y veinte. Algunos transeúntes, un coche aparca y de él sale una mujer con dos niños.

Rocco, Antonio, Italo, Caterina y Casella no le quitaban ojo a la pantalla.

—Pasa la imagen más rápido, ¿puedes? —preguntó el jefe. Caterina obedeció.

La luz del sol se va debilitando en la escena con el paso de los minutos. Desfilan cuerpos veloces como en una vieja película cómica de cine mudo de Ridolini, las sombras se alargan rápidamente, los minutos corren en la pantalla. Luego aparece un hombre, inmóvil en la acera.

—¡Para! —dijo Rocco.

Hora 20:00. Un tipo se queda pasmado mirando algo frente a él.

—¿Qué hace? —preguntó Casella, pero ninguno de ellos le respondió.

Un africano se le acerca. Hablan. Intenta venderle algo, pero el otro parece no escuchar. Saca la cartera y le tiende un billete. El africano le entrega un paquete, tal vez de calcetines, y se marcha. El hombre permanece allí, clavado, observando el edificio de enfrente. Luego coge el móvil. Hace una llamada.

—Bastante raro, ¿no? —comentó Antonio.

Luego, como llevado por un impulso incontenible, el hombre cruza la calle y, por último, desaparece del encuadre.

Caterina detuvo la grabación y miró a Rocco.

—Estaría bien ampliar la imagen —dijo el subjefe.

—Ya lo hago yo. —Antonio sustituyó a Caterina—. Rebobinó, hasta el momento en que el hombre se había dado la vuelta mirando hacia la cámara para darle el dinero al vendedor ambulante. Detuvo la imagen. La amplió. Había poca luz. Con cada zoom tenían que esperar a que los píxeles se recolocaran. Llegaron a la ampliación máxima. La mitad del rostro estaba en penumbra, pero la parte iluminada ofrecía bastantes detalles como para que la cara fuese reconocible.

—¿Quién eres? —dijo Italo.

—¿Podemos imprimirlo?

Antonio ni siquiera contestó. Un par de clics al ratón y se levantó. De la impresora salió el rostro del hombre.

—Aquí lo tenemos —anunció, enseñándoselo a la brigada.

—Pues no hace falta... —dijo Casella—, yo a éste lo conozco... —Se acercó a Scipioni y le arrebató la hoja de las manos—. ¿Dónde lo he visto? —Estaban todos pendientes del agente, que se había llevado la mano a la barbilla, como si aquel contacto estimulara la memoria—. ¿Dónde lo he visto...?

—Vamos, Casella... —lo incitó Schiavone.

Luego el policía se dio un manotazo en la frente y sonrió.

—¡Sí! —gritó—. ¡Me vendió la caldera!

—¿La caldera? —preguntó Italo.

—Sí, la nueva, ochocientos euros, una Ferroli que dicen que es buenísima.

—¿Por qué no te has pillado una Vaillant como te dije? —preguntó Italo.

—¡A ver! ¡Me la pelan las calderas! —gritó Rocco—. ¿Dónde está? ¿Quién es?

—Tiene una tienda de fontanería y calefacción en via Festaz —respondió el agente.

—Son las siete. Todavía llegamos a tiempo. Vamos, Italo.

Y el subjefe salió como un rayo del despacho, seguido por el agente Pierron.

—Eso debe decidirlo usted. Yo para el baño le aconsejo que se lleve sanitarios suspendidos, ¿y sabe por qué? Por la limpieza, resulta mucho más fácil.

La señora De Belli sólo tenía que cambiar el inodoro y el bidé de uno de los cuatro cuartos de baño de su piso de doscientos metros cuadrados, pero llevaba horas sin acabar de decidirse. Era el cuarto catálogo que Marco le mostraba, y estaba cansado. Faltaba ya poco para la hora de

cierre. «Un váter es un váter —pensaba—, te lo lleves en blanco, en azul o en rojo, te va a servir para lo mismo.» Giorgio, su socio, lo miraba desde la mesa con una expresión divertida en los ojos. Se alegraba de que le hubiera tocado a él la señora De Belli. Era un pacto que habían acordado desde el principio: turnarse a De Belli, una vez cada uno. Hacía dos semanas se la había comido Andrea, el tercer socio, que en ese momento estaba en el gimnasio fingiendo entrenarse. Luego había sido el turno de Giorgio, que había tardado media hora en venderle un simple regulador, y esta tarde le tocaba a él. De Belli, apodada en la tienda «la señora no sabría», seguía allí, con la mirada clavada en la página de la línea Gaeta y torciendo la boca, insatisfecha.

—No sabría... ¿Lo ve? Esta forma moderna un tanto circular no me convence.

—Pero señora mía, ¡si antes dijo que quería una línea más curva, que no le gustaban las aristas, que tenía que parecerse ligeramente a su lavabo de mármol! —Y cruzó los dedos porque, si a la señora De Belli le daba por cambiar también el lavabo, se enfrentaba al horror absoluto. Había miles de modelos, tantos como para quedarse allí hasta mediados de agosto.

—Sí, lo sé —dijo la clienta—, pero no me convence. Y además, ¿el precio?

Marco forzó una sonrisa.

—La diferencia entre estos que le he enseñado y el resto está en torno a los veinte euros, más o menos.

—Ah, veinte euros, ¿y le parece poco?

Aquella habría sido una reflexión válida para quien se las ve y se las desea para llegar a fin de mes, pero no para la señora De Belli, la esposa del notario, gente que rondaba los trescientos mil euros al año.

—Pues entonces haga una cosa, señora... —Después de dos horas de fotografías, catálogos y disquisiciones sobre la importancia de la forma ovalada en vez de la cuadrada, más futurista pero seguramente incómoda, sobre todo en el caso del bidé, Marco había tomado la decisión de tirar la toalla—. Usted se lo piensa, lo reflexiona, modelos ha visto muchísimos, y luego tranquilamente vuelve, hace el pedido y yo me ocuparé de que quede satisfecha.

—Todavía no me ha hablado del plazo de entrega.

—¡El menor posible! Aunque tenga que ir yo mismo a recogerlos a Umbría y cargarlos a hombros —respondió él—. Créame, es sólo cuestión de días.

—¿Y en cuanto a la grifería?

Marco sintió un vacío en el estómago. Si empezaban a mirar los grifos para aquel bidé, se les haría de noche.

—No, señora, yo los grifos no se los enseño.

—¿Por qué? —preguntó ella, ajustándose las gafas.

«¡Porque estoy hasta los cojones y lo que quiero es irme al bar!», le habría gustado contestar. Pero en vez de eso, con una sonrisa, le dijo:

—¿Y cómo va a escoger el grifo si todavía no sabemos en qué bidé lo montaremos?

Aquello convenció a la señora De Belli.

—Tiene usted razón, está claro que tiene razón.

Un escalofrío de satisfacción atravesó el corazón de Marco. Aunque duró poco. Al otro lado del escaparate, en la calle, vio un coche de la policía aparcando delante de la tienda. La ansiedad que experimentaba con la señora De Belli era peccata minuta en comparación con la que le provocó la aparición de aquel vehículo. Empezó a sudar, a ponerse blanco.

—¿Se siente bien? —preguntó la clienta.

—¿Eh? Sí, estoy bien. No me pasa nada. —Luego miró a su compañero, todavía atareado en la

mesa—. Giorgio, ¿puedes venir?

Desde lejos le dijo que no con el dedo.

—¿Por favor!

Un policía joven de uniforme bajó del coche. Luego hizo lo mismo uno más viejo con el pelo despeinado, que tiró al suelo un cigarrillo y se despezó mirando el escaparate de la tienda.

Venían a por él.

Dejó plantada a la señora De Belli y corrió hacia el almacén.

La tienda era espaciosa y estaba bien iluminada. Una pared a la izquierda dedicada a la exposición de revestimientos, pavimentos cerámicos y grifería, un mostrador de acero inoxidable y cristal a lo largo de toda la pared del fondo, decorado con pequeños ladrillos vistos blancos. A la derecha dos escritorios, también de acero inoxidable y cristal, equipados con sendos ordenadores y rodeados de estanterías repletas de catálogos. A ambos lados de la entrada, dos espléndidas estufas de hierro fundido ocupaban el escaparate. Una anciana con gafas de montura verde miraba concentrada las fotografías esparcidas sobre la superficie del mostrador. Un hombre de unos cincuenta años, con perilla y sin pelo, los observaba desde el escritorio donde estaba sentado. Se levantó para ir al encuentro del subjefe en cuanto cruzaron el umbral.

—Díganme —dijo frotándose las manos.

—¿Es usted Marco Rosset?

—No... Marco Rosset es mi socio, yo soy Giorgio Calegari. ¿Puedo ayudarles?

—No, si no es usted a quién buscamos —respondió Rocco—. ¿Dónde está su compañero?

—Estaba aquí hace un momento —contestó el comerciante volviéndose hacia la señora, todavía concentrada en estudiar los folletos—. Señora De Belli, ¿ha visto a Marco?

La mujer se quitó las gafas y, achicando los ojos, miró a Rocco y a Italo.

—Ahora mismo estaba aquí. Estábamos viendo los sanitarios y luego ha desaparecido en la trastienda... —Y señaló una puerta de madera blanca que se abría justo detrás del mostrador que dominaba toda la tienda.

—¿Puede avisarlo de que estamos aquí? —preguntó Rocco.

Giorgio Calegari salió disparado y desapareció por la puerta.

—¿Se habrá escapado? —le susurró Italo a Rocco.

—Puede ser. Sal a echar un vistazo.

Italo obedeció y volvió a la calle.

—¿Usted también busca sanitarios? —preguntó la mujer con una sonrisa cautivadora.

—No, señora. Policía.

—Eso ya lo veo. Pero ¿acaso la policía no usa sanitarios?

—Si lo quiere ver así, me muevo entre desechos desde que me levanto hasta que me acuesto. Estoy aquí por trabajo, señora.

Giorgio Calegari se asomó a la puerta.

—Está en el baño... No abre ni responde... —dijo extendiendo los brazos a modo de disculpa.

Rocco se acercó a él y entró en la parte de atrás del local. Si la tienda era moderna y estaba limpia y ordenada, el almacén era todo lo contrario: estaba oscuro y lleno de polvo. Era una nave enorme por la que se extendían estanterías de metal abarrotadas de tubos, empalmes, bombas eléctricas, pernos, grifos. Al fondo, una escalerita conducía a los servicios. El subjefe llamó con

los nudillos a la puerta.

—¿Marco Rosset?

Ninguna respuesta al otro lado.

—Pero ¿ha ocurrido algo? —preguntó Giorgio, que empezaba a preocuparse.

—No lo sé, dígame usted —le respondió Rocco, y volvió a llamar—. ¡Rosset, abra, por favor!

Se oyó la cisterna y luego se abrió la puerta. Allí estaba Marco, sonriente y fresco como una rosa.

—Disculpe... ¿Es a mí a quien busca? —preguntó, metiéndose el móvil en el bolsillo.

—No, estaba rascándome los huevos y me he dicho: ¿por qué no me entretengo un rato en esta tienda llamando a la puerta del váter?

Marco miró sereno a Giorgio.

—Puedes irte, Giorgio... Ya me encargo yo de esto. Acaba tú con la señora De Belli, por favor. Su socio, con la mirada tensa y poco convencido, se alejó.

—Dígame, ¿qué ocurre, señor...?

—Subjefe Schiavone.

—Ajá, ¿era a mí a quien buscaba?

—Justo a usted. ¿Hablamos aquí?

Marco miró a su alrededor.

—En el almacén no, comisario.

—¡Subjefe!

—Sí, perdone, subjefe. Aquí, justo enfrente, hay un bar buenísimo. Un café, eso es lo que necesito. Después de una hora de folletos con la señora De Belli creo que me lo he ganado. —Y, sonriente, se abrió camino.

El bar tenía las paredes empapeladas con un estampado de brocado falso, lo que, unido a las mesas blancas y las sillas tapizadas, le confería un aspecto de salón de té que aspiraba a Piccadilly, pero no pasaba de la zona de Lugano. Olía a nata, y la chica que les sirvió los cafés cortos vestía un uniforme negro adornado con un simpático delantal blanco. Dejó la bandeja al lado del móvil de Rosset, y desapareció rápidamente de la salita.

—¿Sabe usted por qué estamos aquí? —le preguntó Rocco.

—Supongo que por la denuncia del robo en mi casa el año pasado, ¿no?

Rocco miró a Italo, que removía la cuchara en la tacita.

—Pierron, ¿estabas al corriente de este hecho?

—No —respondió el agente.

—No, señor Rosset, no es por eso.

No sabía muy bien a qué le recordaba. En el rostro del comerciante había algo que le hacía parecer un pájaro de pico fino y largo, pero los ojos ausentes y la boca pequeña y poco definida lo descolocaban. Y también la cabeza, menuda, que parecía estar sólo en armonía con aquella nariz larga y puntiaguda. De repente, vio la luz al fijarse en las orejas sin lóbulo, pequeñas, casi escondidas. La nariz no era un pico y Marco Rosset no era un pájaro. Era un *Myrmecophaga tridactyla*, también conocido como oso hormiguero gigante, el perezoso que vive en Centroamérica y Sudamérica. Ya se lo imaginaba succionando el café después de introducir la

lengua larga y fina en la tacita de porcelana, pero en vez de eso se lo bebió a sorbos, como la mayoría de los humanos.

—Ah, ¿no es por la denuncia? Y entonces ¿por qué motivo es?

—Una prostituta que trabajaba en el número 12 de via Brean. Usted estuvo allí el domingo por la tarde, en la acera delante del edificio, se quedó allí no pocos minutos y luego fue a llamar a la puerta.

—¿Yo? Yo no he ido a casa de ninguna prostituta. Vamos, hombre...

—Tenemos la grabación de un banco, señor Rosset. —Rocco se bebió el café—. Está más claro que el agua.

—¿Qué? ¿El café?

—No, que usted estuvo allí...

—No, comisario...

—Por favor, soy subjefe.

—Disculpe... No, subjefe. Le juro que no sé de qué me habla.

Rocco se arrellanó en la silla.

—Escuche, señor Rosset. No me gusta, pero es parte de mi trabajo. Hay un muerto de por medio.

—¡Joder...!

—Ya. Es usted un ciudadano honesto, paga sus impuestos. Los paga, ¿verdad?

—¡Hombre que si los pago!

—Eso es, y yo no quiero aprovecharme.

—Le juro, comisario, que...

—Subjefe, ya van tres veces —lo corrigió Rocco.

—Perdone. Le juro, subjefe, que no sé de qué me habla.

—¿Le molesta que le haga alguna pregunta más?

—Para nada. —Y Rosset se bebió el café.

—¿Puede decirme, siempre que lo estime oportuno, qué hacía en via Brean el domingo por la tarde?

El tono engatusador y amable de Rocco chirriaba a oídos de Italo.

—Esperaba a un amigo que vive por esa zona.

—¿Que al final no se presentó?

—Eso es. Así que cogí y me fui.

Rocco miró a Italo con cara triste.

—Vaya por Dios, agente Pierron, no sacamos nada en limpio.

—¿Qué más nos queda por hacer?

—Nada. Y usted, señor Rosset, ¿seguro que no notó nada raro? Alguien que saliera del portal, ¿qué sé yo? ¿Algo que le llamara la atención?

Rosset se mordió el labio y luego negó con la cabeza.

—La verdad es que no, lo siento.

—Tal vez ahora no lo recuerda, pero ¿me promete que lo pensará? —le preguntó Rocco—. Ya sabe, a veces a los policías nos basta con un detalle insignificante, aunque sea una sombra, para sacar conclusiones. —Luego bajó la voz—: No le ocultaré que estamos a oscuras.

Rosset ponía cara de lamentarlo. Parecía sentirse culpable por no poder ayudar a las fuerzas del orden.

—Sí, claro, lo pensaré...

—Déjeme su móvil. Si surge cualquier eventualidad, ¿puedo llamarlo?

—¡Por supuesto!

Rocco cogió un bolígrafo y anotó el número que el comerciante le dictaba.

—De acuerdo, gracias, ¡ha sido usted de lo más amable! —Rocco se levantó de la mesa—. Le ruego que nos disculpe por la intromisión y espero no tener que molestarlo de nuevo.

—Uy, para nada, es lo mínimo. ¿Puedo saber cómo se llamaba?

—¿Quién? ¿La prostituta?

—Sí.

—Juana Pérez.

—¿Española?

—No, argentina. Buenas tardes, Rosset. —Y los policías salieron del bar.

Marco Rosset estaba eufórico por dentro por la facilidad con que había salido del paso. Le daba la impresión de que había sido muy sencillo.

Tal vez demasiado.

—Parece un pobre hombre —dijo Italo—. Tal vez ya estuviera enterado del homicidio, pero se ha cagado de miedo.

—Te equivocas, Italo, nos ha mentado. —Rocco se montó en el coche.

—¿Cómo que nos ha mentado?

—Tal como te lo digo.

—De hecho, ni siquiera le has preguntado el nombre del amigo con el que había quedado.

—Total, era mentira. O nos habría soltado cualquier gilipollez o puede que ya se hubiera confabulado con alguien. Ése sabe bastante.

Italo miraba recto hacia delante. Aguardaba a que Rocco continuase con el razonamiento.

—¿Por qué se encerró en el baño cuando llegamos? —preguntó el subjefe.

—¿Una emergencia?

—¿Con el móvil? No me lo trago. Ahora hay que hacer una jugada sucia, Italo, algo que al juez Baldi no le hará gracia, pero la cosa se está poniendo fea, muy fea... —Cogió el teléfono e hizo una llamada—. ¿Antonio? Tu subjefe favorito.

—¿Novedades?

—Sí. Ahora te paso un número de móvil. Tienes que volver a ponerte en contacto con tu hombre. —Rocco sacó la servilleta con el número de Marco Rosset.

—Me cago en la mar, ¿otra vez?

—Sí. Necesito el listado de este usuario. Pero si no puedes hacer más, me basta con las llamadas de esta tarde.

—De acuerdo, Rocco. Aunque el tío querrá algo a cambio.

—Tú dile que le quitamos todas las multas que le pongan de aquí a Navidad.

—Pero ¿podemos hacer eso?

—No, pero total la gente no lo sabe.

—Vale, Rocco, me hago cargo... Y oye, Gambino te estaba buscando. Dice que tiene que contarte algo muy urgente.

—A ver con qué nos sale ahora. ¿Que en la pasta de dientes que usamos hay partículas radiantes infinitesimales que les indican a los soviéticos nuestra posición las veinticuatro horas al día?

Antonio se echó a reír.

—No, dice que tiene que ver con Juana Pérez. Te espera aquí, en el despacho.

Aparcaron delante de la jefatura. La noche ya había caído. Michela Gambino los esperaba en la entrada con los brazos cruzados. Sin dejar de mirar a su alrededor, como si la persiguiera algún enemigo misterioso, se acercó a los dos policías.

—¡Hombre, Rocco! ¿Cansado?

—Muerto. ¿Tú qué tienes que contarme que es tan urgente?

La mujer se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Los pelos.

Rocco lo había borrado de la mente.

—¿Otra vez?

—Los otros tres que he tenido tiempo de examinar hasta ahora no son pelos de perro.

—¿Sino de...?

—Yute.

Rocco frunció el ceño.

—¿Yute?

—Cuerda de yute, eso es. Tal vez sirva de algo.

El subjefe asintió en silencio, y Gambino añadió:

—Lo que me pregunto yo ahora es: ¿por qué utilizar una cuerda de yute dentro de casa? ¿Para poner un columpio?

Pero Rocco no respondió y se fue derecho al despacho. En las escaleras se cruzó con D'Intino y Deruta. Tenían cara de cansados, la mirada abatida.

—No tengo tiempo —se les adelantó.

—Jefe, hemos buscado en todas las embajadas, como usted nos dijo.

—Y de la tal Juana Pérez no hay noticias —añadió Deruta—. Me da en la nariz que esto no tiene nada que ver con el tráfico de drogas.

No tenía tiempo de pararse a pensar en una nueva tarea que encomendarles a aquellos dos. Los esquivó y siguió escaleras arriba.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó D'Intino.

—Podéis iros a casa. No os necesito —gritó mientras desaparecía de la vista de los dos policías.

D'Intino miró a Deruta.

—¡Qué mala pipa! —exclamó.

—¿Eso qué quiere decir?

—Uno trabaja, se esfuerza, ¿y luego? Ni las gracias le dan a uno.

—Qué más da, D'Intino, nosotros hemos cumplido. Yo me voy a dormir, así mañana, al alba, le echo una mano a mi mujer en la panadería.

—Ay, Deruta, pero ¿tú y yo de verdad servimos para algo aquí dentro?

—D'Intì, si tengo que serte sincero, yo ya no sé...

En cuanto entró en la jefatura le sonó el teléfono. Estaba hecho polvo, pero no podía parar.

—¿Quién da por saco ahora? —respondió.

—Bonanni —contestó otra voz también cansada.

—¿Bonanni? —Rocco se pasó la mano por el pelo.

—¿El sub? ¿Spinaceto? ¿Roma?

—Ah, Bonà, perdona, me pillas en un momento complicado. ¿Qué ocurre?

—Tal vez quieras saber lo que hemos descubierto en el cadáver sin identificar de Castel di Decima. A ver si te sirve de algo.

—Cuéntame.

—No sé si te acuerdas de que llevaba un cinturón de piel. De una marca rara. Hemos averiguado cuál es.

—¿Y?

—El fabricante es Mario's Pura Piel, una fábrica importante que está en Honduras.

—¿Honduras?

—Eso es. Y hemos llamado. Ellos no producen los cinturones si no es por encargo. Y hace años abastecieron a algunas embajadas, entre otras a la italiana. Lo que se dice un *cadeau*. Es que, como estás en Aosta, me siento en la obligación de decirlo en francés.

—Honduras...

—Honduras, sí... ¿qué pasa, Schiavò?

—Nada, Bonanni. Déjame que piense. Si se me ocurre algo, te llamo.

—Que vaya bien la cosa. —Y colgó.

Honduras. El cerebro de Rocco se disparó en diversas direcciones. Juana Pérez era argentina. Pero ¿qué tenía que ver aquello con el cadáver misterioso que llevaba su número de móvil en el bolsillo? Honduras. Se detuvo en mitad de las escaleras. No le devolvió el saludo a un agente que bajaba a toda velocidad.

Honduras. Negó con la cabeza. Tarde o temprano se le ocurriría algo. Había llegado a la puerta del despacho. La abrió.

El lémur, cuyo verdadero nombre era Ivano Petrulli, había acudido sin abogado, amenazado por su padre. Observaba el despacho de Rocco asombrado de que alguien pudiera trabajar allí, menos aún un jefe de policía. Rocco lo miraba en silencio. Fuera ya estaba oscuro, y la luz que iluminaba la habitación hacía todavía más grandes los ojos del chico.

—Mentiste —fue lo primero que le dijo Schiavone.

Ivano tenía las manos entrelazadas y apoyadas en las rodillas.

—¿Dónde estabas la noche del homicidio si no te encontrabas en casa de tu novia?

El chico levantó la barbilla, suspiró.

—Como ve, vengo sin abogado, la cuestión es delicada.

—¿Más delicada que un homicidio? —Rocco abrió la ventana sin levantarse del sillón. Luego se encendió un cigarrillo—. ¿Te molesta?

—No. Haga lo que le apetezca, está en su casa —respondió el lémur.

—¿Y bien?

—No tengo novia —dijo. Rocco aguardó a que continuara—. Tengo una historia con alguien, pero no con una chica.

—Entiendo. Entonces ¿estabas con la persona con la que tienes una historia?

Ivano sonrió.

—Digamos que mi padre es un hombre muy apegado a la familia, al honor, al trabajo, etcétera. Yo no aguantaba más en casa, alquilé ese pisito en via Brean porque cuesta poco y allí puedo hacer mi vida, lejos de mis padres, de sus amigos y sus cenas. No es fácil...

—Me imagino.

—No, no puede imaginárselo. Raimonda, mi amiga, me protege, me sirve de pretexto desde hace al menos tres años. Lo siento si la he metido en un lío con esta historia, pero me asusté. ¿Puedo coger uno? —Señaló el paquete de tabaco. Rocco se lo tendió junto al mechero. Ivano cogió un cigarrillo y se lo encendió—. Total, tarde o temprano se hubiese sabido. Tal vez haya llegado el momento de decirlo. Empiezo a tener cierta edad. No es tanto por mi padre, me importan poco él y sus proyectos para mi futuro. Pero pienso en mi madre, que hace como que lo entiende todo, que siempre está dispuesta a interceder. En cuanto se entere...

—Mira, Ivano, no quiero parecer un insensible o un tipo que no tiene corazón, pero a mí me importan una mierda tus hábitos sexuales. Lo único que quiero saber es si el domingo estabas o no en tu casa con la persona a la que amas.

—No. No estaba en mi casa.

—Venga, vale. Por algo se empieza. Ahora dime. —Apagó la colilla en el cenicero—. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Si se lo digo, la cuestión es que meto en un lío a otra persona.

—Si no me lo dices, eres tú el que estará en un lío.

—De acuerdo. Estaba en via Aubert.

—Que no es una calle larguísima, pero en la que vivirán por lo menos unas trescientas personas. ¿Puedes ser más preciso?

Ivano se rascó la cabeza. Se llevó el cigarrillo a los labios. Temblaba.

—Estaba en casa de Diego.

—¿Diego Fabiani? ¿El asesor fiscal?

—Exacto.

—¿Tu vecino de bloque?

—Exacto.

—¿Por qué estabais en el despacho y no en casa si vivís uno encima del otro?

—Me había llamado, a eso de las ocho, para pedirme que pasara a buscarlo. Yo volvía del tenis y me acerqué.

—¿A las ocho?

—Llegué sobre las ocho y media. Luego ya sabe lo que pasa.

—No, ¿qué pasa?

—Una frase, un gesto... Y bueno, que nos quedamos allí y luego salimos a cenar.

Rocco cruzó los brazos delante del pecho.

—Ya que nos estamos sincerando, yo también quiero ser sincero contigo. En el edificio hubo una mudanza, ¿tú no te diste cuenta de nada?

—Le juro que no.

—¿Conoces bien a tus vecinos? Sin contar a Diego, obviamente.

—No mucho. La señora es atenta, amable, me saluda. El otro, ese...

—Bernardo Valenti.

—Sí, de vez en cuando lo veo pasear al perro, o cuando vuelve de la compra. Hemos hablado

alguna que otra vez. Creo que trabajaba de contable, pero está jubilado.

—Hablando de perros, un pequeño detalle que me viene justo ahora a la memoria. ¿Sabes si Juana Pérez tenía perro?

—No, rotundamente no.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Los perros ladran, salen a pasear; además a ella le encantaban los gatos. ¿No lo sabía? Cuando iba a buscar el coche en la parte de atrás, me encontraba comida en pequeños cuencos dentro del vallado del jardincito. Y siempre había alguno pululando por allí.

—Gracias. Volvamos a tus vecinos. ¿Qué me cuentas del propietario?

—¿Quién, Berthod? Un gilipollas. —Y aplastó la colilla en el cenicero—. Me lo presentó Diego. Fue él quien me consiguió el piso. No podemos irnos a vivir juntos, así que optamos por ser al menos vecinos.

—¿Desde cuándo conoces a Diego?

—Llegó a Aosta hace dos años y abrió el estudio. Lo conocí en el gimnasio.

—¿Qué más sabes de él?

—Que es de Monferrato. Su familia es de allí.

—¿Trabaja mucho?

—Sí.

—¿Vas a menudo a su despacho?

—¿La verdad?

—Por favor.

—La de aquella tarde habrá sido la tercera vez en dos años. Tiene una secretaria, no conviene que me deje ver demasiado. Hay que vivir un poco a escondidas, por lo menos en una ciudad pequeña como ésta.

—¿Alguna vez has sentido que te la metían doblada?

—No entiendo...

—Me refiero a Diego. ¿Te ha llegado a presentar a otros amigos, o a familiares...?

—No, nunca. Sale con mis amigos, él no tiene muchos, creo. Clientes sí.

—Ivano, de mi boca no saldrá ni una palabra. Te pido que hagas lo mismo.

El muchacho asintió.

—Quiero decir que jamás hemos tenido esta conversación. Tú nunca me has hablado de tu relación, y para la policía la coartada de Raimonda se sostiene.

—¿Por qué?

—Porque estás metido en algo que te viene grande. A ti y a mí también. Así que, cuanto menos hables, mejor. —Se acercó al chico mirándolo a los ojos—. Ivano, estoy hablando de tu integridad física.

Recorría los pasillos desiertos del depósito. Las luces de neón realzaban la sordidez de las paredes pintadas de blanco y verde pálido. Las puertas de madera de doble hoja eran de color crema; les hacía falta una mano de pintura. Por fin llegó ante la del despacho de Fumagalli. La abrió sin llamar. El forense estaba sentado ante su escritorio y hojeaba un libro a la luz de una lámpara de sobremesa. La habitación medía poco más de tres metros cuadrados y estaba abarrotada de libros y papeles. Alberto levantó la vista y se quitó las gafas.

—¿Se te rompen los nudillos si llamas?

—¿Te lo has pensado?

—Me lo he pensado y creo que estás en lo cierto. —Le tendió a Rocco el libro que estaba leyendo—. Podría ser esto... las dos marcas en los tobillos, el yute, el estrangulamiento. No te falta razón.

Schiavone cogió el libro. Había una fotografía. Una mujer atada como un salchichón.

—*Shibari* o *kinbaku* —prosiguió Alberto—. Es una forma de arte japonés. En la práctica se ata a una persona con nudos y enredos de cuerda muy complejos, por decirlo de algún modo, que, según quienes lo practican, tienen un profundo significado estético. Hay gustos para todo, está claro.

El subjefe pasaba de una imagen a otra. Mujeres atadas por los tobillos, por las muñecas, cuerdas que recorrían todo el cuerpo con una cantidad inverosímil de nudos.

—Yo sigo pensando que *Las estancias* de Rafael o las cabezas de Brancusi son mejores, aunque estoy chapado a la antigua, ya lo sabes, Rocco. La cuestión es que algunos lo consideran una *performance*, pero para muchos es sobre todo una práctica sadomasoquista. Yo creo que Juana Pérez estaba metida en esto.

—Vamos, que se ha dejado atar...

—Por voluntad del cliente, sin duda. Es sólo que... Mira la imagen de la página 43 —sugirió Alberto. Rocco hojeó el libro. Una chica colgada del techo. La cuerda le sujetaba con fuerza las muñecas detrás de la espalda, y luego le daba mil vueltas alrededor del cuerpo, pasando incluso debajo de la garganta. Entre los tobillos, tenía una barra para mantener las piernas separadas—. Eso es, ¿lo ves? Algo por el estilo... —dijo Alberto.

—¿Y se utilizan cuerdas de yute?

—También. O por lo menos eso dice este libro. Y eso he visto en internet. ¿Sabes, Rocco? Yo estas cosas no las practico. Lo único que a mí me ata es la tradición: yo desnudo, ella desnuda, y dale que te pego. Aquí, en cambio, el maestro de nudos, que se llama *nawashi*, ata a la víctima. En el caso de Juana Pérez, con fines sexuales, de otro modo no se explica la separación de las piernas. Sirve para una eventual penetración una vez que el cuerpo inmóvil e indefenso cuelga del techo a tu merced. Hay un sinfín de nudos. Es una técnica que se remonta a la época de los samuráis, cuando no tenían celdas para encerrar a los prisioneros y lo que hacían era «envolverlos» de esta forma.

—Y la nuestra acabó estrangulada, ¿no?

—Estoy convencido. No es la primera vez que oigo algo así.

—Y eso explica para qué servía el gancho en el techo. ¿Un accidente?

Alberto asintió y cogió el libro que Rocco le devolvía.

—¿Y sabes qué? En los análisis de sangre ha salido un antihistamínico, debió de tomarlo no mucho antes de morir.

Rocco cerró los ojos, como para evocar el recuerdo de una imagen, de una palabra. Los abrió de nuevo, satisfecho.

—Si te digo Oxi, ¿qué se te viene a la cabeza?

—Oxi... ¿qué más?

—Era un fragmento de una caja de medicamentos que Gambino encontró en casa de Juana.

—Oxi... Oxi... —Luego sonrió—. Oximix 3. Antihistamínico que se usa... se usa... Espera. —Movié la silla y cogió un vademécum. Empezó a hojearlo humedeciéndose el índice.

—¡Por favor!

—¿Qué?

—No te lamas el dedo mientras hojeas las páginas, me dan ganas de vomitar.

—A ver, estamos en un tanatorio ¿y a ti te dan ganas de vomitar por esto?

—Es una vieja historia. No lo hagas, por favor.

—Aquí está. ¡Lo encontré! Oximix 3, se prescribe para las alergias.

—¿Por ejemplo al pelo de perro?

—Por ejemplo, pero no sólo para eso. ¿Por qué? ¿Tenía perro?

—Ella no.

Fumagalli dejó el vademécum en la mesa.

—Lo que sigo sin entender es por qué el asesino tiró el cadáver al río si luego iban a limpiar el piso.

—Pánico, sabía que el asunto no debía airearse. Si lo tiraba al Dora ganaría tiempo, y necesitaba tiempo, Alberto. El cabrón de mierda tiene aliados.

Alberto se levantó.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que luego lo ayudaron. Han dejado vacío el piso de esa pobrecita, han hecho desaparecer su coche, han intentado encubrirlo todo borrando hasta las llamadas de su teléfono. Creo que incluso han hablado con los vecinos.

—Madre del amor hermoso... —murmuró Alberto.

—No me sorprendería que, a estas alturas, el asesino estuviera ya muy lejos de Aosta. ¡Hemos llegado tarde, joder!

Tres de la madrugada. No se movía nada, ni un soplo de brisa, pero el aire era frío. Sólo alguna que otra farola iluminaba via Aubert. Tiendas cerradas, ventanas sin luz. La luna, si es que había salido, se ocultaba detrás de nubes grises. La sombra de Rocco dobló una esquina para acercarse con paso rápido a un edificio. Llegó hasta otra sombra escondida en la oscuridad: Italo.

—Ven conmigo.

Doblaron en via Torre del Lebbroso hasta encontrarse a espaldas del edificio de via Aubert. En esa calle, sin embargo, soplaban un leve viento que traspasaba la ropa y hacía olvidar que ya estaban en pleno junio.

Rocco miró hacia arriba.

—Súbeme a hombros —ordenó, e Italo obedeció.

Se subió encima, apoyando los pies en los hombros hasta que pudo agarrarse a uno de los balcones de la primera planta. Con un esfuerzo, logró encaramarse. Luego se montó en la barandilla, se aferró al saliente del balcón superior y por fin logró colarse. En cuanto estuvo a salvo, se asomó desde la segunda planta. Con gestos le ordenó a Pierron que diese la vuelta de nuevo y regresara por la calle principal. Italo obedeció.

Se agachó. Tenía en la mano la navaja suiza multiusos. Seleccionó una lima metálica y empezó a trabajar en la ventana. A lo lejos, el estruendo de un camión rompió el silencio de la noche. Tardó menos de un minuto en abrirla. Una vez dentro del piso, llegó a tientas hasta la puerta de entrada, descolgó el interfono y abrió el portón. Luego hizo lo propio con la puerta blindada de la casa. Cogió el móvil y encendió la linterna. El despacho estaba ordenado, todavía olía a pintura. A los pocos segundos, Italo apareció en el umbral. Entró y volvió a cerrar rápidamente.

—¿Nos habrán visto? —La luz de la linterna enfocó el rostro asustado del agente—. Me estoy cagando de miedo.

Rocco le hizo una señal para que se callara. Pasaron al despacho principal de Diego Fabiani. Un escritorio y una gran estantería llena de carpetas. Algún certificado en la pared, una fotocopidora, la pantalla de un ordenador apagado.

—¿Me dices por lo menos qué buscamos? —preguntó Italo.

—Cierra los postigos —le ordenó Rocco.

Italo obedeció, y finalmente pudieron encender la luz.

—El día menos pensado nos van a pillar —dijo el agente.

Rocco había cogido la carpeta que tenía más cerca.

—Esperemos que no. —La abrió. Sonrió.

—¿Qué has encontrado?

Le enseñó el contenido de la carpeta.

Diarios, revistas, fundas de plástico. En otras carpetas, más de lo mismo.

—Papel mojado, Italo. Nada de nada. Ya está.

—¿Ya está qué?

—Diego Fabiani no es asesor fiscal, eso suponiendo que de verdad se llame Diego.

—Entonces, ¿quién es?

—Y yo qué coño sé. —Señaló el ordenador. Italo se acercó y lo encendió. Esperaron.

—Tiene contraseña —dijo Italo.

—Prueba con Ivano.

Italo lo intentó, pero no ocurrió nada.

—¿Diego?

Ningún resultado.

—¿Qué hacemos? Para esto nos vendría de perlas un informático friki.

—Desenchufa y apágalo. Luego vuelve a enchufarlo, intentemos no dejar huellas. Nos vamos. Tú por la puerta principal, yo por donde he venido.

—Pero ¡así se va a quedar la ventana abierta!

—Mejor que la puerta blindada sin cerrar, créeme. Nos vemos abajo...

No había logrado dejar de darle vueltas al coco en toda la noche, y sólo la luz del amanecer devolvió a sus pensamientos las proporciones justas. Se levantó de la cama. Total, ya no podía hacer otra cosa. Le dio de comer a *Loba* y luego salieron juntos de casa. Le sonó el teléfono. Habría esperado cualquier cosa, salvo recibir una llamada a esa hora de Antonio Scipioni.

—Estoy delante de la jefatura, Rocco. Tenemos que vernos.

—Ven a buscarme —le dijo mientras caminaba—. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que la situación es bastante fea, pero no quiero hablarlo por teléfono.

Apretó el paso. El estómago le borboteaba, necesitaba café. El cerebro, por el contrario, parecía bloqueado, exigía su liturgia matutina. La voz de Antonio le había dado escalofríos. Lo vio llegar casi corriendo, de paisano, mirando en todas direcciones como si tuviese miedo de que lo estuvieran siguiendo. Cuando alcanzó a Rocco, su aliento teñía el aire.

—Rocco, ven.

Lo cogió del brazo y se lo llevó hacia un bar. Dentro del local, hacía más calor. En la barra desayunaban dos hombres con uniforme de trabajo, pero Antonio no se acercó a pedir.

—A ver, aquí las cosas se han puesto feas, muy feas. Mi amigo ha averiguado los contactos del móvil de Marco Rosset. Se ha remontado bastante en el tiempo.

—¿Y?

—Lo primero que quiero contarte es que a las ocho de la tarde del domingo llamó a Juana. Luego, lo más raro: la llamada que hizo a la hora que me dijiste, cuando estaba encerrado en el váter del almacén, para que nos entendamos... Fue a un móvil. Y adivina a quién pertenece.

—¿A quién?

—A Diego Fabiani.

Rocco fue hasta la barra. Apoyó los codos. Miró al camarero.

—Dos cafés, por favor.

Antonio se acercó.

—Y eso no es todo. Los días anteriores recibió dos llamadas de un mismo número. Un despacho.

—¿Qué despacho, Antò?

—La delegación del Gobierno de Biella...

Rocco cerró los ojos y lo que vio le dio miedo.

—La delegación del Gobierno... —dijo en voz baja—. ¿Te das cuenta, Antonio?

El camarero les sirvió los cafés.

—Más o menos, y lo que intuyo me da miedo. Pero ¿quién es este Diego Fabiani? ¿Por qué el otro coge y llama a un asesor fiscal mientras está encerrado en el lavabo?

—Fabiani no es asesor fiscal. —Se bebió el café de un sorbo—. Fabiani juega en otra liga. Y

lo peor, Antonio, es que en esa liga nosotros no pintamos nada.

—¿Fabiani es...?

—¿Lo suelto? —dijo Rocco. Lo miró serio—. Servicios secretos —murmuró. Luego cogió el móvil y, mientras marcaba un número, salió del bar.

Antonio y *Loba* lo siguieron.

—¿Señoría? ¿Lo he despertado?

—Qué me va a despertar, Schiavone, no he pegado ojo en toda la noche —respondió Baldi—. Estoy poniendo la cafetera. Iba a llamarlo enseguida.

—Tenemos que vernos, señoría.

—Yo también lo creo —respondió el magistrado—. Pero no en el juzgado.

—Donde usted me diga.

—Nos vemos dentro de un par de minutos... —Se oyó ruido de cacharros—. Me cago en... Se ha quemado... Vale, mejor nos vemos dentro de cinco minutos delante de la catedral, en el criptopórtico.

—Voy ya de camino.

—Oiga, ¿está cerca de algún bar?

—Acabo de salir de uno.

—Pídame un café, por favor...

—De acuerdo... Una cosa, estoy con uno de mis hombres.

Se hizo un breve silencio.

—¿Es de confianza, Schiavone?

—Pondría la mano en el fuego.

—No me hable de fuego, Schiavone, acabo de prenderle fuego a la cafetera. Hasta ahora.

Esperaron a Baldi en la plaza de la iglesia. Una luz diáfana sofocada por las nubes reducía las dimensiones de los objetos, como en el crepúsculo, después de que se ponga el sol. Sin embargo, todavía no eran ni las siete de la mañana. Lo vieron llegar al trote. Baldi también iba mirando por encima del hombro, como si sospechara que lo seguían. En cuanto llegó donde ellos estaban, Rocco le tendió el café, que el magistrado apuró de un trago. Luego arrugó el vasito y se lo metió en el bolsillo.

—Buenos días.

—Agente Antonio Scipioni, señoría.

—¿Por qué aquí? —le preguntó Schiavone al juez.

—Es un espacio amplio y nadie nos oye.

Un escalofrío recorrió el esqueleto del agente Antonio Scipioni, que abrió la boca, pero no dijo nada. Se limitó a mirar a su alrededor con las manos en los bolsillos.

—Empiezo yo, señoría. Veamos, tenemos una relación íntima entre Ivano Petrulli y Diego Fabiani, ambos inquilinos del edificio. Diego Fabiani no es, como afirma, asesor fiscal.

—¿Y qué es?

—Enseguida se lo digo. Lo más interesante, señoría, tiene que ver con uno de los clientes de Juana Pérez: un tal Marco Rosset. Lo hemos interrogado y niega saber nada. Hemos conseguido la lista de llamadas del tipo, y hemos comprobado que llamó a Diego Fabiani justo en el momento en que el agente Pierron y yo fuimos a buscarlo; además, ha recibido dos llamadas de un despacho, y

aquí la cosa se pone seria, señoría. Ese despacho es la delegación del Gobierno de Biella.

—Joder —soltó el magistrado.

Rocco continuó.

—Está claro que el asesino es un hombre protegido, alguien que tiene que quedar al margen de la investigación.

—¿Y cómo ha conseguido el listado de llamadas de ese tal Rosset?

El subjefe no respondió. El magistrado, negando con la cabeza, prosiguió:

—De acuerdo, no quiero saberlo, Schiavone, no he oído nada. ¿Cree usted que el asesino era un cliente habitual?

—Yo diría que sí, porque estoy convencido de que se entretenían con juguetes complicados. *Shibari*. ¿Sabe lo que es?

Antonio levantó la mano, como en el colegio.

—¿Ese rollo japonés de atarse con cuerdas?

—Exacto. Ese rollo japonés. No es una práctica muy común, nuestro cliente debía de fiarse de Juana, seguro que ya lo habían hecho antes.

Baldi se llevó la mano a la barbilla. Estaba pensando.

—Ahora me toca a mí, Schiavone. ¿Sabe por qué no he dormido en toda la noche?

—No.

—Es sencillo. Hay tres cosas que me asustan y no me cuadran. La primera: he llevado a cabo algunas pesquisas sobre el propietario del bloque, el tal Berthod.

—Sí, el que amenazaba con tener amistades en lo más alto.

—Pues las tiene, señor Schiavone. Su hermano es el general Berthod, ¿ha oído hablar de él?

—Qué va.

—Yo sí. Trabaja en Roma, en via Giovanni Lanza. ¿Sabe usted lo que hay en via Giovanni Lanza? —preguntó el juez.

—La AISI —soltó Rocco con un suspiro.

—¿Eso qué es? —preguntó Antonio.

—La Agencia de Información y Seguridad Interna —respondió Baldi. Antonio tragó saliva—. Y no acaba aquí la cosa, Schiavone. Segundo punto. La viuda Cosma, la de la segunda planta, cuyo marido era carabinero. Antonio Cosma, se llamaba. Él también trabajaba para el SISDE... Murió en 2006, antes de que la AISI sustituyera al SISDE.

—Está claro que es un edificio protegido... —zanjó Rocco.

—Exacto. Cómo diantres acabó Juana Pérez allí no lo sabemos, pero creo que...

—Puede que a alguien le resultara cómodo —se aventuró a elucubrar Rocco.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que, si en un edificio protegido como ése vive alguien del que no debemos saber nada, puede que ese alguien tuviera sus necesidades y Berthod no se opusiera.

—Es aventurarse demasiado. ¿Cuánto hace que vivía allí?

—Dos meses, creo recordar.

—Entonces ella...

—Eso me hace pensar en un tipo con un perro... Un tipo que habla con buen acento de aquí, pero que en realidad es de Avelino.

—¿Bernardo Valenti? —sugirió Antonio.

—Bernardo Valenti —confirmó el subjefe.

—Y ésta es la tercera cosa que no cuadra —intervino Baldi—. Es una sombra —añadió,

preocupado—. Trabajaba para la Región, al menos sobre el papel. Sin embargo, allí no hay rastro de Bernardo Valenti.

—Entonces, ¿quién coño es?

—No lo sé. ¿Qué quiere hacer?

—Expídamme una orden para este Valenti, e intentemos armar todo el jaleo posible. Mientras tanto, yo voy a buscarlo. Suponiendo que todavía siga en Aosta.

Los tres hombres se miraron.

—Nos la estamos jugando... —objetó Baldi.

—¿Se echa usted atrás? —le preguntó el subjefe.

—¿Yo? Pero ¿qué dice, Schiavone?

En un coche, Rocco y Caterina; en el otro, Italo y Antonio. Frenaron delante del número 12 de via Brean. Se bajaron sólo la inspectora y el subjefe. Dos viandantes se pararon a contemplar la escena. Schiavone llamó al interfono de Valenti. No hubo respuesta, así que pulsó el botón de la señora Cosma, que sí estaba en casa.

—Policía, señora, ¡abra!

—Quién me asegura a mí que...

—¡No me toque los cojones y abra el portón, joder! —gritó Rocco.

Quizá se asustó, quizá reconoció la voz, en cualquier caso la señora abrió. Rocco y Caterina se plantaron frente a la puerta del señor Valenti. Llamaron. El sonido del timbre retumbaba dentro del piso.

—Valenti, ¡abra! —gritó Rocco, llamando a la puerta—. ¡Abra!

—Éste no está —dijo Caterina resoplando.

—¿Señor? Valenti ha ido a Turín, a ver a su hijo —intervino la señora Cosma, que se había asomado al rellano.

—Y una mierda —respondió Rocco, que seguía aporreando la puerta a puñetazos.

—Hace tres días... —añadió la vecina.

Pero Schiavone ni se dignó a mirarla. Resopló y sacó la navaja suiza. Se puso a trabajar en la cerradura.

—¿Qué está haciendo?

—Señora, entre en su casa —saltó Caterina—, esto no es asunto suyo. —Y se interpuso entre la vieja y su superior, que trasteaba en la puerta.

—¿Es que no me creen?

—¡Señora, haga el favor! —explotó Caterina.

La anciana se metió en su vivienda como las antenas del caracol ante el contacto de un niño curioso. La puerta por fin se abrió. Rocco fue el primero en entrar.

Los escasos muebles seguían allí, pero los habían vaciado. No quedaba ni una fotografía, ya no estaban el cojín de *Anubis* ni tampoco la alfombra raída en el centro del saloncito. En la cocina, los armarios estaban vacíos, el frigorífico, abierto. Sólo había cacharros, platos y vasos. En el dormitorio lo habían sacado todo del ropero, y también de las mesitas de noche y de la cómoda, debajo de la ventana. Rocco se asomó. En la calle se habían congregado una decena de curiosos. Italo y Antonio estaban junto al coche.

—¡Italo! —gritó Rocco.

—¿Diga? —le contestó levantando la cabeza.

—Llama a nuestra experta en pelos.

—No entiendo...

—A Gambino. Y que venga todo el equipo, ¡ahora mismo!

—Me cago en la leche... —maldijo Caterina mirando a su alrededor—. Y cuando uno va a visitar a su hijo, ¿vacía todo el piso?

—Hemos llegado tarde, ¡lo sabía! Lo sabía, ¡joder! —Dio una patada al sillón en el que unos días antes se había sentado a charlar con Valenti—. Teníamos que haber sido más rápidos. Pero nada. Éste es el resultado. El hijo de puta ha desaparecido.

—¿No podemos localizarlo?

—¿A quién? ¿A Bernardo Valenti, que no es ni siquiera su verdadero nombre?

—¿Por qué es alguien tan protegido?

—No lo sé, Caterina, no lo sé... ¡Acompáñame! —Y, hecho una furia, salió del piso.

En la calle ya había llegado el furgón de la Científica. Italo y Antonio lo observaban en silencio.

—¿Cómo es que ya están aquí? —preguntó Rocco.

Italo se encogió de hombros, sin saber qué responder. Antonio extendió los brazos.

—Ya ve, no hace ni tres minutos que los hemos llamado...

Bajaron del furgón dos agentes que Rocco no había visto en su vida. A sus espaldas, de un Lancia Delta que acababa de aparcar, apareció Farinelli, el adjunto de Turín.

—¡Hombre, Schiavone, volvemos a vernos!

—¿Qué haces tú aquí?

—Inspección en la casa de Juana Pérez. Es evidente que todavía no sois capaces de apañaroslas solitos.

Rocco le puso mala cara.

—¿Lo sabe Gambino?

—¿Quién es Gambino? Te veo furioso, ¿qué ocurre?

Mientras tanto, los dos agentes se habían puesto los monos blancos y habían cogido un par de maletines. Los curiosos eran ya una veintena.

—Farinelli, explícame por qué estás aquí —dijo Rocco con voz dura.

—Es sencillo. Tenemos que echar un vistazo al piso y buscar nuevas huellas. Es evidente que tu jefe quiere saber más y ha llamado a los mejores. Ahora, si me lo permites, ¡déjanos trabajar!

—¿Farinè, yo ya sé quién es el asesino!

—Mejor, así te doy la certeza científica. Con permiso... —Pasó junto a Rocco y entró en el edificio.

El subjefe miró a sus agentes con los ojos desorbitados.

—Esto me lo tendrán que explicar. —Pero lo había dicho para sí mismo.

Era un momento de calma, no había clientes. Giorgio había ido a hacer una inspección de unas obras a Châtillon; Andrea, por su parte, se había tomado el día libre. Marco Rosset estaba leyendo el periódico cuando, de repente, a su espalda, se abrió la puerta que daba al almacén.

—Pero ¿qué...?

Apareció Rocco Schiavone seguido de una agente.

—Le presento a la inspectora Rispoli. Bueno, ¿cómo está?

—Bien... ¿Ha entrado por el almacén?

—Así esta vez no se larga a encerrarse en el váter para llamar a sus amigos, Rosset.

El comerciante miraba a su alrededor como una presa acosada.

—Rosset, lo sé todo. Sé que usted estuvo en casa de Juana Pérez y sé que vio algo, y ahora quiero saber qué.

—¡Nada!

—¿Quiere acompañarme a la jefatura?

—¡No sin mi abogado!

—Lo puede llamar desde allí. Ponga el cartel de cerrado por vacaciones, porque el asunto va para largo, y síganos.

—Le conviene —añadió Caterina.

—Yo no tengo nada que ver, ¡me cago en diez! —gritó el dependiente.

—Pues entonces, si no tiene nada que ver, hable.

—No tengo nada que decirle.

—Caterina, mientras llevo a Rosset a comisaría, hazme un favor. Pásate por su casa y avisa a la mujer de que su marido está implicado en el homicidio de una trans, pero que no tardaremos en devolverlo al redil.

Caterina esbozó una sonrisa y se dirigió hacia la entrada de la tienda.

—¿Adónde va? —dijo Marco.

—A su casa. Espere... ¿Tienes la dirección, Cateri?

—Pedanía de Gioannet.

—¡Espere, espere, ¿adónde va?! —gritó Marco Rosset.

—Se lo acabo de decir, va a ver a su mujer. ¿Prefiere que la llamemos por teléfono? ¿Sabe? En persona es más tranquilizador, una llamada siempre es un poco fría. De todas formas, la inspectora sabe gestionar bien estos temas, ¿verdad, Cateri?

—Verdad —respondió Caterina—. Tengo mucho tacto.

—Se lo he dicho, ¡no sé nada! —La frente del comerciante se había perlado de sudor.

—Si no sabe nada, ¿por qué se preocupa?

—Si va a ver a mi mujer, yo...

—Queda como un capullo, lo sé. Pero total, ya sea antes o después de hablar con su abogado, va a quedar como un capullo.

Rosset rompió a llorar.

—Esto es una pesadilla, una pesadilla... —gemía entre sollozos—. Yo no he hecho nada.

—Rosset, le estoy ofreciendo una vía de salida. Los otros, sean quienes sean, no serán tan amables.

—Si hasta había cambiado de opinión. ¿Por qué entré, por qué?

Rocco intercambió una mirada cómplice con Caterina, que se acercó.

—Ánimo, Rosset, no es nada grave. Le puede pasar a cualquiera. Al fin y al cabo, es humano buscar un poco de compañía.

—Yo no quería. De verdad que no quería. ¿Por qué? ¿Por qué? —La inspectora le tendió un pañuelo de papel, y el hombre se sonó la nariz—. Acababa de entrar. En la primera planta. Llegué a la puerta. Estaba entornada. No quería entrar. Así que miré por la ventana que da a las escaleras. Estaba allí, atada, colgaba del techo como... como un jamón. Blanca como la pared. Le caía baba de la boca... y los ojos... los ojos apagados... Dios mío, no lo olvidaré mientras viva.

—¿Y luego qué más vio?

—De la puerta salió un perro. Pequeño, un volpino, y se puso a ladrar. Me fui corriendo de allí. Seguí caminando por la calle, tenía miedo, no sabía qué hacer. Quería ir a la policía, le juro que lo pensé.

—Si lo hubiera hecho... Siga.

—Volví a casa y me acosté. Pero no conseguía dormir. Me llamaron a las seis.

—¿Quién lo llamó?

—Al principio no me dijo su nombre. Dijo que teníamos que vernos. Que sería mejor para mí. Tuve miedo. No sabía quién era, pero me explicó que era de las fuerzas del orden y que no tenía nada que temer. Así que al día siguiente fui.

—¿Dónde?

—A Biella. A la delegación del Gobierno, pero fuera. Aquel tipo me esperaba allí.

—¿Aquel tipo, quién?

—El que me había llamado. No me dijo su nombre. Simplemente me dio un número de móvil. Y me dijo que si tenía problemas con...

—¿Con?

—Con la jefatura de policía de aquí, debería llamar a ese número. Fue amable, pero me amenazó diciéndome que, si me iba de la lengua, las cosas podían ponerse muy feas. Y ahora tengo miedo. ¿Lo entiende? ¿Qué gente es ésa?

Rocco se alejó del mostrador dejando a Rosset sumido en su angustia. Parecía estar midiendo a pasos la tienda.

—Todo por una gilipollez —murmuró el subjefe, aunque ni la inspectora ni Rosset lo oyeron—. ¿Me ha contado usted la verdad, Rosset?

—Se lo juro. No sé cómo salir de ésta, ¡no sabía a quién pedir ayuda!

—Tendría que haberlo pensado aquel domingo por la tarde, en vez de cagarse de miedo por que su mujer descubriera esta chorrada. Si hubiese venido a contárnoslo, todo habría sido más sencillo. Pero no, prefirió guardar silencio para proteger su ridícula estabilidad. Y mire ahora qué follón ha montado. Váyase a casa, finja estar enfermo. No sé qué otro consejo darle, porque, llegados a este punto, ni siquiera yo sé qué hacer. Tendremos la cortesía de salir por detrás, aunque a estas alturas ya sabrán que he venido a buscarlo. Vamos, Caterina, aquí no pintamos nada. —Y se dirigieron hacia la puerta del almacén.

—¿Y me dejan así?

—¿Se sentiría más a salvo en la jefatura?

—Sí.

—Lo que no puede es mudarse allí.

—Ahora tengo demasiado miedo. Se lo ruego, no me deje solo.

Rocco resopló.

—Caterì, llévatelo al despacho.

—¿Y usted adónde va? —preguntó la inspectora.

—A hacerle una pequeña visita a Fabiani. Se le va a caer el pelo a ese pedazo de cabrón. —Y salió.

Torció en via Trottechien y echó un vistazo al teatro. Los carteles anunciaban el espectáculo de un

humorista del que Rocco nunca había oído hablar. En los cristales del edificio vio el reflejo de una figura. Un hombre inmóvil en la acera se estaba encendiendo un cigarrillo y lo miraba. Rocco se detuvo en medio de la calle y se dio la vuelta. Tendría unos cincuenta años. El pelo blanco, un traje de algodón azul. Tiró la cerilla al suelo y le sonrió. Luego se puso en marcha para ir a su encuentro. El cutis bronceado y la nariz aplastada.

—Buenas, Schiavone, ¿cómo va?

—Va. ¿Usted?

—Yo, muy bien. ¿Tiene cinco minutos?

Llevaba una alianza en el anular. En el índice, un anillo de plata trenzada. Bajo la chaqueta, un ligero bulto, justo a la altura del corazón.

—Depende —respondió.

—Sólo dos palabras, seguro que puede dedicarme cinco minutos de su tiempo.

No lograba captar el deje dialectal. Parecía un locutor de radio de dicción perfecta y voz impostada.

—No suelo hablar con desconocidos. Tendrá usted un nombre —le espetó Schiavone.

—¿Para qué quiere saberlo?

—No me gusta que usted sepa el mío y yo no sepa quién coño es usted.

—¿Paolo? ¿Carlo? Elija usted mismo.

—Que le vaya bien... —Y el subjefe echó a caminar.

—¿Cómo va con el cadáver que tenía una nota con su número en el bolsillo? —dijo el hombre.

Rocco se detuvo. Se dio la vuelta y lo miró.

—Por lo visto sabe usted cosas.

—Unas cuantas. Pero no le serviré de mucho. No sé quién era ese tipo de Castel di Decima.

Digamos que yo no me ocupo de ese asunto.

Schiavone respiró hondo.

—Entonces dígame, Paolo y Carlo, ¿dónde quiere pasar estos cinco minutos?

—¿Damos una vuelta?

—La famosa vuelta.

Se dirigieron hacia via Aubert.

—¿Nos tuteamos? Es mejor, ¿no cree? —propuso el desconocido.

—Mejor hablemos de vosotros, Paolo y Carlo. ¿Qué coño queréis?

El hombre soltó una carcajada. Una risa falsa, impostada, como la voz.

—Eres bueno, Rocco. Aunque ya lo sabía. Eres un hombre poco dado a las formalidades.

Cuéntame, ¿cómo siguen las cosas en Roma?

—No lo sé, vivo en Aosta.

—¿Y te gusta esta ciudad?

—Ve al grano, que ya me estás tocando los cojones.

—Está bien, como quieras. —Se detuvieron donde la calle se convertía en poco más que un callejón. El hombre tiró el cigarrillo—. No te enteras de cuándo ha llegado el momento de parar...

—No, si no me lo explican amablemente.

—Pues entonces te lo explicaré amablemente. Lo has hecho bien, has cumplido con tu obligación, has justificado tu sueldo, pero ahora ya basta.

—¿Quién es Bernardo Valenti?

—A ver, ¿no entiendes o no quieres entender?

—Lo segundo.

El labio del hombre experimentó un ligero temblor.

—Es alguien que ha tenido un pequeño accidente, pero ya se ha solucionado todo.

—De eso nada, al menos si lo miras desde la perspectiva de Juana.

—¿Y nos vamos a preocupar por un medio hombre?

—Y dale con esta historia del hombre y el medio hombre. Métete en la cabeza que habéis matado a una mujer. ¿Eres capaz de entenderlo? —Una señora con un carrito pasó al lado de ambos, parados en mitad de la calle. Rocco esperó a que se alejara para continuar con la conversación—. Sí, me preocupo. ¿Lo entiendes, Paolo y Carlo? Juana Pérez es ahora un cadáver por culpa de tu amigo Valenti, y sí, es algo que me preocupa.

—Fue un accidente, ya lo has visto. Estaban con esos juegucitos y...

—Pues entonces se lo explicamos a un juez y todos contentos. Aunque claro, hay ocultamiento de cadáver, pero con un buen abogado se va de rositas con un par de años. A menos que el supuesto Valenti sea reincidente. ¿O es que es reincidente?

El hombre se encendió otro cigarrillo.

—Mira, Rocco, si quiero puedo convertir tu vida en un infierno. Seguro que lo has entendido. Y lo siento, porque tú y yo en el fondo jugamos en el mismo equipo. Sólo que el míster en este momento ha decidido sacarte del campo y sustituirte, y te toca ir a sentarte al banquillo. Para ti se acabó el partido. ¿Queda claro el concepto?

—Cristalino. Pero me gustaría que fuese el míster quien me lo dijera.

El hombre soltó otra carcajada.

—Me parece que no has entendido quién es el míster. ¿Crees que tiene tiempo de venir a hablar contigo? ¿Con un subjefe de la policía de Aosta? Rocco, te hacía más inteligente. Te lo digo como alguien que en el fondo te aprecia, y te lo digo en tu lengua, a ver si así lo entiendes: quítate de en medio, coño —le espetó con acento romano.

—Patético, ni siquiera eres de Roma. No tienes ni idea de cómo hablamos los romanos. Tú sigue así, discutiendo a ver quién la tiene más larga, pero la cuestión es otra. Esto no va de mí ni de vosotros, Paolo y Carlo, la cuestión es que yo quiero saber quién es Bernardo Valenti, y hasta que no lo sepa no voy a parar.

—Está bien, pero sólo porque en el fondo me caes bien. Valenti es uno que tiene la lengua demasiado larga, y en este momento, para ciertos asuntos, digamos que su lengua es muy valiosa para nosotros. Confórmate con eso.

—¿Es un arrepentido?

—Confórmate con eso.

—¿Bajo protección? ¿El tal Bernardo Valenti está bajo protección?

—Me tienes ya hasta la polla —dijo el hombre con un fuerte deje.

—Eso es, eres siciliano. ¿Catania?

—Que te jodan. Y si vuelves a verme la cara, será una mala noticia para ti.

—Venga, deja en el suelo la pipa que llevas debajo de la chaqueta y acabemos con esta historia ahora mismo, en medio de la calle.

El hombre negó con la cabeza.

—Sigues siendo un chiquillo del Trastevere, Rocco. La historia, si tiene que acabar, acaba como digamos nosotros y cuando digamos nosotros. Ah, y si ibas a visitar a Fabiani, te ahorro la molestia. Dudo que lo encuentres. Disfruta de Aosta, Schiavone, y piensa sólo en mantenerte con vida, que ya de por sí es algo bastante complicado. Puedes decirle a ese comerciante que vuelva a casa tranquilo, no tiene nada que temer. Ni que fuéramos asesinos...

—¿No?

—No. Y para que conste, el asesino de Juana Pérez es un tal Paul De Vries, un homicida múltiple que hemos parado en la frontera hace dos días. Quería decírtelo, para que no quedaras como un capullo, aunque ya estés acostumbrado.

—¿Paul De Vries?

—Belga. Un cabronazo.

—¿Y si ése se va de la lengua?

—Será difícil. Murió en un tiroteo.

—¿Y dices que no sois asesinos?

El hombre no respondió. Le dio la espalda y echó a andar.

—Pues habéis cometido un error, Paolo y Carlo.

El tipo se detuvo, luego se dio la vuelta lentamente.

—Cierto. No debimos dejar entrar en aquella casa a Juan Pedro Pérez. Se nos fue de las manos. Pero no se puede prever todo, ¿no?

Rocco no le quitó ojo hasta que el hombre enfiló via Aubert y desapareció de su vista. El subjefe apretaba los puños con ganas de destrozar un escaparate, liarse a patadas con un coche, prenderle fuego a una manzana entera. Volvió sobre sus pasos y, fumando como la chimenea de una planta siderúrgica, se dirigió hacia la jefatura.

Fue abrir la puerta de su cuarto de las escobas y quedarse de piedra. Estaba vacío. Ni un mueble, ni siquiera el escritorio. La hoja con las tocadas de cojones había desaparecido. Y no había ni rastro de *Loba*.

—¡Italo! —llamó—. ¿Rispoli? ¿Scipioni? Eh, pero ¿es que aquí no hay nadie?!

Apareció la cara de Casella.

—Jefe..., ¿ha visto?

—¿Qué? ¿Dónde está ahora mi despacho? ¿Me han puesto de patitas en la calle?

—De eso nada... Está otra vez donde estaba... Donde siempre.

—¿Me estás diciendo que me han devuelto el despacho?

—Sí, Deruta y D'Intino se lo han llevado todo. Incluso a *Loba*, que, a saber a cuento de qué, le ha pegado un mordisco a D'Intino en el muslo.

—Porque es inteligente y defiende el territorio.

—Vamos, lo acompaño. Ah, esto es para usted. —Y le tendió un sobre. Rocco lo abrió. Dentro había una nota escrita de puño y letra de su superior. Le ordenaba presentarse en la rueda de prensa, era un asunto de máxima urgencia.

«Lástima», pensó Rocco, antes le habría gustado charlar un rato con él.

—¿Y dónde está el comerciante, Rosset?

—Lo está esperando en su nuevo despacho.

Bajaron las escaleras.

—¿Y Gambino?

—Ha conseguido que la manden al semisótano, al lado del garaje. Dice que está estupendamente. ¿Novedades?

—Mejor ni te lo cuento, Casella, mejor ni te lo cuento...

—Dentro de media hora es la rueda de prensa del caso de Juana Pérez. ¿Qué va a hacer? ¿Irá?

—Esta vez sí, Casella, ¡y tanto que voy!

Habían llegado al antiguo despacho de Rocco. El cartel de las tocadas de cojones había vuelto a su sitio. Rocco tenía por lo menos diez más que añadir, pero dejó la tarea para más tarde. En cuanto abrió la puerta, oyó:

—¡Escoba!

D’Intino jugaba a las cartas con Rosset en su escritorio. En cuanto lo vieron aparecer, se pusieron de pie como un resorte. Deruta se había dormido en el sofá al lado de *Loba*.

—¡Deruta! —gritó Rocco, y el agente se despertó de un sobresalto—. ¡D’Intino! Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Habéis confundido mi despacho con un bar?

—Estábamos matando el tiempo, jefe. Me he marcado una escoba justo ahora que...

—¡Largo, largo de aquí! Tú también, Deruta, ¡fuera! —Y los echó de malas maneras—: ¡Fu, fu, zape, aire, largo!

Rosset lo miraba, pálido.

—Usted también, márchese, ¡no quiero volver a verlo!

—Pero...

—¡Que se vaya! ¡Vuelva con su mujer y no me dé más por culo! —gritó.

Rosset, con pasitos rápidos y cortos, llegó hasta la puerta.

—Pero si yo...

—¿Es que no me ha oído? ¡Márchese! —Luego dio un portazo y se derrumbó en el sillón. *Loba* lo miraba con las orejas tiesas, alarmada. Rocco cogió la llave y abrió el cajón. A continuación fue hasta la ventana y se encendió el porro. La vista volvía a ser la habitual, los montes seguían allí, y también el cielo, todavía cubierto, que no dejaba ver el sol—. Qué vida de mierda... —dijo entre dientes.

La puerta se abrió, casi no tuvo tiempo de tirar el porro por la ventana. Se dio la vuelta. Era su superior. Costa estaba tenso, pálido, parecía que no se había cambiado de traje en toda una semana. El nudo de la corbata, normalmente enlazado a la perfección, estaba medio deshecho, y llevaba el primer botón del cuello desabrochado.

—¿Ha recibido mi nota? —su voz sonaba quebrada.

—Sí, la he recibido. Pero antes dígame cómo acabaron Farinelli y su equipo en via Brean —dijo Rocco.

—Necesitaba una prueba definitiva.

—No entiendo.

—Lo entenderá en la rueda de prensa. Sólo una cosa. Aténgase a los hechos que yo describiré.

—¿Dónde han ido a parar sus deberes morales, señor?

—No sé de qué me habla. Ya se lo expliqué en su momento, yo sirvo al Estado, Schiavone, y usted debería hacer lo mismo.

—Usted sabe tan bien como yo que...

—¿Qué? ¿Que existen cosas más grandes, Schiavone, mucho más grandes que usted y que yo? No es a base de cabezonadas como las suyas que se cambian las cosas, subjefe. Hay una balanza, y esta vez el peso en el otro plato es de una tonelada, por lo que le pido que venga inmediatamente a la rueda de prensa y escuche con mucha atención la información que yo, responsable de esta jefatura, les proporcionaré a los periodistas.

«Se le ha ido la cabeza —pensó Rocco—. Ya no los llama gacetilleros.»

—Trataré de estar atento, pero, a diferencia de usted, yo soy incapaz de no llamar a las cosas por su nombre.

—¿A qué se refiere?

—A que usted, señor, se atrinchera detrás de una barricada de gilipolleces y falso sentido del deber. ¿Sabe usted lo que somos ahora?

—Dígame usted.

—Somos peores que Bernardo Valenti. Porque él al menos es culpable y lo admite fugándose. Nosotros, en cambio, nos lavamos las manos y convocamos una rueda de prensa.

—¿Cree usted que esto me hace feliz? Estoy dispuesto a sacrificar a Juana Pérez porque la partida es mucho más grande y en ella se la juega un montón de gente.

—Tiene razón. Juana Pérez es como un peón de ajedrez. Sacrificable, ¿no?

—Exacto. Y le pido que por favor haga caso de mis consejos. ¡Estoy ya hasta las pelotas de repescar gente en el Dora! —Tenía los ojos rojos y húmedos. La mano, todavía apoyada en la manilla de la puerta, temblaba—. Y pese a todo, créame, yo lo valoro y lo aprecio, Schiavone. Se lo ruego, hágalo usted también...

Los dos hombres se miraron. Y por primera vez Rocco vio a su superior bajo una luz distinta. También a él le había tocado una vida que con gusto habría cambiado por otra.

—¿Se sabe por lo menos para qué sirve este Valenti?

—Para proteger a un par de magistrados, Rocco. Pero yo no te he dicho nada. —Había empezado a tutearlo, quizá por distracción, quizá porque realmente estaba harto de mentiras y subterfugios.

—No me has dicho nada —dijo Schiavone, suspirando—. Este día de mierda no lo olvidaré muy fácilmente, Andrea.

—No lo olvidaremos, Rocco. —Luego miró el despacho y achicó los ojos con una sonrisa tirante—. ¿Lo ve? *Promissio boni viri est obligatio*. Ahora le toca a usted.

—¿A qué se refiere?

—La cafetera de monodosis. ¡Nos vemos abajo, en la sala, dentro de diez minutos, señor Schiavone!

Andrea se había ido y había vuelto el señor Costa, el responsable de la jefatura de Aosta.

En las sillas, una marabunta de periodistas. Detrás de la mesa, el jefe y, a su lado, Farinelli, serio y con un cartelito de plástico delante. Baldi estaba de pie, en una esquina, miraba al suelo y tenía la chaqueta sobre los brazos. En mangas de camisa, se le marcaba el sudor bajo las axilas. Desde que Rocco había entrado y se había colocado al fondo de la sala, el magistrado sólo le había dirigido una mirada. Se avergonzaba de estar allí, se avergonzaba de lo que estaba a punto de oír, se avergonzaba de su vida de principio a fin.

«Bienvenido al club», pensó Rocco.

Costa comenzó su declaración:

—Finalmente, hemos podido cerrar el caso de Juana Pérez, conocida como Sonya en el entorno de la prostitución. —Los periodistas empezaron a tomar nota—. La mano misteriosa del homicida ya no lo es tanto. Hemos detenido en la frontera a Paul De Vries, un conocido criminal italo-belga, que ha perdido la vida en el subsiguiente tiroteo. En la vivienda de Juana Pérez, el adjunto

Farinelli ha encontrado las huellas dactilares del homicida múltiple, lo que confirma nuestras sospechas...

Farinelli tomó la palabra. Miraba su cartelito, no al público.

—Fue todo bastante sencillo —empezó diciendo—. Mis hombres y yo hemos recogido gran cantidad de huellas, estaban casi por todas partes. El cotejo con las de De Vries, conocido ya por las fuerzas del orden y que hasta hace unos días se alojaba en un piso en Châtillon, ha arrojado un resultado positivo.

—Además —prosiguió Costa—, después de un intento de fuga y del tiroteo que lo ha visto caer a manos de los agentes de la frontera, en el cadáver de Paul De Vries se han hallado algunos efectos personales que pertenecían a la víctima.

Angrisano levantó la mano.

—¿El móvil?

—Un juego erótico que acabó mal. Paul De Vries era aficionado a este tipo de actividades. Si echan un vistazo a su currículum, comprobarán que ya había sido detenido en el 98 y en 2005 por agresiones sexuales.

Algún que otro periodista se puso a mirar el documento que el jefe había distribuido.

—Por lo tanto, tengo el placer de comunicarles que las investigaciones, llevadas a cabo en colaboración con la Criminalpol y la Dirección de Investigación Antimafia, han dado su fruto. Quiero dar las gracias...

Rocco había dejado de escuchar. Observaba a los periodistas tomar apuntes, a las cámaras de televisión con el piloto rojo, a Baldi con la cabeza apoyada en la pared blanca. Tenía el estómago en un puño. Se preguntó si no sería el momento de levantar la mano y decir lo que opinaba. Estaba a punto de hacerlo, pero se lo pensó dos veces. Buscó los ojos de Farinelli, pero el jefe de la Científica seguía con la mirada baja, concentrado en sus notas.

«Eres un mierda», pensó, y decidió salir de la sala. Lo que más le pesaba era tener que hablar con sus hombres, que, como él, sabían la verdad, aunque no fuese la verdad oficial. Se sintió de nuevo sucio y cansado, doblegado y enfangado. La frustración por el fracaso se mezclaba con la sensación de podredumbre tras haber chapoteado por enésima vez en una ciénaga en busca de serpientes venenosas. Pero no era momento para la autocompasión. Ahora tenía que esforzarse por preservar la integridad de sus hombres e intentar protegerlos, como Costa había hecho con él.

«Razón de Estado», ésas eran las palabras grabadas en su cerebro.

Sí, hablarían claro, sin pelos en la lengua. Eran jóvenes, se enfadarían, puede que Antonio Scipioni hasta gritase, pero aún les quedaba mucho camino por recorrer. También para ellos había llegado el momento de tragar una buena dosis de mierda.

• • •

—¿Cómo? —A Caterina se le salían los ojos de las órbitas, no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Es lo que hay, inspectora. Y no se toca ni una coma.

Antonio negaba con la cabeza; Italo, en cambio, no levantaba la vista del suelo.

—Pero si... En fin, Rocco, que nosotros lo sabemos. Los cuatro conocemos la verdad. ¿Por qué no...?

—Porque sí, ¡porque somos un puto cero a la izquierda, coño! Porque te dedicas a esto por cuatro perras, te tragas el sapo y calladito, sin dar demasiado por culo. ¿Crees que a alguien le importan tus remordimientos de conciencia, Caterina? ¿O tu vergüenza, Italo? ¿O incluso la rabia de Antonio? ¿O la mía? Aquí se acaba la partida, nuestros colegas han cazado al malo y nosotros nos alegramos de que así sea.

—Pero a ver, ¿se sabe por lo menos quién era este Valenti? —preguntó Italo con un hilo de voz.

—Un testigo protegido. De qué, no lo sé. Digamos que prefieren guardárselo para ellos.

—Pensándolo bien, si este tío nos sopla información de la Camorra, o de la Mafia, o, vamos, del crimen organizado, y nos ayuda...

—Pero ¿qué coño dices, Italo? —explotó Antonio—. ¿Qué coño estás diciendo? ¿Que porque sea un testigo de vete tú a saber qué puede irse de rositas después de matar a una persona?

—Técnicamente no la ha matado. Murió por un juego en el que los dos participaban.

—¡La ha tirado al río! —gritó Antonio—. ¡Eso una persona normal no lo hace!

—Una persona normal, no. Un camorrista de mierda evidentemente sí.

—Rocco, ¿nos plantamos aquí? —Antonio tenía la respiración entrecortada—. Dime sólo si nos plantamos aquí.

Schiavone bajó la cabeza.

—Se acabó. —sentenció. Y se hizo el silencio—. Yo no puedo poner en riesgo vuestra vida, Antonio. Ni me veo con fuerzas ni quiero.

—Pues yo no sé si quiero seguir trabajando contigo —respondió Antonio Scipioni.

—Eres más que libre de irte. Piensa sólo que este atracón de mierda no es más que el primero de vuestra carrera. Mi consejo es que os vayáis acostumbrando.

—Resumiendo, que hemos perdido.

—Antonio, esto no es ningún juego. Ni se gana ni se pierde. Esto es la vida misma —intervino Caterina, dando voz a sus pensamientos casi sin querer.

—Pues yo diría que hemos empatado —añadió Italo. Pero nadie sonrió.

—¿Te acuerdas de cuando viniste a darme el listado de llamadas de Rosset? —preguntó Rocco a Antonio.

—Claro que me acuerdo.

—¿Puedo saber en qué pensabas?

—En muchas cosas. En que el juego era difícil, que todos estábamos en peligro y que...

—Exacto. Me basta con eso. Estabas cagado, Antonio. Y yo igual que tú. Es normal. Pero te diré la verdad, y te pido que me creas. Si fuera por mí, si dependiera sólo de mí, yo a Bernardo Valenti iría a buscarlo hasta el mismísimo infierno, joder. Pero no estoy solo. Vosotros lo sabéis tanto o más que yo. Ahora espero que te quede claro por qué nos plantamos aquí.

—Yo no me metí a policía para esto.

—Tú debes servir al Estado. Y me da la impresión de que el Estado ha sido bastante claro respecto a lo que quiere de ti. ¿Te guste o no, es lo que hay! La partida no es sólo tuya.

—No te reconozco —le espetó el joven agente.

—Pues ve acostumbrándote. No soy ningún superhéroe, ni siquiera un héroe. Soy una persona normal, Antò, normal. Y las personas normales tienen que entender cuándo han perdido la partida. ¿Qué quieres, abrir una investigación sobre el tal Valenti, buscarlo durante años en vano, pasar el resto de tus días haciéndote mala sangre y diñarla por una cirrosis hepática o por un tumor? ¿Quieres saber qué ocurrirá? Cuando Bernardo Valenti ya no les haga falta, nos lo servirán en bandeja de plata, eso es lo que muchas veces hace el Estado. Traiciona más que tú y yo juntos.

—Pero entonces ¿por qué somos policías?

—Porque no sabemos hacer nada mejor, porque hasta donde nos dejan, aportamos lo que podemos. Ahora lo que te piden es que te estés calladito. Y donde hay patrón no manda marinero.

—No me gusta. No me gusta un pelo...

—Ni a mí, Antonio. Hemos acabado metidos en un juego que nos viene grande. Y si te soy sincero, ni siquiera nos han repartido cartas.

—Míralo de este modo —dijo Caterina—. Estamos en la trinchera, bajo fuego enemigo. Nos están masacrando. Pero si uno de nosotros se sacrifica, los demás saldrán de ésta. ¿Lo harías?

—En ese caso sí. Pero no me fio —respondió Antonio—. No me fio porque, si estoy en la trinchera, sé quién es el enemigo, pero aquí no hay más que sombras. Lo único que querría es ser general, así...

—Si empiezas así, Antò, ¡tú a general no llegarás en la vida! —zanjó Rocco levantándose del escritorio. Miró a *Loba*, que comprendió el gesto y, meneando la cola, se acercó a su dueño—. Chicos, yo os aprecio mucho, y de este día no me olvidaré nunca. Protegeos, agazapaos e intentad sobrevivir. Yo estoy hasta las pelotas de cargar con muertos a mis espaldas. Ahora me voy al bar de Ettore a tomarme algo fuerte, bien fuerte. Si os apetece uniros, yo encantado.

En cuanto salió de la sala, vio a Gambino parada delante del pequeño vestíbulo, dando sorbos a un café. Se miraron a los ojos un instante. Ella asintió levemente. Con aquello bastaba, y Rocco empezó a verla bajo otra luz.

Caminaba solo hacia el centro histórico, observando a la gente. *Loba* se cruzó con un bóxer y jugueteó con él unos minutos. Eso era vida. Olisquear para ver quién es de los tuyos, soltar algún que otro zarpazo para tantear el peligro o las ganas de jugar del nuevo amigo, dar un ladrido y luego seguir tu camino a la espera del nuevo cuenco de comida, de otro paseo, de la última meada del día. A Rocco le habría gustado poder pasarse un paño por el cerebro y borrar todo lo que se había acumulado en aquellos días. Dos chiquillos se perseguían corriendo entre risas. Cuatro tipos de barba blanca vestidos de montañeses hablaban en voz baja sentados a una mesa con una copa de vino. Un hombre lo saludó con una sonrisa al pasar, Rocco se la devolvió sin tener la menor idea de quién era. Luego, en la esquina con via Croix de Ville, vio a Sandra Buccellato parada delante de un escaparate, y ella, al percatarse de su presencia, fue sonriendo a su encuentro.

—Buenas, Schiavone, ¿así que un nuevo éxito?

—Eso parece. Pero esta vez no es mío.

—¿Todavía la tiene tomada conmigo?

—Todo pasa.

—Pero las personas no cambian.

—No, también cambian.

La periodista lo miró seria.

—Lo de via Brean es una historia absurda.

—No tanto... Un homicidio, un culpable, caso resuelto.

—Me toca a mí escribir el artículo. ¿Quiere añadir algo que mi ex marido no haya dicho?

—No. Ha sido bastante exhaustivo.

—A mí esta historia no me convence —objetó ella.

—Ah, ¿no? ¿Y si le dijera que están de por medio los servicios secretos? ¿Que al asesino lo

han hecho desaparecer y que, si se descubre el pastel, se pone en juego la seguridad de un montón de gente?

—¿Usted cree que yo me tragaría algo así?

—No, no se lo tragaría. Y ahora que lo pienso, me ha entrado sed. Adiós, señora Buccellato. — Y siguió derecho hacia piazza Chanoux.

Al llegar al bar de Ettore, se alegró muchísimo de ver a Italo y Antonio, que lo esperaban. Cogió una silla y se unió a sus hombres.

—Oye, pero pagas tú —dijo Antonio.

—Pago yo. ¿Qué os apetece?

—¿Ron? —propuso Antonio—. Con chocolate.

—Buena idea. Yo me apunto —secundó Italo.

—Venga ese ron, que un día es un día. ¡Un Zacapa Royal de treinta años!

—¡Pero bueno!

—Hay que celebrarla, Antonio.

—¿El qué?

—La derrota. Es la única forma de poder vivir, en mi opinión. —Se levantó de la mesa para ir a pedir. A los dos pasos, se detuvo—. ¿Y Caterina?

—No ha querido venir. La han llamado por teléfono y ha salido corriendo —respondió Italo.

—¿Qué le está pasando a esa muchacha? —preguntó Rocco.

—No lo sé. No entiendo nada y, entre nosotros, yo ya me he hartado.

A solas, en el depósito de la morgue, miraba el ataúd que contenía el cuerpo de Juana Pérez a la espera de que fueran a buscarla para enviársela a sus padres a Rosario, en Argentina.

—Hola... —dijo en voz baja, tocando la madera clara—. Ya te mandamos a casa. Y perdóname por no haberlo conseguido, Juana. Que tengas buen viaje.

Alberto lo esperaba en el pasillo.

—¿Era como decías tú? —le preguntó el forense.

—Como decía yo. Hemos llegado tarde.

—¿Quién está detrás?

—Nosotros —respondió Rocco—. Yo, tú, la jefatura, la fiscalía, todos.

—¿Puedes ser un pelín más específico?

—Los servicios secretos. ¿Mejor ahora?

—No, de mejor nada, me cago en todo. Claro que no. ¿Y tú qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? Nada, ¿qué quieres que haga, Alberto? Vete tú a saber dónde han escondido a ese hijo de puta. Y con qué nombre. Eso contando con que siga en Italia.

—¿Te apetece tomar una copa en algún sitio?

—Ya me la he tomado con mis hombres y me da vueltas la cabeza. Quiero irme a casa. A dormir, si es que puedo.

Fumagalli le dio una palmada en el hombro.

—Cúdate...

—Tú también, hazme el favor. —Y enfiló el largo pasillo.

—Oye, Rocco.

—¿Qué pasa?

—Pero esta vez también lo hemos hecho bastante bien, ¿no?

—Habrá que consolarse con el ajo —le respondió.

—¿Sería mucho pedir que hablaras en italiano, lengua que, aunque te parezca extraño, todavía hablamos en toda la península y usamos para entendernos, pese a las enormes diferencias antropológicas y sociales?

—Quien no se consuela es porque no quiere. Es una forma de hablar. No sirve de mucho dar más explicaciones, creo. Gracias, Alberto.

—No las merece.

Desató la correa de *Loba*, que había dejado sujeta a un banco, y se dirigió hacia la salida.

Estaba fuera esperándolo junto a su Lancia Delta. Rocco no tenía ganas de hablar con él, necesitaba tirarse en la cama y cerrar los ojos, pero Farinelli le salió al encuentro con decisión. El jefe levantó las manos.

—No me interesa, lo que tengas que decirme no me interesa.

—¡Escúchame! No es culpa mía. He tenido que hacerlo.

—Exacto, lo sé. ¿Qué quieres de mí? ¿La absolución? Búscate un cura.

—Pero tienes que saberlo. Me han llamado, no tenía elección, ¿lo entiendes? No quiero que creas que lo he hecho así, sin más.

—Gambino se ha negado, creo yo.

—Pues crees mal. A Gambino ni siquiera se lo han consultado.

—No encontraste huellas en la casa, ¿verdad?

—Sí, sí que encontré, coinciden con las de De Vries en una decena de puntos.

—No te creo. Y, además, diez puntos no es nada.

—Pero puedo dormir tranquilo, como tú, como tus hombres.

—En eso te doy la razón. Aun así, me gustaría saber el verdadero nombre de Bernardo Valenti. Farinelli sonrió.

—Creo que te bastará con leer la prensa. Ahora me vuelvo a Turín, tienes una adjunta enterita para ti aquí en Aosta, así que no creo que volvamos a vernos. Que sepas que trabajar contigo ha sido una pesadilla, pero en cualquier caso eres un tío competente. —Y le tendió la mano. Rocco no se la estrechó.

—¿Puedo saber quién te dio la orden? —le preguntó el jefe.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque si se han puesto en contacto contigo, significa que se podían fiar de ti. Y si se pueden fiar, tú y yo no tenemos nada más que hablar. Y la gilipollez de que lo has hecho por tu familia, por tu mujer, para dormir tranquilo, vas y se la cuentas a quien se la crea, coño. Farinè, trabajar contigo ha sido lo peor, pero hasta ahora no pensaba que fueras un mierda.

Se dirigió hacia la calle atravesando el patio lleno de árboles. Oyó el ruido del coche que luego le pasó a pocos centímetros. Se lo quedó mirando hasta que la noche se tragó los faros traseros. El sabor del ron se había disipado.

Levantó la mirada al cielo. El viento había amainado y había dejado tras él unas nubes grises y

amenazadoras que encapotaban la ciudad. La primera gota le dio en plena cara.

—Tiene guasa la cosa... —murmuró.

Cruzó el aparcamiento y se puso en marcha hacia su casa. Las luces de los coches y los letreros de las tiendas ya cerradas iluminaban la lluvia. Apretó el paso. *Loba* trotaba a su lado, sumida en sus olores. Soltó una meada junto a los neumáticos de un Alfa Romeo aparcado. Atravesaron juntos la plaza hasta llegar a via Aubert. Echó una ojeada al despacho de Fabiani. Las luces estaban apagadas. Justo enfrente de la vieja iglesia vio a Caterina hablando con una señora anciana. Rocco se paró para observarlas. La inspectora Rispoli guardaba silencio con la cara desencajada y la mirada clavada en la mujer. El cuerpo tenso, agresivo, parecía la cuerda de un violín. La otra, sin embargo, parecía una tortuga que intentaba encerrarse dentro del caparazón, retraía el cuello y, al hablar, extendía los brazos, como si pidiera perdón. El subjefe comprendió que estaba profanando algo muy privado. Le puso la correa a *Loba*, por si la perrita reconocía a Caterina y quería ir a su encuentro para saludarla, y se escabulló por el callejón. Daría un pequeño rodeo para llegar a Croix de Ville, pero era mejor así. La callejuela estaba oscura y desierta, pasó junto a un hotel y puso rumbo hacia la bocacalle que lo devolvería de nuevo a la vía principal. Caterina era un misterio. Nunca hablaba de sus cosas, de su vida, pero no hacía falta ser muy buen psicólogo para entender que había algo que la atormentaba. Llevaba un tiempo sin ser ella misma; para ser exactos, desde que volvió después de su día libre. Habría querido hablar con ella, tratar de entender para intentar ayudarla, pero luego se dio cuenta de que, si ella no le pedía ayuda, él no debía mover un dedo ni tenderle la mano para auxiliarla. Dobló en el callejón y, al cabo de pocos metros, regresó a la calle principal. Había dejado atrás la vieja iglesia, ya no había peligro de molestar a la inspectora. Pero de pronto se la encontró delante, justo en mitad de la calle.

—¡Caterina!

—Buenas noches —respondió ella. *Loba* le saltó encima de inmediato—. ¿Cómo es que sales de ese callejón? —le preguntó acariciando a la perrita.

—Bueno, para alargar el camino antes de meternos en casa.

Caterina miró hacia el callejón, que daba a la iglesia antigua.

—Es un camino un poco tortuoso desde la jefatura, ¿verdad?

—El trabajo está acabando contigo, amiga. Sospechas ya de todo.

—¿Y qué tiene eso de malo? No, es que no puedo evitar pensar que ése es el camino para volver a tu casa, pero en vez de eso tú has cogido este callejón justo antes de la iglesia antigua... Justo donde yo estaba hace menos de un minuto.

—Tú ganas. Me he fijado en que hablabas con una mujer, y he pensado que no era el momento de aparecer.

Caterina se concentró en la perra.

—*Loba*, bonita, ¿vamos a comer?

Rocco le volvió a quitar la correa a la cachorra, que se alejó atraída por una señal de prohibido aparcar.

—Voy de camino a casa —dijo él—. Si te apetece acompañarme, podemos hacer un tramo juntos.

Caterina asintió y se dirigieron hacia via Croix de Ville. Casi había escampado. Caían unas cuantas gotas aisladas.

—Me ha dicho Antonio que el ron estaba buenísimo.

—Podías haberte venido tú también.

—Por desgracia... tenía que resolver un problemilla. —Siguió caminando junto a él en silencio, y luego, pasándose la mano entre el pelo para secárselo, añadió—: Te lo agradezco, Rocco.

—¿Qué?

—Que no me hagas preguntas.

—Es tu vida, Caterina. No es asunto mío. —Y se encendió un cigarrillo.

—Es que a veces las decisiones son difíciles. Pero, después de caer, uno vuelve a levantarse, ¿no?

—Eso lo dirás tú. Yo lo veo de otro modo.

Un chico que salía de un pub saludó a la inspectora con un gesto de la cabeza.

—Rocco, lo que ha pasado hoy... Creo que a todos nos hace falta tiempo para asimilarlo.

—Sí, aunque no lo digeriremos nunca. Además, depende de cómo vea cada uno la vida.

—¿Y tú cómo la ves?

—Desde pequeño siempre he tenido la sensación de estar en la cámara de la muerte de una almadraba, ¿sabes a qué me refiero? ¿Ese recorrido que obligan a hacer a los atunes antes de la matanza? Por muy tortuoso que sea, por muy lleno de esquinas y de recovecos, todos caen en la trampa y acaban convertidos en latas. Bueno, pues para mí es lo mismo. Tomes la decisión que tomes en la vida, siempre llegas al mismo sitio, a la lata. Nos creemos que elegimos, pero el camino ya está marcado, y no hay quien me quite esto de la cabeza. Piensa en lo que ha pasado hoy.

Caterina lo miró.

—Es una manera un poco dura de verlo.

—Lo único que cambia es una pausa, un beso, enamorarse como un idiota, pero por lo demás no salimos de ahí, porque sólo hay un camino.

—Me habría gustado conocerte de pequeño. ¿Sabes cómo te imagino? Siempre callado, con pocos amigos, no demasiado obediente... —Y por primera vez desde hacía días, sonrió de verdad.

—Pues te equivocas. Era un niño abierto. No me creerás, pero tenía un montón de amigos. Y era obediente. Fíjate, hasta iba bien en el colegio.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Me di cuenta de que lo que sentía era verdad. Y de que la vida, aunque sea hermosa, es tan hermosa que duele.

—En eso no te equivocas. ¿Quieres saber quién era esa mujer con la que hablaba?

—Si tú quieres decírmelo, sí. Si no, déjalo.

—Era mi madre. Llevamos años sin hablarnos, quitando esta tarde y poco más. Ya te lo he contado, mi familia no es exactamente modélica. No lo era, vamos. Pero bueno, ahora, como ya no aguanto más, te invito a tomar una copa. ¡No te olvides de que me debes un ron! A todo esto, ¿podrás aguantar?

Él le pellizcó la mejilla.

—Me subestimas, querida...

Habían perdido la cuenta de los gin-tonics. Rocco sentía calor y le parecía tener alguna dioptría de menos, pero era una sensación agradable. Aquella noche había bebido más alcohol que en los últimos tres meses. Caminaban con paso incierto entre las calles del casco antiguo, y los adoquines mojados reflejaban la luz de las farolas. Se reían de la menor tontería que dijeran.

Como dos buzos en una cueva submarina, habían encontrado una burbuja de aire y la estaban respirando a pleno pulmón.

—Eso de la vida que dijiste antes... —Caterina se agarró al brazo de Rocco—. En mi opinión, no es exactamente así. Yo lo veo de otra forma. Se nos concede un tiempo, y lo sabemos, y durante ese tiempo debemos hacer todo lo posible por estar a la altura.

—Son discursos demasiado complejos después de esa ristra de gin-tonics que me he tomado.

—No, no, hablo en serio. Todos sabemos dónde vamos a acabar, pero hasta que llegue ese momento, digo yo, vivamos la vida, ¿no?

—Claro. Es obvio. Aunque no me parece que tú prediques con el ejemplo.

Caterina se detuvo y lo miró.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todavía no has cumplido los treinta y estás a tiempo de hacer lo que quieras. Y sin embargo, ¡mírate! Trabajas como una mula, cargas con un pasado que no sabes afrontar y que te pesa como un muerto, no te deshaces de las ramas secas, o por lo menos todavía no has sido capaz de hacerlo. Querías matricularte en la academia de comisarios y, en vez de eso, te quedas aquí esperando a defender esa tesis para acabar la carrera. Y por si fuera poco, malgastas las noches con un viejo elefante que va derecho a esparcir sus huesos junto a los de sus antepasados.

—Ha acertado en un montón de las cosas que ha dicho, subjefe Schiavone, pero se ha equivocado en una.

—¿A ver?

—No eres ningún elefante viejo y no estoy malgastando mis noches. —Lentamente, acercó su rostro al de Rocco y lo besó.

Schiavone notó un sabor a alcohol mezclado con menta. Tuvo la tentación de retirarse, porque era consciente de hasta qué punto aquello era un error, pero la lengua de Caterina estaba caliente y su cuerpo parecía adherirse al suyo.

«No deberías, Rocco, no está bien —pensaba—. Podría ser tu hija...»

Se separó de los labios de la chica y la miró a los ojos, grandes y luminosos. Más luminosos que las farolas de la calle. La piel suave y aquellos dientes blancos, el pelo recogido, la frente despejada, los labios húmedos y oscuros.

—Me la suda —dijo, y abrazándola con todas sus fuerzas siguió besándola.

Se despertó sobresaltado. Se frotó los ojos. Caterina dormía a su lado, con una pierna fuera de la cama. Recordaba perfectamente lo que había ocurrido, pero la luz era poca, los efluvios del alcohol, muchos, y aún no había disfrutado todo lo que le habría gustado del cuerpo de Caterina Rispoli. Ahora podía contemplarlo sin prisas, acariciado por la luz blanquecina de la mañana que penetraba por la ventana.

Era bellissimo.

Caterina dormía profundamente, con la cara aplastada sobre la almohada. Acercó la mano, no podía resistirse, quería tocar aquella piel de seda, sentir bajo la palma el calor de sus piernas, de sus glúteos. Pero se detuvo a pocos centímetros. La habría despertado, y en realidad prefería seguir observándola un poco más. Los mechones rubios, sueltos sobre la mejilla, le tapaban parte de la boca y los ojos, pero parecía que estuviera sonriendo. Se entretuvo en el cuello, donde los cabellos se hacían ligerísimos, como hilos de seda. Siempre había sido su parte preferida de una mujer. El cuello y la zona detrás de las orejas. De muchacho le daba vergüenza decírselo a sus amigos, ellos hablaban de tetas, de culos, de muslos. Él no se atrevía a decir: «¡A mí me vuelve loco el cuello y zona detrás de las orejas!» Habría quedado como un idiota. Acercó los labios y la besó ahí, apenas rozando la piel. Oía a flores, aunque probablemente sería el desodorante que usaba. Sin embargo, de las axilas le llegaba un olor agrio, ácido. Volvieron a despertarse en él el deseo y las ganas de hacer el amor, pero la luz al otro lado de la ventana hablaba con claridad: debían de ser más de las ocho.

Loba se había quedado en el salón y dormía en el sofá. En cuanto lo vio, se desperezó y lo siguió hasta la zona de la cocina. Rocco le llenó el cuenco de pienso y añadió una lata de atún, y mientras la perrita devoraba la comida, fue a ducharse.

La caldera funcionaba. Se demoró un buen rato bajo el chorro caliente y placentero, reordenando las ideas y dejándose llevar por los recuerdos de la noche pasada. Tuvo una erección, pero no le hizo caso. No era el momento. Regresó al salón secándose el pelo, y justo en ese instante, la melodía del móvil se puso a entonar el *Himno a la alegría* de Beethoven. Salió disparado para responder y se dio un golpe en la espinilla con un mueblecito bajo de la entrada.

—Me cago en la puta... —dijo entre dientes.

—¿Rocco? ¿Estás bien?

—¿Quién coño es?

—¡Soy Brizio!

Se dejó caer en el sofá.

—Me he dado una hostia de la leche... Por Dios, qué dolor.

—Lo siento, Rocco.

—Más lo siento yo. Espera, que pongo el manos libres y por lo menos me masajeo la pierna...

Dime, Brizio...

—Pues mira... —La sirena de una ambulancia ahogó la voz de su amigo y retumbó en el salón.

—No entiendo una mierda, ¿no te oigo!

—¿Ahora?

—Sí. ¿Dónde estás?

—En Testaccio. Hay una manifestación. A ver, he estado en el banco. Mi amigo me ha echado un cable.

Rocco se miró la pierna. El mueblecito le había dejado un profundo arañazo en la piel.

—Seba ha sacado seiscientos euros, y luego ha usado la tarjeta.

—¿Dónde?

—En Foligno, Umbría.

—¿En Umbría? ¿Conoce a alguien allí?

—No que yo sepa.

—¿Tienes un mapa?

—¿Qué te crees, que soy el Automóvil Club?

—Está bien. Gracias, Brizio. Gran noticia. Cuídate.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vienes? —preguntó su amigo.

—Antes tengo que comprobar una cosa. Tú estate al loro. —Un claxon fortísimo resonó en el micrófono del altavoz—. ¿Qué es eso?

—Estoy al loro, sí. Por poco no me atropellan. ¡Mantenme al día! —Y colgó.

Abrió el cajón del aparador y cogió un porro ya liado. Tenía que limpiar las telarañas del alcohol que se le habían acumulado en el cerebro, poner en marcha los mecanismos cognitivos. Lo encendió mientras miraba por la ventana. La niebla ocultaba la plaza y dejaba entrever el edificio de enfrente y el bar abierto. Dos niños que se perseguían a la carrera fueron engullidos por la blancura. A la tercera calada, cogió el móvil y llamó a Alfredo De Silvestri. Contestó al primer tono.

—¿Alfredo? ¡Soy Schiavone!

—Espere, señor. —A lo lejos se oía el ruido de una impresora, que luego se atenuó, señal de que Alfredo había cerrado la puerta—. Dígame, que por la voz parece que es urgente.

—Lo es, Alfredo. Pero ¿hoy también trabajas?

—Me toca.

—Bien. Escucha, a ver si puedes consultarme otra vez unos datos, una cosa rápida. Ya te pedí que miraras si había denuncias por robo en gasolineras, pero ahora no quiero que mires las grandes en plan autopistas o circunvalaciones, sino las pequeñas, en carreteras nacionales, para entendernos. Y aisladas.

—¿Zona?

—Pongamos Roma norte, Salaria, Flaminia, por decir algo.

—¿Para cuándo lo quiere?

—¡Para ayer!

—Como siempre. Recibido. Lo llamo en cuanto tenga algo.

Apagó la colilla con agua del fregadero y la tiró al cubo de la basura. Luego empezó a vestirse. Le dolía la espinilla, pero no quería pensar en eso. Intentó llamar a Sebastiano de nuevo, sólo para comprobar que seguía con el móvil apagado. Si estaba en lo cierto, si su amigo iba tras el rastro de Enzo Baiocchi, le apenaba que lo estuviera haciendo sin decirle nada. Porque en el fondo —y a esas alturas Rocco ya se había dado cuenta— eso significaba que Sebastiano ya no se

fiaba de él. De lo contrario lo habría llamado, lo habría hecho partícipe. Y el hecho de saber que su amigo tampoco se había fiado de Brizio ni de Furio no aliviaba su disgusto. Sebastiano había decidido jugar la partida en solitario. E imaginarlo por ahí, probablemente armado, en un territorio que no era el suyo, aumentó su ansiedad. Salió de casa dejando la puerta abierta y llamó a la del vecino. Esperó medio minuto, luego apareció la cara somnolienta de Gabriel.

—Ah, Rocco, ¿qué tal? ¿Ha visto que...?

—Me debes un favor, ¿te acuerdas?

—¿Eh? Sí, claro, ¿qué...?

—¿Tienes wifi?

—Claro, ya vio que...

—¿Y tú crees que llega a mi casa?

—Seguro que sí. Es potentísimo.

—Pues préstame el portátil.

Gabriele lo miró sin moverse.

—¿Qué parte no te ha quedado clara? —añadió Rocco.

—Si tiene que hacer una búsqueda, puedo echarle una mano.

—No, Gabriele, esta vez es mejor que te quedes en casa.

El chico desapareció para regresar al cabo de un instante con el ordenador.

—Aquí tiene, ya está encendido. Para navegar por internet puede que le pida de nuevo la contraseña.

—¿Y cuál es?

—*Hey teacher leave the kids alone*, todo junto.

—¡Muy bien! Vas aprendiendo.

—Ya que está despierto, ¿puedo poner a los Saxon?

—Y te corto la yugular.

—Pero ¿por qué? ¡Si está despierto!

—Yo sí, pero...

Una sonrisita ladina se dibujó en los labios del muchacho.

—No está solo.

—Gabriele, tú es que no quieres aprender, ¿verdad?

—¿A no meterme donde no me llaman? No, lo sé. Pues entonces pongo a los Iron Maiden, ¿los conoce?

—Son lo peor.

Como respuesta, Gabriele le mostró su camiseta negra con el logo del grupo.

—Voy a poner un tema tranquilísimo, ya verá.

—Si aporrean la guitarra y vomitan eructos, llamo de nuevo y date por adolescente muerto. — Se dio la vuelta y regresó a su piso.

—Ah, quizá le alegre saber que ya es oficial. Con la expulsión y toda la marimorena, he perdido el año.

—Lo siento, aunque era la crónica de una muerte anunciada. ¿Se lo has dicho a tu madre? Ah, no, que estará en Turín o en Milán o en Bérgamo por trabajo.

—No. Está aquí, desayunando. Y sí, se lo he contado. ¿Sabe qué ha dicho?

—¿Se ha cabreado?

—No. Ha negado con la cabeza y ha pronunciado las siguientes palabras: «Gabriele, Gabriele, ¿qué he hecho yo para merecer esto?»

—La comprendo a la perfección. —Y finalmente, entró en casa.

Se instaló con el ordenador en la mesa del salón e introdujo la contraseña. Abrió un mapa. Buscó la ubicación de Foligno, en Umbría. Entre Spello y Spoleto. Justo en la nacional 3. ¿Qué hacía Sebastiano en esa zona? Marcó el recorrido de la carretera que pasaba por Terni para llegar hasta Rímini y continuar hacia el norte. Como le había prometido, Gabriele había encendido el equipo de música. Una canción terrorífica lograba atravesar las paredes. *Murders in the Rue Morgue*. Los típicos guitarrazos violentos y horribles que corrompían los oídos del adolescente, la batería atronadora. Rocco torció el gesto, pero lo dejó pasar, entre otras cosas porque el móvil empezó a sonar de nuevo. Respondió con el manos libres para seguir concentrado en el mapa.

—Sí.

—Señor, soy De Silvestri.

—¿Qué rapidez! ¿Qué me cuentas?

—Veamos, no sé si sirve de algo. Hay dos denuncias. Una de un surtidor en la Flaminia, a la altura de Sacrofano. La otra en la Salaria, en Monterotondo.

—¿Y has averiguado también qué ocurrió exactamente?

—En Sacrofano arrancaron el surtidor de autoservicio. Y en Monterotondo... Espere, que me han mandado la copia de la denuncia. —Oyó el papeleo. Alfredo se aclaró la voz—. Veamos, yo, el abajo firmante, Ermanno Pioli, etcétera, etcétera. Sí, aquí está, un hombre ha llenado el depósito del coche y luego, al parecer, ha dejado inconsciente al pobre Pioli, que se ha despertado con un traumatismo craneal y la cartera vacía.

—Entonces ¿el tal Ermanno Pioli le ha visto la cara?

—Eso parece.

—¿La estación de servicio tiene cámaras de seguridad?

—No, aquí no dice nada.

—Y por supuesto no ha cogido la matrícula.

—Describe el automóvil como un Fiat Cinquecento blanco.

—Un Fiat Cinquecento blanco... ya ves tú. Podría pedirte que consultaras otra cosa, pero es una locura.

—¿Quiere saber cuántas denuncias por robo de Cinquecentos blancos se han puesto en Roma en las últimas tres semanas?

—Pero ¿cómo? ¿Es que lo sabes?

—Señor, es con diferencia el coche más robado en Roma y provincia. Nueve sólo aquí, en EUR. En menos de un mes.

—Si no me equivoco, sabe lo que hace —dijo Rocco.

—¿A quién se refiere?

—Al ladrón. Si hubiera cogido un coche que suele robarse poco, habría sido más fácil localizarlo, ¿no?

—Sí, no se me había ocurrido. En fin, quiere decir que intenta pasar desapercibido, ¿no?

—Sí, eso es. Lo cual confirma mis sospechas. De acuerdo, Alfredo, dame la dirección exacta de la gasolinera.

—Salaria Monterotondo, kilómetro 32,3.

Rocco la apuntó en una hoja.

—Bien, Alfredo... ¡Gracias!

—No hay de qué. Si tengo cualquier novedad, lo llamo.

—Cuento con ello.

Colgó y miró el mapa en la pantalla. La Salaria llevaba a Rieti, y desde allí, siguiendo por la nacional 3, subía hacia el norte. Se podía llegar a Eslovenia. Hizo clic en la frontera, y la carretera se convirtió en una serpiente azul de Roma a Friuli. Podía ser la primera pista. Oyó un ruido y se dio la vuelta. Tal vez Caterina se había despertado. Entró de puntillas en el dormitorio y vio que seguía allí, en la cama. Se había tapado con la sábana, pero dormía profundamente. Decidió llevarse a *Loba* y dejarle un mensaje.

Llegó a las cinco de la tarde. *Loba* se había pasado todo el viaje dormitando. Caterina lo había llamado a mediodía protestando por que hubiese desaparecido y, más que nada, por cosas prácticas: si tenía que cerrar alguna ventana, dónde estaba *Loba* y, sobre todo, adónde iba. Le había mentido al responder que a Milán, a visitar a un buen amigo suyo que llevaba tiempo sin ver, pero le pareció que Caterina se lo había tragado, y se habían despedido con un beso.

Durante todo el viaje no dejó de pensar en la noche que habían pasado juntos. Se había hecho un montón de preguntas sobre adónde podía ir a parar aquella relación. Si debería tomársela como una aventura breve y agradable o como algo más. ¿Verse de nuevo en el trabajo y fingir que no había nada? ¿O hablarlo y tal vez, con el tiempo, hacerlo de dominio público? ¿Qué es lo que quería él, con el corazón en la mano? Tenía que dar respuesta a la pregunta clave, la misma que les hacía a sus amigos atrapados en historias de amor difíciles y complicadas: ¿te imaginas lejos de ella? ¿Podía él imaginarse lejos de Caterina? No lo sabía. Más le habría valido no meterse en aquel berenjenal y dejar de complicarse la vida, que ya de por sí era bastante complicada. Pero la deseaba desde hacía meses, la observaba, la pinchaba. Caterina ya se había convertido en parte de su existencia, y se paró a pensar en los flirteos más bien inocentes en la jefatura o durante las investigaciones. Eran divertidos, insinuaban, postergaban algo que quizá, un día, acabaría ocurriendo. Y ahora ese algo había sucedido. ¿Nacería de aquello una relación o estaba yendo demasiado deprisa?

No era capaz de hacerlo. No era para él. A la altura de Roncobilaccio pensó en Marina, en su sonrisa y en su melancolía. Se había encerrado con llave dentro de aquel recuerdo. Pero se había olvidado una ventana abierta, a la que Caterina se había asomado.

—*Loba*, ¿qué coño debo hacer?

La perra ni siquiera levantó las orejas.

Era una gasolinera con sólo dos surtidores para el suministro y sin autoservicio. Gasolineras de marca blanca, así se denominan las que no pertenecen a los grandes grupos petrolíferos y ofrecen precios más ventajosos. El Range Rover de Brizio estaba aparcado cerca de la garita. Rocco bajó con *Loba*, que aprovechó para hacer sus necesidades. Su amigo apareció detrás de un matorral, abotonándose la bragueta.

—Hola, Rocco. —Y se acercó.

—¡No pretenderás darme un abrazo! —le dijo mirándole las manos.

—Me he limpiado con una hoja.

—Deja, deja. Te quiero lo mismo. ¿Está aquí?

—No, sólo su mujer. Él está en casa. Dice que todavía le da vueltas la cabeza.

—¿Y dónde vive?

—Allí. —Y señaló una casita justo detrás de la estación de servicio.

Los dos amigos llegaron a la verja de hierro pintada de rojo en la que, con un alambre ya oxidado, habían enganchado un viejo buzón. La saltaron. De inmediato, tres perritos diminutos empezaron a ladrar como posesos. *Loba* se asustó y decidió no entrar.

—Vamos, *Loba*, que no hacen nada —intentó convencerla Rocco, pero la cachorra parecía tener miedo de aquella pequeña manada que, mientras tanto, se había acercado a la intrusa.

Empezaron a olisquearla, y ella se dejó hacer con el rabo entre las piernas. Luego, en un instante, los cuatro salieron corriendo por el jardín y se pusieron a jugar.

—Se han caído bien —comentó Brizio.

La casa estaba sin revocar. Delante de la puerta principal, había un patio cubierto con una chapa ondulada translúcida de color verde. Detrás de la edificación se entreveía un viejo vallado, deteriorado y de poca altura, y un suave cloqueo delataba la presencia de algunas gallinas. La puerta estaba agrietada y, a la derecha, un botón de plástico informaba del apellido del dueño. Tocaron el timbre y al instante se abrió el pequeño portón.

—¿Quiénes son?

—¿Ermanno Pioli?

—Soy yo.

No medía mucho más de un metro sesenta, tenía el pelo blanco y la barba tupida. Llevaba pantalones de pijama y una camiseta de tirantes de algodón. También unas zapatillas viejas de cuero cuarteado, y tenía una verruga enorme en la mejilla derecha.

—¿Y ustedes quiénes son? —repitió.

—Subjefe Schiavone, policía nacional.

El hombre asintió y los hizo pasar.

—Es por el atraco, ¿verdad?

—Exacto —respondió Brizio, entrando detrás de Rocco.

La casa apestaba a humedad. El papel rojo de las paredes de la minúscula entrada estaba despegado en varios puntos.

—Pasen, pasen, pónganse cómodos. —Y los condujo hasta el salón.

Estaba limpio como una patena. En los sofás con un estampado de flores, los cojines estaban todavía protegidos por el celofán; en la mesa de patas de madera, la superficie de mármol estaba pulida y relucía. El aparador, con el mismo tipo de mármol que el de la mesa, soportaba un enorme espejo con el marco dorado. En el centro, un jarrón de peltre con rosas de plástico.

—Por favor, siéntense. —Y con un gesto, el anfitrión señaló las sillas, no los sofás, que evidentemente estaban allí sólo de adorno—. ¿Puedo ofrecerles algo?

—Un poco de agua —dijo Rocco.

—Yo, nada —respondió Brizio.

—De acuerdo... Vuelvo enseguida. —Y el hombre desapareció tras una puerta.

Las paredes estaban pintadas de un color celeste apagado, y en ellas habían colgado varias tapas enmarcadas de cajas de bombones con vistas panorámicas de Italia: el golfo de Nápoles, las tres cimas de Lavaredo, el Gran Canal de Venecia... Una virgen posmoderna de plata repujada presidía la pared encima del televisor. Ermanno regresó con una botella de cristal decorada con rayas naranjas y un vaso.

—Aquí tiene. Se me ha acabado la mineral, maldita sea.

—No se preocupe, señor Pioli —dijo Rocco.

—Ya han pasado unos días. Fue el martes pasado. El tío se bajó y me pidió que le llenara el depósito, luego me di la vuelta para poner la manguera en su sitio y, de repente, un dolor en la cabeza. Me caí al suelo y vi que en la mano llevaba una pistola. Me dio otro testarazo y luego... todo negro. Cuando me desperté, estaba en el hospital.

—Dígame, si le enseño una fotografía, ¿sería usted capaz de reconocer al sinvergüenza?

—Llevaba gafas de sol y un gorro de lana en la cabeza. Fíjese que yo hasta llegué a pensar: pero ¿qué hace éste con un gorro de lana? ¡Si estamos en junio!

Rocco se metió la mano en el bolsillo. Alcanzó la cartera y la abrió.

—¿Qué pasa, que lo llevas como la estampita de un santo? —comentó Brizio.

—Claro —confirmó Rocco sonriendo, y sacó la fotografía de Enzo Baiocchi—. Es de hace unos cuantos años —advirtió a Ermanno mientras se la pasaba.

Pioli la cogió y se puso a mirarla.

—Es difícil —dijo—, no le vi los ojos...

—Espere... —Rocco se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa. Acto seguido le dibujó unas gafas a la foto y se la devolvió a Ermanno.

El hombre sonrió.

—Mejor ahora —dijo divertido, enseñando alguna que otra mella en la dentadura—. Yo diría... Sí, podría ser él. Podría, sí. Aunque... no, no, podría ser él.

—¿Su mujer no vio nada?

—No, mi mujer estaba en casa.

—¿Cuánto dinero le robó?

—Unos doscientos euros...

—No iría muy lejos con eso... —dijo Brizio.

—Ya. Habrá tenido que repetir la jugada, Brizio, te lo digo yo.

La había repetido. Esta vez Alfredo De Silvestri había tardado menos de media hora en buscar entre las denuncias por robo a gasolineras en la carretera nacional 3. Y había localizado otro en Scheggia, no muy lejos de la frontera con Las Marcas.

—Va dejando migas de pan —afirmó Brizio apoyado en su Range Rover—, como el del cuento, ¿cómo se llama...?

—Pulgarcito —respondió Rocco—. ¿Qué hora es?

—Las seis. ¿Qué quieres hacer?

—Tú vuélvete a Roma y avisa a Furio.

—¿Y tú adónde vas?

—A comprobar una cosa. A Velletri.

—¿A Velletri?

Una hora más de trayecto. Rocco tuvo que luchar con los párpados, que querían cerrarse. La espalda le gritaba de dolor y el culo empezaba a adquirir la forma del asiento del Volvo. Cuando la cárcel apareció ante su vista, el sol ya se estaba poniendo. Aparcó, animó a bajar a *Loba* para que hiciera sus necesidades y luego la dejó en el coche con las ventanillas un poco bajadas, para

que entrara aire.

—Vuelvo ahora mismo, pórtate bien —le dijo. Y echó a andar hacia la entrada del centro penitenciario.

—Dichosos los ojos. ¿Cómo va, Rocco? —Pese a la hora, Francesco Selva, el director de la prisión, seguía todavía trabajando, aunque parecía que acabara de llegar. Fresco como una rosa, bronceado y con el pelo en perfecto estado de revista, olía a loción para después del afeitado. Se estrecharon la mano—. Así que otra vez con Enzo Baiocchi, ¿no?

—Otra vez.

—La madre que lo parió. —Se retocó el pelo con un gesto rápido de la mano—. ¿Y en qué puedo ayudarte?

—Necesito saber si recuerdas a alguien que lo visitara con regularidad.

—¿Aquí dentro? Si hay alguien que pueda saberlo, es uno de los funcionarios de prisiones: Luciano Domizi. Está a punto de jubilarse, pero conoce la vida y milagros de nuestros huéspedes.

—¿Y puedo hablar con él?

—Acompáñame. Está abajo, en el despacho. Verás, es un tipo un poco huraño, pero buena persona. Después de treinta años aquí dentro, nadie puede culparlo.

Los despachos estaban desiertos. Entraron en una sala pequeña y con las paredes agrietadas, donde un hombre con bigote imperial y el pelo cortado a cepillo estaba sentado, reordenando una montaña de documentos. Cuando entraron Selva y Rocco, no levantó la mirada.

—Lucià, está aquí el subjefe Schiavone, le gustaría hablar contigo.

—Pues a ver, un momento, ¡no tengo más que dos manos! —Soltó el montón de papeles en la mesa y los metió en una carpetita. Luego, finalmente, levantó la vista hacia ellos—. ¿Eres el mismo Schiavone al que aquel hijo de puta de Baiocchi quería cargarse?

—El mismo.

Luciano miró el reloj que había colgado en la pared.

—Tengo que irme a casa. Que no nos den las uvas.

—Será un segundo. Verá, Luciano...

—Tutéame. A mí no me sale el usted. Que no soy ningún señorito como vosotros, con vuestros estudios y todo. Yo trabajo con éstas. —Y levantó las manos, regordetas y morenas.

Selva sonrió. Estaba acostumbrado a las reacciones poco diplomáticas de su subalterno.

—Como quieras, Lucià. Échame una mano. Aquí dentro, cuando teníais a Baiocchi, ¿había alguno con quien hiciera buenas migas?

Luciano se levantó de la silla. Su sobrepeso era notable, y aquel simple movimiento lo hizo jadear.

—Había un par. Uno sigue aquí dentro, Damiano Mezzi, ¿te acuerdas, director?

Selva asintió.

—Sí, le cayeron bastantes años. Es reincidente. Atracos, robos y un homicidio culposo. Buena conducta, colabora en la cárcel.

Rocco se pasó la mano por la barbilla.

—¿Y el otro?

—El otro salió hace unos seis meses. Mino Coppetti. Se ha paseado por las cárceles de media Italia. Decía que en Velletri estaba a gusto. —Y se echó a reír—. Es algo a lo que no me

acostumbro. Los presos parecen tomarnos por un hotel. Puntúan la comida, las celdas, hasta el váter. Yo les pegaría un tiro en la cabeza a estos hijos de mala madre.

—Coppetti. ¿Especialidad?

—Falsificador. Pero ponle también un par de atracos, para no perder la práctica.

—¿Y del tal Coppetti, era muy amigo?

—Comían en el mismo plato. Me da a mí que hasta han hecho juntos alguna putada de las gordas.

—Y ha salido.

—Ya te lo he dicho, ¿no? ¿O es que estás sordo? Hace seis meses. Cumplió su condena.

—¿Recuerdas de dónde era ese Coppetti? —preguntó Rocco a Selva, hablar con el carcelero empezaba a ponerlo nervioso.

—No, yo no.

—Pregúntame a mí, ¿no? ¿Qué pasa, que no te gusto? —intervino Luciano—. Cividale del Friuli. Vamos, que cuando hablaba con su madre por teléfono, no se entendía ni una palabra. En esa zona hablan raro.

—Hablan friulano, Luciano —lo informó el director.

—¿Pueden darme la dirección de este tipo?

—De eso me encargo yo, Rocco —respondió Selva—. Gracias, Luciano, nos has resultado muy útil.

—De nada, director. Ah, Schiavone, si le pones las manos encima a Enzo, aquí no lo traigas.

—Si por mí fuera, lo dejaría allí donde lo encontrara —respondió Rocco.

—Me caes bien, subjefe —dijo. Y por fin sonrió.

Es fácil acostumbrarse a lo bueno y olvidarse de lo malo, y Rocco, después de meses en Aosta, se había olvidado de los atascos de tráfico. Regresaba a Roma encajado en medio de automóviles y luces traseras rojas. Estaba atrapado en un enorme bloque de acero, plástico y vidrio que avanzaba medio metro cada diez minutos. De vez en cuando pensaba en Bernardo Valenti y en la nariz aplastada de Carlo y Paolo. Todavía le escocía, pero el hecho de haber llegado hasta el homicida pese a las pistas falsas ya era en sí mismo una victoria. Aun así, toda la investigación le había dejado un hematoma que tardaría tiempo en reabsorber. Inmóvil en mitad del atasco, mientras en la radio sonaba *El día que me quieras*, un tango argentino, en su mente, como de las aguas del Dora, volvió a aflorar el cadáver de Juana. A su lado apareció el de Castel di Decima, y la última conversación telefónica que había mantenido con el subjefe Bonanni.

Honduras.

¿De qué le sonaba aquello? La imagen le llegó como una bofetada. ¡Las estatuillas precolombinas! Cuando años antes había desmantelado la operación de narcotráfico en la que estaba implicado el cabrón de Luigi Baiocchi, en el puerto de Civitavecchia, la cocaína la habían encontrado transformada en falsas estatuillas precolombinas procedentes precisamente de Honduras. ¿Pura coincidencia? Podía ser. En su momento detuvieron al brazo romano de aquella operación, pero no lograron descubrir quiénes eran los verdaderos proveedores de la droga. ¿Tenía algo que ver con todo aquello el cadáver hallado en Castel di Decima? ¿Por qué? ¿Era posible que Enzo Baiocchi, todavía prófugo y seguramente buscando la forma de escapar, estuviera implicado en aquel asesinato? Y si era así, ¿existía un vínculo que uniera ese homicidio

con aquel antiguo caso de tráfico de cocaína?

Atascado en la provincial, a la altura de Ciampino, empezó a plantearse seriamente parar en el primer hotel que encontrara; total, no era el mejor momento para ir a Monteverde. Le sonó el móvil. Conocía aquel número. Conectó el manos libres del coche.

—Hola, Caterina...

—Hola, Rocco. ¿Dónde estás?

—Camino de Varese.

—El jefe te estaba buscando. Le he dicho que te habías tomado un descanso. Ni se ha inmutado.

—Mejor así, cuanto menos lo vea, mejor para mí.

—Me apetece hablar contigo...

—¿Estás en casa?

—Sí.

—Pero por teléfono no me gusta.

—A mí tampoco. Baldi está buscando su pequeña venganza, ¿lo sabías?

—Ilumíname.

—Se ha puesto a investigar las cuentas del tal Berthod, el propietario del edificio que además tenía la tienda.

—A él también le escuece.

—Ya verás, te va a llamar.

—Ya lo ha hecho, pero no tengo ganas de hablar con él.

—¿Vuelves pronto?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Es bonito Varese?

—Ni idea. No he estado nunca.

—¿Me acerco?

—Mejor que no, Caterina...

Se hizo un silencio.

—Pues entonces nos vemos en cuanto vuelvas. ¿Loba está bien?

—La pobre. Va dormida en el asiento de atrás.

—Un abrazo, Rocco. —Y colgó el teléfono.

A la altura de la circunvalación, el tráfico se había descongestionado, y Rocco prefirió continuar por el Trastevere y buscar allí un hotel. Después de la ducha y de darle a *Loba* la comida, comprada en un colmado que vendía a precios de boutique de alta costura, se dirigió a la cita con sus amigos. Lo esperaban sentados en piazza Sant'Egidio. Quizá porque la herida aún estaba fresca, les contó toda la historia de Juana Pérez. Consumieron dos Ceres por cabeza antes de que acabara de narrarla. El único comentario lo hizo Furio:

—Los muy hijos de perra...

Luego pidieron la tercera consumición.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Brizio, y le dio un trago a la cerveza.

—Hay un tío que tenía trato con Enzo. Un tal Coppetti, de Cividale del Friuli.

—¿Por qué empezar por él?

—Porque, si no nos equivocamos, es hacia donde se dirige. Desde allí, Eslovenia queda a tiro

de piedra, y tal vez ese amigo pueda echarle un cable con los papeles.

—¿Y si nos equivocamos de cabo a rabo?

—No habrá quien lo pille —dijo Rocco.

—¿Se ha sabido algo del cadáver sin identificar?

—Llevaba puesto un cinturón hecho en Honduras.

Los dos amigos lo miraron con gesto interrogativo.

—Le he dado muchas vueltas al tema, y me he acordado de 2007, de la historia de la coca y del mierda de Luigi Baiocchi...

—A quien ojalá lo parta un rayo allí donde esté —dijo Brizio, alzando el vaso.

—Así sea —brindó Schiavone—. Bueno, pues estaban aquellas estatuillas de droga, ¿os acordáis? Venían de Honduras.

—Me parece un poco rebuscado —objetó Furio—. ¿Qué quieres hacer?

—Una visita a la embajada, para intentar sacar algo en claro. Luego nos ponemos en marcha y apuntamos a Cividale.

Furio resopló, pero Brizio se mordió el labio.

—¿Tenemos alguna dirección?

—En la cárcel me han dado una antigua, la de la madre, pero resulta que lleva tiempo muerta. Vosotros preguntad por ahí. Ese Coppetti era medio falsificador. Para mí que por aquí también lo conocen. De todas formas, voy a hablar con los colegas de la comisaría para ver si pueden echarnos un cable.

—Bueno, pues venga, a comer, que a mí el estómago me ruge —propuso Furio, poniéndose en pie.

Rocco dejó el dinero en la mesita y los tres se dirigieron hacia el restaurante de siempre.

—En cualquier caso, Seba sigue con el teléfono apagado —dijo Brizio.

—Sí. Yo ya he perdido la esperanza de hablar con él...

—Hablando de móviles —lo interrumpió Furio, encendiéndose un cigarrillo—, a mí eso de que el muerto llevara tu número en el bolsillo sigue sin cuadrarme...

La habitación era pequeña, poco limpia y estaba llena de cuadros horribles. Rocco les dio la vuelta uno por uno, de lo contrario no iba a pegar ojo. Cerró los postigos y la ventana, despidiéndose de Roma y el Trastevere, y luego fue al baño a lavarse los dientes. Fue en el espejo donde la vio. Estaba lejos, con la cara cansada y apagada. No lo miraba, estaba de perfil, como si en la otra habitación hubiera otra cosa más interesante.

«No voy a volver, Marina. No estoy bien allí. Prefiero quedarme en un hotel. He estado planteándome seriamente la idea de venderla. Todavía vale un montón de dinero. En todo caso, me buscaré otra cosa por aquí, en el Trastevere. Con un cuchitril me basta y me sobra.»

El rostro desapareció. Rocco escupió la pasta dentrífica en el lavabo y luego se enjuagó la boca. El agua de Roma sabía a calcio. Regresó al dormitorio. Estaba seguro de haber cerrado los postigos. Se habían abierto de nuevo, y también la ventana. Se conmovió al ver en el cielo una única estrella, grande y luminosa, abriéndose paso entre dos nubes oscuras. La luna era un hilo de plata.

—Buenas noches a ti también, amor mío.

El jefe de prensa llegó jadeando. Traje de lino azul impecable, pañuelo a juego con la corbata en el bolsillo de la chaqueta; parecía ir de boda.

—Buenos días, soy Alejandro Giménez. —Y le estrechó la mano—. ¿Qué puedo hacer por usted? —Hablaba un italiano perfecto.

—Pedirle al ayuntamiento alguna plaza de aparcamiento para las visitas —respondió Rocco—. Esta zona es un auténtico infierno.

Giménez sonrió.

—Lo bueno de trabajar en un país extranjero, y es lo único, créame, es que al menos tenemos una plaza reservada. ¿Le apetece un café, un té? —Y con el brazo derecho señaló una escalinata que subía hasta la planta superior. Una secretaria con el pelo rizado y un vestido rojo, sentada detrás de un escritorio justo debajo de la escalera, sonrió.

—Estoy bien así, gracias.

—Pues entonces... —El jefe se frotó las manos—. ¿Nos quedamos aquí en la entrada o prefiere pasar a mi despacho?

—Aquí va bien.

—Al menos saquemos partido de esos comodísimos sillones Frau. —Y lo condujo hasta un rincón del vestíbulo en el que, junto a una ventana, entraba un poco de luz sobre dos silloncitos rojos y una mesita baja.

—Por teléfono me habló de un cinturón...

—Exacto. ¿Puede ayudarme? Sé que ese fabricante de artículos de piel...

—Mario's Pura Piel. El mejor de nuestro país.

—Exacto, puede que fabricaran un regalo para ustedes. Un cinturón.

—Verá, he estado recabando información. Efectivamente, hace dos años la embajada encargó una determinada cantidad. Y los usó para regalarlos.

—¿Le puedo preguntar a quién?

Alejandro extendió los brazos.

—Puede hacerlo, pero me temo que se trata de algo demasiado complicado. Es un regalo sin importancia. Creo, aunque no estoy del todo seguro, que esos cinturones se distribuyeron entre personas que colaboran con la embajada, tal vez algún periodista, algún proveedor de plantas y flores, o incluso alguien del servicio de *catering*.

El subjefe se metió la mano en el bolsillo. Sacó la foto del cadáver sin nombre hallado en Castel di Decima.

—Usted nunca ha visto a este hombre, ¿verdad?

—Ya me la enseñaron, señor Schiavone. No, no sé quién es, y no lo he visto nunca. Era él quien llevaba el cinturón, ¿no es así?

—Exacto.

—Pero ¿sabe qué? No tiene por qué ser una persona de mi país. Ya sabe lo que pasa con los regalos. Mucha gente los recicla.

—Es cierto. En la zona de Pisa, por Navidad, se sacan los peores regalos y se rifan. Lo llaman la tómbola de las porquerías.

Alejandro se echó a reír.

—Pero no es el caso del cinturón. Mario's Pura Piel fabrica artículos de primera calidad.

—No lo dudo. Sin embargo, alguien podría haber utilizado el regalo para pagar un favor, en definitiva, como usted decía, para reciclarlo. Ah, eso me recuerda algo. ¿Cuánto cree usted que puede costar un cinturón como ése?

—Pues mire, están hechos a mano uno por uno. Aunque parezcan iguales, son todos artículos únicos. ¿Unos cuarenta euros?

—¿Me lo pregunta?

—No, no se lo pregunto. Diría que unos cuarenta euros.

—Pues entonces se me ocurre que, una persona, digamos, no muy rica, difícilmente reciclaría un regalo así. ¿Voy desencaminado?

—En eso no había pensado. No, no va desencaminado.

—Le expongo mi razonamiento. Yo recibo este regalo de la embajada, no sé qué hacer con él porque el dinero me sobra, así que se lo endoso a una persona que pueda apreciarlo. En nuestro caso, el cadáver. Porque, suponiendo que sea hondureño, en una tienda no puede haberlo comprado. Usted mismo me ha dicho que Mario's Pura Piel no fabrica cinturones en serie.

—No, exacto, el razonamiento es plausible.

—Por lo tanto, si seguimos razonando por reducción al absurdo, ¿podría usted encontrarme a alguien que recibiera ese cinturón y que quizá haya podido de algún modo reciclarlo?

—Espere. —Se levantó de golpe. No le hacía ninguna gracia aquella tarea, pero disimulaba muy bien—. ¡Carmen! —llamó—. ¡Nuestra memoria histórica! —dijo, mirando de nuevo a Rocco. La secretaria del vestido rojo se acercó. El jefe de prensa se puso a cuchichear con ella, que, a continuación y sin perder la sonrisa, enfiló las escaleras. Alejandro regresó con Rocco—. Si hay algo, seguro que Carmen lo encuentra.

—¿Usted estaba aquí en 2007? —preguntó Rocco.

—No, estaba en el consulado de Turín. ¿Por qué?

—Por nada. No recordaba haberlo conocido. Ya estuve aquí una vez, me puse en contacto con la embajada por un asunto feo de narcotráfico, en el puerto de Civitavecchia. Pero no sirvió de nada.

—¿Un asunto feo de narcotráfico?

—Sí. Interceptamos un cargamento procedente de su país, habían transformado la coca en estatuillas precolombinas falsas. —El rostro de Alejandro Giménez se ensombreció—. ¿He dicho algo inoportuno?

—No... Pero supongo que podrá imaginar que no es agradable oír algo así. ¿Tráfico de cocaína de Sudamérica o de Honduras?

—De su país.

—¿Y cómo puede controlarse a todos los ciudadanos de Honduras, o a todos los italianos que tengan algún tipo de relación con mi país? Sólo en Roma hay miles.

—Lo sé. De hecho, acabamos cerrando la investigación. En su momento hablamos con un colega suyo. Bueno, era alguien que formaba parte del gabinete del vicecónsul, creo recordar.

Espere, se llamaba... Juan González no sé qué más...

Alejandro chasqueó la lengua.

—Juan González Barrio. No era del gabinete del vicecónsul. Se ocupaba de las relaciones con las pequeñas y medianas empresas.

—¿Sigue aquí?

—¡Por el amor de Dios! —dijo alzando las manos—. No, no sigue aquí. Hace ya años que se fue.

—A saber dónde habrá acabado.

—No lo sé. Finalizó su relación con nosotros y tengo entendido que regresó a Honduras. Recuerdo que su mujer era muy guapa, pero poco más. Y hablando de mujeres guapas... —Se dio la vuelta. Carmen bajaba por las escaleras. Llevaba en la mano una carpeta no muy gruesa. Se la entregó a Giménez, que se había acercado hasta ella—. Aquí está. ¿Ve la ventaja de tener una gran secretaria? Todo en su sitio. Veamos, el pedido era de... de 2010, hace tres años, me corrijo. Hubo uno anterior, de cinturones, me refiero, pero se remonta a 2001. Demasiado tiempo, ¿verdad? Sí, la fábrica de marroquinería nos suministró treinta y cinco cinturones, ciento cincuenta carteras y ciento cincuenta portafolios. Sólo que no conozco a los destinatarios de estos regalos. —Bajó la hoja—. Lo siento.

Rocco miró a la secretaria, que había regresado a su escritorio bajo la escalinata. Su mirada se encontró con la de ella, que no la apartó.

—Ya. Tenía que intentarlo.

—Le aseguro que en caso de que encuentre la menor pista...

—Me lo comunicará. O puede ponerse en contacto con mi colega, el subjefe Bonanni. Aunque algo me dice que usted y yo no volveremos a hablar.

—No sea tan pesimista.

—Soy realista, señor Giménez. —El subjefe se puso de pie tendiéndole la mano—. Ha sido un auténtico placer.

—El placer es mío, señor Schiavone. Y piense en visitar nuestro país. ¡Es maravilloso!

—No lo dudo. ¡Sobre todo si todas las mujeres son como Carmen!

La mujer sonrió, ruborizándose.

No es que Rocco Schiavone fuese un profundo conocedor del alma femenina, pero sí de la humana. Sabía leer en los ojos y los movimientos corporales. Por cómo caminaba una persona, por su mirada, incluso por la forma en que se retocaba el pelo, a veces extraía conclusiones útiles. Así que le dio diez minutos, el tiempo suficiente para tomar una decisión y actuar en consecuencia. Había hecho una pausa en el bar de delante de la embajada, sentado en una mesita de hierro rodeada de coches aparcados, y se había tomado un café sin quitarle ojo a la ventana de la primera planta. Carmen se había asomado al cabo de tres minutos, y siete después Rocco la vio salir por el portón. El mentón levantado, el cabello al viento. Tal vez hasta se hubiera retocado un poco el maquillaje. Cruzó la calle y se dirigió hacia él. Entró en el bar saludándolo con un leve gesto de la cabeza y sonriendo. Era su arma secreta, la sonrisa: la piel del rostro se estiraba y los ojos, gracias al contraste con la dentadura perfecta, resultaban más grandes y luminosos. Rocco se levantó y la siguió. Fue hasta la caja para pagar. Luego se apoyó en la barra y cruzó un pie delante del otro, a la espera.

—Buenos días, Carmen —la saludó.

—Buenos días, señor Schiavone —respondió ella, clavándole la mirada.

—Hace un día estupendo, ¿no le parece?

Carmen se echó a reír. Fuera unas nubes ácidas tornaban la ciudad de color gris.

—Los he visto mejores.

—He oído que es usted la memoria histórica de la embajada.

La mujer no respondió. Metió la mano en el bolsito de mano negro que llevaba bajo el brazo y sacó una nota.

—Éstas son las personas que recibieron el cinturón como regalo. Quizá le resulte útil.

Rocco cogió el papel sin mirarlo.

—Si el señor Alejandro se enterara...

—No lo hace con maldad. Para proporcionarle esta información, se vería obligado a pasar por tantísimas personas que nos podrían dar las uvas.

—No será usted italiana, pero habla el italiano estupendamente.

—Llevo aquí veinte años —respondió Carmen—. Tiempo suficiente como para aprender una lengua.

—¿Por qué me está ayudando?

Se acabó el zumo de un trago y luego apoyó el vaso.

—No se lo tome a mal, pero no voy a responder a esa pregunta. Digamos que he trabajado con malas personas, personas que han llegado incluso a hacerme daño, y no veo la hora de que paguen por lo que hicieron.

—¿Podría ser más precisa?

—No. Porque, además, ni yo le he dado nada ni le he dicho nada.

—¿Por qué se fía de mí?

—Por su mirada, que es auténtica. *Hasta luego*, señor Schiavone —se despidió Carmen en español, giró sobre sus tacones y salió del bar.

Rocco cogió la nota y la abrió. Era una lista con una decena de nombres. Alzó la mirada al cielo. Le tocaba buscar la típica aguja en el pajar. Eran todos antiguos hombres de la embajada, el anterior jefe de prensa, un fotógrafo, dos secretarios del gabinete... Pero el décimo nombre hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Se trataba de Juan González Barrio.

Se había perdido y, con la nota en la mano, había ido a parar a la piazza del Popolo, como un zahorí en busca de agua. Y es que la Fontana di Della Porta tenía agua como para ahogarse en ella. ¿Por qué había pedido Barrio aquel cinturón? Y sobre todo, ¿era el mismo que llevaba puesto el cadáver de Castel di Decima? No lo entendía, no lograba contener las ideas, encontrar una única vía hacia la que dirigirlas. Los recuerdos se confundían con reconstrucciones demasiado arriesgadas. Intentó recordar las distintas líneas de investigación de aquella partida de coca que había interceptado en Civitavecchia —la empresa de muebles, los nigerianos—, pero no lo conseguía. Cerró los ojos e intentó aislarse de la ciudad, del estruendo del tráfico y de las conversaciones de la gente. ¿Dónde estaba la clave? ¿Y dónde estaba Sebastiano? Luego recordó que había dejado a *Loba* encerrada en el coche. Ya era hora de sacarla a tomar el aire.

Subía hacia Villa Borghese con la perra de la correa. El cielo seguía gris y los taxis bajaban

como bólidos. Aunque el Muro Torto era un atasco de vehículos parados. Mientras *Loba* probaba la hierba, se quedó absorto mirando la caravana de coches. Uno de ellos le llamó la atención. Era un viejo automóvil verde claro que escupía humo por el tubo de escape. Le recordó al de Michela Gambino, la adjunta con la cabeza llena de complots. Se concentró unos segundos y, entonces, se acordó.

—Dígame...

Llevaba veinte minutos haciendo cola en la tienda y por fin le llegó su turno.

—Necesito un móvil. Simple. Con una tarjeta y un número nuevo.

—¿Alguna preferencia?

—El menos caro —respondió Rocco.

El dependiente abrió una pequeña vitrina. Sacó una especie de inalámbrico negro.

—Aquí tiene. Es de una marca muy buena, aunque el modelo no es nada del otro mundo...

—Me lo llevo. Póngale un número nuevo.

—¿Lo quiere con contrato o de prepago?

—De prepago, gracias.

El dependiente abrió un cajón y se puso a trastear entre sobrecitos y baterías. *Loba* estaba tendida en el suelo, disfrutando del frescor del mármol. Tal vez se había contagiado de la paranoia de Michela Gambino, pero dejar su viejo móvil en el hotel y moverse con uno nuevo cuyo número nadie tuviese le pareció una jugada inteligente.

—Aquí tiene, con diez euros de saldo y...

—¡Póngale cien!

El chico lo miró extrañado.

—¿Se gasta más en la recarga que en el móvil?

Rocco asintió.

—Eso es... ¿Puedo consultar en él el correo electrónico?

—Por supuesto. ¿Se lo instalo?

Al volante, Brizio superaba alegremente los ciento treinta kilómetros por hora, límite de velocidad permitido en las autopistas italianas. Rocco, sentado a su lado, miraba por la ventanilla. Furio, en el asiento trasero, acariciaba a *Loba*.

—No está mal este Volvo, Rocco —dijo, observando el salpicadero. Habían preferido el coche de Schiavone porque no querían que la perra dejase pelos en los asientos nuevos del Rover de Brizio—. Claro que el Range es otra historia, pero éste no va mal. —Nadie le respondió—. ¡Dadme cháchara, que si no me duermo!

—¿Qué pasa, que te crees Nino Manfredi? —dijo Furio—. ¿Cuánto tardaremos hasta Friuli?

—Ni idea... Rocco, ¿a qué viene esa cara larga? —le preguntó Brizio—. ¿En qué piensas?

—Tengo que contaros una cosa sobre la lista que me han dado en la embajada.

—¿Del tema del cinturón? ¿El qué?

—Una de las personas que recibieron ese regalo fue Barrio.

Brizio miró en el espejo retrovisor buscando la mirada de Furio, que tenía los ojos puestos en el reposacabezas de Rocco.

—¿Quién es Barrio? —preguntó.

—Trabajaba en la embajada de Honduras, se encargaba de las relaciones con las pequeñas y medianas empresas.

—Sigo sin entenderlo —insistió Brizio.

—Me puse en contacto con él hace años, en 2007, y me pareció una persona formal. Un poco arrogante, pero formal. Sin embargo, cuando he pronunciado su nombre delante de Alejandro Giménez se le ha puesto la cara gris como esta carretera.

—Bueno, joder, a lo mejor no lo tragaba —comentó Brizio.

—Tal vez... Pero, en cualquier caso, al tipo lo alejaron de la embajada.

—Se agenciaría algún soborno, o tal vez gorroneaba.

—O quizá —añadió Rocco— estuviera metido en asuntos turbios. Sea como sea, el rumor llegó hasta la embajada y lo echaron.

—A saber... —comentó Furio, que había agarrado las orejas de *Loba* y se las estaba masajeando—. Me parece que estás yendo demasiado rápido.

—A ver, yo sólo digo que uno que tiene trato con las pequeñas y medianas empresas italianas ve pasar un montón de pasta por delante de sus narices, eso está claro. ¿Para qué va a querer un cinturón?

—Para saldar alguna deuda con algún pringado —dedujo Furio.

—Eso pienso yo también —dijo Rocco, y luego cogió el móvil nuevo.

En cuanto lo vio, Brizio se sintió en el deber de comentar:

—La leche, te has pillado un último modelo... Eso te va a durar por lo menos un par de días.

—Es justo lo que tiene que durar... ¿Cómo se hace para ocultar el número?

—Almohadilla, 31, almohadilla. Pero ¿para qué? —preguntó Furio.

—Cuanta menos gente tenga este número, mejor. —Rocco marcó un número y a continuación esperó.

—¿A qué viene todo este misterio? —preguntó Brizio.

—¿Tienes miedo de que te espíen?

—Luego te lo cuento, Furio... ¿Sí...? ¿Uccio...? ¡Soy Rocco!

—¡Pero bueno, me has leído el pensamiento! ¿Llamas del despacho? Es que no veo el número.

—Sí. Dime, ¿hay novedades?

—Ya lo creo que las hay. Llevo horas llamándote al móvil, pero está siempre apagado. Tengo una buena noticia, amigo mío. Es sobre el cadáver que hallaron en Castel di Decima. Tuve una intuición, probé suerte y ¡bingo!

—Soy todo oídos.

Furio y Brizio intentaban oír la conversación. Rocco recompensó su esfuerzo activando el manos libres.

—Pues resulta que mandé las huellas dactilares a la policía de Tegucigalpa —explicó Uccio.

—¿Y eso dónde coño está? —preguntó Brizio en voz baja.

—Honduras —susurró Rocco—. Ajá, Uccio, ¿y entonces?

—Verás, han tardado unos días, pero hemos tenido respuesta. Diecisiete puntos en común con Rubén Montoro. Te mando la foto en un SMS para que lo veas. ¡Es él, Rocco!

—¿Rubén Montoro? ¿Y ése quién es?

—Padre siciliano y madre hondureña. Lo buscaban en su país por un montón de delitos. Creo que se han alegrado de saber que aquí se lo han cargado.

—Rubén Montoro... ¿Y cuánto tiempo llevaba en Italia?

—Están investigando, pero no hay pistas. Ni de cuándo entró ni tampoco de si salió ni cuándo. Puede que tuviera la doble nacionalidad, doble pasaporte, documentos falsos, qué sé yo. Pero si quieres, te envío su preciosa ficha por correo electrónico. Así te lees los antecedentes. Siempre que puedas dedicarle media horita, claro.

—De acuerdo, mándame también un correo con la foto de Rubén Montoro.

—¡Si surge algo nuevo, te mantengo al corriente! ¡A por todas! —Y colgó.

—¿Me explicas esta historia del móvil? —preguntó Brizio.

—Es para evitar que me localicen.

—¿Quiénes?

—Ya te lo he dicho, alguien me tiene fichado. Y cuanto menos sepa, mejor...

—A nosotros nos darás este número, ¿no? —dijo Brizio—. Por si nos hiciera falta. ¿O es que tampoco te fías? —Y sonrió.

El teléfono sonó para anunciar la recepción de un correo electrónico. Uccio había cumplido. La foto de la ficha policial de Rubén Montoro no dejaba lugar a dudas.

—¡Coño, es él! El cadáver de Castel di Decima... —dijo el subjefe.

—¿Qué tiene que ver con Enzo Baiocchi?

—Ésa es la pregunta clave, y yo empiezo a tener en mente una respuesta. Pero ¡ahora párate en la próxima gasolinera si no quieres que me lo haga encima!

—¡De puta madre! —Brizio sentía una atracción irrefrenable por las estaciones de servicio.

Mientras Brizio desvalijaba los estantes y Furio, apoyado en la barra, esperaba un café, Rocco se había situado al lado de los servicios, donde el móvil tenía cobertura.

—Carmen, soy Schiavone, ¿me recuerda?

—Cómo olvidarlo. ¿Puedo serle de ayuda?

—Bastante. Rubén Montoro, ¿ha oído alguna vez su nombre?

Se hizo un breve silencio.

—Sí, el nombre me suena. ¿Está usted en Roma?

—No, estoy de viaje.

—Llámeme en cuanto regrese, tenemos que hablar de un par de asuntos, pero no por teléfono.

—Lo haré. Dígame sólo si voy por buen camino.

—Por teléfono no —repitió Carmen, y colgó.

Rocco se quedó con el móvil en la mano. Brizio se acercó cargado de chocolate, una pelota de peluche y algunos juguetes más.

—Yo estoy listo, ¿nos vamos?

—Explícame que quieres hacer con una pelota de peluche. Pero ¿qué es esto? Hasta un trenecito de plástico.

—Es para el sobrino de Stella. Cada vez que me ve me dice: ¿le has traído un regalo a Tommy? Así que nada, le llevo hasta un trenecito. Es bonito, ¿no?

—Serías buen padre —le dijo Rocco, sonriendo.

—¿Tú estás tonto? ¿Yo? ¿Tú me has visto bien? No, Rocco, hay cosas que mejor que se acaben.

—¿A qué te refieres?

—A mi legado de ADN, me lo ha explicado Stella. Yo llevo el de mi padre, te acuerdas de mi padre, ¿no?

—No mucho.

—Claro, pasaba más tiempo en chirona que en casa. Y mi abuelo también frecuentaba las mismas celdas. Y su padre antes que él. Vamos, lo que se dice una estirpe de carroña. Pero conmigo se acabó, he dicho. Ya va siendo hora de parar la cadena.

—Qué pesimista eres. Podría salir a Stella.

—No lo creo. La manzana podrida les gana siempre la partida a las sanas, y lo sabes. Ponlas en la misma cesta y verás. Al cabo de dos días, todas para tirar. Con el ADN pasa lo mismo.

—¿Te lo ha dicho Stella?

—No, hasta ahí he llegado yo solito.

Llegaron a Cividale a las ocho de la tarde. El pueblo parecía desierto. Encontraron sitio en un hotel que aceptaba perros. Era limpio y acogedor, y junto a las llaves, en el mostrador, había un montón de folletos que ilustraban la belleza de la población, aunque a ninguno de los tres se le pasó por la cabeza coger uno. Rocco no perdió un segundo. Dejó a sus amigos dándose una ducha y salió del hotel. De via San Lazzaro a piazza Armando Diaz se tardaba poco más de cinco minutos, como le explicó el diligente recepcionista mientras le entregaba en mano un plano en color de la localidad. Cruzó el puente del Diavolo y se quedó absorto contemplando las aguas del Natisone. Las casas que despuntaban entre las rocas eran un hermoso espectáculo. Lástima que ya se hubiera puesto el sol, pensó. Aunque no era el momento de hacer turismo.

Entró en la pequeña comisaría y un agente lo detuvo:

—Subjefe Schiavone —dijo Rocco.

—¿A quién busca?

—Al subjefe Cascone...

—Tiene suerte, sigue en su despacho. —Descolgó el teléfono—. ¿Señor? Está aquí el subjefe Schiavone... ¿jefatura de...? —Y miró a Rocco.

—Aosta.

—Aosta. Quiere verlo... De acuerdo, le digo. —Apoyó el auricular—. Baja ahora mismo.

—Muchas gracias.

Menos de un minuto después, vio aparecer a un modelo de Giorgio Armani. Menos de cuarenta años, alto, rubio, hombros anchos, un cárdigan abierto para dejar ver la camiseta de algodón con el cuello de pico y el retrato de Jimi Hendrix. Sobre el pecho colgaban unos collares hechos con semillas secas. Paso ágil —llevaba unas viejas zapatillas de deporte negras—, el rostro cansado y los ojos azules cercados por ojeras oscuras. Lo único que desentonaba y lo alejaba de las pasarelas de moda de Milán era la nariz, torcida a causa de algún mamporro.

—Augusto, encantado. —Y le estrechó la mano.

—Rocco Schiavone...

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó, apoyándole la mano en el hombro mientras se dirigían hacia la salida.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rocco.

—No sé tú, pero yo tengo bastante sed y estoy agotado. A esta hora una cerveza no me la quita nadie.

Una vez en la calle, se encaminaron hacia un bar que daba a la plaza.

—Mira, Augusto, es una cosa muy sencilla. Estoy buscando a un tal Mino Coppetti, que es de por aquí.

El hombre entornó los ojos.

—¿Me das alguna pista?

—Veamos, su último domicilio fue el centro penitenciario de Velletri. Antecedentes por robo, falsificación, dos intentos de homicidio... Cincuenta y nueve años...

Augusto se rascó la cabeza. Luego abrió la puerta del bar e hizo pasar a Rocco. Había numerosas mesitas empotradas a la pared revestida de madera y dos chicas de unos veinte años sirviendo en la barra. La edad media de los parroquianos no superaba los treinta. Nada más entrar, el subjefe Cascone anunció con su vozarrón:

—Grazia y Stefania, ¡ha llegado Augusto!

—Ya era hora —respondió una de las dos.

—Cerveza para mí y para mi amigo —pidió. Una música como de falso ascensor oriental embotaba los tímpanos—. Ven, Rocco, sentémonos allí. —Y lo condujo a una mesa al fondo del local, abriéndose paso entre chicos que bebían líquidos de colores y hablaban a grito pelado—. Veamos... Mino Coppetti. El nombre no me suena de nada. ¿Tienes una fotografía o algo así?

—No.

—Pues entonces me sacaré el as de la manga. —Y le guiñó un ojo. Cogió el móvil y llamó—. Eh, Dario, soy el subjefe. Hazme un favor, mírame en los archivos si tenemos algo sobre un tal Mino Coppetti... Cincuenta y nueve años... ¡Sí, pero date prisa! —Se metió el móvil en el bolsillo—. No está mal tener al esclavo siempre a disposición. Agente Dario Esposito. Lleva aquí veinte años, es una enciclopedia, tiene un coeficiente intelectual más bien bajo, pero a la hora de buscar

cualquier cosa es el número uno. Con decirte que, si se me pierde algo en casa, lo llamo a él y va y me lo encuentra. Con uno así, ¿para qué quiero yo una mujer? Entonces, cuéntame, ¿cómo se está en Aosta?

—¿No tienes otra pregunta?

—En Cividale se está en la gloria. En julio hará ya dos años que estoy aquí y, ¿puedo serte sincero?, no lo cambiaría por ningún otro sitio...

Una de las camareras se acercó con las dos cervezas.

—Aquí tenéis. ¿Queréis patatas fritas?

—No, Stefà, qué patatas ni patatas. ¿Por qué no te traes a Grazia y nos hacéis un poco de compañía? —Y le sonrió.

—¿Y quién se queda en la barra? ¿Te pones tú? —Se dio la vuelta con decisión y volvió al trabajo. Sabía que Augusto y Rocco le mirarían el culo, cosa que hicieron al mismo tiempo.

—*Gensanta...* —masculló Augusto—. ¿Entiendes ahora por qué me gusta esto? —Dio un trago —. Puaj, en la cerveza es mejor no pensar. Perdona, ¿por casualidad no llevarás un preservativo?

Rocco lo miró muy serio.

—¿Por qué debería?

—Porque, si no, me toca pasar por la farmacia, y no llevo suelto.

—No, Augusto, no llevo un preservativo.

—Que puede que ya no hablen del sida, pero está claro que ahí sigue. Lo que yo digo es: basta ya de hacerles caso sólo a los periodistas. Son como las modas, ¿no? Cuando un tema pasa de moda, no hay quien lo vea en los periódicos. Pero el tema sigue estando ahí, ¿tengo o no tengo razón? Hay que usar preservativo siempre. Y no sólo por las enfermedades, como la hepatitis, es que si te viene un bombo, ¿qué? ¿Tú tienes hijos?

—No tengo hijos, Augusto.

—¿Y estás casado?

—Augù, no he venido hasta el culo del mundo para estarme de cháchara contigo. Estoy buscando a una persona.

—Ya. ¿Cómo se llama?

—Míno Coppetti —respondió Rocco, exasperado. El tiempo de concentración del subjefe Cascone era inferior al de un niño de siete años.

—¿Y tú estás seguro de que anda por aquí?

—No.

—Pero ¿puedo saber por qué lo buscas?

—Tampoco.

—Es un placer hablar contigo. —Y levantó el vaso en un brindis imaginario.

Rocco suspiró, luego se puso de pie y dejó veinte euros en la mesa.

—Cuídate, Augusto.

—¿Cómo? ¿Y ahora te largas?

—No tengo tiempo, hijo mío. Despídeme de Grazia y de Stefania, y diles que la cerveza es un pelín demasiado amarga. —Y dejó a su colega en la mesita con cara de pasmado.

No regresó al hotel, sino a la comisaría. Se dirigió de nuevo al agente de la entrada.

—Llámeme al agente Dario Esposito.

El policía obedeció. Luego le pasó el auricular.

—¿Diga?

—Esposito, soy el subjefe Schiavone, jefatura de Aosta. Soy yo quien necesita la información.

—Pase, señor Schiavone, haga el favor. Estoy aquí pegado al ordenador y...
—Voy para allá. —Le devolvió el auricular al agente—. ¿Planta?
—¿Qué planta, señor? Todo recto...

Esposito lo esperaba delante de la puerta del despacho. Los cincuenta los había dejado atrás hacía ya tiempo, pero se había teñido el pelo de un negro tan exagerado que algún mechón rayaba en el azul cobalto. Las cejas, enormes y fruncidas; en las mejillas, una sombra grisácea.

—Dario Esposito, señor. —Se presentó, e inclinó levemente la cabeza—. Me ha dicho el subjefe que busca a Mino Coppetti, pero el único rastro que tengo de él es su pareja. Bueno, hay una antigua dirección de la madre, aunque por lo visto lleva años muerta. La casa la recuperaron los propietarios.

Entraron en la sala. Era pequeña y sólo contenía una mesa y un ordenador. A lo largo de la pared de la derecha se extendía un archivador de hierro. El ángel de la justicia enmarcado y dos dibujos de algún sobrinito.

—Su pareja, Mariella Carimini, sí que sigue viviendo aquí. En Bottenicco. Via dei Gelsi. Una vez que pase la Villa dei Claricini, debe tomar la primera... o la segunda a la derecha.

—¿Vive ahí desde siempre?

—Lleva empadronada desde el 78.

Rocco se llevó un cigarrillo a los labios sin encenderlo.

—¿Y hay más familiares? ¿Suyos o de su pareja?

—La pareja sólo tiene una hermana, Renata, pero llevan años sin hablarse. Está casada con un ex directivo de correos, y son como la noche y el día respecto a Mariella y el canalla de su marido.

—¿Me puede contar algo de Mino Coppetti?

—Claro. Es hijo de una buena mujer. Era amigo sobre todo de otros dos personajes, Renato y Carmelo Sabatini. Dos hermanos que traficaban al otro lado de la frontera.

—¿Eslovenia?

—Exacto.

—¿Dónde han ido a parar estos dos hermanos?

—A Carmelo lo arresté yo en 2010 y creo que está en Poggioreale. Renato murió hace dos años.

—Esposito, ha sido usted de gran ayuda.

—Para nada, señor, es mi deber. Por curiosidad, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Si luego me permite hacerle otra a usted.

—Cómo no. Verá, sólo quería saber qué se le ha perdido por estos lares a un subjefe de Aosta.

—Persigo a un criminal que se fugó de la cárcel hace tiempo.

—¿Coppetti?

—No, un amigo suyo. Ahora le toca a usted. ¿Por qué dice el subjefe que su coeficiente intelectual es bajo?

El policía sonrió.

—Porque para hablar con él tengo que bajar el nivel. Y dado que, si seguimos hablando de altura, él es más alto que yo, tanto en centímetros como en cargo profesional, es posible que el tema lo moleste, pero a mí me la trae floja.

—Me vendría usted de perlas en Aosta.

—Me faltan pocos años para volver a Acciaroli, señor. Tengo hasta la barca, así que aquí paz y después gloria.

Llamó a Alfredo De Silvestri mientras desayunaba con Furio y Brizio.

—Por si le interesa, tenemos otro robo en una gasolinera. En Mortegliano, cerca de Udine.

—Eso sí es una buena noticia, Alfrè. ¿Siempre el mismo método?

—Exacto. Un tipo ha agredido al empleado y lo ha dejado inconsciente. El empleado dice que lo golpeó con la culata de una pistola. ¿Señor?

—Dime, Alfredo.

—Pero ¿usted a quién busca?

Rocco engulló un pedazo de cruasán.

—Déjalo, Alfredo, es una historia muy larga.

—A mandar.

Soltó el teléfono en la mesa y miró a sus dos amigos.

—Mortegliano.

—¿Queda lejos? —preguntó Furio. Brizio se había despistado con los pechos de la camarera.

—No, y estoy convencido de que vamos por buen camino.

—Y yo también. Vamos a ver a esa tal Mariella, venga... Pero antes, una cosa, Rocco, ¿podemos fiarnos de los policías de aquí?

—Diría que sí.

—¿Y cómo quieres hacerlo?

—Si esa tía sabe algo del marido, seguro que no suelta prenda... ¡Brizio! —gritó para llamar la atención de su amigo, que enseguida apartó la mirada de la chica—. Anda, déjalo ya. ¿O tengo que llamar a Stella?

—No, no, si estaba al loro.

—Sí, ya —intervino Furio.

—A ver, yo creo que esa tipa, si sabe algo, no nos va a soltar prenda —continuó Rocco—. Así que hagamos lo siguiente. Vosotros os coláis dentro, yo hago que se cague encima y vosotros veis cómo reacciona.

—Perfecto. Bébetes ya el café, Brizio, que son las ocho.

Estaban todos, los siete enanitos y hasta Blancanieves, la fuente con un amorcillo meando agua directamente de la colita y dos flamencos descoloridos junto a un Bambi sin una pata. El chalet de dos plantas era de color rosa cerdito, y dos columnas de mármol falso montaban guardia a ambos lados de la puerta de entrada, resguardada por un sotechado de vidrio y hierro. El aluminio anodizado color cobre resplandecía al sol. Las flores estaban todas muertas.

—¿Sí? —respondió una voz de mujer al interfono.

—¿Mariella Carimini?

—¿Sí?

—Subjefe Schiavone. ¡Abra!

Rocco cruzó la pequeña cancela de hierro negro y entró en el jardín. Mientras pasaba junto a los siete enanitos, la mujer se asomó a la puerta. Llevaba una cuchara de madera en la mano y la aferraba como si quisiera partirla. Ya había pasado los sesenta. Llevaba una camiseta morada con letras de brillantitos en las que se leía «BEST GIRL IN TOWN», el pelo corto y liso, teñido de rubio, y gafas plateadas. Flaca como un palo, no sonreía. Mostraba un aire de preocupación.

—Usted dirá, ¿qué ocurre?

—Ocurre que estoy ya hasta los cojones de buscar a su marido. ¿Dónde está?

Los ojos detrás de las lentes se hicieron todavía más grandes.

—No lo sé... Y además no es mi marido, no estamos casados.

—Me la refanfinfla —le replicó Rocco—. Entonces, ¿no vive aquí?

—No. Míno y yo ya no estamos juntos.

—Y yo que me lo creo. ¿Dónde coño está, señora? No me he chupado cientos de kilómetros para que me venga con gilipolleces de este calibre. ¡¿Cuándo fue la última vez que habló con él?! —gritó.

—No lo sé... Hará ya meses...

—¿Y dónde estaba?

—En Nápoles.

Demasiado preparado, una respuesta demasiado rápida: mentía.

—¿En Nápoles? ¿Y qué hacía en Nápoles?

—No lo sé. Ya se lo he dicho, ya no nos vemos.

—Manda huevos —dijo Rocco—. A ver, pues su marido se ha metido en un follón serio, ¿lo sabía?

Ella negó con la cabeza.

—Pues ya está informada. Además, señora Carimini, si usted sabe dónde se encuentra y me lo oculta, la enchironamos y tiramos la llave.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿Y a usted qué le importa? Si le digo que quiero saber dónde está, usted va y me lo dice sin peros ni peras. De otro modo, yo empiezo a sospechar que usted sabe algo más, que no quiere hablar, que lo está escondiendo, y entonces nos vamos derechitos de cabeza a lo penal. ¿He sido lo bastante claro?

—Le juro que no lo sé. Ese desgraciado... —Unió las manos delante del rostro—. Escúcheme, le prometo que en cuanto tenga alguna noticia lo llamo.

—Y yo voy y me lo creo.

—¿Y por qué no?

—Pues porque no, no me lo creo. Volveré con la orden del juez, entraré en su casa y la pondré patas arriba hasta que encuentre algo. Y luego me la llevaré esposada a la cárcel, se lo juro. Ha hecho mal en no colaborar. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, pero al llegar a la altura de Bambi se detuvo—. Y tire este cacharro de plástico, ¿no ve que le falta una pata? —Cerró con un golpe la cancela y desapareció de la vista de Mariella Carimini, que se metió en casa corriendo.

Cruzó el vestíbulo y fue hasta la cocina. Cogió el móvil que había dejado en la encimera de

mármol negro.

—¿Sí? ¿Hola? ¿Mino? Mino, te están buscando... —dijo—. La policía. No te muevas. Ya voy yo, tú, tranquilo... Salgo ya, dame tiempo, ¡por el amor de Dios! —Colgó. Fue hasta el salón y se puso un jersey de algodón. No se dio cuenta de que la ventana de la parte de atrás estaba abierta.

Salió del jardín y se montó en un pequeño coche japonés.

Rocco esperaba en el suyo, a doscientos metros de la cancela. Brizio se había encendido un cigarrillo. *Loba* movía la cola.

—¡Ahí está! —exclamó Furio. Esperaron a que doblase la esquina, luego el subjefe arrancó el motor y la siguió.

Atravesaron Cividale y luego el Mitsubishi enfiló hacia el puente San Quirino.

—Nos lo pone demasiado fácil —comentó Furio.

—Si por lo menos acelerara —dijo Rocco, manteniendo siempre la distancia con un coche de por medio, para no llamar demasiado la atención.

—Si está escondido es por algo —observó Brizio—. Ahora basta con saber cuál es el motivo.

—¿Habéis intentado llamar a Sebastiano?

—Ayer por la tarde, el móvil seguía apagado. ¿Y tú, Furio?

—Lo mismo —respondió jugueteando con un despertador de metal.

—¿Y eso?

—Es bonito, ¿no?

Rocco alzó la mirada al cielo, resignado.

—Venga, hombre, la señora puede tardar siglos en darse cuenta.

Cruzaron también el puente San Quirino. Brizio iba siguiendo el mapa con el móvil. Llegaron a la pedanía de Clenia, donde Mariella aparcó para entrar en una tienda de ultramarinos. Rocco, a unos cincuenta metros, detuvo el vehículo. La vieron salir con una bolsa. Luego, a pie, se acercó a un cajero automático que había al lado. No tardó ni un minuto en regresar al coche. Se subió, volvió a arrancar y Rocco hizo lo propio. Abandonó la pequeña aldea y tomó una carretera que se encaramaba monte arriba. Estaba desierta, Rocco no podía seguirla demasiado pegado.

—Vamos por via del Klančič —informó Brizio.

Furio miraba por la ventanilla. Estaban en mitad de un bosque, el follaje no dejaba pasar la luz del sol, que trataba de abrirse camino entre ramas y hojas. La carretera atravesaba la arboleda con la sinuosidad de una serpiente.

—Es bonito esto, ¿verdad, *Loba*? —dijo Furio—. ¿Te gustaría echar una carrerita?

—Pero ¡dónde coño estamos! —fue, por su parte, el comentario de Brizio.

Rocco seguía sin quitarle ojo a la carretera. Después de una curva vino una recta, pero el Mitsubishi de la señora Carimini había desaparecido.

—¿Dónde se ha metido?

Rocco redujo la velocidad. Superaron una pista de tierra a la izquierda. El subjefe detuvo el coche.

—Se ha desviado aquí...

—¿Y nosotros? ¿La seguimos?

—No. ¿Cuántas casas crees que va a haber por aquí? Anda, dame el mapa, Brizio... —Su amigo le entregó el móvil. La carretera en la que estaban salía del pueblecito, atravesaba la colina e iba a parar a otro pueblo, San Pietro al Natisone—. Ha escogido bien el escondite, con dos vías de salida, pero nosotros somos tres. ¿Sabéis lo que vamos a hacer? Uno se va a apostar por el lado de San Pietro, los otros dos por el de Clenia. Así, tomen el camino que tomen, lo sabremos.

—Perdona, pero ¿no crees que sería mejor ir a por ellos ahora?

—No, esperaremos a ver si hay algún movimiento —dijo Rocco—. Si alguno intenta salir de aquí, lo seguimos.

—De acuerdo, llévanos al pueblo ese, Furio y yo nos quedamos allí.

Rocco dio marcha atrás y, a toda velocidad, acompañó a los dos amigos hasta Clenia. Encontraron un bar, y Furio y Brizio se apostaron allí para vigilar la carretera.

—¡Eso sí, los móviles siempre encendidos! —les dijo Rocco.

Luego, derrapando, volvió a enfilar via del Klančič. Se enfrentó de nuevo a las curvas en mitad del bosque, superó la pista donde el coche de Mariella se había esfumado y descendió hasta San Pietro al Natisone. Detuvo el automóvil delante de un buen restaurante, justo enfrente de via del Klančič. Bajó con *Loba* de la correa y entonces la vio.

Estaba escondida detrás de un enorme peñasco recubierto de musgo.

La moto de Sebastiano.

Miró a su alrededor. Vio una tienda de reparación de ordenadores y, un poco más allá, un local donde preparaban bocadillos. En la esquina, el letrero de un bar-estanco. El jefe se acercó, abrió la puerta del local y lo vio ahí sentado, en la mesita de un rincón. Miraba al exterior por la cristalera y masticaba con parsimonia un cruasán. Tenía la barba salpicada de un poco de azúcar glasé. Cara de cansado, las arrugas más profundas, el pelo sucio. Llevaba una cazadora de cuero de motorista, roja y azul. Cuando levantó la cabeza y vio a su viejo amigo en el umbral, su expresión no cambió. Siguió allí, masticando lentamente. No se sorprendió ni tampoco parecía feliz de volver a verlo. Rocco se acercó a la mesa y se sentó sin mediar palabra.

—Te estaba buscando.

—Ya me has encontrado.

—¿Está ahí arriba? —le preguntó.

—Creo que sí. —Y dio un sorbo al café con leche.

—¿Cómo lo has descubierto?

—He dado mis vueltas.

No lo miraba a los ojos, y a Rocco eso le dolía. Sebastiano parecía una bomba de relojería a punto de estallar. Como un experto artificiero, Rocco tenía que tratar de desactivar el artefacto. Era fácil en las películas, un poco más complicado en la vida real.

—¿Me quieres mirar, por favor?

Sebastiano por fin volvió la cabeza hacia él. Tenía los ojos rojos y cansados.

—Estoy contigo, Seba.

—Preferiría estar solo.

—Brizio y Furio están en Clenia, por si acaso el cabrón intenta escapar por el otro lado.

—Llevo aquí ya dos días y no han salido ni una vez.

—Pero yo he revuelto un poco las aguas.

Sebastiano se pasó la mano por el pelo.

—He estado en el bosque. Duermo allí.

—¿Por eso apestas a perro muerto?

—¿Quiere usted algo? —La voz desconocida del camarero sobresaltó a Rocco.

—Nada, gracias.

El empleado sonrió y se marchó. Dos máquinas tragaperras y un viejo *pinball* disparaban sus lucecitas de forma intermitente. Un fútbolín cubierto de polvo descansaba en una esquina.

—¿Te has acercado a la casa?

—Sí. Es una choza de madera en medio de un claro, entre los árboles.

—Según tú, ¿por qué se esconden ahí?

—Ese miserable necesita papeles. Y por aquí sólo los hace una cabrona medio enana que no vuelve hasta mañana.

—¿Una cabrona enana?

—Sí, la llaman Mélie Copete. Tardé un par de horas en entender que era Amelia Coppetti. Y tiene también un apodo. La llaman algo así como Falcon, que por lo visto es una especie de cuchillo de carnicero. A saber...

—¿Puedo preguntarte cómo has llegado hasta aquí?

—¿Te acuerdas de Flavio Buglioni? ¿El que le vendió la pistola?

—¿Y?

—Lo estuve rondando y lo pillé. Fue fácil hacerlo hablar. Enzo había ido a verlo un día antes, quería unos documentos, pero Flavio no se los pudo conseguir.

—¿Y entonces?

—Estuvieron hablando de Eslovenia. Enzo quería salir desde allí. Yo ya había pensado en esa opción. Pero para ir por ahí y coger un avión vete tú a saber dónde, hace falta un pasaporte.

—¿Qué más?

—Me he informado. Por esta zona sólo hay dos falsificadores. Uno está en Udine y la otra es la enana. Coppetti. La prima de Mino.

Rocco negaba con la cabeza.

—Pero ¿cómo supiste que iba a venir justo a esta zona, como dices tú? También se podía haber quedado en Ancona, ¿no?

—Tú has estado en Velletri, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también he recabado allí la información. Tú tal vez puedas hablar con el director, pero yo tengo radio cárcel... Y como ves he llegado antes que tú. ¿Y sabes por qué? Porque yo he puesto el corazón en esto, Rocco. A ese canalla lo tengo que machacar. —Y volvió a mirar por la ventana.

—¿No me has buscado porque quieres resolverlo tú solo o porque ya no te fías de mí? —le preguntó el subjefe a bocajarro.

Sebastiano apretó la mandíbula.

—Tú y yo somos amigos desde siempre. Y sólo el hecho de haber llegado a plantearte esa pregunta es ya una puñalada. Yo me fío de ti, lo sabes, pero... ¿es que no puedes entender que esto es un asunto personal?

—Cuando estaba de por medio Luigi Baiocchi, tú estuviste a mi lado.

—Por suerte. Si no, te hubieras pegado un tiro.

—Y entonces, ¿por qué no debería estar yo a tu lado?

—Has cambiado...

—¿Yo?

—Sí. Puede que porque seas más viejo, o puede que en muchas cosas hayas cambiado de opinión.

—Me da pena que lo veas así.

—Rocco, no puedo olvidarme de Adele. ¿Sabes que hablo con ella? —Los ojos del grandullón empezaron a humedecerse—. Ahora, por ejemplo, antes de que tú llegaras, ella estaba ahí afuera, tomando el sol en ese banco. Llevo un rato mirándola, pero se ha ido. ¿Has pasado por Prima

Porta?

—Sí.

—¿Le pusiste flores también a ella?

—Pues claro, Seba...

La lágrima contenida escapó. Fue sólo un instante, porque Sebastiano se la secó con la manga de la cazadora.

—Yo estoy aquí, Seba. Y estoy contigo.

Su amigo cogió la taza con su manaza y apuró el café con leche.

—Esta noche vamos a por él —dijo Rocco.

—¿Vamos?

—Vamos.

Sonó el móvil de Rocco.

—Dime, Brizio.

—Acaba de pasar la señora con el Mitsubishi en miniatura. Iba con un hombre. Uno bajo y calvo. Será el tal Coppetti, creo yo. ¿Alguna novedad?

—Grande como un oso —respondió Rocco.

—¿No me digas?

—Sí, aquí lo tengo...

Volvieron al camino de tierra de via del Klančič y dejaron el coche bien escondido tras la curva. Poco después llegó Sebastiano en su moto, manteniendo bajas las revoluciones del motor. Desapareció en la espesura. Luego volvió a aparecer a pie y se acercó a sus amigos abriéndose la cremallera de la cazadora.

—Hola... —dijo.

—Hola una mierda —respondió Brizio y, sin previo aviso, le soltó un puñetazo en la barbilla, seco y preciso.

La cabeza de Sebastiano se torció hacia un lado, y él se tambaleó hacia atrás.

—¿Tú eres idiota?! —gritó con la mano en la barbilla.

—¿Idiota yo? Me cago en la puta, ¿tú sabes los días que hace que te estamos buscando? Creíamos que la habías palmado, capullo de mierda. No quieres hablar conmigo, mándame un mensaje, joder, ¿o no? ¡Cómo le gusta hacerse el misterioso a este mamonazo!

—Tiene razón —dijo Furio, que los miraba apoyado en el tronco de un árbol.

Sebastiano escupió en el suelo.

—Me has hecho sangre, Brizio.

—Poco me parece —le contestó—. ¿Sabes qué? Me dan ganas de liarme a patadas con la moto de lo cabreado que estoy.

—Eso es, ya os habéis saludado. ¿Nos movemos? —intervino Rocco.

Los tres amigos lo siguieron por la pista. *Loba* parecía haber vuelto a nacer en medio de la espesura.

—Haz una cosa, Rocco, quítale el collar. Así, si la ven, la tomarán por un perro vagabundo —sugirió Brizio.

Rocco accedió. Al cabo de unos cien metros, el camino desaparecía bajo un manto de hierba por el que saltaba a la vista que acababa de circular un automóvil. Luego los árboles se abrieron

para dar paso a un terreno sin cultivar, un prado más bien amplio que en su momento debió de ser un cercado para animales. Ahora sólo quedaban unos cuantos palos viejos de madera clavados en la tierra y unos pocos metros de alambre de púas. Al final del prado, una casita, una choza de piedra de una sola planta con el tejado de madera vieja. Dos ventanas a oscuras daban al bosque. Los cuatro amigos se detuvieron a observar protegidos por la última hilera de árboles.

—Ésa es la casa —comentó entonces Sebastiano—. Seguramente era un establo. No tiene árboles cerca. Si nos acercamos más, pueden vernos.

—De hecho, mejor no acercarse —dijo Rocco—. Esperaremos a que se ponga el sol. Vamos a echar un vistazo a la parte de atrás, pero no salgáis del bosque en ningún momento, por favor, mantened la distancia...

Inspeccionaron todo el perímetro. No había más casas en los alrededores. Un canal de agua corría pendiente abajo, a unos veinte metros. El ruido de un coche atrajo su atención. Se agacharon sujetando a *Loba*, y vieron aparecer el Mitsubishi de Mariella, que, dando tumbos sobre la pista, llegó hasta la casa. Bajó sólo un hombre, un tipo bajito y sin pelo. Llevaba un sobre en la mano. El tipo abrió la puerta y desapareció en el interior.

—¿Ese chiquitajo es Coppetti? —preguntó Furio.

—Ajá.

Lo vieron salir al cabo de poco con las manos vacías, acompañado de Enzo Baiocchi.

—¡Ahí está! —dijo Furio.

Coppetti intercambió un par de palabras con el criminal y volvió a subir al coche de su compañera, que metió la marcha atrás y maniobró para salir de allí. El automóvil avanzó por la pista y desapareció en el bosque mientras Baiocchi regresaba dentro de la casa. El ruido del motor se atenuó hasta desaparecer. Quedaron sólo el canto de los pájaros y la respiración jadeante de *Loba*.

—¿Enzo Baiocchi está solo?

—Ahora sí. Para esperar a que oscurezca casi que es mejor volver a la carretera principal —sugirió Rocco.

Furio y Brizio se habían ofrecido a ir al pueblo a por cerveza y bocadillos, y Sebastiano y Rocco se quedaron solos de nuevo, sentados en dos rocas que sobresalían del terreno. Fumaban y miraban el cielo. Faltaba poco para que anoheciera. Sebastiano había vuelto a encender el móvil, que, al cabo de pocos segundos, desplegó una retahíla de tonos y timbres.

—Voy a tardar la vida en leer todos estos mensajes.

—Los «vete a tomar por culo» son míos —señaló Rocco.

Sebastiano se concentró en la tarea.

—La mayoría son de peña tocando los cojones —comentó con los ojos fijos en la pantalla.

Rocco apagó el cigarrillo, se levantó de la roca y fue a apoyarse en un árbol.

—Sebastià... ¿has oído hablar alguna vez de un tal Juan González Barrio?

—¿Quién?

—Juan González Barrio.

—No, nunca. ¿Quién es?

—Es uno que antes trabajaba en la embajada de Honduras y con el que me puse en contacto por el caso de narcotráfico de 2007, ¿te acuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarme, Rocco? Pues claro que me acuerdo.

—¿Y de Rubén Montoro?

—Eh, pero ¿qué pasa, me estás sometiendo al tercer grado? No, tampoco me suena.

El subjefe le lanzó el móvil.

—Abre las fotos, la única que hay es la de la ficha de Montoro. Dime si lo conoces.

Sebastiano obedeció.

—No lo he visto en mi vida. —Y le devolvió el teléfono—. ¿Quién es?

—Un cadáver que han encontrado cerca de Castel di Decima. Con un tajo en el cuello. Y llevaba mi número en el bolsillo.

—¿Por qué tendría que conocerlo?

—Es sólo curiosidad.

Sebastiano lo miró.

—Estás raro, Rocco. Estás muy raro.

—No estoy raro, me faltan unos cuantos detalles y aún no tengo claro el cuadro, eso es todo.

El ruido de las pisadas sobre las hojas los interrumpió. Sebastiano reaccionó llevándose la mano al cinturón, pero no eran más que Furio y Brizio con dos bolsas, apartando ramas y avanzando entre la espesura.

—Aquí llega el papeo —anunció Furio.

Brizio miró a los dos amigos.

—También hemos traído algo de beber, pero no sé si me apetece hacer un brindis. —Y le lanzó una cerveza a Sebastiano.

Por fin empezó a ponerse el sol. Reunieron envoltorios y latas y abandonaron el pequeño claro. Había bajado la temperatura, o tal vez sólo hubiese aumentado la humedad, y Rocco sintió un escalofrío mientras metía a *Loba* a dormir en el coche. Se dirigieron hacia la pista que llevaba hasta la cabaña sin cruzar ni media palabra. Avanzaban en silencio. El día se estaba apagando como una vela que languidecía, y también el canto de los pájaros. Por suerte, la luna, en lo alto del cielo, era poco más que una uña y no sería un incordio cuando anocheciera del todo. Alcanzaron la última curva antes de llegar a la casa. Sebastiano los detuvo con un gesto.

—A partir de aquí sigo yo solo —dijo.

—¿Estás loco? —saltó Brizio.

—Vamos contigo —intervino Furio.

—No, Furio, esto es asunto mío. Mío y de nadie más. Gracias por preocuparos. Gracias, Rocco, por empeñarte en buscar a ese hijo de puta, pero ahora es una cuestión personal. Tengo que quedarme a solas con ese miserable. Y no os quiero cerca.

—Cuando, hace unos años, Rocco encontró... —empezó a decir Furio, pero Sebastiano lo interrumpió.

—Cuando le tocó a Rocco, yo tenía que estar ahí, si no, él no hubiese podido. Pero yo no corro ese riesgo. Tengo que matarlo con mis propias manos, y vosotros no vais a intervenir. ¡Jurádmelo!

Los tres amigos lo miraron sin decir nada.

—¡Jurádmelo!

El primero en asentir fue Brizio.

—Es justo, Rocco, tiene razón. Esta historia es suya. Nosotros hasta aquí hemos llegado, ahora

le toca a él.

—Eso opino yo también —convino Furio.

Rocco apretó los labios. Había llegado el momento, la encrucijada, y ahora tenía que escoger qué camino tomar, una decisión que había postergado hasta ese instante. ¿Dejar que su amigo cumpliera con su venganza y ser cómplice del homicidio, o seguirlo e intentar impedirselo? Hace unos años no habría dudado, entregarle a Baiocchi sin pestañear habría sido un gesto natural. Tal vez Sebastiano tuviera razón, se estaba haciendo viejo.

—Me lo juraste —dijo su amigo al leer la indecisión en los ojos del subjefe—, me lo juraste delante del cuerpo de Adele. Y las palabras son para cumplirlas, lo sabes.

—Sí, lo sé. Y tienes razón, Seba. Ve y haz lo que tengas que hacer. Nosotros te esperamos aquí. Su amigo se puso en camino y se internó en la espesura.

—Eh —lo volvió a llamar Rocco.

—¿Qué quieres?

—La mujer de Coppetti los ha avisado de que la policía va tras la pista del falsificador, así que extrema las precauciones. Puede que Enzo esté pendiente de si alguien se acerca, y está armado.

—Y yo —respondió Sebastiano, sacándose la pistola del cinturón.

—¿Esa pipa funciona? —le preguntó Rocco.

—La chavala funciona, y lo hace bien. Hasta ahora. —Y desapareció entre los árboles.

—Es justo que sea así —sentenció Furio. Se sentó en una roca y encendió un cigarrillo.

—Hemos llegado hasta aquí, hemos descubierto dónde se esconde ese cabrón, hemos visto que Seba está bien, misión cumplida, ¿no? —dijo Brizio.

—Tienes razón, es justo que sea así —repitió Rocco.

• • •

Sebastiano había llegado al gran prado que se extendía delante de la casa. Una luz mortecina iluminaba de amarillo sucio la ventana que se abría junto a la puerta de entrada. Agachado y en silencio, avanzó corriendo sobre la hierba, al descubierto. Era el momento más delicado. Un ruido, la menor sospecha, y lo descubriría. Cuando estaba a medio camino, a unos treinta metros de la choza, la puerta se abrió de par en par. Sebastiano se tiró al suelo entre la hierba baja, y la pistola que llevaba en el cinturón lo golpeó en la ingle. Contuvo una blasfemia y dio gracias a Dios por haber puesto el seguro. Habría sido un final poco noble. Vio salir de la casa a Enzo Baiocchi, que recorrió un par de metros, se abrió la bragueta del pantalón y se puso a mear contemplando la noche estrellada. Una vez acabada la operación, regresó dentro cerrando con un golpe el portón de madera. Sebastiano apretaba tan fuerte la mandíbula que podría haberse partido los dientes. Se levantó de nuevo y retomó la carrera hacia la casa con rapidez. Finalmente se apoyó en la pared de la choza.

—Chavales, pase lo que pase, los ojos bien abiertos. Si Coppetti vuelve con la mujer, lo retenemos —dijo Brizio estirándose el cuello.

—Vale, ¿y cuál es el problema? Ése en cuanto nos vea se caga encima. Es más, mejor que

aparezca por aquí, así Rocco se lo lleva a jefatura y ya tiene hasta la coartada.

—Tienes razón —admitió Brizio. Las ramas movidas por el viento parecían manos gigantes que intentaban atrapar el aire—. Qué silencio... —añadió—. No estamos acostumbrados. ¿Aosta es así de silenciosa?

—Bastante —respondió Rocco—. Los primeros días no lograba pegar ojo.

—¿Y después?

—Después te acostumbras. Dicen que uno se acostumbra a todo.

Sebastiano se asomó muy despacio a la ventana iluminada. Ahí estaba, sentado a la luz de un farol de acampada, comprobando los documentos. Sobre la rústica mesa había dos vasos y un plato con restos de comida. También vio la pistola, el arma que le había quitado la vida a Adele, junto a la botella de vino. En la cabaña no había más muebles, y estaba llena de telarañas. Se oía una canción lejana, quizá de una radio. Sebastiano volvió hacia la puerta. Se concentró. En cuanto entrase debía disparar mirando al pecho, no a la cara. Quería tener tiempo de verlo morir, y quería que Baiocchi tuviera los segundos necesarios para darse cuenta de que era él quien lo mataba. Recrearse en cada segundo de la agonía hasta que escupiera el alma entre los dientes. Aunque Baiocchi no tenía alma, de eso Sebastiano estaba seguro. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, y ahora lo tenía a pocos metros, justo detrás de aquella puerta de madera. Bastaba con abrir y disparar. Le quitó el seguro a la pistola. Respiró hondo para calmar los latidos del corazón.

—Uno... dos...

Tres soles se encendieron y lo cegaron. El bosque, la casa, todo se iluminó como si fuera de día bajo la potencia de los faros que disparaban miles de vatios desgarrando la noche. Una multitud de insectos, sorprendidos en su vuelo nocturno, empezó a revolotear entre los haces de luz. Sebastiano, con la mano delante de los ojos, deslumbrados y debilitados, intentaba comprender qué era lo que lo había golpeado con semejante violencia. Vislumbró tres sombras armadas que avanzaban en silencio.

—¡Tiren las armas y pongan las manos sobre la cabeza! —se oyó retumbar en el bosque.

Sebastiano obedeció dejando la pistola en el suelo. Poco después, las sombras se transformaron en hombres armados con subfusiles MP5, negros como la oscuridad que los rodeaba, con chaleco antibalas y el rostro cubierto por un pasamontañas. De la casa salió Enzo Baiocchi, ya esposado, lo agarraban dos colosos con casco y la pistola en la mano. Al pasar por delante de Sebastiano le sonrió.

—Llegas tarde... —dijo en un susurro.

Sebastiano saltó y se le abalanzó al cuello, pero la intervención de los dos agentes impidió que le despellejara la cara. Hizo falta la ayuda de un tercer hombre para inmovilizarlo.

—Hijo de puta... ¡Dejadme! ¡Dejadme! —gritaba.

Pero Enzo Baiocchi, escoltado por los dos policías, se perdió en la oscuridad del bosque. Impotente, con los ojos inyectados en sangre, inmovilizado por diez brazos, Sebastiano escupía baba sobre su barba y el uniforme de uno de los policías, mientras su respiración jadeante le insuflaba aire en los pulmones.

Brizio, Furio y Rocco se habían quedado petrificados. Habían visto desde los árboles cómo los potentes faros iluminaban la noche.

—¿Qué coño pasa? —había farfullado Furio.

Rocco hizo ademán de acercarse a la fuente de luz cuando la orden «¡Tiren las armas y pongan las manos sobre la cabeza!» resonó por todo el bosque. Furio lo retuvo agarrándolo de un brazo.

—¿Adónde vas? Quieto ahí...

—¿La policía? —preguntó Brizio, asustado.

Rocco no entendía nada.

—Rocco, es la policía. ¿La has llamado tú?

—¿Yo? Pero cómo se te ocurre, Furio...

—A ver, chavales, no es momento de cháchara. Larguémonos de aquí, ¡vamos! —gritó Brizio.

Se perdieron a toda prisa entre las ramas, en dirección a la carretera. Saltaban por encima de las raíces, esquivaban los troncos. Una rama abofeteó a Rocco en la cara, Furio tropezó, pero se levantó enseguida. Corrieron hacia la carretera, y por fin la alcanzaron.

—¡Al coche! —gritó Furio.

—¡No! —replicó Rocco—. El coche está escondido, no lo han visto. Mejor esperar aquí.

Se agazaparon entre los matorrales y aguardaron. Poco después, vieron aparecer por la pista de tierra un primer automóvil que, a una velocidad demencial, salió a la carretera y se dirigió derecho hacia San Pietro. Era gris, y llevaba las lunas tintadas y las luces de emergencia apagadas. Luego pasaron dos todoterrenos con las luces azules parpadeando e iluminando las ramas y las hojas de los árboles.

—Joder, pero ¿cuántos son? —preguntó Brizio.

Por último pasó un furgón, y, en cuanto desapareció tras la curva, el silencio y los ruidos del bosque volvieron a rodearlos. Los tres hombres se pusieron de pie lentamente.

—Rocco, pero ¿qué ha pasado?

—Han detenido a Baiocchi. Y también a Sebastiano.

—¿Cómo podían saber que...? —Furio dejó la pregunta en el aire.

Brizio la acabó:

—¿... que estaban aquí, eh, Rocco?

—No lo sé, de verdad que no lo sé.

—Hablaste con alguien de la jefatura de Cividale, ¿no? Nos habrán seguido.

—Ni de coña. —Pensó en el agente Esposito y en el subjefe rubiales, que le pidió un preservativo—. Éstos pertenecían a unidades especiales. Nada que ver con la jefatura de Cividale.

—Mira, yo me quiero fiar. —Brizio se encendió un cigarrillo. En la penumbra las ascuas iluminaron de rojo sus ojos cansados—. Pero si no has hablado con nadie, alguien ha tenido que hablar de ti.

—De eso no cabe duda.

—Alguien te tiene fichado, Rocco. Pero ¿quién? Si sabían que estábamos aquí, que buscábamos a Baiocchi, significa que hay alguien que conoce cada uno de tus movimientos, de tus pasos.

—Tengo que ir a buscar a Seba. No puedo dejarlo solo.

—¿Es que te has vuelto loco? Si vas a la jefatura, alborotarás un avispero y ya no habrá quien lo pare —repuso Brizio—. Nadie sabe que estamos aquí. Larguémonos. Ya pensaremos luego en Seba.

—Estoy de acuerdo —coincidió Furio.

—¿Que nadie sabe que estamos aquí? Pero ¿qué dices, Brizio? Me han seguido. Saben que estoy aquí. Así que mejor jugar a cara descubierta.

—Yo opino que es una locura.

—No puedo dejarlo tirado —insistió Rocco—. Tengo que hablar con él, ya me inventaré algo.

Delante de la jefatura de Cividale había dos vehículos con las estroboscópicas encendidas. La luz azul se reflejaba espectral en las fachadas y ventanas de los edificios de alrededor. Rocco saludó a un par de agentes y entró. Esposito bajaba las escaleras. Le sonrió.

—Señor, ¿se ha enterado de la detención en San Pietro?

—No, de hecho me preguntaba a qué venía todo este lío...

—Si quiere verlo, el subjefe está arriba. Está que se sube por las paredes.

—Me imagino. Le toca currar.

Esposito pasó por su lado riéndose y salió a la plaza. Rocco subió a la primera planta. Los agentes entraban y salían de los despachos. Se oía el tecleo de los ordenadores, voces al teléfono. La última puerta era la del subjefe Augusto Cascone, el modelo de Armani que se había equivocado de carrera. Estaba abierta.

—¿Se puede?

Cascone hablaba por teléfono. Lo invitó con un gesto a que se sentara.

—Sí... Sí, por el momento he enviado a mis hombres a controlar... Sí, Coppetti. Sí, señor, por supuesto. Por supuesto, no se preocupe. En cuanto tenga noticias lo llamo. —Colgó el teléfono, se desperezó restregándose los ojos—. Schiavò, me cago en la mar, menudo follón me has montado, ¡con lo tranquilos que estábamos!

—¿Yo?

—¿Quién si no? Acaban de detener a un criminal muy peligroso, Baiocchi... y estaba justo en casa del tal Coppetti que tú andabas buscando. Lo hemos pillado con las manos en la masa. Doce pasaportes, dos tarjetas de crédito. Ese Baiocchi estaba listo para salir volando y ahora le toca quedarse encerradito en Udine. —Se subió las mangas del cárdigan—. Y nosotros que le teníamos el ojo echado a la prima...

—¿Amelia Coppetti, apodada Falcon?

Augusto abrió los ojos como platos. Los tenía enrojecidos.

—¿La conoces?

—Te lo dije. Investigaba ese tráfico.

Cascone silbó.

—Vaya, vaya, eres un grande. Choca esos cinco. —Y se estiró por encima del escritorio para ofrecerle la palma de la mano.

Rocco, abochornado, levantó el brazo justo cuando un agente especial se asomaba a la puerta.

—Señor, cuando quiera, Coppetti está listo.

—Gracias, Siniscalchi. —Y el agente desapareció.

—Oye, Augù, también quería decirte que siento que la noche haya acabado yéndose a la mierda.

—Ni me hables, hasta la máquina de preservativos está rota.

—Cuando la cosa se tuerce... Y bueno, además de Coppetti y del tal Baiocchi, que me la suda completamente, ¿han arrestado a alguien más?

Augusto asintió.

—Sí, a un grandullón de Roma. ¿Por qué?

—Sebastiano Cecchetti, ¿verdad?

—¡Eres una caja de sorpresas, Schiavò! ¡La virgen, menudo sabueso! Sí, ahí lo tenemos. Estamos esperando al juez.

—De colega a colega, ¿me dejarías hablar con él un minuto?

—Pues... no sé... antes de que llegue el juez...

—Por favor. Así me ahorras todo el trámite. ¡Será sólo un minuto!

—Pero ¿qué pinta él en todo esto?

Rocco bajó la voz.

—Es uno de mis confidentes...

Augusto frunció el ceño sobre sus bonitos ojos azules.

—¿Un confidente?

—Sí, pero no levantes la liebre... o me puedes joder vivo.

El subjefe Cascone se llevó la mano al corazón.

—¿Estás loco? No, es sólo que sigue siendo un asunto extraño. Estaba en la cabaña... Y armado. ¿Qué hacía allí?

—Está mal de la cabeza —respondió Rocco—. Se le había metido entre ceja y ceja que debía ayudarme, pero se le ha ido de las manos. Déjame hablar con él, así verás que me conoce.

—De colega a colega, te doy cinco minutos. —Luego gritó—: ¡Siniscalchi!

Al cabo de unos segundos, el agente reapareció.

—¿Sí?

—Acompáñame al colega a ver al grandullón romano.

—Ahora mismo. Acompáñeme, señor.

Rocco se levantó.

—Gracias, Augusto, te debo una.

—Anda, anda, si no nos ayudamos entre nosotros... ¿Le cuento al juez este asunto del confidente?

—Cuéntaselo. —Y siguió al agente.

El agente especial le abrió la reja que protegía la puerta y luego, mientras agarraba el picaporte, le dijo:

—Estaré aquí fuera, señor. Por si me necesita.

—Quédese tranquilo, es amigo mío —le contestó Schiavone antes de entrar.

Sebastiano estaba sentado delante de una mesa. En lo alto, un ventanuco con barrotes. Ésa era toda la decoración. Tenía los ojos enrojecidos.

—Bien hecho, Rocco, ¿estás contento?

—¡Yo no sabía nada, joder!

—Ah, ¿no? ¿No sabías nada? ¿Y cómo coño se han enterado? ¿Por mi abuelo?

—Si te digo que...

Pero el oso no escuchaba.

—Cuando fuiste a por Luigi Baiocchi, ¡yo estuve a tu lado! ¡A tu lado! Y ahora vienes tú y me apuñalas por la espalda, Rocco Schiavone. Has matado a Adele por segunda vez. ¡Ese carapolla

ha escapado vivo! ¡Y aquí me tienes a mí, berreando en un calabozo! ¿Era esto lo que querías? Tú y yo éramos amigos, ¡éramos hermanos!

—Seba, yo no sé nada de esto, ¿cómo tengo que decírtelo? ¡Ni siquiera entiendo qué ha pasado!

—Pues es fácil. Ésos son de las unidades especiales, y yo no los he llamado. ¿Quién habrá sido? Tú eres uno de ellos, Rocco, ¡y lo serás hasta que te mueras!

Rocco se acercó, pero Sebastiano se levantó de golpe, como si tuviera delante una serpiente.

—¡Ni te me acerques, Rocco, mira que si te cojo no respondo!

Pero Rocco no escuchó el consejo.

—¡Te he dicho que no te acerques!

Cuando estaba a medio metro de distancia, Sebastiano le soltó un mamporro en toda la cara y Rocco cayó al suelo de espaldas. Seba lo miraba desde lo alto, con los puños apretados, y su cara era la viva imagen del odio.

—Te lo advertí, judas traidor. Pero ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué coño has hecho algo así?

Rocco volvió a levantarse. Se puso de pie delante de su amigo, limpiándose la sangre del labio.

—No he sido yo, Seba. Tienes que creerme.

Pero Sebastiano cargó contra él como un toro y lo embistió con la cabeza a la altura del estómago. Cayeron al suelo. Rocco sólo intentaba esquivar los golpes que Sebastiano soltaba sin ninguna lógica, con rabia. El suelo estaba frío, su amigo gruñía, recibió un golpe en la nariz que le hizo ver un millón de estrellas. La puerta del calabozo se abrió de pronto y entraron el agente especial y otro colega para poner fin a la trifulca.

—¡Quietos! ¡Quietos! —gritó Rocco, pero los otros dos ya habían agarrado a Sebastiano por los hombros para intentar separarlo del subjefe—. ¡Os he dicho que paréis! —gritó Rocco.

Los policías lograron desenredar los dos cuerpos y alejar a Sebastiano hasta una distancia de seguridad. Rocco se puso de pie.

—Dejadlo. ¡Os he dicho que lo dejéis! —gritaba el subjefe mirando a su amigo a los ojos.

—Señor, lo va a machacar —gritó uno de los dos policías.

—Menos mal que era amigo suyo... —comentó el agente especial.

—¡Haced lo que os he dicho!

Los dos agentes, jadeantes, fueron soltando poco a poco el cuello y los brazos de Sebastiano Cecchetti, que respiraba con dificultad y había dejado de forcejear. Rocco, con sangre en la nariz, se remitió la camisa rasgada en los pantalones.

—Salid y dejadnos solos.

Los dos policías se miraron sin entender nada, se arreglaron el uniforme y, finalmente, obedecieron y salieron de la salita. Sebastiano dirigió la mirada al suelo. Rocco se acercó a su amigo y lo abrazó con fuerza, y Sebastiano, vencido, rompió a llorar.

—¿Por qué me has hecho esto...? ¿Por qué?

—¡Te voy a demostrar que yo no tengo nada que ver!

Sebastiano se liberó del abrazo y volvió a sentarse. Se agarró la cabeza entre las manos. Luego, con voz baja, cavernosa, dijo:

—Vete, Rocco, tú y yo ya no tenemos nada más que decirnos.

Schiavone esperaba fuera, junto a la puerta, a que acabara la reunión. Era más de la una de la madrugada, y de vez en cuando lo vencía el cansancio y un acceso de sueño lo hacía cabecear.

Baldi había llegado hacía media hora y estaba encerrado en la salita con el fiscal De Biase y el subjefe Cascone. Los había oído incluso reírse, y había logrado captar algún retazo de conversación. Nada del otro mundo, sólo que Baldi y De Biase habían sido compañeros en el juzgado de Bari unos años antes. Fuera el cielo seguía oscuro, pero en cuestión de pocas horas despuntaría el alba. Tenía la boca seca. Aunque al menos había logrado eliminar el sabor a sangre bebiendo agua y un poco del pésimo café de la máquina. El trasiego de gente se había calmado. Ahora la comisaría estaba más tranquila, y el ruido de las impresoras y los teléfonos se había apagado. La calma sólo se había visto interrumpida cuando dos agentes trajeron a un chico delgado y tan puesto de lo que fuera que no se tenía en pie. Por fin se abrió la puerta y salió Baldi. Tenía el rostro tenso, la piel estirada como la de un tambor, los ojos rojos y el pelo despeinado. Se puso la chaqueta y agarró del brazo a Rocco.

—Salgamos, tenemos que hablar de un par de asuntos.

Caminaron por las calles del centro mientras la ciudad dormía.

—Yo le he seguido el juego, tan sólo Dios sabe por qué, pero ahora usted debe contarme dos o tres cosas.

Las sombras de ambos se alargaban sobre los adoquines de via Pellico.

—Como siempre he sospechado, juega usted a demasiadas bandas. Corrijame si me equivoco.

—Se equivoca, señor, la verdad es otra.

—Explíquese...

—Yo iba detrás de Sebastiano Cecchetti, que, como usted recordará, era...

—La pareja de Adele Talamonti, sí, lo sé, continúe.

—Lo busqué y seguí su pista, hasta que comprendí que se dirigía hacia aquí en busca de Enzo Baiocchi, fugado de la cárcel.

—Sé adónde quiere ir a parar, así que no siga por ese camino. Va a decirme que quería evitar que el tal Sebastiano se lo cargase.

—Sí, en cierto modo.

Baldi se echó a reír.

—¿Y yo voy y me lo trago?

—Haga lo que quiera. Pero es la verdad.

—O sea, me está diciendo que no iba a la caza de Baiocchi, sino en busca de su amigo.

—Sí, temía por Sebastiano.

—¿Me toma por idiota?

—Entonces, contésteme a esto. Si, como usted dice, yo iba detrás de Enzo Baiocchi, ¿cómo es que, en el momento de la detención de Sebastiano Cecchetti, yo no estaba presente?

La pregunta cogió al juez desprevenido.

—Porque no estaba allí —continuó Rocco—, ¿y sabe por qué? Porque no he llegado a tiempo. Si mi objetivo hubiese sido Baiocchi, en este preciso instante yo estaría compartiendo calabozo con Sebastiano Cecchetti. Y sin embargo, ¡aquí estoy, hablando con usted!

—Así que debe darles las gracias a las unidades especiales por haberle sacado las castañas del fuego, ¿no es cierto?

—Que Dios bendiga a las unidades especiales.

Habían llegado al puente del Diavolo. A esa hora el río aún fluía envuelto en la oscuridad.

—Me recuerda usted a un grillo, uno de esos que van saltando de tallo en tallo y es imposible atraparlos. —Se apoyó en la barandilla a contemplar el paisaje—. Eso es, un grillo. Qué bonito es esto, ¿no?

—No tengo ni idea, no he tenido tiempo de pasear por la ciudad.

—¿Ve allí abajo? Ahí detrás está el pasaje Cornelio Gallo. Yo viví allí.

—¿Usted es de aquí?

—No, mi padre era director de banco. He vivido un poco en todas partes. Aquí, en Cividale, cuatro años. Pero era pequeño, me acuerdo de mi casa, del Natisone y de la escuela primaria. Y sí, todos emigramos, unos por trabajo, otros por amor, algunos como castigo. —Y le lanzó una mirada sarcástica al subjefe—. Por cierto, ¿sabe que he encontrado la solución para la inmigración africana en nuestro país? —Baldi había retomado el discurso sobre los grandes temas socioeconómicos, hecho que puso a Rocco de buen humor. Era señal de que el magistrado se estaba relajando—. ¿Quiere saber cuál es?

—Por supuesto.

—Es muy sencilla. En cuanto el inmigrante desembarca, se le hace una pregunta. En función de la lengua en que responda, se le envía al país correspondiente.

—Explíquese mejor —lo exhortó Rocco.

—¿Que habla francés? A Francia. ¿Qué habla inglés? A Inglaterra. ¿Portugués? A Portugal. ¿Italiano? A Italia. Porque el francés, el inglés o el español no son lenguas nativas de Senegal ni de Angola, ni de Nigeria ni del Cuerno de África. No. Lo son las lenguas Níger-Congo, las lenguas fur, las semíticas. Si hablan las europeas, es porque durante cientos de años algún país europeo ocupó las tierras de sus abuelos. Por lo tanto, lo mínimo que ahora puede hacer ese país colonizador es acogerlos. Asunto zanjado. Se llama indemnización.

Rocco se quedó cavilando.

—No está mal, señoría.

—¿Verdad? —Luego miró a Rocco a la cara—. ¿Por qué no ha pedido ayuda?

—¿Para lo de mi amigo? Porque solo me muevo más rápido.

—Baiocchi se encuentra ahora detenido en Udine. No sé por qué han movilizado a las unidades especiales, pero debe de ser uno de esos que sabe muchísimas cosas.

—Yo también he llegado a la misma conclusión, señoría.

—Y lo más importante de todo es que ahora a lo mejor nos explique qué lo empujaba a querer acabar con usted.

—Pues sí, hasta a mí me pica la curiosidad.

—Yo había pensado otra cosa. ¿Quiere saber qué?

—Adelante. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Usted conoce el motivo por el que Baiocchi quiere verlo muerto, y su prioridad era cerrarle el pico. Lo buscaba para callarle la boca de una vez por todas. Él quiere verlo muerto porque en el pasado usted le hizo algo. Pero si eso fuera cierto, usted sería una especie de justiciero, de vengador. Digamos que hasta un asesino. Y no creo haberme equivocado tanto con respecto a usted. Usted es un granuja, hace las cosas para salir del paso, como le da la gana, pero no es un asesino. No, quiero creer en la historia que acaba de contarme. Será que esta ciudad me devuelve a la infancia, será el aire fresco de esta noche o que todavía tengo atravesado lo de Bernardo Valenti... —Levantó la mirada al cielo—. No, estoy demasiado cansado. Ya hablaremos en Aosta, he hecho algunos avances y estoy esperando un par de respuestas. Schiavone...

—Diga.

—Es la última vez que le salvo el culo, téngalo muy presente.

Brizio iba al volante. Furio, sentado a su lado, escuchaba la radio con el volumen muy bajo. Las luces de una estación de servicio pasaron a toda velocidad sobre sus rostros mientras el cielo se coloreaba de rojo. Adelantaron a un camión que transportaba terneros. Se veían los hocicos de las pobres bestias, que intentaban robar una última bocanada de aire y de vida. Rocco, tumbado en el asiento de atrás junto a *Loba*, miraba por la ventanilla. Se sentía sucio y frío. Un trapo usado y tirado en el suelo de una habitación. ¿En qué se había equivocado? ¿Quién lo seguía adelantando sin siquiera poner el intermitente? Había arriesgado incluso su amistad con Sebastiano, uno de los tres seres humanos con los que siempre podría contar. Tenía que encontrar respuestas. Y rápido. Aquel tal Barrio, aquel ex empleado de la embajada apartado y casi olvidado por sus antiguos empleadores, era el principal nudo que debía deshacer. ¿Y cómo había llegado hasta él el comando de operaciones especiales de seguridad, el NOCS?

Miró las nuca de sus viejos amigos. No podían haber sido ellos, era simplemente impensable. Pasó a Alfredo De Silvestri, el antiguo agente de EUR. Imposible. Ni siquiera tenía conocimiento de que le estuvieran dando caza a Baiocchi. ¿El director de la prisión de Velletri? Al traer a la memoria el rostro de Francesco Selva, percibió una nota que desentonaba. Con él sí que había hablado. Había seguido la pista hasta Udine y alrededores gracias a la información que le había proporcionado el funcionario de prisiones. ¿Era él el espía? ¿O el agente de Cividale: aquel Esposito que le había facilitado la dirección de la pareja de Coppetti?

Difícil. En la comisaría estaban tan asombrados como él por la intervención de las unidades especiales.

Sombras.

Igual que en el caso de Bernardo Valenti. Siempre lo perseguía la sombra de alguien más veloz y preparado que lo lastraba. Pero el detalle que más desentonaba era siempre el mismo. Y le dio voz Brizio, que parecía haber seguido su propio hilo de pensamiento:

—¿Saldrá de ésta Sebastiano?

—No lo sé. Depende de De Biase, el fiscal. Baldi me ha dicho que el problema es el intento de homicidio.

—Pero si Seba no ha disparado. Quiero decir, ni que se pudieran llevar a juicio las intenciones.

—Estaba allí con un arma, Furio. ¿Qué iba, de excursión?

—Pues yo creo que el abogado conseguirá que lo suelten —vaticinó Brizio, poniendo el intermitente para adelantar a un coche—. Dirá que estaba allí para pararle los pies a Baiocchi y que tenía intención de entregarlo a la justicia.

—¿Y quién se lo va a creer?

—Bueno, Furio, ¿es tan creíble como el hecho de que quisiera dispararle!

—Pero a ver, Rocco, yo lo que quiero saber es por qué molestan a un comando de operaciones especiales de seguridad para un mierda como Baiocchi.

—Les vendrá bien para algo.

—¿Para qué? —preguntó Furio.

—No lo sé. Pero seguro que tiene información interesante.

Furio negó con la cabeza.

—No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Baiocchi estaba en la cárcel, tenían todo el tiempo del mundo para interrogarlo. ¿Por qué ahora, después de que se fugue?

—Porque habrán indagado y habrán descubierto algo sobre él. Yo qué sé.

—Es eso —afirmó Furio—. Se fue a Roma, pensaba que era invisible y en realidad lo tenían

bien fichado.

—Pero ¿tú realmente crees que hemos llegado a la vez a la cabaña en la que se escondía? — preguntó Brizio.

—Puede que sí, Brizio —contestó Rocco—. O bien, como tú decías, alguien sabía de mis movimientos y ha esperado el momento justo para intervenir. Así le han echado el guante a Baiocchi y, de paso, también a mí. Porque ahora me tienen bien cogido por los huevos.

—¿Estás diciendo que todo este fango viene de Roma?

—El fango siempre viene de Roma, Furio...

Volvió a imponerse el silencio, sólo interrumpido por el ronroneo del motor. *Loba* bostezó. Rocco hubiera preferido estar en la cama. No podía dejar de pensar en cómo era posible que, en cuestión de pocos segundos, su vida se hubiera puesto otra vez patas arriba. Le daba incluso la sensación de que los golpes de la adversa fortuna aún no habían acabado de atormentarlo. Entonces pensó en Gabriele y en sus problemas con una madre ausente y un instituto que lo aprisionaba. Y en Caterina y su cuerpo, en el que le habría gustado volver a refugiarse una temporada.

Brizio aparcó cerca del ministerio. Bajaron, cansados del viaje. El Trastevere era una algarabía. Furio se marchó en busca de su coche para volver a casa. *Loba* fue a investigar si había neumáticos que regar.

—Bueno, ya nos vemos —dijo Rocco. Brizio encendió un cigarrillo por toda respuesta—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—Todo esto tiene muy mala pinta... —respondió Brizio, dando una calada—. Y sólo el hecho de que lo haya pensado me hace sentir mal.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que no te das cuenta, Rocco? Yo te quiero desde hace cuarenta años, pero lo que ha pasado me ha desconcertado. —Se apoyó en el coche, con el capó aún caliente por el viaje—. Hablo de Sebastiano.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Yo sé que tú no tienes nada que ver, que no has jugado sucio, me fío de ti, me fío desde siempre. Pero... —Dio otra calada al cigarrillo, y lanzó una bocanada de humo claro por la boca—. Ha pasado. —Miró a su amigo a los ojos—. Y la pregunta es: ¿habría pasado lo mismo si tú no hubieras estado con nosotros?

Rocco cruzó los brazos. Sacudió levemente la cabeza, la suya era una petición silenciosa.

—Yo opino que no —continuó Brizio—, que no habría pasado. Porque tú eres policía, Rocco, y nosotros no.

—¿Y qué?

—Pues que te hayan o no te hayan seguido, tú eres la causa de que hayan detenido a Sebastiano. Por el mero hecho de ser policía. Basta con eso. Y tarde o temprano teníamos que llegar a este punto. —Tiró el cigarrillo al suelo, las ascuas rebotaron en el asfalto—. Estamos en dos orillas distintas. Y aunque nos queramos mucho, y nos respetemos, tú eres tú y yo soy yo. ¿Me entiendes?

—Entonces, ¿tú tampoco te fías de mí?

—No, te lo he dicho. De Rocco me fío y me fiaré siempre. Pero también eres el subjefe Schiavone, y eso no lo puedes borrar.

Rocco frunció el ceño.

—Pero es la primera vez que me haces este razonamiento.

—Porque hasta hoy todo ha ido como la seda. Pero ahora Seba está entre rejas. ¿Y sabes lo que te digo? Que puede que ese grandullón tuviese sus razones para querer ir él solito a por ese desgraciado de Baiocchi. Porque solo, a estas alturas, hace ya un buen rato que habría sentenciado el partido.

—Yo os necesito —dijo Rocco, mirando al suelo—. A ti, a Furio y a Sebastiano. Sois una parte de mí, como los brazos y las piernas. No me hagas esto, Brizio...

Brizio se alejó del coche y abrazó a su amigo. Siguieron así, en silencio, varios segundos. Luego se apartó. Tenía los ojos húmedos.

—Y cuando llegue el día en que yo haga algo feo y tú te enteres, ese día ¿qué harás? ¿La vista gorda? Eres policía, Rocco, no puedes hacer eso.

—Eso deja que lo decida yo. Yo sólo te pido que siga siendo como antes. Por si sirve de algo, te demostraré que tenía razón, que alguien me ha traicionado.

—No hace falta, eso ya lo sé. Si eres águila, vuelas, amigo mío, si eres caballo, trotas. Y ni tú ni yo podemos hacer nada por cambiarlo.

El coche de Furio se detuvo junto a ellos. Brizio le dio una palmada a Rocco.

—Adiós...

—Échate un sueñecito, Rocco —se despidió Furio, que iba al volante.

Y se marcharon juntos dejándolo allí, en medio de la calle.

Se despertó sobresaltado con el tercer timbrado del móvil antiguo, que había vuelto a encender antes de acostarse. Tardó unos diez segundos en acordarse de dónde estaba: Roma, Trastevere, hotel Santa Maria, habitación 62, primera planta. Alargó el brazo.

—¿Quién es?

—¿Dónde estás? —La voz de Caterina.

—Pero ¿qué horas son?

—Mediodía, Rocco. Llevo dos días llamándote, pero el móvil siempre estaba apagado. ¿Tienes un televisor cerca?

Miró la pared de delante. Sí, tenía.

—Sí, ¿por?

—¿Estás viendo la tele?

—Estaba durmiendo, qué iba a estar viendo...

—Veo que estás de buen humor. ¿Es mediodía y sigues durmiendo? Enciéndelo y pon las noticias. ¡Ahora mismo!

Rocco encontró el mando sobre la mesita de noche. Lo encendió.

—¡Pon la primera! —le ordenó Caterina, y colgó.

Apareció el rostro de un periodista con chaqueta y corbata.

—Detenido de madrugada en una operación relámpago el criminal Enzo Baiocchi... —Detrás del presentador, una foto en la que aparecían dos agentes con pasamontañas sujetando con firmeza al hijo de puta—. Capturado en la provincia de Udine. Enzo Baiocchi, fugado de la cárcel de Velletri el pasado mayo, estaba en busca y captura por numerosos delitos, entre los más relevantes, el homicidio de Adele Talamonti, ocurrido en Aosta. Los investigadores lo consideran una persona conocedora de datos fundamentales con relación a distintos casos de tráfico de droga de la capital. Por el momento, se encuentra a disposición de los magistrados en el centro penitenciario de Udine, donde ha pasado la primera noche de interrogatorios. Sus revelaciones están aún protegidas por el secreto de instrucción..

Rocco apagó el televisor. Se levantó de la cama. Se dio cuenta de que se había quedado dormido sin quitarse la ropa. No tenía tiempo que perder. Tras una ducha rápida, salió después de pedirle a *Loba* que se portara bien, a lo que ella respondió instalándose a los pies de la cama. Colgó el cartel de «No molestar» fuera de la puerta y, antes de salir, le pidió al recepcionista que

le diese de comer a la perra.

No había ido sola. A su lado estaba Alejandro Giménez, el jefe de prensa de la embajada. Lo esperaban en las mesitas de un bar de piazza San Cosimato. En cuanto lo vieron llegar, se pusieron de pie.

—Me alegro de verlo, señor Schiavone.

Se estrecharon la mano. Giménez iba siempre impecable, esta vez con un traje de algodón color crema. Carmen había optado por un traje pantalón azul.

—Veamos, Carmen me lo ha contado todo. Y nos complace poder ayudarlo... —Hizo un gesto. La secretaria cogió una carpetita de piel y extrajo una hoja—. A Rubén Montoro lo conocemos bien, señor Schiavone. Un sinvergüenza, alguien a quien la policía de nuestro país seguía la pista desde hace años, pero que siempre había logrado escapar. Sabíamos que estaba relacionado con Barrio, puede que incluso trabajara para él.

—Claro que trabajaba para él —afirmó Carmen con rostro serio—. Se lo aseguro, señor Giménez, era el chófer de Barrio. Es sólo que nunca conseguimos demostrarlo —añadió, dirigiéndose a Rocco.

—¿Por qué se apartó a Barrio de la embajada?

—Nos daba mala espina —respondió Giménez—. Se traía tejemanejes con gente como Montoro, y en la embajada ya no nos fiábamos de él. También hubo un medio escándalo con unas facturas poco claras, así que lo destituimos.

—Entiendo. Tengo que ver a ese tal Barrio.

Por toda respuesta, el jefe de prensa le tendió la hoja que sujetaba en la mano.

—Ésta es su dirección.

Rocco la leyó.

—Vive cerca de mi casa... Eso explica lo del bar de via Vitellia.

—No le sigo.

—Montoro llevaba en el bolsillo un tíquet del bar Mastrangeli, en via Vitellia. Que queda cerca de la casa de Barrio.

—Bien —dijo Giménez levantándose de la silla, seguido rápidamente por Carmen—. Nos alegramos de que haya obtenido estas respuestas. Y esperamos que logre ponerle las manos encima a esa banda de golfos. La embajada estará siempre a su disposición.

Rocco también se puso en pie.

—¿Por qué ahora?

Alejandro Giménez miró a Carmen, que acabó por sonreír.

—Son las reglas, señor Schiavone. No se le escupe a un pariente, a menos que alguien nos demuestre que ese pariente se merece que le escupan.

—¿Aunque ustedes ya supieran que era un canalla?

—Aunque ya lo supiéramos.

—Claro y un tanto retorcido, señor Giménez.

—Lo sé. ¿Quiere un consejo? No se meta a diplomático.

—Es un riesgo que yo no estoy dispuesto a correr, créame.

Había sacado a *Loba* para que hiciera sus necesidades y luego devolverla a dormir en la habitación. Subía por vía Garibaldi del lado del Gianicolo, en dirección a Monteverde Vecchio. Roma se extendía ante él roja y amarilla, bajo un cielo celeste surcado por pequeñas nubes blancas de algodón, entre las que planeaban las gaviotas. La ciudad eructaba con un ruido sordo y continuo, el bramido de una manada de bisontes feroces. Habría podido tomar un taxi, pero decidió que hacía muy buen día y se merecía un paseo. Pasó delante de la Porta San Pancrazio y prosiguió por vía Vitellia hasta que la calle se cruzó con otra, que descendía empinada hacia la vía Aurelia Antica. Allí acababa el tráfico y se oían sólo los pájaros. Sudado, Rocco siguió caminando. El trayecto era más largo de lo que recordaba; la gimnasia y el ejercicio no eran más que un recuerdo borroso. A derecha e izquierda, sólo había vallados, ningún edificio. Al fondo parecía haber una cancela, y debía de ser de una villa porque, mirara donde mirara, lo único que veía eran ramas y árboles, ni siquiera un pequeño edificio. Continuó trescientos metros más, y por fin llegó al número que buscaba. Una cancela de hierro.

Abierta de par en par.

El enorme jardín estaba cuidadísimo. Siguió por un sendero que durante un tramo se perdía entre árboles y matorrales y, una vez superados dos pinos, llegó a la vivienda. Parecía una gran casa de campo, con las ventanas blancas reticuladas. Delante había un coche con las puertas abiertas. Ni un atisbo de vida. Rocco llegó al patio, cubierto por un techado de tejas y madera. En el suelo, un vaso hecho añicos. Las tres grandes cristaleras estaban abiertas, y las cortinas blancas ondeaban perezosas al viento. Entró en la casa. El salón era gigantesco, fue incapaz de contar la cantidad de sofás blancos repartidos por la habitación. Una chimenea de hierro pendía del techo.

—¿Y usted quién es?

Tumbada en uno de los sofás, vaso en mano, una mujer lo observaba. Ya había pasado los cuarenta. Los rizos de pelo largo y negro le caían sobre los hombros. Labios carnosos, piel dorada. Su cuerpo, resultado de horas de entrenamiento en el gimnasio, se mostraba en toda su perfección gracias a un vestido amarillo que se ajustaba como una segunda piel. Levantó la mirada.

—Le he preguntado quién es —dijo con voz ronca de fumadora.

—Subjefe Schiavone.

—Se lo acaban de llevar. ¿Qué más quieren?

Rocco avanzó un par de pasos.

—Rubén Montoro... ¿trabajaba para ustedes?

—¿Quién?

—Montoro. ¿Era el chófer de su marido?

La mujer levantó ligeramente un hombro.

—... chófer... —farfulló escéptica. Luego fue hasta una mesita baja de madera negra taraceada y abrió una pitillera de plata. Se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con un mechero lleno de brillantes pequeños, que después lanzó a la mesa. Echó una bocanada de humo y miró a Rocco —. ¿Por qué quiere saberlo?

—Lo que me gustaría saber es el motivo por el que murió con mi número de móvil en el bolsillo, dado que yo no lo conocía.

—Eso son asuntos de mi marido. —Y con gesto de suficiencia se dio la vuelta para dirigirse hacia una puerta, con el paso inseguro de quien ha bebido demasiado—. ¿Quiere un café?

—Con mucho gusto.

—¡Anita! —gritó—. Ay, sí, me olvidaba. Se acabó el servicio. Hasta ellos han desaparecido. Si le apetece, sírvase algo de beber. —Y señaló una barra con decenas de botellas de alcohol.

—No, gracias. No la veo yo muy triste...

—¿Debería estarlo? —Y dio otra calada al cigarrillo—. Pero, por favor, póngase cómodo. Total, hoy el gimnasio me lo voy a saltar de todas formas. Digamos que no estoy de humor...

—¿Su marido estaba a punto de marcharse? —preguntó Rocco, señalando la maleta todavía apoyada sobre las baldosas de terracota del patio.

—«Huir» es el término más apropiado —respondió la mujer—. Y todavía no me he presentado. Penélope.

Rocco esbozó una leve sonrisa.

—¿Huía?

—Claro. Estaba viendo las noticias y, cuando anunciaron la detención de anoche, se puso blanco como la pared y empezó a hacer las maletas. Pero no le dio tiempo.

Rocco se sentó en un sillón de piel.

—¿Tenía usted conocimiento de las cosas que hacía su marido?

—¿Juan? Hacía muchísimas cosas. Algunas limpias, otras muy sucias. Y creo que lo han pillado por lo de la embajada.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Vivía tranquila?

Rompió a reír. Apagó el cigarrillo directamente sobre la mesa frente al sofá. Luego sacudió la melena.

—Señor subjefe, era sólo cuestión de días que Juan se marchara de casa. Él y yo compartíamos esta humilde morada, nada más. —Y con una mirada abarcó el artesonado del techo—. Será duro contárselo a mi padre, siempre lo ha odiado. Ni se imagina cuántos «¡te lo dije!» tendré que tragarme. Mi padre fue general, ¿sabe? ¡Un hombre como Dios manda! Como mi abuelo y el padre de mi abuelo. Somos una familia antigua y un poco aburrída... y puede que tuviera razón cuando me decía que no me acercara a «ese Barrio...», pero yo era joven, y cuando se es joven se hacen tonterías. —Con un gesto brusco de la mano se apartó el pelo hacia atrás. Luego se levantó del sofá y logró llegar al mueble bar—. Juan y yo llevábamos vidas independientes. —Vacío lo que quedaba de whisky en el vaso y soltó la botella sobre la mesa de madera—. Ahora a mi marido le caerán unos cuantos años de cárcel, yo exigiré el divorcio, volveré a mi casa, a mi país, y empezaré una vida nueva —declaró, y se dejó caer otra vez sobre el sofá, feliz de poder beber otro buen trago de alcohol.

—Cocaína —dijo Rocco, acomodándose en el sillón.

—¿Qué?

—Su marido traficaba con cocaína.

—Sí. Para gente poderosa... —Y le guiñó el ojo—. Si pregunta por ahí, oirá de todo. Cocaína, sí. Y yo lo sabía. ¿Cree usted que yo también merezco ir a la cárcel? A fin de cuentas, sí. —Y dio otro trago—. Mire cómo he vivido hasta hoy, rodeada de lujos. ¿Sabía yo de dónde venía ese dinero? No era difícil intuirlo, dado el tipo de gente con la que trataba mi marido.

—¿Por ejemplo, Montoro?

—Montoro... Rubén le cubría las espaldas, lo seguía como un perrito fiel. Había sido militar, pero lo echaron del ejército. Un tipo violento, horrible. ¿Dice que ha muerto?

—¿Usted no lo sabía?

—No. Hacía días que no lo veía por aquí. ¿Puedo saber cómo?

—Degollado.

Penélope hizo una mueca que parecía una carcajada silenciosa.

—Una muerte horrible.

—Tal vez pueda usted ayudarme, dado que es tan amable.

—No soy amable, pero ahora mismo no tengo nada mejor que hacer y, además, estoy bastante borracha.

—Me gustaría echar una ojeada al estudio de su marido. Tendrá un estudio, imagino.

—Adelante. Pero ya han pasado antes sus colegas. Porque son colegas suyos, ¿no?

Se miraron en silencio. Rocco se levantó del sillón. La mujer extendió una mano para señalar una puerta.

—Por ahí hay un pasillo, el estudio está al fondo. Tómese su tiempo. Yo no lo acompaño.

Del mismo modo que la casa era amplia, lujosa y estaba llena de cuadros y muebles, el estudio era microscópico, desnudo, básico. Una celda monacal en la que poder concentrarse sin la distracción de olopeles ni fantasías. En una mesita yacían los cables de un ordenador que se habían llevado. La estantería contenía cajas de cartón abiertas y vaciadas. Sus colegas también habían retirado su contenido. Lo único que le quedaba a Rocco por abrir era el cajoncito del escritorio. Un cargador de baterías. Una vieja cartera llena de tarjetas de visita, bolígrafos, lápices, algún céntimo suelto, un bloc de Post-it todavía dentro del plástico, un sacapuntas, un viejo puro deshecho, un anillo de poco valor, un cartucho de tinta de impresora vacío, un folleto de un centro deportivo... Cogió la cartera y empezó a mirar las tarjetas de visita: Taller mecánico Rosario; el pin y el puk de un móvil; Marco Ierosi, cerrajero; Eusebio Valor, periodista del *Independiente*; Motorcar, chapista; un hotel de una estrella en Bellavista; Michele Servaggelli, transportes. Las estudió una por una. Sólo había algo que le chirriaba, lo había notado mientras las miraba con desdén, pero aún no había llegado a entender qué era.

Hotel Bellavista, una estrella. Via Pontina, kilómetro 35. Era una zona de Roma que Rocco conocía bien. Aquel lugar no quedaba lejos de Castel di Decima, la Pontina pasaba justo al lado. ¿Qué tenía que ver el acaudalado Barrio con un hotel cutre y piojoso de una estrella en la Pontina?

Penélope seguía en el sofá, hablando por el móvil.

—Sí... Sí, te espero. Ven cuando te dé la gana. —En cuanto vio a Rocco, colgó—. ¿Ha encontrado algo interesante?

—Sí, gracias. Adiós, señora Barrio.

—Le agradecería que me llamase por mi verdadero apellido, el de mi familia. Barrio no quiero volver a oírlo.

—Si me lo dice, la complaceré enseguida.

—Penélope de la Vega y Fernández de Tejera.

—No creo que pueda recordarlo. Por cierto, ¿le cabe en el pasaporte?

La mujer se echó a reír mostrando sus preciosos dientes.

—Pues entonces llámeme por mi nombre. Con eso basta y sobra.

—Adiós, Penélope. Buena suerte.

—Sí, hasta hoy no la he tenido. Subjefe Schiavone, usted me ha hecho un montón de preguntas, ahora me gustaría hacerle una.

—Cómo no.

—¿Quién es usted en realidad? Porque no me creo demasiado que sea policía.

—Soy subjefe de policía, y hace años investigué a su marido, sin éxito. Soy, sobre todo, alguien que en los últimos tiempos parece que llega siempre un poco tarde.

—Todo le sale mal, lo siento. Tiene cara de estar muy cansado, ¿a qué se debe?

—Créame, relacionarse con personas como ustedes cansa mucho. Y el trato era solamente una pregunta. Adiós...

Subía ahora la calle con las ideas más claras, pese a haber dormido poco o nada. Que hubieran detenido a Barrio por las revelaciones de Enzo Baiocchi quería decir que había acertado: se conocían. De hecho, ahí estaba de nuevo el viejo caso de narcotráfico de la banda de Luigi Baiocchi, en el que Barrio estaba implicado. Cocaína. Barrio había enviado a un sicario para eliminar a Enzo, para silenciarlo. ¿Y el número de teléfono que Rubén Montoro llevaba en el bolsillo? Tal vez Barrio, que estaba al tanto del terrible asunto entre Schiavone y los Baiocchi, se había puesto en contacto con Enzo para pedirle algo a cambio. Sus pensamientos volvieron a Sebastiano. El fiscal De Biase parecía haberse creído la historia del confidente, pero Baldi podía meter las narices. Intento de homicidio. Sebastiano corría el riesgo de ser procesado y acabar en la cárcel. Y lo peor era que su amigo lo considerara responsable de todo aquello. El discurso de Brizio le había dado la puntilla. «Un águila vuela, un caballo trota.»

«Y una serpiente de cascabel no es responsable de su veneno —pensó—, y yo soy un portador sano.»

Recogió a *Loba*, fue en busca del coche y partió en dirección Roma Sur.

Recorría la Pontina en medio del tráfico habitual. Dejó atrás Spinaceto y Castel di Decima, y finalmente lo vio. Una construcción de dos plantas, un paralelepípedo rojo con un balcón justo encima de una gasolinera. El hotel Bellavista no era un lugar para turistas, ni siquiera para viajeros, como mucho podía funcionar como puticlub de ínfimo nivel. Aparcó en la gasolinera, dejó a *Loba* en el coche y entró.

Tenía que jugar sucio.

Olía a moho. En las paredes, a media altura, se extendía una *boiserie* de plástico marrón. La recepción era un mostrador de mármol falso. Una rejilla con una decena de llaves colgadas, rematada por una reproducción horrorosa de Tiepolo de dos amorcillos abrazados. Un jarrón de cristal de colores con dos espigas de trigo secas y polvorientas unidas con un lacito de raso. Las paredes estaban pintadas de color púrpura, y en el suelo una alfombra raída y llena de manchas amortiguaba el ruido de los pasos. El espejo a la derecha estaba cubierto por decenas de postales incrustadas en el marco. Por una portezuela apareció un hombre. Llevaba el pelo largo a los lados, aunque en lo alto del cráneo no tenía ni un solo pelo. El bigotito blanco acentuaba aún más las mejillas chupadas. Vestía una camiseta celeste que dejaba ver los brazos llenos de tatuajes, y se

estaba secando las manos con un trapo sucio de grasa de motor.

—Dígame... —exigió serio.

—Me envía Juan —respondió Rocco.

El tipo lo escrutó de los pies a la cabeza.

—¿Juan qué?

—No te pongas gilipollas. Lo sabes.

—¿No serás madero?

—Si te doy un mamporro en toda la cara, ¿cambiarás de idea o seguirás dándome por culo?

—¿Te manda Juan?

—¿Eres sordo?

—¿Qué quieres?

—No he vuelto a saber nada de Rubén —dijo Rocco.

El hombre asintió.

—... Ven —le respondió, indicándole con un gesto que lo siguiera.

Cruzaron la portezuela por la que aquel tipo acababa de entrar, y a través de un pequeño pasillo con la pintura desconchada desembocaron en un cuarto que aspiraba a ser una cocina. Aunque de las cosas propias de una cocina no tenía más que una hornilla y dos anaqueles de formica marrón. Por una cristalera, salieron a un patio que daba a la parte de atrás del hotel. Había dos coches llenos de polvo, dos palés amontonados y un viejo carrito del supermercado Conad. A un lado, la entrada de un garaje lleno de hollín vomitaba la música que graznaba un transistor.

—¿Qué quieres decir con que no sabes nada? —le preguntó el hombre.

—¿Que qué quiero decir? Que no ha vuelto a dar señales de vida —respondió Rocco.

—A ver, escúchame bien, y díselo a Juan: yo le di las llaves. El trabajo lo hizo. Pero no tengo ni puta idea de en qué lío se metió después.

—¿Y dónde lo hizo?

—En la buhardilla.

—Llévame.

—¿Para qué?

—¡Que te metas en tus asuntos y me lleves, joder!

El hombre puso los ojos en blanco.

—Tira —dijo.

Entraron de nuevo. Se detuvo un instante en el mostrador y sacó unas llaves de un cajón.

—Por aquí —le dijo a Rocco, y empezaron a subir las escaleras de mármol.

En la primera planta había una decena de habitaciones, pero el hombre continuó.

—Arriba —señaló.

Rocco lo seguía en silencio. El hedor a moho se había visto reemplazado por el de la gasolina. El ruido del tráfico en la carretera estatal era ensordecedor. Las escaleras acababan en una portezuela. El tipo la abrió y pasaron a un pequeño distribuidor que comunicaba con una única habitación sin número.

—Aquí es...

El cuarto era un cuchitril con una cama individual y sin baño. Estaba ordenado, pero la peste a lejía tiraba para atrás.

—¿Estaba aquí? —preguntó Rocco.

—Sí.

—¿La has limpiado?

—¿Eh?

—¡Que si la has limpiado!

—Joder, empiezas a tocarme los coj...

Un codazo seco le golpeó el tabique nasal. El hombre cayó al suelo, gimiendo. Rocco se le echó encima y le arreó un puñetazo en toda la boca.

—¡Te he preguntado si la has limpiado!

Era una máscara de sangre. Intentaba taponarla, pero otro puñetazo de Rocco en la nariz casi lo dejó inconsciente.

—¡Por última vez o te reviento! ¿La has limpiado?

—S... sí...

—¿Qué pasó?

—¿Yo qué coño sé? Había sangre por todas partes, me cago en la puta...

Rocco lo agarró por el bigote, tiró con fuerza y le arrancó un mechón de pelo. El hombre gritó y empezó a toser porque se atragantaba con la sangre.

—¡Tú tienes que saber lo que pasó!

—Ese tío me va a matar.

—¿Quién te va a matar, gilipollas? —Lo agarraba por la camiseta, gritándole a un centímetro de la cara, hecha papilla—. ¿¿Quién?!

—El que estaba... aquí...

—¿Baiocchi?

El hombre no respondió. Rocco no aguantaba más.

—Repito: ¿Baiocchi?

No dijo nada. Simplemente asintió. Rocco lo dejó caer sobre las baldosas. Luego fue hasta la cama, arrancó la funda y se la tiró.

—Toma, límpiate, ¡pedazo de mierda!

El algodón blanco enseguida se tornó rojo por la sangre.

—¿Por qué no se lo dijiste a Juan?

—Si abría el pico, ese tipo volvía y me mataba.

—No llores, joder, y habla claro para que te entienda. ¿Baiocchi te mataba?

—Sí... Ha cogido el coche, lo ha cargado y se ha largado...

—Y tú no has dicho ni pío...

—He aprendido a meterme en mis puñeteros asuntos.

—Pues has hecho mal. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo?

—No, tu tía. ¡Que cómo te llamas!

—Demetrio.

—¿Qué clase de nombre es ése?

—Mi abuelo se llamaba así.

—¿Demetrio qué más?

—Demetrio Seganti. Pero ¿por qué? ¿Me conoces?

—Quién te va a conocer a ti. ¿Y cómo piensas salir de este fregado, Demetrio? —Se sentó en la cama y se encendió un cigarrillo.

—¿Que cómo salgo por qué?

—Juan quiere ver a Rubén. Tú sabías que estaba fiambre y te has callado. Pero te ha salido mal la jugada, porque a Baiocchi lo han pillado y nosotros estamos aquí. ¡Lo has engañado!

Demetrio tragó saliva.

—Yo no he engañado a nadie, díselo a Juan.

—Y no nos has engañado sólo una vez. Tú ya has cantado con otro, ¿verdad, Demetrio?

—No.

—Pues yo digo que sí. No soy el primero que viene en busca de Rubén y de Enzo, ¿no es cierto?

—Sí, sí que eres el primero.

—¿Quién más ha venido, Demetrio?

Pero el hombre del hotel Bellavista no respondió. Rocco tiró el cigarrillo al suelo y se levantó de golpe. Demetrio se protegió la cara.

—Te lo juro, no te miento. ¡No ha venido nadie más!

—Dime si ha venido uno grande, con el pelo largo, barba, y con pinta de oso.

—No.

—¿Ha venido sí o no?

Demetrio temblaba. Después pronunció un simple «No» que fue a parar al estómago del subjefe y le arrancó una sonrisa. Miró el rostro tumefacto de Demetrio, se levantó y cogió el móvil.

—¿Hola? Bonanni, ¿eres tú?

—Schiavone, querido, ¡cuéntame!

—Hotel Bellavista, kilómetro... —Miró a Demetrio—: ¿Qué kilómetro es éste?

—Treinta y cinco —respondió con un hilo de voz.

—Kilómetro treinta y cinco, tenemos la habitación donde mataron a Rubén Montoro. Demetrio Seganti es testigo ocular... —Lo miró nuevamente—: ¿Eres tú el dueño?

—Sí...

—Y es el dueño de este gran hotel.

—Gracias, Schiavone. ¿Quién lo mató?

—Baiocchi, Enzo, ¡detenido anoche en las inmediaciones de Cividale del Friuli!

—Pero... ¿puedes demostrarlo?

—Cuando quieras. Aunque te basta con el testigo que tenemos aquí...

—Schiavone, ¿cómo has llegado hasta ahí?

—Es una larga historia. Cuídate, Bonà... —Se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo—. Adiós, Demetrio...

—¡A ti no te manda Juan! —exclamó sin dejar de apretarse la nariz con la funda, a esas alturas ya totalmente roja.

—Tienes cierta intuición... —Y antes de salir del cuarto, le ordenó—: Después vendrán mis compañeros. Tú cuéntales lo mismo que me has contado a mí. Y, lo más importante, que no dijiste nada porque tenías miedo de esos miserables. No tendrás problemas, Demetrio, no tengas miedo, porque Barrio está entre rejas y Enzo Baiocchi también. Es más, vas a quedar como un ciudadano ejemplar. —Estaba ya a punto de salir cuando se detuvo de nuevo—. Me olvidaba. Avisa a todas las furcias que tengas alojadas ahora mismo para que se las piren cuanto antes o, de lo contrario, también te tocará a ti pasar unos meses en el talego.

—¿Y de esta cara? ¿Qué les digo? ¿Que me he pegado una hostia?

—No, les puedes decir que he sido yo. Me importa bien poco. Cuídate y cúrate eso. —Y finalmente se marchó.

—Gracias —dijo Demetrio, y se sintió un retrasado, como su difunto abuelo no perdía la oportunidad de llamarlo.

• • •

La espalda destrozada, los ojos cansados, un sabor dulzón y azucarado en la boca, las pestañas de plomo. Dejó el coche en el paseo a la orilla del Tíber, donde probablemente le pondrían una multa. Pero ya no era momento de pararse a pensar en esas cosas, sólo de dormir. Y lo hizo cayendo en un pozo sin fondo. Un pozo del que no volvió a salir hasta el día siguiente.

Aparcó el coche delante de la entrada de la jefatura de Aosta cuando el sol se estaba poniendo. Fue tambaleándose hasta su despacho y cerró la puerta con llave, se tiró en su sillón, abrió la ventana y, por último, se encendió un porro. En toda su vida profesional nunca se había sentido así. Tal vez sólo cuando estaba a la espera de su traslado. No se trataba ya de las humillaciones sufridas en el trabajo, ni de la sensación de fracaso por no haber sido capaz de cerrar el cerco en torno a Barrio cuando estaba con el caso de Luigi Baiocchi. Todo aquello le pesaba poco o nada. Después de aquel viaje extenuante, cargaba sobre sus hombros con tres derrotas amargas y definitivas. Había perdido la confianza de Sebastiano, y ésa era la primera derrota. Los ojos de su amigo, rebosantes de odio, el resentimiento, las palabras terribles que le había escupido a la cara, bastante más dolorosas que los puñetazos o los codazos. La segunda era el discurso de Brizio del día anterior, que tenía toda la pinta de ser una despedida y, en cualquier caso, un pedazo de vida que tal vez ya nunca volvería. Y la tercera derrota era la de sentir que lo controlaban a cada paso. Convertirse en una bacteria sobre una platina era una sensación que a Rocco no le hacía ninguna gracia.

En todo eso pensaba mientras se fumaba el porro, sin que la hierba lograra aliviar las heridas. Alguien movió la manija de la puerta para intentar entrar. Rocco no le hizo caso. Pero fuera quien fuese insistió, y se puso a llamar como un histérico. Se levantó, tiró la colilla por la ventana y fue a abrir. Era Italo, pálido y despeinado.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde te has metido hasta hoy?

—Por ahí. ¿Qué quieres?

—Han detenido a Baiocchi. —Y le soltó el periódico.

En medio de las páginas de sucesos vio un artículo a toda plana de Sandra Buccellato, que Rocco no quiso leer. Le devolvió el diario al agente.

—Lo sé. Lo he visto en la tele.

—Está Baldi.

—¿Dónde?

—Abajo. Delante de la máquina del café. Te está esperando y dice que tú lo sabes.

Era la primera vez que el magistrado se tomaba la molestia de ir a verlo.

—Voy. —Y salió del despacho.

Baldi también estaba pálido y despeinado, tenía ojeras y llevaba la barba descuidada. En cuanto lo vio fue a su encuentro.

—Salgamos a dar una vuelta —propuso el magistrado sin esperar una respuesta.

A Rocco no le quedó otra que seguirlo.

En cuanto salieron de la jefatura, Baldi tendió una mano.

—Deme un cigarrillo —pidió.

—Usted no fuma...

—Lo sé.

Se lo encendió y no tosió. Por cómo aspiraba el humo, estaba claro que el juez había sido un buen fumador en el pasado.

—¿Por qué vuelve a hacerlo? —le preguntó entonces Rocco.

—No tengo intención de dejarlo —empezó a decir—. Me refiero a Valenti, no al tabaco. No tengo intención de dejarlo. Pero tengo que ir con pies de plomo. He estado reflexionando acerca de nuestro encuentro en Cividale, y está bien así. Pero a partir de hoy le pido que sea limpio y transparente conmigo. ¿Se siente capaz de sellar este trato?

—Señoría, yo siempre he sido limpio y transparente.

—Entiendo, es un trato que no tiene intención de rubricar.

—¿Qué tengo que decirle para demostrarle lo contrario?

—Pues, por ejemplo, por qué Enzo Baiocchi la tiene tomada con usted. ¿Qué le ha hecho?

Rocco alzó la mirada al cielo.

—No me lo puedo creer, ¡es la enésima vez que me lo pregunta! Se lo he dicho, acorralé a su hermano hace años, pero el tipo escapó y la palmó en Sudamérica. Él me responsabiliza de eso. Es todo.

—Está bien —dijo Baldi, soltando el humo—. ¡No está mal! —Y tiró el Camel a la mitad—. Están llevando a cabo numerosas detenciones gracias a las revelaciones de ese canalla.

—Eso parece.

—Por lo que las gargantas profundas siguen siendo útiles, ¿no cree?

—Los espías y los colaboradores ayudan, señoría. Los dos lo sabemos. Mire lo que ocurrió con Valenti hace unos días.

—Exacto. Hablemos de él. Como le conté, estaba a la espera de unas cuantas confirmaciones. He obtenido cierta información. —Cruzaron la calle—. Está protegidísimo, eso ya lo habíamos deducido nosotros solos. Lo que no conocíamos era su verdadero nombre. Pasquale Iovine, nacido en la provincia de Avelino en julio del 49. Hasta el año 2011 vinculado al clan de los Barbieri; colaborador de la justicia desde esa fecha. Al menos ahora tenemos un cuadro más preciso de la situación.

—Que no nos sirve para una mierda —respondió Rocco—. ¡Escupe!

—¿Perdón?

—Disculpe, se lo decía a la perra. ¡Escupe! —Loba depositó en el suelo un trozo de osobuco encontrado a saber dónde. El subjefe lo recogió y lo tiró por una alcantarilla—. ¿Adónde se han llevado al tal Iovine?

—Hasta ahí no he llegado. A cualquier otra parte y con otro nombre. Y lo tendrán bien sujeto hasta que empiece el juicio a ese clan, que controla buena parte de la zona de Caserta.

—Entonces, ¿qué quiere hacer?

—¿Yo? Esperar a que ya no les sirva de nada. Y luego darle duro.

—Señoría... —Rocco se detuvo en mitad de la calle. Los coches pasaban zumbando a su lado—. Cuando eso suceda, usted estará jubilado, yo a saber dónde y ya nadie se acordará del crimen de Juana Pérez. Ha sido un accidente y nos ha tocado a nosotros pagar los platos rotos. Usted

siempre me ha hablado del deber, del respeto moral a las instituciones. Bueno, pues predique con el ejemplo.

—¡Estamos ante un criminal que tiene que pagar por un delito!

—Pero sus superiores ya han decidido por usted, y han dictaminado que una trans no equivale a un proceso de la Camorra. Acéptelo. Es lo que yo intento.

—Entonces, ¿usted está dispuesto a hacer la vista gorda?

—No estoy dispuesto a hacer la vista gorda, señoría. Nunca lo he hecho. Pero a diferencia de usted, entiendo cuándo la partida está perdida.

—¡Soy juez, Schiavone! ¡Y conozco el amargo cáliz de la derrota!

—¡Esta partida estaba perdida de antemano! —Rocco también alzó un poco la voz—. ¿Qué quiere de mí? ¿Que siga recogiendo pruebas contra Bernardo Valenti o Pasquale Iovine o como se llame ese viejo alcohólico con su volpino de los cojones? Ya lo he hecho, y hay tantas como para llenar un camión. Pero mi capacidad ha llegado a su límite. Yo no sé navegar en esas aguas. Soy sólo un subjefe de policía, nada más. Y usted es un magistrado del juzgado de Aosta. —Los dos hombres intercambiaron una mirada que se prolongó varios segundos—. ¿Dónde coño vamos, señoría?

El juez apretó la mandíbula y bajó la mirada. Se miró los zapatos.

—¡Por lo menos hagamos que la pague quien lo ha protegido!

—Lo ha protegido el Estado, los servicios secretos, el Ministerio del Interior, gente que está muy por encima de nosotros. ¿Qué se cree, que a mí me gusta que me den por donde usted y yo sabemos? Teníamos al asesino delante de las narices y hemos dejado que se nos escape. A estas alturas vaya usted a saber dónde está, cómo se llama, dónde vive y qué vida lleva. Sólo le garantizo una cosa, por muy poco valor que tenga: si cayera otra vez en el mismo error, no habrá servicios ni ministerios que valgan, donde lo pille no se me escapa.

—Puede que acabe costándole la vida a otra persona.

—Tiene usted razón, pero yo no he escrito las reglas de este juego de mierda.

Baldi trató de peinarse pasándose la mano por el cabello.

—¿Le parece bien que por lo menos se la hagamos pagar a Berthod, el dueño del piso? —propuso el juez.

—Por supuesto. Le prometo que mañana por la mañana voy a verlo con alguna idea que se me ocurra y le hacemos pasar un mal rato.

—De acuerdo. No es gran cosa, pero menos da una piedra.

Se separaron sin despedirse para regresar a sus quehaceres diarios, con la rabia en el cuerpo y la frustración sobre los hombros, como si fueran los distintivos de un general.

Rocco apagó el móvil, no tenía ganas de hablar con nadie. Quería postergarlo todo al día siguiente. Su jefe, la brigada, las mentiras, todo. Estaba demasiado cansado, era hora de volver a casa y tumbarse en la cama hasta que el sueño lo venciera. Subía despacio las escaleras, buscando la llave correcta entre el manojó. Llegó al descansillo, pero antes de que consiguiera entrar se abrió la puerta del vecino.

—¿Señor?

Era Gabriele. En esta ocasión, había optado por una camiseta de algún equipo de fútbol americano y pantalones cortos de tenis. En los pies, las mismas zapatillas sucias y deformadas.

—¿Qué quieres?

—Sé que está cansado, pero...

—Nada de latín ni de chácharas con el director, nada de profesores ni de madres, por favor.

Gabriele sonrió.

—No, es que... Se fue y no me devolvió el ordenador.

—Ah, ¿no?

—No...

—Perdona. Ven, pasa y llévatelo. —Y, acariciando la cabeza de *Loba*, entró en la casa.

El ordenador seguía allí, cerrado. Mientras Rocco se quitaba la chaqueta, el chico lo cogió.

—Ah, lo dejó cargando, ¡mejor! —dijo.

Rocco fue a examinar el dormitorio. Caterina lo había ordenado todo. Se había llevado la nota que él le había dejado.

—¿Ha cenado ya? —Oyó desde la otra habitación.

—No, Gabriele. No voy a comer. Lo único que quiero es acostarme. —Regresó al salón—. ¿Tu madre está en casa?

—Sí. Acaba de volver. ¿Quiere hablar con ella?

—No tengo fuerzas. —Se adentró en la cocina para dar de comer a *Loba*.

—¿Sabe? A Diego le dieron el alta en el hospital. No tenía nada.

—¿Quién es Diego? —preguntó Rocco, antes de beber un trago de agua directamente de la botella.

—Ese al que le zurré. Ahora mantiene las distancias, ¿sabe? Ayer me lo encontré en los recreativos y ni se me acercó. De todas formas, yo estaba preparado: ¡la patada en los huevos y el martillo de Odín!

—Bien hecho. Ahora, si no te importa, me gustaría irme a dormir. Estoy hecho polvo.

—Me voy, me voy... —Acabó de enrollarse en la mano el cable del cargador del portátil—. Si mañana no tiene nada que hacer...

—Eso, sí, quizá. Hasta mañana, Gabriele. Y perdona por el ordenador. Se me olvidó.

—No se preocupe. Así me he ahorrado unas cuantas dioptrías.

—Oye, ¿se lo has contado a tu madre?

—¿El qué?

—Lo de la trifulca.

—No. Como una tumba. —Y guiñándole el ojo, se marchó del piso.

Rocco se quitó los zapatos, los pantalones, apagó la luz y fue a tirarse sobre la cama. El reflejo de una farola de la calle rebotaba en el techo, creando extrañas formas. Se quedó ensimismado observándolas. Un caballo encabritado, o tal vez fuera un hombre en guardia ante un adversario, con los puños cerrados y listo para liarse a mamporros.

¿Quién me ha traicionado?

—*Creo que he perdido el pulso, Marina. Parece que nadie es lo que es. Y yo ya me he cansado de perseguir sombras. Llevo días sin hacer otra cosa. A la única que querría atrapar es a ti, pero tú ya no te dejas ver. Lo dijiste, te has ido, y ya no volverás.*

Me gustaría darme una ducha, pero no soy capaz ni de levantar un brazo. Si la casa ardiera me quedaría en la cama, como un viejo guerrero vikingo, para arder junto al resto del barco. Me he quedado solo con un perro. Menudo panorama, ¿no? Si por lo menos me venciera el sueño, desaparecería un rato. Baldi tiene razón, ya lo creo. Se han reído de nosotros en nuestra cara y nosotros nos quedamos calladitos, ajo y agua. Y es peligroso, porque ni siquiera consigo

enfadarme por ello. Cuando en realidad debería. Un gilipollas que se pone a jugar con cuerdas, haciéndose el japonés, y la otra que no vive para contarlo. Pero estoy cansado. Estoy demasiado cansado.

En la almohada, a su lado, perduraba el perfume a flores que Caterina había dejado unos días antes. Y no le causó una sensación agradable.

*I still don't know what I was waiting for
And my time was running wild
A million dead-end streets...*

Ya está ahí Gabriele, pone el disco una vez más, consciente de que lo estoy escuchando. Quién sabe, tal vez un día podamos comunicarnos así. A la cara nos decimos poco o nada, luego él se vuelve a su cuartito con sus películas de terror y me envía un mensaje. Vale, Gabriele, uno tiene que cambiar, yo ya lo he entendido, aunque te encuentres en medio de una encrucijada con millones de vías muertas, debes intentarlo de todas formas. Tienes dieciséis años. Yo unos cuantos más. Había una poesía, ¿cómo era? La del poeta y el niño al que le daba miedo preguntarle la edad. Te habría contestado ochenta, como tú me dijiste tres. Era más o menos así.

*Ch-ch-Changes
Turn and face the stranger,
Ch-ch-Changes
Just gonna have to be a different man.*

Ya ajustaremos cuentas al final. A la derecha la columna con el signo más, a la izquierda la del signo menos, y en medio una enorme, vacía, con las intenciones y los remordimientos.

Esbozó una sonrisa y se quedó dormido.

Cuando se despertó, el sol estaba ya alto. De nuevo un sueño oscuro y sin interrupciones que no le había permitido descansar. Es más, se sentía todavía más exhausto que el día anterior, si es que eso era posible. Pese a haberse saltado la cena no tenía hambre. *Loba* sí. Ya movía la cola, preparada. Se levantó y le dio de comer. Le tocaba ir al despacho, aunque no sabía por qué motivo. ¿Para hablar con el jefe? ¿O para escuchar a Michela Gambino afirmar que Jim Morrison en realidad no estaba muerto y se había transformado en Barry Manilow? Tenía que ocurrírsele una ideíta para vengarse de Berthod, como había acordado con Baldi. Empezaría por los alquileres en negro para luego empapelarlo por otra cosa. Cogió el móvil.

En cuanto entró en su viejo despacho, se armó un griterío que lo sobresaltó. Estaban todos. Italo, Antonio, Caterina, Casella y hasta el dúo cómico de los hermanos De Rege, Deruta y D’Intino. Todos aplaudían sonrientes, preparados con el espumoso que Antonio destapó haciendo volar el corcho, que golpeó a D’Intino.

—¡Me caso! —gritó este último sin dejar de aplaudir.

—¿A qué viene esto? —preguntó Rocco.

—¡Es por Baiocchi! ¡Lo han cogido, jefe! —gritó Casella.

—¡Brindemos! —gritó Italo mientras Antonio servía el vino en los vasos de plástico.

—Ojalá se pudra dentro, ese hijo de mala madre —iba diciendo el agente siciliano-marquiano.

—A mí, poco —pidió Deruta—. No, porque me he pasado toda la noche en la panadería y... —

Pero nadie le hizo caso.

Una vez llenos los vasos, Caterina los invitó a todos a un brindis.

—¡Por la brigada, por el futuro!

—Gracias, gracias —respondió Rocco—. ¡Por nosotros!

—¡Buccellato lo busca para hacerle una entrevista, jefe! —le comunicó Antonio, que delante de los demás lo trataba de usted.

—Pues que me busque... Yo no tengo nada que decirle.

—Costa también quiere verlo —añadió Italo—. Para felicitarlo.

—¿Y por qué? —repuso Rocco—. Si yo no he hecho nada. —Y miró a Caterina, que le sonreía con los ojos felices, luminosos.

—Pero se ha quitado un peligro de encima, ¿no?

—Pura potra. Lo pillaron los de negro, esos que siempre lo saben todo y actúan por nuestra seguridad y nuestra integridad.

—Detecto cierta ironía, jefe.

—¿Tú crees, Antonio? Lo dirás tú. A ver, ahora al tajo, compañeros. ¡D’Intino y Deruta, tomad!
—Fue al escritorio, cogió tres rotuladores fluorescentes y se los entregó en mano a los dos agentes
—. Son fluorescentes. Os los entrego para las prácticas de hoy. Hacedme el favor, ¡usadlos bien!

Deruta y D’Intino miraron los gruesos rotuladores de colores, los cogieron y, con un rápido asentimiento, saludaron y se despidieron para salir del despacho.

—¿Qué les pasa con los fluorescentes? —preguntó Antonio.

—No se sabe, Scipioni —respondió Rocco—, nadie puede sondear los entresijos de la mente de nuestros hermanos De Rege. Ese apego a los fluorescentes tiene algo de ancestral. Pero nadie sabrá nunca de qué se trata. ¡Casella! Tú hoy tienes el día libre.

—¿Lo dice en serio?

—¿Me ves de broma? Vete a la oficina de pasaportes, al bar, date una vuelta por las tiendas. Hoy te toca disfrutar del día.

—Gracias, de verdad, falta me hacía. —Se quitó la gorra y se despidió—: Con permiso...

Rocco se quedó con su equipo.

—Y a nosotros nos toca un poco de diversión. Carlo Berthod se tiene que enterar de lo que vale un peine. Se merece una pequeña venganza, ¿no?

—¿Qué tienes en mente?

—Un registro de la tienda de Courmayeur...

—¿Un registro?

—Sí, una cosa sencillísima. El tipo alquila pisos en negro, anda en trapicheos y a saber en qué otros líos está metido. Yo voy a ver al juez para que nos dé la autorización y lo que haga falta. Vosotros, esperadme delante del juzgado. Dos coches. Yo voy con Italo, y tú, Caterina, viajas con Antonio.

—Recibido —dijeron los agentes casi a coro.

—No es nada personal, ¿verdad? —añadió Caterina.

—¡Cómo que no! ¡Personalísimo!

Antes de salir del despacho, Caterina se le acercó.

—Luego pasamos juntos un rato, ¿no?

• • •

De camino al juzgado, no esperaba cruzarse con Costa delante de la entrada de la jefatura. Parecía fresco y relajado, la copia en limpio del jefe del último encuentro. Sonriente, se acercó para estrecharle la mano a Rocco, que aceptó el saludo un poco de mala gana.

—No lo he visto por aquí. ¿Pausa de reflexión?

—Sí, algo así.

Un agente pasó por su lado y saludó en voz baja a sus superiores.

—Al parecer ese Baiocchi también les interesa mucho a los magistrados. Lo que no hace más que reafirmarme en que, al final, con Valenti actuamos de la mejor forma posible, conforme a nuestra conciencia.

—Señor Costa, yo dejaría tranquila a la conciencia. Digamos que hemos actuado como se nos ha pedido —respondió Rocco mirándolo a los ojos—. Sea como sea, a mí aún me dura el sabor a podrido en la boca, y no es agradable. Dicho esto, este tema ya lo hemos diseccionado largo y

tendido.

—Sí... —El jefe miró a lo lejos, como si buscara la inspiración—. Baiocchi también tendrá cosas que contar sobre usted.

—Puede decir todo lo que quiera. Pero mire, hasta cuando esa gentuza de mierda se hace la santurrón y empieza a colaborar con la justicia, uno debe contar con las pinzas...

—¿Las pinzas?

—Sí, las pinzas con las que se deberían coger las palabras que salen de esas cloacas. Hay que mirarlo todo con lupa, demostrarlo. Baiocchi puede decir perrerías de mí, pero existe un hecho indiscutible, señor Costa: fue él quien se coló en mi casa, fue él quien disparó a Adele Talamonti, no yo.

—Cierto. Pero, como usted mismo dice, siempre ateniéndonos a los hechos, me gustaría conocer el móvil de aquel homicidio.

—Lleva tiempo revoloteando alrededor. Y no se quiere dar por vencido. —Abrió la puerta de cristal para salir de la jefatura. El ruido de los coches aumentó de intensidad—. Usted es un hombre capaz —le dijo—. Ahora, si no le molesta, me gustaría volver al trabajo.

—Por favor... —Y con un gesto del brazo lo invitó a salir—. Por cierto —lo llamó de nuevo—, ¿cómo ve eso de que su amigo Sebastiano Cecchetti estuviera en el lugar de la captura?

—Llegó antes que yo. ¿Y sabe por qué? Él puso el corazón, yo sólo la razón.

—Usted lo ha hecho pasar por confidente suyo.

—Y lo es. Lo ha sido y espero que continúe siéndolo. Los confidentes, como los arrepentidos, son útiles. ¿O es que tenemos dos varas de medir?

Costa extendió los brazos, luego se apretó el nudo de la corbata.

—Schiavone, ¿sabe lo que veo cuando lo miro?

—Dígame...

—Un coche que da bandazos sobre el hielo, pero que, milagrosamente, consigue no salirse de la carretera. Aunque no siempre sea así.

—¿Lo ha puesto usted, el hielo?

—No, Schiavone, está en la carretera. Es un fenómeno natural.

—Entonces, si no ha sido usted, puedo dormir tranquilo. Hasta pronto.

Rocco salió de la jefatura.

Baldi lo esperaba ya preparado con la autorización. Encantado de ponérselo difícil a Berthod, un elixir para su autoestima, que ahora mismo estaba por los suelos. Tardaron menos de media hora en llegar a Courmayeur. Aparcaron justo delante de la tienda Mont Blanc, donde estaba prohibido. El guardia ni siquiera se acercó. Entraron en la tienda. En cuanto la dependienta vio a los cuatro policías, palideció y corrió a llamar al jefe. Carlo Berthod, con su mirada orgullosa y engreída, se acercó con una sonrisa falsa impresa en el rostro.

—¡Nos vemos de nuevo, señor Schiavone!

—Nos vemos de nuevo. ¿Qué tal?

—Yo, bien. ¿A qué debo el honor?

—¡A esto! —Y le enseñó la orden del juez—. Tendremos que echar un vistazo por aquí, si a usted no le molesta.

—Pues sí, me molesta... —respondió el comerciante mirando la orden.

—¡Pues a mí me la suda! —replicó Rocco—. ¿He acertado, Italo?

—Sí, lo ha usado correctamente.

—¿Y puedo saber el motivo?

—¿Recuerda cuando le dije que me daba igual que alquilara pisos en negro?

—¿Y?

—Mentía. En realidad, sí me interesa. Vamos, chicos, cuanto antes nos pongamos manos a la obra, antes volvemos a casa.

Antonio e Italo fueron directos a la caja. Caterina se quedó junto a la puerta. Rocco, por su parte, tras superar a Berthod, le preguntó:

—¿Tiene también un despacho en esta magnífica *boutique*? ¿Puedo echar una ojeada a las facturas?

—¡Ni que fueran de la policía fiscal!

—No oponga resistencia, Berthod. Si un jefe de policía le pide una factura, usted saca la factura. Y no se preocupe: entre nosotros, ahora que los chicos no me oyen, es una operación rutinaria...

—¿Qué quiere de mí, Schiavone? —le susurró entre dientes—. El caso de Juana Pérez está cerrado, me parece.

—Exacto, le parece. ¡Vamos, no tenemos mucho tiempo! —Y se dirigió hacia una esquina de la tienda que conducía hasta una pequeña sala llena de ficheros, libros y carpetas—. Bueno, aquí estamos... Mientras tanto, señor Berthod, entréguele a mi inspectora el cuaderno de los alquileres que me enseñó a mí la última vez. El negro.

—¡No lo tengo!

—¿Prefiere que lo busquemos nosotros?

Berthod negó con la cabeza.

—Esto no acaba aquí, cabronazo —masculló, dirigiéndose a la caja—. Cogió el cuaderno y se lo entregó a los policías—. ¡Aquí tienen! ¿Contentos?

Antonio lo cogió y empezó a hojearlo.

—¿Qué espera encontrar, agente? ¿La fecha del fin de su carrera?

—¡Me cago en...! —Oyeron gritar a Rocco desde el despacho.

—¿Qué ocurre?

Acudieron Italo y Antonio, y también Caterina y Berthod. Cerraba la comitiva la joven dependienta, todavía descompuesta.

Rocco estaba de pie, de espaldas a la entrada.

—Querido Berthod, ¿recuerda las amistades de las más altas esferas de las que tanto alardeaba? —Luego se dio la vuelta. Tenía en la mano una bolsa llena de marihuana—. ¡Pues me temo que tendrá que hacerles alguna llamada allá arriba!

Al ver la bolsa, Antonio e Italo sonrieron con picardía. A Caterina se le salían los ojos de las órbitas. La dependienta se llevó las manos a la boca. Berthod estaba blanco como la cima del monte que daba nombre a la tienda.

—Pero... pero... ¡eso no es mío!

—¿Y cómo es que estaba aquí, entre dos carpetas de facturas del año en curso, por otra parte vacías?

—¡Yo no consumo esa porquería!

—Está bien. Eso se lo explicará al juez. Antonio, Italo, coged a este caballero y lleváoslo a la jefatura.

—Me va a oír, joder si me va a oír. ¡La ha puesto usted!

Rocco se puso serio.

—¿Está seguro de lo que acaba de decir? Hay cuatro testigos. ¿Me está usted acusando de haber puesto esta bolsa en su despacho? Piénselo bien, Berthod, hace doblete con el intento de corrupción de la otra vez...

—¡Haré que lo manden a Barbagia!

—Ah, ¿sí? A mí me encanta Cerdeña... Venga, manos a la obra, no tenemos tiempo que perder. ¡Señorita! —exclamó, saludando a la dependienta para despedirse mientras Italo y Antonio escoltaban al dueño de Mont Blanc fuera de la tienda.

—Pero ¿qué andas maquinando? —le preguntó Caterina durante el trayecto a Aosta.

—Nada. Una bromita que hará que se deje algo de pasta en abogados, tendrá que dar la cara y le quitaremos unas cuantas horas de sueño. No está mal, ¿eh? Lo único que me pesa es tener que renunciar a casi cien gramos de ese material que, créeme, ¡es una maravilla!

Caterina rompió a reír.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

—Sólo quiero asustarlo un poco. Lo fundamental es que se corra la voz por Courmayeur de que nuestro amigo es sospechoso de posesión ilícita de sustancias estupefacientes. Eso bastará para crearle un montón de problemas en su pequeña y laboriosa comunidad. ¿Te das cuenta, Caterina? Si le hubiera echado el guante a alguna licitación, si hubiera jugado sucio con suministros y cosas por el estilo, si hubiera robado, y hablo políticamente, ninguno de sus amigos con traje de cachemir tendría nada que objetar. Todos hacen lo mismo, ¿no? Sin embargo, la maría... ¡qué chabacano! Cómo puede caer tan bajo un miembro del Rotary...

—Está claro que se lo merece... Aunque yo no sé si me atrevo —comentó Caterina.

—¿Cómo? ¿Ahora me vienes con remordimientos de conciencia? —Rocco se encendió un cigarrillo—. No es el momento. ¡Acuérdate de cómo nos la metieron doblada hace unos días! No fue una sensación agradable.

Los dos policías no volvieron a hablar hasta que llegaron a la jefatura de Aosta.

Caminaban por el curso Battaglione de Aosta: Rocco, serio y pensativo, Italo lo miraba sin comprender por qué le había pedido que lo acompañara a la cita con Buccellato. Pasó un camión ruidoso, veloz y ensordecedor. Transportaba troncos de árboles. A Italo le dio la impresión de que Rocco había abierto la boca, pero no oyó lo que le había dicho.

—Italo —le dijo en voz aún más alta—, desde que llegué a Aosta, ¿tú no has notado nada extraño?

—Pero ¿de qué me hablas?

—Escúchame bien, quiero fiarme de ti. Me conoces, así que contéstame a esta pregunta: ¿quién es el que me controla?

Al agente Italo Pierron la pregunta le sentó como una patada en el estómago.

—¿Te controlan?

—Estoy seguro. ¿Quieres saber lo que pasó el otro día cerca de Cividale del Friuli? —Y le

contó la detención de Enzo Baiocchi.

Italo no daba crédito. Negaba con la cabeza.

—Pero ¿cómo es posible que...?

—La única respuesta que se me ocurre es que alguien ha estado controlando mis movimientos. Cada vez que voy a Roma por asuntos personales, aquí se acaban enterando. En líneas generales, saben por qué voy y qué es lo que hago. Lo saben en la jefatura y en el juzgado, lo saben Costa y Baldi. Así que te pregunto: ¿tú no has notado nada?

—Madre mía, Rocco, ¿no será que la cercanía de Gambino es una mala influencia?

Rocco se detuvo en medio de la calle.

—Italo, no estoy bromeando.

El rostro y el tono de voz serio impactaron a Pierron.

—Yo nunca he notado nada, pero pensaré en ello, intentaré estar atento. Aunque nunca me ha parecido que... ¿Sospechas de alguien en particular?

—No. De nadie. Desde que estoy en Aosta nunca me he cubierto las espaldas. Y he hecho mal.

Reemprendieron el camino.

—Después de lo que ha pasado con Juana Pérez, ya nada me sorprende —dijo Italo—. Me refiero a que esa gente que ha dado carpetazo a la investigación viene de Roma, tú vienes de Roma, es posible que te hayan tenido fichado desde el primer día que desembarcaste aquí.

—A estas alturas estoy seguro.

—Pues entonces, si te controlan, si la orden viene de la jefatura central o, peor, de Interior, yo miraría hacia arriba —sugirió Italo.

—¿Estás pensando en el jefe?

—También. Y en Baldi. Él siempre ha hecho la vista gorda, daba la sensación de saber siempre más de lo que fuese lícito. ¿No lo has pensado nunca? ¿Te acuerdas de la historia de los cingaleses que llevamos a Turín?

—Sí...

—¿Te acuerdas de la prueba de Enzo Baudo?

—También.

—Pues eso, yo siempre he pensado que Baldi te dejaba actuar, pero que sabía mucho más.

—Estoy convencido de que Baldi está metido en esto. Pero... hay un pero... dentro de la jefatura tiene que haber alguien de mi confianza que me vigila de cerca.

—Pero ¿quién?

—¿Tú?

Esta vez fue Italo el que se detuvo en seco en mitad de la calle.

—¿Estás loco?

—Lo sabes todo sobre mí. Tú podrías ser perfectamente el espía.

—Rocco, ¡no digas gilipolleces, por favor! —Y echó a caminar de nuevo.

—¿Te has ofendido?

—Vete a tomar por culo.

—Te has ofendido.

Dieron algunos pasos en silencio.

—Tontainas, estaba de broma —le dijo Rocco, y le pasó un brazo por el hombro. El primer gesto de verdadero afecto después de muchos meses. Italo al principio lo apartó, pero luego le devolvió la sonrisa.

Sandra Buccellato lo esperaba en la mesita del bar.

—¿Qué les pongo? —preguntó Ettore, algo sorprendido al ver a Rocco al lado de la mujer a la que afirmaba despreciar.

—Un zumo de naranja —pidió Sandra Buccellato.

—Yo, el café de siempre, Ettore.

Cuando el dueño del bar se marchó, Rocco miró a la periodista a los ojos.

—Tengo algo que contarle que me gustaría ver en las páginas del periódico.

—Soy toda oídos.

—Hemos detenido a Carlo Berthod, ¿lo conoce?

—Claro que lo conozco. ¿Y puedo saber por qué?

—Hemos encontrado una buena cantidad de marihuana escondida en la oficina de su tienda. Habíamos ido a hacer un registro, otra vez por el caso de Juana Pérez, para aclarar algunos detalles, y nos topamos por casualidad con aquella bolsita.

—Vaya, vaya... —Buccellato sonrió y los ojos le brillaron—. Bien, estupendo. No le niego, Schiavone, que me alegro. Ya era hora de que alguien le diera un susto a ese fantasma... y, si no es indiscreción, ¿sabe el nombre del abogado que lo defiende?

—Petrulli, obviamente.

—¿Por qué obviamente?

—A su hijo, inquilino de Berthod, se lo investigó, al principio, también por el caso de Juana Pérez.

—Estupendo. Tendrá el artículo, pero... —La frase de la mujer se vio interrumpida por la llegada de Ettore, que depositó lo que habían pedido en la mesa, dejó la cuenta y se largó sin dedicarles ni una mirada. Rocco cogió su tacita. La periodista ni siquiera hizo ademán de tocar el zumo—. Pero quiero algo a cambio.

—¿Qué?

—El caso estaba cerrado y usted ha ido en busca de Berthod únicamente para ponerlo a parir. Lo entiendo y lo apoyaré. Deme su versión sobre Juana Pérez.

—Ya se la he dado.

—No, usted me ha repetido al pie de la letra la de su superior. Yo quiero la suya, la personal.

—Paul De Vries llevaba dos meses viviendo en Châtillon. Es un dato comprobado. Era un fugitivo. Le gustaba moverse entre travestis, sacó la pistola en el momento equivocado, está muerto, era el culpable.

—¿Con qué pruebas en su contra?

—Huellas dactilares en casa de Juana Pérez.

—Es raro... —comentó la periodista y por fin cogió el vaso—. Su colega, Michela Gambino, me ha contado algo totalmente distinto.

—Ah, ¿sí?

La periodista bajó el vaso. Se limpió el bigote naranja con una servilleta de papel.

—Habían vaciado la casa y no había rastro de huellas dactilares ni aunque las pintaran.

—Llamaron a una segunda brigada de Turín, evidentemente más fiable que la de Gambino. Pregúntele a Farinelli, que es el jefe. Él encontró las pruebas.

Sandra Buccellato se acabó el zumo y dejó el vaso en la mesa.

—Bobadas —sentenció.

—Puede ocurrir que la verdad adquiriera rasgos increíbles y a veces fantasiosos, pero es exactamente lo que sucedió.

—¿Le cuento cómo lo veo yo?

—Adelante.

—Ustedes descubrieron al verdadero asesino de Juana Pérez, pero lo mantienen oculto por motivos hasta ahora para mí poco claros. Encontraron a un culpable cualquiera y le endilgaron el homicidio. Dígame si me equivoco.

Rocco apuró el café.

—Se equivoca. Pero estamos en un país libre, o eso dicen, y usted estas cosas, si le apetece, puede escribirlas en su periódico.

—¿Y chuparme una querella?

—No será por mi parte —le aseguró Rocco—. ¿Algo más?

—Enzo Baiocchi. Lo han atrapado.

—Un problema menos.

—Pero no lo ha detenido usted.

—No.

—Lástima —comentó ella.

—Sí. Pero lo importante es que lo hayan metido entre rejas. Está hablando, está habiendo detenciones, en resumidas cuentas, ha resultado ser un tesoro, ¿no? Los arrepentidos y los charlatanes son importantes para la justicia.

—¿Qué intenta decirme?

—Simplemente lo que le he dicho. —Luego el subjefe sacó la cartera, dejó un billete en la mesita y se levantó de la silla—. Que vaya bien la jornada, señora Buccellato.

Rocco se dirigió hacia el lado de la plaza donde lo esperaba Italo con el periódico en la mano y, juntos, se pusieron en camino hacia la jefatura.

Se había duchado, puesto una camisa limpia, afeitado la barba y rociado de colonia, pero la cara era la que era. Al menos parecía limpio.

—¿Qué quieres, *Loba*? Soy así, ¿qué le vamos a hacer?

Había quedado con Caterina en el Grottino con la única intención de pasar una velada tranquila, charlar un rato y empinar un poco el codo. Luego ya se vería. Si tenía que pasar, pasaría. No es que tuviera ganas, pero necesitaba distraerse un poco. Cerró la puerta. Alguien subía las escaleras. Era Gabriele, con su habitual aire melancólico, la misma camiseta que la tarde anterior, las mismas zapatillas destrozadas y los pantalones cortados por la rodilla.

—¿Le gustó el disco de ayer? Le puse David Bowie.

—Sí, te lo agradezco.

—Ya no se acordaba de la contraseña, ¿eh?

Rocco lo miró sin entender.

—La contraseña del wifi. *Hey teacher leave the kids alone* —aclaró Gabriele.

—Pues claro que me acuerdo. ¿Qué estás diciendo?

—Bueno, cuando abrí el portátil vi que había ido a buscar otra conexión. ¡Llegó hasta correos!

Rocco hizo una mueca.

—No te sigo, Gabriele.

—Yo le presté el ordenador para que usara internet, usted no logró conectarse desde casa, bajó a la calle y se enganchó al wifi de correos.

—Yo no he salido a la calle —declaró Rocco—. No me he movido de mi casa.

—Qué raro —dijo Gabriele—. Las conexiones del ordenador hablan claro.

—Espera, Gabriele, ayúdame a entender una cosa. ¿Alguien ha usado tu ordenador y ha ido hasta la oficina de correos para buscar algo en internet?

—No, no ha buscado nada nuevo. Seguía en la misma página web. Vamos, que usted al principio la contraseña la sabía, y fue a mirar el trayecto que va de Roma a Friuli, discúlpeme si he metido las narices donde no me llamaban. Luego se volvió a conectar, esta vez desde correos, y abrió la misma web, el mismo trayecto. Por eso no lo entendía.

Rocco sintió un escalofrío, a pesar de que la noche era calurosa.

—A ver que yo me acuerde... —Hizo memoria—. Aquella mañana me había llamado Brizio, hablamos, me contó lo de la tarjeta que habían usado en un cajero automático de Umbría, luego tú me dejaste el ordenador, yo busqué el itinerario, hablé con De Silvestri para enterarme de los robos en gasolineras... ¡Espera! —Se dio la vuelta y abrió de nuevo la puerta de casa.

Gabriele lo observaba sin entender nada, soplándose el mechón de pelo para apartarlo de delante de los ojos.

—¿Qué hace?

Rocco se había agachado para comprobar la cerradura. Le pasó un dedo por encima. Luego miró la carpintería de la puerta.

—No, nada...

Se precipitó hasta la cristalera del balcón. Estaba cerrada. Se puso a comprobarla también.

—¿Está intentando ver si ha entrado alguien en su casa?

—¡Alguien tiene que haber entrado, Gabriele! —Dejó el balcón para examinar las demás ventanas del piso—. Alguien que ha cogido el ordenador a escondidas. —Acabó la inspección de los marcos y cerró la ventana—. Aquí no ha entrado nadie. —Y miró al chico. Luego susurró—: Nada...

—¿Cómo que nada?

—Nada, Gabriele. —Los ojos de Rocco habían perdido el brillo y su rostro se había ensombrecido como un trapo sucio—. Nada...

Caterina lo esperaba fuera del restaurante. Sonreía con una línea de maquillaje en los ojos. Rocco mantenía la cabeza baja. *Loba* correteaba a su lado. En cuanto llegó a su altura, la sonrisa se esfumó del rostro de la chica.

—Rocco... ¿Qué te pasa?

—Entremos. —Y abrió la puerta del restaurante.

No había mucha gente, su mesa estaba libre y fueron a sentarse. El camarero enseguida les dejó la carta.

—¿Agua?

—Sin gas —respondió Rocco.

—¿Qué te ocurre?

El subjefe levantó la mirada.

—Estoy mal, Caterina. Me duele el estómago, tengo un sabor de boca horrible, y es una

sensación que me viene a menudo. Y además me siento sucio. Sucio e infecto.

—¿Por qué?

—No me gusta chapotear en el fango para buscar a un asesino, a un traidor. Es algo a lo que no me acostumbraré nunca.

—Lo sé, lo dices siempre.

—Pero lo peor es cuando el fango lo tienes en casa.

—No te sigo... —advirtió Caterina, preocupada—. ¿A quién te refieres? ¿A Baiocchi?

—Sí, también. A Baiocchi, a Valenti... a quien te golpea donde más te duele, donde no tienes defensas. Y el dolor se multiplica. ¿A ti no te ha pasado nunca?

—Muchas veces, Rocco. La última, hace unos días.

—A mí esta tarde.

El camarero llevó el agua.

—¿Se han decidido?

—No.

Se marchó a servir otra mesa.

—Rocco, me estás preocupando. ¿Qué ha pasado esta tarde?

—Lo peor que podía pasar. Y duele. —La miró a los ojos—. No me había dado cuenta, ¿sabes? Lo has hecho muy bien, Caterina, de verdad, muy bien. Siempre te lo he dicho, eres una mujer muy capaz.

Caterina palideció.

—No te entiendo, de verdad que no te entiendo.

—¿Te acostaste conmigo porque debías o porque querías?

Con un sofoco imprevisto, la sangre volvió a correrle por las mejillas.

—Pero ¿qué coño dices?

—Al menos eso puedes decírmelo. Por una vez, dime la verdad. ¿Qué respondes?

—Me acosté contigo porque me apetecía, Rocco, porque me gustas, porque poco a poco...

—Porque poco a poco he ido confiando en ti. Día tras día. Cada vez que iba a Roma te dejaba a *Loba* porque me fiaba de ti. Y rara vez me ocurre. Lo sabes todo sobre mí. Cómo murió mi mujer, quiénes son mis amigos, y sobre todo sabías a quién buscaba y dónde. ¿O me equivoco?

Caterina negaba lentamente con la cabeza.

—Debiste de pasarlo mal cuando me llamabas y te encontrabas con mi móvil siempre apagado. Lo dejé en el Trastevere, en el hotel. Iba por ahí con éste. —Sacó el teléfono nuevo y lo tiró sobre la mesa—. Un número que tú no tenías. Todo habría sido más fácil, ¿no? Para dar con el lugar donde había ido ese viejo loco de Schiavone bastaba con controlar las redes a las que ese número se había conectado. Así que te lo compliqué un poco más de lo que esperabas...

Caterina tenía la boca abierta, no lograba articular palabra. Dos hilos de saliva le unían los incisivos con la comisura de los labios.

—Dime por lo menos si actuabas sola o te ayudaba alguien.

Los ojos de la inspectora se humedecieron.

—¿Puedes decirme quién te dio la orden de estar encima de mí?

Caterina rompió a llorar.

—No... —Se secó una lágrima con la manga del jersey—. Rocco, no es así.

—Y entonces, ¿cómo es? Dímelo, estoy aquí, te escucho. Y no sabes cuánto me gustaría creerte. —Se cruzó de brazos.

La chica apoyó los codos en la mesa. Miró al techo, las lágrimas no la dejaban hablar.

—Lo sabes.

—Tú no eres capaz de hablar, yo no soy capaz de escuchar, Caterina. Dime sólo si lo has estado haciendo desde el primer día que llegué.

—No... Empezó después. Le debo mucho a un hombre que está en Roma, que me salvó cuando era una muchacha, una niña. Él me lo pidió y yo no podía...

—Has sido tú la que ha mandado a la mierda el caso Pérez...

—¡No! Yo no tengo nada que ver. ¡En esa historia estaba contigo!

—Brizio tenía razón. Hace tiempo me dijo que un hombre de mi edad no debía ir con mujeres más jóvenes. Somos casi de dos planetas distintos, y a mí no se me había perdido nada en el tuyo. Sin embargo, tú sí que buscabas cosas del mío, y no pocas. ¿Ves cómo tenía razón? La vida es como una matanza de atunes.

—Por favor, dame la posibilidad de...

—Que te den por culo, Caterina Rispoli. Sal de mi vida, dile a tu contacto de Roma, al hombre que te salvó de niña, que ya no puedes recabar más información de este gilipollas y que tu permanencia en Aosta ya no sirve de nada. Es una pena, porque follas bien. —Se levantó de la mesa de golpe y se acercó al camarero—. Todo lo que tome la señorita, lo apuntas en mi cuenta. —Echó un último vistazo a la mesa—. ¡Invita la casa! Es el último regalo que te hago. —Y salió del restaurante con la muerte en el corazón.

Dio vueltas por la ciudad sin rumbo. Le parecía que los pies se le hundían en el asfalto. Le costaba mantener el paso, pero no conseguía detenerse. Notaba los oídos taponados y los dientes apretados mordían el aire y rechinaban. Volvió a sentir el dolor punzante bajo el talón, pero no le hizo caso. Si tenía que cojear, cojearía, lo importante era seguir caminando. No había cabida para la autocompasión, tampoco para ponerse a buscar algún recuerdo dulce. Sólo caminar, hasta que le faltara el aliento, hasta que los zapatos aguantaran y el talón lo hiciera gritar de dolor. Detestaba aquel olor, ¿qué era? Alguna flor, o incluso la hierba recién cortada. Se encendió un cigarrillo para anularlo, para ahuyentarlo. Pero lo tiró a la primera calada, sabía amargo, estropajoso. Se descubrió en medio de las ruinas, sentado sobre la piedra oscura que, en el pasado, debía de haber formado parte de una arcada que sostenía las gradas de la platea del teatro romano. Donde a menudo Marina también iba a buscarlo, aunque ahora ya no tenía esperanzas. No le quedó más que mirar al cielo. *Loba* le saltó en brazos. Quería que la abrazara, que la acariciara bajo aquel manto de estrellas. No había luna. Había desaparecido.

«Epacta...» Aquella palabra volvió a su mente de pronto. Y en ese momento la vio. Marina, fresca y descansada, estaba sentada mirando al cielo dos piedras más allá.

—*¿Has aprendido a contar? —me dice.*

—*Sí.*

—*Las noches sin luna son las más raras. ¿Te imaginas a los marineros de hace muchísimos años?*

—*Tenían las estrellas.*

—*Sí, pero la luna es un faro. Las estrellas mienten. ¿Sabes que muchas de ellas ya están muertas?*

Me dan ganas de reír. Yo también pienso a menudo en esta historia de las estrellas ya muertas.

—¿No vienes a mi lado?

—Conténtate con que haya venido. —Luego se da la vuelta y me mira—. Pobre Rocco, a fuerza de perseguir sombras, hasta tú te estás convirtiendo en una. Ten cuidado.

—Es verdad. A fuerza de correr detrás de las sombras, te arriesgas a perder la sustancia.

—Siento que siempre acabes quedándote solo.

—No estoy solo —le digo—. Tengo a Loba. Y te tengo a ti, cuando vienes.

Sonríe de nuevo.

—¿Saldrás de ésta?

—No me queda otra. Creo que voy a vender la casa de Roma.

—¿Y el limonero?

—Me lo traigo aquí.

—No tienes terraza. Y aquí hace demasiado frío. Dáselo a mis padres.

—Pero si ni siquiera me hablan.

—Déjase en la puerta. Lo entenderán.

—¿Y si te lo llevara a ti?

—¿Para plantarlo cerca? Es buena idea. Pero en invierno, ¿quién lo va a tapar?

—Ya. —Estoy a punto de decir que moriría, y ese limonero no puede morir—. Qué bonita está la noche.

—Una vez, en una barca de pesca, en Positano, me dijiste que sabías los nombres de las estrellas.

—Todavía los sé.

—¿Me dices unos cuantos?

Levanto un dedo e indico la primera que veo.

—Aldebarán, Sirio, Bentegodi. —Marina empieza a reírse—. ¡Navicella, Stupor mundi, Haileselassie, Rodolfo!

Y nos reímos a carcajadas como dos tontos.

—Adiós, Loba. Adiós, Rocco. Hasta la próxima luna que se va, amor mío.

—Hasta la próxima luna.

¿Has visto, Loba? Ha vuelto a buscarnos. Aun así, la vida tiene que ser bella, ¿sabes? Si hasta un ternero que ha tenido una vida de mierda encerrado en una jaula llora cuando lo llevan al matadero, entonces es que tiene que ser bella de verdad. Es una lección que tendría que repetirme todos los días. Pero hoy no soy capaz ni de respirar. Tú no lo sabes, cachorrita mía, pero hay un montón de animales que caen en letargo cuando llegan los hielos del invierno. Se acurrucan en un agujero bajo tierra, cierran los ojos y mueren durante unos cuantos meses. Cuando se ponen de nuevo al sol, renacen una vez más y vuelven a sonreír, a saltar, porque es una vida nueva, llena de colores y de olores. Nosotros no. Nosotros nunca nos dormimos en serio, y por eso envejecemos y la piel se arruga, y también la sangre. Todo se cansa, Loba, se consume, y no vuelve a ser como antes. Me miras, con la lengua fuera, y estamos solos tú y yo, una vez más, y eres tú la que tiene que darme ánimos, amiga mía, porque a mí ya no me quedan. Quédate aquí, pegadita a mí. Cierra los ojos. Duerme, Loba. Sueña con huesos y con prados donde correr. Incluso vuela. Yo te miro desde aquí y espero hasta aprender cómo se hace.

Te lo juro, en cuanto lo logre, te sigo.

Título original: *Pulvis et umbra*

Edición en formato digital: enero de 2020

Copyright © *Sellerio Editore, Palermo, 2017*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2020*

Cita de inicio: *Desgarradura* de E.M. Cioran, traducción de Amelia Gamoneda, Tusquets Editores, 2004.

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Ilustración de la cubierta: sanjeri / Getty Images

ISBN: 978-84-17384-89-0

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Contenido

Polvo y sombra

Cita

DOMINGO

Créditos